

66
CCIÓN



MASSILL

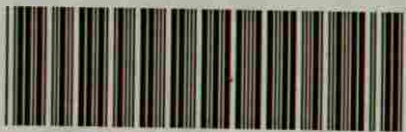
SERMONES



BX1756
.M32
E5
A1800
V.2
c.1



José Angel Benavides.



1080046631



E#2-C#40



SERMONES
DEL ILL.^{MO} SEÑOR
D. JUAN BAUTISTA
MASSILLON.
TOMO II.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

S E R M O N E S

DEL ILL.^{MO} SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,
PRESBITERO, DE LA CONGREGACION
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

OBISPO DE CLERMONT,

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion
de Clérigos Reglares de San Cayetano.

T O M O I I .

M Y S T E R I O S .

T E R C E R A E D I C I O N .



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARIN.
AÑO DE MDCCC.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela
del Angel, junto á la Nevería.

38065



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Bx1756

1132

25

1000

V. 2

S E R M O N E S

DEL III. MO. SEÑOR

D. JUAN B. BARRON

PRECEPTO DE LA UNIVERSIDAD

DEL ORATORIO

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

DE LA UNIVERSIDAD

TABLA

DE LOS SERMONES contenidos en este segundo tomo.

Sermon para la Fiesta de la Purificacion de nuestra Señora : *Sobre la sumision á la voluntad de Dios.* Pag. 1.

Sermon II. para la Fiesta de la Purificacion. *Acerca de las disposiciones necesarias para consagrarse á Dios con una nueva vida.* 38.

Sermon para la Fiesta de la Encarnacion. 67.

Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo. 93.

Sermon para la Resurreccion de nuestro Señor Jesu-Christo. 136.

Sermon para la Fiesta de Pentecostes. *Sobre los caracteres del espiritu de Jesu-Christo, y del espiritu del mundo* 165.

Sermon para la Fiesta de la Asuncion de nuestra Señora. *Sobre los consuelos, y la gloria de la muerte de Maria Santisima.* 187.

Ser-



Sermon para la Fiesta de la Visitacion de nues-
tra Señora. 218.

Discurso sobre las Obras de Misericordia, pre-
dicado á una Congregacion de Señoras mu-
geres. *Con qué espíritu se deben practicar
estas obras.* 242.

Discurso dicho en la Ceremonia de la Absolu-
cion. *Haciendo presente el fervor de los
primeros Christianos.* 266.



SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA PURIFICACION

DE NUESTRA SEÑORA.
SOBRE LA SUMISION Á LA
voluntad de Dios.

*Postquam impleti sunt dies purgationis
Maria secundum legem Moysi, tulerunt
Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Do-
mino.*

Habiendose cumplido el tiempo de la purifica-
cion de Maria segun la Ley de Moyses, lle-
varon el Niño á Jerusalem para presentarle
al Señor. *Luc. 2. v. 22.*

LA sumision á la voluntad de Dios es la principal vir-
tud de que hoy nos dá exemplo Maria, en el mys-
te-
re-

Sermon para la Fiesta de la Visitacion de nues-
tra Señora. 218.

Discurso sobre las Obras de Misericordia, pre-
dicado á una Congregacion de Señoras mu-
geres. *Con qué espíritu se deben practicar
estas obras.* 242.

Discurso dicho en la Ceremonia de la Absolu-
cion. *Haciendo presente el fervor de los
primeros Christianos.* 266.



SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA PURIFICACION

DE NUESTRA SEÑORA.
SOBRE LA SUMISION Á LA
voluntad de Dios.

*Postquam impleti sunt dies purgationis
Maria secundum legem Moysi, tulerunt
Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Do-
mino.*

Habiendose cumplido el tiempo de la purifica-
cion de Maria segun la Ley de Moyses, lle-
varon el Niño á Jerusalem para presentarle
al Señor. *Luc. 2. v. 22.*

LA sumision á la voluntad de Dios es la principal vir-
tud de que hoy nos dá exemplo Maria, en el mys-
te-
re-

terio que propone la Igleria á la piedad de los fieles. Aunque toda la vida de esta Virgen Santa fue una continuada conformidad con las ordenes del cielo, y una universal sumision á los fines y designios de Dios para con ella, parece no obstante que esta disposicion sobresale mas en la oblacion que hoy hace de su Hijo en el Templo, y que este Mysterio en que sacrifica sus luces la voluntad de Dios es mas perfecto y heroyco; y esta virtud principal es la que voy á proponeros por modelo.

Sin ella la virtud no es mas que, ó una disposicion natural, ó un querernos complacer á nosotros mismos: Sin ella las ilusiones de nuestro espíritu son nuestra unica ley, las inconstancias de nuestro corazon nuestra regla, y el capricho de nuestros deseos nuestro freno, y el unico motivo de nuestra conducta: En una palabra, nosotros hacemos de nosotros mismos nuestra propia divinidad.

En la conformidad con la voluntad de Dios consiste todo el precio de nuestros Sacrificios, el merito de nuestra paciencia, y la santidad de nuestras alegrías: Ella es la que quita las amarguras á nuestras aflicciones, y el veneno á nuestras prosperidades; la que fixa nuestras irresoluciones; la que calma nuestros temores, alienta nuestros desmayos, y regla nuestras esperanzas. Es la seguridad de nuestro zelo, y el consuelo de nuestros disgustos: En una palabra, asegura todas nuestras virtudes, y nos hace útiles aun nuestras imperfecciones.

Esta virtud inspira los buenos consejos, responde de la felicidad de nuestras empresas, nos hace dueños de los sucesos, santifica todos los estados, regla todas las obligaciones, y mantiene la subordinacion de los pueblos, la autoridad de los Imperios, la Magestad de los Soberanos, la fidelidad de los vasallos, la desigualdad de las condiciones, toda la harmonía del cuerpo político, y hace que cada uno contento con su suerte no mire con envidia la agena, y no piense mas que en cumplir y santificar las obligaciones de su propio estado.

Es-

Esta virtud, Señor, (a) hace que los Reyes reynen con piedad y con justicia, y modera en ellos el orgullo de las prosperidades, y las amarguras de las desgracias, haciendoles que adoren en la voluntad del Soberano dispensador de los sucesos la comun causa de donde todos se derivan.

¿De qué proviene pues, Católicos, que esta sumision tan necesaria y de tanto consuelo sea tan rara entre los fieles? ¿De qué proviene que en medio de la continua sucesion de las cosas humanas, vivamos casi todos como si no hubiera un Sér Soberano, superior á nosotros, que las gobernase; como si él acaso fuera el solo Dios del universo, ó como si nosotros mismos fuéramos los artifices de la felicidad ó desgracia de nuestra suerte?

Permitid, pues, que manifestandoos hoy el exemplo de la sumision de Maria, os hable de una materia de tanta importancia; y como por razon de vuestros puestos, de vuestros empleos, y de vuestro nacimiento sois los mas interesados en los mayores sucesos que ocurren en la tierra, permitid que os enseñe á dirigirlos á su origen, y á conocer un Dios en el universo, que es quien solamente dispensa los buenos y los malos sucesos.

Manifestaré primeramente las causas ocultas de nuestra repugnancia á la voluntad de Dios. En segundo lugar, las utilidades que acompañan á la sumision á su voluntad santisima.

Es decir, ¿de qué proviene que nunca queramos nosotros lo que Dios quiere? Y no obstante esto, ¿de qué proviene que sea de tanta suavidad y consuelo el no querer sino lo que quiere Dios? Imploremos, &c. Ave Maria. (R)

(a) Luis XIV.

Tomo II.

B

PRI-

PRIMERA PARTE.

Las principales causas de nuestra resistencia á la voluntad Divina son: Primeramente, una vana razon que todos los dias llama las obras del Señor al juicio de las propias luces, que quiere intimamente conozer lo que debiera adorar, y condena con temeridad lo que no puede comprehender.

En segundo lugar; un exceso de amor propio, que hace que todo lo atribuyamos á nosotros mismos, y que nos miremos como si fuéramos solos en el mundo, y todo se hubiera hecho para nosotros. De modo que todo lo que no se comprehende en el plan de nuestros fines y de nuestras pasiones nos altera.

En tercer lugar, finalmente; una falsa virtud, que baxo el pretexto de buscar á Dios, no busca mas que á sí misma, y substituye siempre los deseos inútiles de un bien que el Señor no nos pide, á las obligaciones que su santa voluntad nos ha impuesto. Esto es lo que Maria con su exemplo nos enseña hoy á sacrificar á las ordenes del cielo.

Primeramente, una vana razon. ¿Quántas dudas, quántas dificultades, dice San Bernardo, no podia esta Señora oponer á las ordenes de Dios, que la obligaban á ir á sacrificar al Templo? ¿Qué razonamientos especiosos? Su parto no habia sido manchado con ninguna impureza: Siendo madre habia quedado mas pura; ¿Pues qué necesidad tenia de purificarse de una mancha que no habia contraído, y rescatar con una vil ofrenda al que venia á redimir á todos los hombres de la servidumbre del demonio y del pecado? Con todo eso obedece, y sacrificando sus luces á las razones eternas y siempre justas de la Divina Sabiduría, nos enseña que al Señor corresponde el mandar, y á la criatura obedecer y sujetarse.

No

No obstante, Católicos, nosotros siempre queremos que Dios dé cuenta de su conducta; y en medio de ser unas vanas criaturas, continuamente nos atrevemos á llamar al Señor á juicio con nosotros. Queremos ser sabios contra el mismo Dios; y ya sea que él obre con su providencia general en orden á la salud de todos los hombres, ó bien con sus eternos designios en orden á nuestros particulares destinos, nunca juzgamos que tiene razon, y oponemos siempre nuestros flacos razonamientos á los profundos abismos de su eterna razon y sabiduría.

He dicho: *ya sea que obre con su providencia general en orden á la salud de los hombres.* ¿Pues qué otra cosa oímos todos los dias en el mundo, sino reflexiones insensatas en orden á los fines de Dios? Continuamente se le pregunta la razon de la incomprehensible sabiduría de sus consejos, y de los arcanos de su providencia. ¿Por qué permite tantos Infieles en la tierra? ¿Por qué no se salvan todos los hombres? ¿Por qué ha hecho tan difícil la salvacion? ¿Por qué á los hombres los hizo tan flacos? ¿Por qué no ha hablado con mas claridad acerca de las mas de las cosas que debemos creer? ¿Por qué permite tantos sucesos tan funestos á la fé, y á la gloria de su Iglesia? Y otras mil ridiculas preguntas con que intenta el hombre burlarse de Dios: El vil esclavo quisiera llamar á cuentas á su Señor Soberano; el vaso de barro se atreve á preguntar al Soberano Artifice, ¿por qué le hace de este modo? El gusano despreciable en este destierro, en el que un inmenso abismo le separa de su Dios, se atreve á levantar los ojos al cielo, deseando mudar los decretos eternos; dá consejos al Señor; señala á su Sabiduría nuevos caminos; condena la economía de la religion; se forma un plan especioso y mas acomodado; se atreve á reformar esta grande obra, que es el fin de todos los designios de Dios, y á substituir las quimeras de su propio

B 2

pio

pio espíritu, que son obra de confusión y de tinieblas.

Y á la verdad, Católicos, si los mismos Principes en la conducta de los negocios públicos, y en las infinitas máquinas con que mueven todo el cuerpo de los Estados é Imperios, tienen secretos que nosotros no podemos penetrar; ¿por qué hemos de querer que Dios en sus eternos fines acerca de la salud y destino de los hombres no los tenga para sus criaturas? Si el gobierno de un solo estado pide consejos ocultos, y medidas desconocidas, que muchas veces nos alteran porque no conocemos las razones y utilidades secretas, ¿por qué hemos de querer que el gobierno del universo, que la conducta universal de todos los hombres, y de todos los siglos, desde el principio hasta el fin del mundo, no tenga respecto de nosotros, ciertos secretos y ciertas obscuridades con que las razones eternas se oculten á nuestras débiles luces? Si en el Consejo de los Soberanos hay misterios, según la expresión de los libros santos, ¿no los ha de haber en los Consejos de Dios? Y si, como dice la Escritura, es necesario respetar el secreto de los Reyes en la conducta de sus pueblos, y no formar vanos discursos sobre unos medios, cuyos motivos ignoramos siempre, ¿ha de ser menos respetable el secreto del Rey de los Reyes en el gobierno de las cosas humanas? ¿Y seríamos menos temerarios en mezclar nuestras frívolas reflexiones con sus eternos Consejos, cuyas profundas causas siempre están ocultas en él solo, y de quien jamás conocemos sino lo que su bondad quiere manifestarnos?

Adoremos los secretos de Dios, Católicos. Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan Divino y admirable, ¿por qué no hemos de inferir que lo es también lo que no conocemos? Si es sabio en las obras que nos manifiesta, por qué no lo será también en las que nos oculta? Si la fábrica del mundo que vemos es una obra tan llena de armonía, de sabiduría, y de luz, ¿por qué

qué la economía de la religión, que no podemos ver, y que es el principal de sus designios, ha de ser una obra de confusión y de tinieblas? Si arregló con tanto peso y medida las cosas visibles que han de perecer, ¿cómo pudo dexar desordenadas las cosas invisibles que durarán tanto como él?

Dixe también: *ya sea que obre con sus eternos designios en orden á nuestros destinos particulares.* Porque no solamente condenamos su conducta en orden á sus eternos fines para con todos los hombres, sino también respecto de nosotros. Nos quejamos de su Providencia, y de que nos ha puesto en ciertas circunstancias en que nuestra flaqueza hace inevitables los escollos. Le echamos en cara el habernos dado un destino incompatible con las obligaciones que nos impone; nos quejamos de que la Corte, las conexiones, los empleos á que nos une nuestra clase, y nuestro nacimiento, nos apartan de la salvación, y nos la hacen como imposible: Nos parece que nos salvaríamos en una vida privada, y lexos de las grandes tentaciones: Reformamos el plan eterno de su Providencia respecto de nosotros, y nos figuramos á nuestro gusto una suerte mas segura que la que nos ha formado su adorable sabiduría.

No pensamos en que Dios proporciona las gracias á los estados: Que todas las situaciones en que su ordenación nos coloca, lexos de ser escollos, pueden ser motivos de salvación para nosotros: Que la mayor parte de los peligros y de las ocasiones de que nos quejamos, mas están en nuestras pasiones que en nuestros estados. No pensamos en que la misma flaqueza que nos hace hallar escollos en medio del mundo y de la Corte, nos hubiera servido de tentación aún en el retiro: Que á todas partes llevamos con nosotros mismos la raíz de nuestros delitos y de nuestras desgracias; y que así no debemos esperar nuestra seguridad de causa alguna externa, ni de nuestra situación, sino solamente

de la vigilancia que debemos tener sobre nosotros mismos. No pensamos en que todos los estados tienen sus peligros: Que los Santos en qualquier estado que se hallasen, en la Corte, ó en los Desiertos, no aseguraron su salvacion sino con violencias inauditas: Que es error el creer que hay en la tierra estado alguno en que no cueste grandes esfuerzos la salvacion: Que nuestra imaginacion nos promete seguridad en aquellos estados en que no podemos hallarnos, solamente para calmarnos acerca de las infidelidades en que vivimos en nuestro estado presente: Que el amor propio continuamente nos engaña, y que para suavizar á nuestra vista los desordenes de nuestra vida, hace que nos quejemos de nuestra situacion, para impedir que nos quejemos de nosotros mismos. Finalmente, no pensamos en que si son mayores los peligros en el estado de grandeza en que nacimos, son tambien mayores, y mas considerables los bienes que en él podemos hacer; que si hay en él mas ocasiones de caer, tambien hay mas para la virtud y para el merito; que los objetos engañosos, y los grandes espectáculos que nos rodean, no tanto son lazos como instrucciones: Que la Corte, á la que nos liga nuestra suerte, todos los dias nos presenta motivos de desengaños: Que sus disgustos ponen al corazon en arma contra los peligros: Que sus amarguras desengañan de sus placeres: Que sus inconstancias y revoluciones resfrían sus esperanzas: Que el vacío y fastidio de sus diversiones nos llama como por sí mismo á una vida mas seria y mas sólida: Que la perfidia y la falsedad de sus amistades nos hace buscar en solo Dios un amigo eterno y fiel: En una palabra, que en el mismo mal hallamos el remedio, y que la Sabiduría de Dios ha dispuesto con una providencia admirable para la salud de todos los hombres, que en cada estado los peligros tengan sus compensaciones, y proporcionen, por decirlo así, las seguridades; y que los mismos objetos

que hacen la herida, tengan tambien el antidoto contra ellas. *Oh Dios mio!* Sois vos un Juez de nuestras obras tan sufrido y tan misericordioso, y nosotros hemos de ser unos censores severos y eternos de las vuestras! *¡Nosotros continuamente os llamamos á juicio, y vos suspendeis el vuestro!* *¡Nosotros todos los dias os pedimos cuenta de vuestros adorables fines, y vos dilatais la cuenta terrible que nosotros os hemos de dar de nuestras intenciones, y de nuestros pasos!* *Oh Dios mio!* *¿Qué será del hombre si os portais con él como él se porta con vos, si quereis sacarle culpado como el quiere hacer con vuestra Providencia, y si examinais sus faltas con el mismo rigor que él examina vuestras maravillas?* Primera causa de nuestra oposicion á la voluntad Divina: una vana razon. La segunda es el excesivo y desordenado amor de nosotros mismos; y este es el segundo sacrificio de sumision á la voluntad de Dios de que hoy nos dá exemplo Maria. A la verdad, consultando solamente los pareceres humanos hubiera hallado mil pretextos para eximirse de la voluntad del Dios de sus Padres. Los intereses de su Divina Maternidad, el prodigio de su parto, la misma vergüenza de su pobreza, y lo corto de su ofrenda, todo parece que levantaba su corazon contra la sumision que Dios la pedia. Pero no escuchaba la voz de la carne y de la sangre, pues se persuade á que el primer Sacrificio que Dios nos pide es el de nosotros mismos, y que la sola ofrenda que quiere es la que regularmente nos cuesta mas.

Y ved aqui, Católicos, de donde proviene, en segundo lugar, la oposicion que la voluntad Divina halla siempre en nuestros corazones. Porque como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos, (pues este es un vicio muy comun, particularmente entre los grandes) como hacemos que quanto nos rodea sirva á noso-

tros solos, como si todo se hubiera hecho para nosotros; como no hacemos caso de quanto pasa en el mundo, sino en quanto dice relación con nosotros; en una palabra, como vivimos del mismo modo que si fuéramos solos en el mundo, y como si el universo solo hubiera sido hecho para nosotros, quisieramos que Dios en nadie mas pensase que en nosotros; que se conformase con el plan de nuestro amor propio; que no obrase sino para nosotros solos; que todo lo ordenase á nosotros solos; que no dispusiese de las cosas de la tierra sino en nuestro favor; que en vez de ser el gobernador del universo, y el Dios de todas las criaturas, solo fuese el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Y así nosotros, Católicos, los que no obstante nuestro puesto, nuestra elevación, nuestro nacimiento, no somos mas que un atomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisieramos hacer mover toda la máquina á medida de nuestro gusto; que todos los sucesos se acomodasen con nuestros deseos; que el Sol solamente saliese y se ocultase para nosotros. Finalmente quisieramos ser el fin de todas las ideas y de todos los designios de Dios, del mismo modo que nos constituimos el unico fin de todos nuestros designios y proyectos en la tierra.

Y de aqui proviene primeramente, Católicos, que ni en la aflicción, ni en la prosperidad, no nos conformamos con la voluntad de Dios. No juzgamos de las circunstancias en que nos hallamos, sino en orden á nosotros mismos. De este modo qualquiera cosa que turba un solo instante de nuestros placeres; qualquiera cosa que descompona la soberbia y ambición de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas nos molesta é inquieta; nos quejamos de Dios; creemos que nos mira con ceño, y nos maltrata: Nosotros, Católicos, que en la elevación y en la abundancia en que nacimos casi nada tenemos que padecer, nosotros, cuyas

ligeras penas se compensan con tantas cosas capaces de contentar al amor propio, y que como dice el Profeta, no conocemos los trabajos y amarguras que afligen á los demás hombres, pues nuestros mas tristes instantes serian los mas felices para muchos desgraciados. ¡Ah! Lo que tenemos que temer en nuestro estado es el que Dios no mezcle la suficiente amargura en todos los placeres que nos rodean; el que permita que seamos demasiado felices en la tierra; el que nos dexé gozar con demasiada tranquilidad de todas las conveniencias con que nacimos, y que no se digne de visitarnos algunas veces con aflicciones en su gran misericordia. Es preciso que Dios esté muy irritado contra nosotros quando todo favorece nuestras pasiones; quando nuestros placeres no hallan obstáculos; quando todo cede á nuestras inclinaciones; y quando solo el deseo de nuestro amor propio parece que decide de quanto nos pertenece. ¡Qué terrible es entonces Dios para nosotros, Católicos! Nos trata como á víctimas que se engordan y adornan de flores para conducir las inmediatamente á la hoguera, por estar destinadas para el Sacrificio.

En segundo lugar se infiere, que como nos amamos excesivamente á nosotros mismos, y no ponemos límites á nuestros deseos, jamás estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevación, ni con nuestros puestos; siempre juzgamos que falta alguna cosa al ansia de nuestro amor propio: Si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece lo que poseemos: Nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos, y en medidas: No sabemos gozar tranquila y christianamente de lo que nos ofrece la Providencia: Lo que nos falta nos inquieta más que lo que quanto nos satisface lo que poseemos: Mientras vemos algun camino que nos falta que andar, no nos contentamos con el que ya hemos andado: Siempre va subiendo nuestra sober-

tros solos, como si todo se hubiera hecho para nosotros; como no hacemos caso de quanto pasa en el mundo, sino en quanto dice relación con nosotros; en una palabra, como vivimos del mismo modo que si fuéramos solos en el mundo, y como si el universo solo hubiera sido hecho para nosotros, quisiéramos que Dios en nadie mas pensase que en nosotros; que se conformase con el plan de nuestro amor propio; que no obrase sino para nosotros solos; que todo lo ordenase á nosotros solos; que no dispusiese de las cosas de la tierra sino en nuestro favor; que en vez de ser el gobernador del universo, y el Dios de todas las criaturas, solo fuese el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Y así nosotros, Católicos, los que no obstante nuestro puesto, nuestra elevación, nuestro nacimiento, no somos mas que un atomo imperceptible en medio de este vasto universo, quisiéramos hacer mover toda la máquina á medida de nuestro gusto; que todos los sucesos se acomodasen con nuestros deseos; que el Sol solamente saliese y se ocultase para nosotros. Finalmente quisiéramos ser el fin de todas las ideas y de todos los designios de Dios, del mismo modo que nos constituimos el unico fin de todos nuestros designios y proyectos en la tierra.

Y de aqui proviene primeramente, Católicos, que ni en la aflicción, ni en la prosperidad, no nos conformamos con la voluntad de Dios. No juzgamos de las circunstancias en que nos hallamos, sino en orden á nosotros mismos. De este modo qualquiera cosa que turba un solo instante de nuestros placeres; qualquiera cosa que descompona la soberbia y ambición de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas nos molesta é inquieta; nos quejamos de Dios; creemos que nos mira con ceño, y nos maltrata: Nosotros, Católicos, que en la elevación y en la abundancia en que nacimos casi nada tenemos que padecer, nosotros, cuyas

ligeras penas se compensan con tantas cosas capaces de contentar al amor propio, y que como dice el Profeta, no conocemos los trabajos y amarguras que afligen á los demás hombres, pues nuestros mas tristes instantes serian los mas felices para muchos desgraciados. ¡Ah! Lo que tenemos que temer en nuestro estado es el que Dios no mezcle la suficiente amargura en todos los placeres que nos rodean; el que permita que seamos demasiado felices en la tierra; el que nos dexé gozar con demasiada tranquilidad de todas las conveniencias con que nacimos, y que no se digne de visitarnos algunas veces con aflicciones en su gran misericordia. Es preciso que Dios esté muy irritado contra nosotros quando todo favorece nuestras pasiones; quando nuestros placeres no hallan obstáculos; quando todo cede á nuestras inclinaciones; y quando solo el deseo de nuestro amor propio parece que decide de quanto nos pertenece. ¡Qué terrible es entonces Dios para nosotros, Católicos! Nos trata como á víctimas que se engordan y adornan de flores para conducir las inmediatamente á la hoguera, por estar destinadas para el Sacrificio.

En segundo lugar se infiere, que como nos amamos excesivamente á nosotros mismos, y no ponemos límites á nuestros deseos, jamás estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevación, ni con nuestros puestos; siempre juzgamos que falta alguna cosa al ansia de nuestro amor propio: Si no tenemos todo lo que deseamos, nada nos parece lo que poseemos: Nos deshacemos en ideas, en pretensiones, en proyectos, y en medidas: No sabemos gozar tranquila y christianamente de lo que nos ofrece la Providencia: Lo que nos falta nos inquieta mas que quanto nos satisface lo que poseemos: Mientras vemos algun camino que nos falta que andar, no nos contentamos con el que ya hemos andado: Siempre va subiendo nuestra sober-

via, (a) como dice el Profeta; semejantes á un Piloto que camina en alta mar, quando hemos llegado hasta donde se estendia nuestra vista y nuestras esperanzas, descubrimos un nuevo punto de vista, nuevos países, y espacios inmensos que alientan nuestras pretensiones. Quanto mas nos elevamos, mas se estienden nuestros deseos; quanto mas caminamos, mas camino descubrimos por andar: Quando hemos llegado al término de nuestros deseos, solo nos sirve éste de camino que nos conduce á otros: Nunca nos agrada nuestro estado presente; el destino en que nos coloca Dios, nunca es el que nosotros queremos; somos ingeniosos para hacernos infelices; nos armamos continuamente contra nuestro propio deseo; no queremos lo que Dios quiere, y basta el que la Providencia nos conceda el bien que hemos deseado mucho tiempo, para que nos disguste.

En tercer lugar se infiere, que como nuestro amor propio se ha apoderado de todo el Universo, y miramos todo lo que deseamos como herencia nuestra, quantos puestos y honores se escapan de nuestra ansia, y recaen en otros, los miramos como bienes que nos pertenecian, y que nos han usurpado injustamente: Quanto nos excede ó nos iguala, nos turba y ofende; miramos con envidia la elevacion de nuestros proximos; su prosperidad nos inquieta; su fortuna es nuestra desgracia; sus felicidades son en nuestro corazon un veneno secreto, que derrama amargura en toda nuestra vida; los aplausos que reciben son para nosotros oprobrios que nos humillan; quanto les es favorable, lo volvemos contra nosotros; no sabemos querer lo que Dios quiere, y no contentos con nuestras desgracias, nos formamos tambien un infortunio de la felicidad de nuestros proximos.

(a) Psalm. 73. v. 23.

Ultimamente se infiere, que como juzgamos ser los unicos que poseemos la prudencia, quanto no se acomoda con nuestras ideas, y con nuestro modo de discurrir en la disposicion de las cosas de la tierra, lo censuramos y reprobamos: Quisieramos que se repartieran los puestos y dignidades á nuestro gusto; que nuestras ideas y consejos arreglasen la fortuna del público; que los favores cayesen solamente sobre aquellos á quienes se los tiene ya destinados nuestro voto; que los sucesos públicos se gobernasen segun aquellas medidas que nosotros hubieramos escogido; reprobamos continuamente la eleccion de nuestros Superiores; no hallamos sugeto que sea digno de los puestos que ocupa; no respetamos como debemos el orden de Dios en el orden exterior de este mundo visible, ni su voluntad santa en la voluntad de los Soberanos, que solo tienen en su mano la autoridad y el poder para ser los primeros Ministros de su Providencia; no podemos querer lo que Dios quiere; tenemos por injusticia, por pasion y por imprudencia el repartimiento de los puestos y favores. Podrá suceder que estos hombres obren mal, y hagan elecciones injustas, pero Dios siempre obra con razon, y se sirve de sus yerros para cumplir los eternos fines de su Providencia en los pueblos, y en los Imperios.

¡Qué grande, y qué magnífico es el mundo, Católicos! ¡Qué orden, qué sabiduría, qué magnificencia ofrece á nuestra vista el gobierno de los Estados é Imperios, quando en él contemplamos á un Dios invisible, Soberano Gobernador del Universo, que dispone de todo quanto en él hay, con peso, con número, y con medida! Sin cuya orden no se cae ni aun un cabello de nuestra cabeza: por cuya voluntad se hace todo; que vé los mas remotos sucesos en sus causas; que encierra en su voluntad las causas de todos los sucesos; que dá al mundo Principes y Soberanos segun los fines de

justicia ó de misericordia que tiene para con los pueblos que dá la paz, ó permite la guerra, segun los fines de su Sabiduría para con sus escogidos y su Iglesia; que dá á los Reyes Ministros sabios, ó corrompidos, Amanes, ó Mardocheos, ó para castigar los pecados de los pueblos, ó para exercitar la fé de sus siervos; que dispensa los buenos, ó los malos sucesos, segun que son útiles para la consumacion de su obra; que regla el curso de las pasiones humanas, y con inexplicables artificios hace que sirva á las ideas de su misericordia aun la misma malicia de los hombres.

¡Qué lleno está el mundo, Católicos, de orden, de armonía, y de magnificencia, considerado baxo este respeto, y atendiendo al Soberano Artífice que le gobierna! ¡Qué espectáculo es este tan digno de la fé! Pero si separais á Dios, si considerais al mundo por sí solo, si no mirais en él mas que las pasiones humanas, que parece lo ponen todo en movimiento, si no contemplais en él la voluntad eterna del Señor, que es el invisible principio que comunica el movimiento á todas las cosas, entonces no es mas que un caos, un teatro de confusion y desorden, en el que ninguno está en su puesto; en donde el impío goza de la recompensa de la virtud; en donde muchas veces tocan en suerte al justo el desprecio y las penas del vicio; en donde las pasiones son las únicas leyes que se consultan; en donde los hombres solo están unidos entre sí por los mismos intereses que los dividen; en donde la casualidad parece que decide de los mayores sucesos; en donde el buen éxito rara vez es prueba ó recompensa de las justas pretensiones; en donde la ambicion y la temeridad se levantan á los primeros puestos, que ó los teme el mérito, ó se le niegan. Finalmente, donde no se vé orden alguno, porque solo se advierte la irregularidad de los movimientos, sin comprehender el secreto ni el fin de ellos.

Es.

Esto es el mundo separado de Dios, y así es como nosotros le miramos. No vemos en él una Sabiduría Soberana, que juega, si es lícito decirlo así, en el Universo, arruinando los Estados y los Imperios, y levantando otros sobre sus ruinas; mudando continuamente los nombres y fortunas de los mortales, y dexando las cosas de la tierra en una inconstancia, y en una revolucion eterna, para enseñarnos á que nos unamos al que solo es inmutable, y siempre permanece el mismo.

Es verdad que muchas veces resistimos á Dios con pretexto de buscarle. Ultima raíz de nuestra oposicion á la voluntad divina, una falsa virtud; y ultimo escollo que nos enseña á evitar Maria con su exemplo.

A la verdad, si esta Señora no hubiera consultado mas que á su zelo por la gloria de su Hijo, los intereses de su Divino Nacimiento, y los obstáculos que parecia oponer su Purificacion al fruto de su ministerio, confirmando la incredulidad de su pueblo, y haciendole pasar por un simple Hijo de Maria y de Josef; si no hubiera consultado mas que á estos temores nacidos de su misma piedad, debia Maria, al parecer, eximirse de la ley comun, y no ir al Templo á manifestar en su Hijo una apariencia de mancha y de pecado, que le confundia con los demás hijos de Judá. Pero desconfia de un zelo que no ve estar en el orden de Dios; en tanto quiere la salud de los hombres y la gloria de su Hijo, en quanto la quiere el mismo Dios; y nada tiene por seguro, aun en la virtud, sino el conformarse con su voluntad santa.

Sí, Católicos, nada es bueno para nosotros sino lo que Dios quiere: la piedad que no se funda en una conformidad continua con su voluntad santa, es una falsa virtud; mas es un amor propio oculto y peligroso, que un culto verdadero de Dios; y con todo eso casi siempre es este el flaco de la piedad. Nunca que-

re-

remos buscar á Dios por los caminos que nos abre su mano misma; y hacemos que consista la virtud, no en querer lo que Dios quiere, sino en escuchar nuestras inclinaciones y seguirlas.

Primeramente. Nunca nos agradan las obligaciones de nuestro estado, y siempre hacemos en lugar de ellas otras obras arbitrarias que no nos pide Dios. El casado tendría gran gusto en rezar, en ejercitarse en obras de misericordia, pasaría los días enteros sin molestia en el retiro y en la leccion de libros espirituales, quisiera poder acudir á consolar los afligidos; pero lo que le molesta, lo que no le gusta es la sumision, el agrado, y la afabilidad recíproca que une los corazones, y que tanto encarga el Apostol á las mugeres christianas; aquella condescendencia que une los genios y las voluntades: aquella paciencia que desarma la ferocidad, y se concilia la estimacion y el afecto; aquellos cuidados y aquellas atenciones domesticas que afianzan el buen orden de las familias, conservan la paz, precaven los excesos y el escándalo de las disensiones, y hacen que Dios habite en medio de una familia fiel. Gustamos de todo aquello que Dios no nos pide, y no de lo que él quiere; y muchas veces la piedad de la muger fiel, que debiera ser el origen de la paz, de la tranquilidad, del consuelo de una casa santa, y ganar al marido infiel, le aparta y empeora por falta de afabilidad y de condescendencia, y es la raíz de las antipatías y divisiones, y motivo de que se tenga miedo á la virtud, cuyo fruto es la paz, como si ella fuera la señal infalible de los disgustos é inquietudes de las familias.

En segundo lugar: Si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, echamos á este estado la culpa de nuestra tibieza, y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios: Nos figuramos que con una salud mas segura cumpliríamos con mil ejercicios de piedad, para
los

los cuales nos hallamos inhabiles: No acabamos de comprender, que el sujetarse á Dios, y usar santamente del estado en que nos pone es rezar, es mortificarse, es ejercitarse en obras de misericordia, y todo se incluye en esto: Que el Señor sabe mejor que nosotros lo que nos conviene; que nosotros no debemos escogernos el camino, y que toda la perfeccion de la fé, y toda la seguridad del alma fiel consiste en no querer mas de lo que Dios quiere.

En tercer lugar: No sufrimos con paciencia nuestras propias imperfecciones; somos molestos á nosotros mismos; aquellas infidelidades que todos los días advertimos en nosotros causan muchas inquietudes á nuestro amor propio, y nos disgustan de la virtud: Quisieramos no ver en nosotros nada que reprehender, vivir satisfechos de nosotros mismos, aplaudir en nuestro interior nuestra virtud, y gozar del lisongeró testimonio de nuestra conciencia; nuestras faltas nos inquietan y nos acobardan en el camino del Señor, porque nos turban aquella paz absolutamente humana, y humillan aquella oculta soberbia que busca dentro de nosotros mismos una vana condescendencia: No sabemos mirar nuestros defectos como permission de Dios, y sacar de ellos la utilidad que se propone su Sabiduría: Dios quiere que obremos nuestra salud con temor y temblor, y nosotros quisieramos obrarla con una entera seguridad. Dios quiere conducirnos por la fé, y nosotros quisieramos ir á él por el camino de la luz clara. Dios quiere que siempre vivamos inciertos de si somos dignos de amor ó de odio; y nosotros, despues de haber dado algunos débiles pasos en la penitencia, y en la piedad, quisieramos estar asegurados de que su Magestad se nos ha dado á nosotros. Dios quiere que vivamos siempre dependientes de él, y nosotros quisieramos poder hallar un apoyo carnal dentro de nosotros mismos. Dios quiere que pongamos nuestra suerte en sus
ma-

manos, y nosotros quisieramos tenerla en las nuestras: en una palabra, Dios quiere que nuestra salvacion dependa de él, y nosotros quisieramos que unicamente dependiese de nosotros.

En quarto lugar: Si los pecadores, revestidos de la pública autoridad, ponen algun obstáculo á nuestro zelo, ó algunas contradicciones á las empresas que son utiles á la virtud, no observamos con ellos regla alguna de caridad: creemos tener derecho para declamar contra sus malas intenciones, para descubrir sus vicios, para hacerlos pasar por enemigos públicos de todo lo bueno, y de la justicia; con pretexto de que gemimos oprimidos de su ceguera, nos cegamos á nosotros mismos: y en vez de pedir á Dios en silencio que mude su corazon, y dexar en sus manos los intereses de su Iglesia, á la que sabrá proteger á pesar de la malicia y poder de los hombres, nos persuadimos á que el titulo de protectores de la piedad nos autoriza para violar las leyes de la piedad misma.

Finalmente, no podemos sufrir los desordenes de nuestros iguales, de nuestros parientes, de nuestros Superiores, con quienes tenemos que vivir: Tenemos por virtud el censurarlos, el desacreditarlos, el exasperarlos; nos quejamos de nuestra suerte, que nos une con lazos de obligacion y sociedad á unas personas que viven como Paganos, sin pensamiento alguno de piedad ni de religion: Tendriamos por mucho mayor bien el vivir entre unas almas fieles, que pensasen como nosotros; y con la amargura y aspereza de nuestra compañía hacemos que la piedad les sea tan odiosa como nosotros mismos; y haciendo nuestras censuras que les sean inutiles nuestros exemplos, se figuran que la virtud es como nosotros, esto es, dura, molesta, sin piedad, llena de hiel y de presuncion; y en vez de ganarlos sufriendolos, los apartamos con el desprecio; y mas parece que triunfamos á costa de sus vicios,

cios, que el que nos compadecemos con caridad y religion de sus flaquezas.

La conformidad con la voluntad de Dios, Católicos, hace, si es lícito decirlo así, que respetemos en los pecadores las ideas de su eterna Sabiduría para con ellos, pues ésta los hace utiles á la salud de sus escogidos, y muchas veces por el mismo camino de sus desordenes los reduce á la penitencia y á la salvacion. De este modo la verdadera virtud mira á los pecadores en las manos de Dios; los sufre con caridad, porque los sufre el mismo Dios; los ama tiernamente, porque pueden llegar á ser hijos de Dios, y porque son utiles á los fines de su Providencia: Espera para ellos los instantes de la gracia; adora los eternos fines de aquel que ha señalado los límites á las pasiones de los hombres como al ímpetu de las olas del mar. El querer lo que Dios quiere ó permite, tanto respecto de los otros, como de nosotros mismos, es circunstancia inseparable de la virtud. Los vicios nos deben afligir, pero siempre debemos amar á los pecadores.

Y así, Católicos, no hay cosa que inspire mas agrado, mas caridad, mas humanidad para con los hombres, que considerar continuamente la voluntad de Dios en ellos. Es verdad que son aborrecibles por sí mismos quando son pecadores; pero en el orden de Dios siempre son dignos de nuestro amor y de nuestro respeto. Sirven para la obra de la Predestinacion, y acaso están destinados para ser algun dia partes de ella. Debemos, pues, mirar sus pasiones con dolor, pero con paciencia: reprehenderlos si están sujetos á nosotros, pero sufrirlos con caridad: desear su conversion con ansia, pero esperarla sin inquietud: y no hacer que nuestra virtud consista en despreciar los pecadores, sino en desear sinceramente su penitencia.

Estas son las tres raíces de nuestra oposicion á la voluntad de Dios, y los tres Sacrificios de que hoy nos

dá exemplo Maria. Pero despues de haberos manifestado los obstáculos que se hallan en nosotros para someternos á Dios, es necesario explicaros las utilidades y consuelos que nos facilita la sumision á sus santísima voluntad.

SEGUNDA PARTE.

TRES copiosas fuentes de pesares forman todas las desgracias é inquietudes de la vida humana: los vanos pronosticos de lo futuro: las infinitas inquietudes acerca de lo presente: y los inútiles pesares de lo pasado. Lo futuro nos inquieta con sus temores y esperanzas: lo presente nos agita con sus embarazos y contratiempos: Finalmente aun lo pasado nos atormenta, haciendonos presentes, con una molesta memoria, los males que debiera haber hecho olvidar el tiempo. Esto es lo que hace desgraciados en la tierra á todos los hombres que no viven de la fé y en dependencia de Dios.

La sumision á la voluntad de Dios nos hace esperar sin inquietud lo futuro: nos hace mirar con tranquilidad lo presente; y acordarnos con utilidad de lo pasado. En todas estas situaciones nos hace hallar en Dios, y en la continua conformidad con sus ordenes, la paz y el consuelo que jamás podria hallar el pecador en sus pasiones, ni en sí mismo.

Digo primeramente, que esta sumision nos hace esperar, como hoy á Maria, lo futuro, sin inquietud. Porque, Católicos, ¿qué sustos no debiera suscitar en su alma santa la Profecía del viejo Simeon acerca de la futura suerte de su hijo? la anuncia que una espada de dolor atravesará sus maternas entrañas: Que este hijo sería expuesto como un blanco á los dardos de los malos, y á la contradiccion de su pueblo; y que serviria,

tanto para la perdicion, como para la salud de muchos: ¿Qué tropél de temores, de inquietudes, de desconfianzas debieran turbar entonces la paz en su corazon? No obstante, como el Profeta, deposita todos sus pensamientos y todos sus sustos en el seno de Dios: solo mira lo futuro en el orden sabio é inmutable de su voluntad eterna: Adora anticipadamente las ideas del Padre Celestial para con este hijo: Se somete á ellas sin querer investigarlas ni conocerlas: Y entregandose á solo Dios en quanto la pertenece, es perfecta su tranquilidad porque es entera su sumision.

Sí, Católicos, las inquietudes acerca de lo futuro forman el mas amargo veneno de la vida humana; y los hombres solo son desgraciados porque no se saben contener en el momento presente. Aceleran sus penas y sus cuidados: buscan en lo por venir con que hacerse infelices, como si no tuvieran bastantes inquietudes en lo presente: se forman quimeras con que atemorizarse á sí mismos, como si no tuvieran bastantes pesares verdaderos: Se atormentan continuamente por el dia de mañana, como si no bastára á cada dia su malicia. El tener mas talentos que otros solo les sirve para formarse mas inquietudes; el estenderse mas lejos su vista, para anticiparse á ver sus desgracias; el ser mas sabios, para estar mas inquietos y temerosos; y el ser mas advertidos, para ser de peor condicion, y estar menos tranquilos que los imprudentes é insensatos. ¿Os conoceis por estas señas, Católicos? Porque ¿qué es la vida de la Corte mas que un eterno sobresalto acerca de lo futuro, una revolucion penosa de temores, de precauciones y de esperanzas? *De Temores.* Todos los sucesos nos presentan casi nuevos miedos: La elevacion de un competidor nos hace temer nuestra desgracia: El favor de un enemigo nos muestra desde lejos como segura nuestra perdicion: Una mirada menos agradable del Soberano nos hace ya preveer nuestro olvido, y

dá exemplo Maria. Pero despues de haberos manifestado los obstáculos que se hallan en nosotros para someternos á Dios, es necesario explicaros las utilidades y consuelos que nos facilita la sumision á sus santísima voluntad.

SEGUNDA PARTE.

TRES copiosas fuentes de pesares forman todas las desgracias é inquietudes de la vida humana: los vanos pronosticos de lo futuro: las infinitas inquietudes acerca de lo presente: y los inútiles pesares de lo pasado. Lo futuro nos inquieta con sus temores y esperanzas: lo presente nos agita con sus embarazos y contratiempos: Finalmente aun lo pasado nos atormenta, haciendonos presentes, con una molesta memoria, los males que debiera haber hecho olvidar el tiempo. Esto es lo que hace desgraciados en la tierra á todos los hombres que no viven de la fé y en dependencia de Dios.

La sumision á la voluntad de Dios nos hace esperar sin inquietud lo futuro: nos hace mirar con tranquilidad lo presente; y acordarnos con utilidad de lo pasado. En todas estas situaciones nos hace hallar en Dios, y en la continua conformidad con sus ordenes, la paz y el consuelo que jamás podria hallar el pecador en sus pasiones, ni en sí mismo.

Digo primeramente, que esta sumision nos hace esperar, como hoy á Maria, lo futuro, sin inquietud. Porque, Católicos, ¿qué sustos no debiera suscitar en su alma santa la Profecía del viejo Simeon acerca de la futura suerte de su hijo? la anuncia que una espada de dolor atravesará sus maternas entrañas: Que este hijo sería expuesto como un blanco á los dardos de los malos, y á la contradiccion de su pueblo; y que serviría,

tanto para la perdicion, como para la salud de muchos: ¿Qué tropél de temores, de inquietudes, de desconfianzas debieran turbar entonces la paz en su corazon? No obstante, como el Profeta, deposita todos sus pensamientos y todos sus sustos en el seno de Dios: solo mira lo futuro en el orden sabio é inmutable de su voluntad eterna: Adora anticipadamente las ideas del Padre Celestial para con este hijo: Se somete á ellas sin querer investigarlas ni conocerlas: Y entregándose á solo Dios en quanto la pertenece, es perfecta su tranquilidad porque es entera su sumision.

Sí, Católicos, las inquietudes acerca de lo futuro forman el mas amargo veneno de la vida humana; y los hombres solo son desgraciados porque no se saben contener en el momento presente. Aceleran sus penas y sus cuidados: buscan en lo por venir con que hacerse infelices, como si no tuvieran bastantes inquietudes en lo presente: se forman quimeras con que atemorizarse á sí mismos, como si no tuvieran bastantes pesares verdaderos: Se atormentan continuamente por el dia de mañana, como si no bastára á cada dia su malicia. El tener mas talentos que otros solo les sirve para formarse mas inquietudes; el estenderse mas lejos su vista, para anticiparse á ver sus desgracias; el ser mas sabios, para estar mas inquietos y temerosos; y el ser mas advertidos, para ser de peor condicion, y estar menos tranquilos que los imprudentes é insensatos. ¿Os conoceis por estas señas, Católicos? Porque ¿qué es la vida de la Corte mas que un eterno sobresalto acerca de lo futuro, una revolucion penosa de temores, de precauciones y de esperanzas? *De Temores.* Todos los sucesos nos presentan casi nuevos miedos: La elevacion de un competidor nos hace temer nuestra desgracia: El favor de un enemigo nos muestra desde lejos como segura nuestra perdicion: Una mirada menos agradable del Soberano nos hace ya preveer nuestro olvido, y

nuestra ruina. *De Precauciones.* Continuamente estamos tomando medidas, ó para obtener gracias que nunca conseguiremos, ó para precaver disgustos y pesares que vendrán. Finalmente; *De esperanzas:* Continuamente nos está lisongeando la esperanza de alguna dicha, pero para llegar á ella es necesario sacrificar el sosiego, y todas las dulzuras presentes: La felicidad siempre se queda en la idea que se la figura; las esclavitudes y penas están en el corazón que las padece y le consumen.

Pero una alma sujeta á Dios no padece estas inquietudes, estos miedos, ni estos cuidados que agitan á los hijos del siglo: Sabe que lo futuro está determinado en los consejos eternos de la Providencia, que no pudiendo nuestras inquietudes y cuidados mudar ni aun el color de un solo cabello, mucho menos mudarán el orden de estos inmutables decretos; que nada se arriesga en entregarse á él en orden á todo lo que debe suceder: Que el saber que todo un Dios se digna de mezclarse en lo que nos pertenece, nos sirve de consuelo, y aun mucho mas el leer en los libros Santos que nos manda que nos entreguemos á él solo; y finalmente, que él se encarga de lo futuro, y solo nos manda que santifiquemos con la fé el uso de lo presente.

No quiero decir con esto que la fé autoriza la pereza ó la imprudencia, y que para estar sujeto á Dios en orden á lo futuro sea preciso entregarse á él de tal modo que se abandonen todos los cuidados, y se desprecien todas las precauciones. El fiel confía en Dios, pero no le tienta: trabaja como si todo dependiera de sí mismo; está tranquilo en orden al suceso, porque conoce que todo depende de Dios; sabe que debe valerse de la razón para tomar las precauciones y medidas, pero también sabe que la fé espera el buen éxito de Dios solo; usa de prudencia en la elección de los medios, pero permanece con sencillez y sumisión es-

perando los sucesos: en una palabra, la prudencia es comun al fiel y al mundano, pero la paz y la tranquilidad solo son para el fiel.

Pero quando digo comun, Católicos, quiero decir que les es comun solo el nombre de prudencia, porque hay gran distincion en las señales de una prudencia christiana y sujeta á Dios, y las de una prudencia humana. El Apostol Santiago nos explica estas señales. (a)

Primeramente; la prudencia del fiel, dice el Apostol, es casta é inocente. *Primum quidem pudica.* No conoce mas reglas legítimas que las que le permite la conciencia, y aprueba la religion; no se vale de los delitos para conseguir sus fines, y qualquiera prudencia incompatible con la salvacion la tiene por locura. Al contrario la del pecador, es corrompida y culpable, y hace traycion á su conciencia por conseguir sus fines: En nada tiene los delitos, ó los pasos ilegítimos, con tal que le conduzcan al fin: busca el buen éxito aun á costa de su alma, y quanto le puede ser util, luego lo juzga inocente.

En segundo lugar, la prudencia del fiel es tranquila y amiga de la paz. *Deinde quidem pacifica.* Sus medidas siempre son pacíficas, porque siempre las sujeta á la voluntad de Dios. No desea las felicidades si no en quanto son del agrado de Dios, y en las precauciones que toma, mas intenta agradar á Dios, que se las ordena, que darse satisfaccion á sí mismo. Al contrario la del pecador, siempre está inquieta, porque nunca se somete: pone su felicidad, no en el orden de Dios, sino en el acierto de sus medidas: espera la paz, no de su sumision, sino del suceso; y su misma prudencia es el origen de sus pesares é inquietudes.

En tercer lugar, la prudencia del fiel es modesta:

(a) *Epist. Jacob. cap. 3. v. 17.*

Modesta. Se aparta de proyectos ambiciosos: solo intenta los fines que son conformes á su estado: sabe poner límites á sus deseos: no tanto piensa en elevarse, como en ser útil; y su moderacion es el tesoro de donde saca la raíz de la paz, y la seguridad de su inocencia. La del pecador es insaciable, continuamente toma nuevas medidas, porque siempre está formando nuevos proyectos. Su ambicion no conoce límites: tiene por conveniente todo lo que le agrada: los mas peligrosos puestos no le atemorizan; el unico peligro que teme es el mal suceso de sus medidas: y no le dá cuidado el exponer su salvacion con tal que asegure su fortuna.

En quarto lugar, la prudencia del fiel es humilde y docil: *Suadibilis.* Siempre desconfia de sus propios talentos; mas fia en los socorros del cielo, que en todas las medidas de la prudencia humana; y sin ser negligente lo espera todo de solo Dios. Al contrario la del pecador, está llena de soberbia, no cuenta mas que con la debilidad de sus medidas; confia en su propia prudencia; espera de sus cuidados la felicidad, y obra él solo como si no hubiera Dios que se mezclase en los negocios de los hombres.

En quinto lugar, la prudencia del fiel no es sospechosa: *Non judicans.* No busca su seguridad en la desconfianza continua de sus proximos: cree el mal con dificultad: mas quiere caer en sus lazos, que juzgar temerariamente de sus intenciones y pensamientos: La prudencia del pecador solo halla su seguridad en sus sospechas y en sus desconfianzas. Como su corazon está corrompido, todo le parece corrupcion y doblez en los demás: mira á todos los hombres como á sus enemigos; sospecha el mal en donde no le vé: se persuade á que para juzgar con seguridad, es necesario juzgar mal de sus proximos; y toda su prudencia se reduce á suponer en todos los hombres todo aquello de que es capaz él mismo.

En

En sexto lugar, la prudencia del fiel no tiene ficciones, *sine simulatione.* No pone su habilidad en sus artificios, como no quiere engañar, no necesita de fingir; y toda su habilidad consiste en su candor y sinceridad. Al contrario la del pecador, es un perpetuo doblez: sus labios contradicen siempre á su corazon; su semblante es siempre la contradiccion de sus pensamientos; cree que su talento crece á proporcion de su falsedad: Toda su vida no es mas que un cúmulo de ruindades y mala fé: y su prudencia le hace padecer una continua fatiga, porque siempre le están precisando á fingir.

Finalmente, la prudencia del fiel está llena de misericordia y de frutos de buenas obras: *Plena misericordia, & fructibus bonis.* Junta á los medios humanos las prácticas de la virtud, y los socorros de la Oracion: asegura la felicidad de sus medidas con la abundancia de sus liberalidades, y con los meritos de la misericordia; y en las obligaciones de la religion halla los principales arbitrios, y el unico apoyo de su fortuna. Al contrario el pecador, mira á la piedad como obstáculo para su elevacion, huye de las máximas de la religion como incomodas á su fortuna; y si alguna vez recurre á las apariencias de la virtud es para abusar de ella, y hallar un camino mas seguro para conseguir lo que desea.

Tambien, continúa el Apostol de quien he sacado estos caracteres, la prudencia del fiel es una semilla y un continuo manantial de paz en su corazon: *Fruitus autem justitie in pace seminatur, facientibus pacem.* Pero la prudencia del siglo que no viene del cielo, sino de la corrupcion del pecador, y del desorden de sus pasiones, es una continua revolucion de temores, de deseos, de pesares, y como es la obra de sus pasiones, nunca podrá ser mas tranquila que sus pasio-

des

nes mismas: *Non enim ista sapientia desunstan descendens à Patre luminum, sed terrena, animalis, diabolica.* (a)

La segunda raíz de las inquietudes humanas son los sucesos presentes, y lo que todos los días pasa á nuestra vista. Casi nunca nos sucede cosa alguna según nuestros deseos; lo que amamos nos abandona; lo que deseamos huye de nosotros, y siempre nos sucede lo mismo que tememos. Nunca somos felices en todo; si la fortuna nos alhaga, la salud nos abandona; si gozamos salud, nos falta la fortuna; si el favor del Príncipe nos eleva, la envidia del Cortesano nos deshonra y desautoriza; si nos perdona la envidia, y podemos contar con los votos del público, el Soberano nos desprecia: finalmente, en qualquiera situacion que nos hallemos siempre falta alguna cosa á nuestra felicidad; y lo peor que tiene el hombre es, que un solo pesar puede mas para con él que mil placeres, y lo que le falta, por poco que sea, emponzoña todo quanto posee.

Pero una alma fiel halla, como hoy Maria, en una sumision absoluta á las ordenes de Dios, un alivio siempre pronto á los estorvos de su presente situacion. En las ideas de Dios para con la Señora todo era incomprehensible; la humildad de su Hijo, y la futura grandeza que la anuncian; la espada que habia de atravesar su corazon, y todas las Naciones que no obstante eso la habian de llamar feliz; el desprecio de que se vé cercada, y los grandes sucesos que la esperan. Pero la voluntad de Dios es la única solucion de sus dudas, y el mayor consuelo de sus penas.

Sí, Católicos, la causa de que la sumision á la

(a) V. 15.

voluntad de Dios, sea de tanto consuelo aun en medio de las mayores adversidades en que nos coloca, es primeramente, el ser la voluntad de un Dios Omnipotente á quien todo es facil, dueño de los sucesos, que con una sola mirada puede acabar todas nuestras penas, para quien nada es difícil, y solo con que él lo diga quedan hechas todas las cosas. ¡Oh! Los hombres á quienes nos entregamos no nos podrán sacar de los enredos y peligros en que nos empeñan. Todos los días vemos á los amadores del mundo caer con sus protectores, y con aquellos apoyos de carne y sangre en quienes ponen una vana confianza; semejantes, dice el Profeta, á aquellos que buscan un debil asilo contra la pared de barro ya inclinada, y pronta á caer, que tarde ó temprano quedan sepultados en sus ruinas: *Tanquam parietis inclinato, & macerie depulse.* (a) Infinitas circunstancias hay en que los hombres con todo su poder nada pueden hacer por nosotros; á lo menos nunca podrán hacernos mas felices que ellos, y como ellos nunca son enteramente dichosos, no debemos esperar que hagan nuestra condicion mejor que la suya, ni que hagan por nosotros lo que no pueden hacer para sí mismos.

Pero el gran consuelo para una alma sujeta á Dios es el poderse decir á sí misma: Dios es bastante poderoso para sostenerme; nada aventuro en dexarle obrar; tiene remedios para todas mis necesidades; lo que á los hombres parece desesperado es facil á su poder; quiere que esperemos contra la misma esperanza; y quanto mas inutiles parecen los socorros humanos, mas bien acude á socorrernos, para acostumbrarnos á que todo lo esperemos de él, y á no poner nuestra confianza en los hombres.

En

(a) Psalm. 61. v. 3.

Tomo II.

E

En segundo lugar: nos sometemos á la voluntad de un Dios Sabio, que tiene sus eternos fines en los sucesos que nos proporciona; que vé las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca; que nada hace por acaso, y conoce los sucesos aun antes de tomar las medidas. ¡Ah! Nosotros podemos inquietarnos acerca del estado que nos proporcionamos nosotros mismos, porque no nos conocemos bien para poder determinar lo que nos conviene; y por lo comun en nuestras elecciones mas consultamos los intereses de nuestra pasion, que los de nuestra alma; pero lo que consuela á una alma fiel sujeta á Dios, es la Sabiduría del mismo Señor en quien pone su confianza. Dios tiene sus razones, se dice continuamente el alma fiel, para colocarme en estas circunstancias, y aunque yo no las conozco, no por eso son menos justas y adorables. Yo no debo medir sus incomprendibles fines con mis luces flacas y limitadas: Es verdad que yo no veo adonde pueda conducirme por los caminos por donde me lleva, pero una vez que su mano es quien me los franquea, no hay mas que caminar sin temor. Muchas veces guia ácia la tierra de promision por los rodeos penosos y áridos del Desierto, y casi siempre nos oculta sus fines, por dexarnos entero el merito de la sumision y de la confianza.

Finalmente, no solo porque nos sometemos á la voluntad de un Dios poderoso y sabio, sino tambien de un Dios bueno, compasivo y misericordioso, que nos ama, y no quiere mas que nuestra salvacion. Los hombres, muchas veces fingiendo favorecernos, solo intentan dañarnos; en tanto nos estiman, en quanto les somos utiles; mas bien quieren aprovecharse de nosotros para su felicidad, que hacernos dichosos.

Pero Dios solo intenta nuestra salvacion: quanto quiere en orden á nosotros, no lo quiere mas que

pa-

para nosotros: Solamente nuestros intereses eternos regulan sus pasos en orden á nosotros: si nos castiga es por salvarnos; si nos humilla, no intenta mas que nuestra salvacion; si nos eleva, nuestra salvacion es quien le mueve; finalmente, en qualquiera situacion que nos coloque siempre es Padre que nos guia, amigo que nos gobierna, protector que nos ampara, guia que nos dirige y enseña los caminos. ¡Ah! Católicos. Nosotros nos tenemos por muy seguros quando nuestros intereses y nuestra fortuna están en manos de un amigo fiel, á quien por mucho tiempo hemos experimentado, y de quien nos fiamos como de nosotros mismos; no queremos ni aun informarnos de las razones que tiene para valerse de los medios que usa para servirnos; aprobamos quanto hace, nos conformamos, y nos parece que nos conviene: Pues este es el consuelo de una alma fiel que ha puesto su suerte en las manos de Dios: no examina las razones que puede tener su bondad paternal en las diversas circunstancias en que la coloca; la basta el saber que es un Dios en quien todas las ideas están llenas de bondad y de misericordia para con sus criaturas; un Padre que solo desea la salud de su hijo; un amigo cariñoso y fiel, á quien nada mueve tanto su corazon como los intereses de su amado. ¡Qué estado, Católicos! ¿Hay en la tierra otro mas apetecible para la criatura? Y aun quando no se hallára en la religion mas que esta sola utilidad, ¿no seria la eleccion del justo y del fiel la mas feliz y la mas razonable que puede escoger el hombre en la tierra?

Finalmente, los disgustos de lo pasado son el último manantial de las inquietudes humanas: No nos acordamos de los molestos sucesos de nuestra vida, sino con unas tristes representaciones que emponzoñan la memoria: Nuestras pasadas pérdidas nos atormentan aun con las inútiles reflexiones acerca de las medidas que

E 2

pu-

pudieramos haber tomado para evitarlas: Continuamente nos estamos acusando de haber sido nosotros mismos los autores de nuestra desgracia: Continuamente nos estamos diciendo que si hubieramos tomado tal ó tal precaucion nos hubieramos ahorrado muchas lágrimas y pesares; añadimos á nuestras desgracias la de atribuir las á nuestra inconsideracion: Despues de hecho el daño nos representamos como muy fáciles los medios de evitarle, para sentir mas vivamente la pena de haber caído en él; y en vez de contemplar en esto la Sabiduría y voluntad de Dios que lo gobernaron todo, y que debieran hacernos olvidar nuestras penas, no miramos en ellas mas que nuestros engaños, los que aumentan nuestros pesares, y hacen que sean eternos nuestros trabajos.

En esto nos sirve tambien de exemplo la sumision de Maria. En todos los sucesos de su vida pasada no mira mas que á Dios; en la embaxada del Angel, en el prodigio de su parto, en la fé de los pastores, en la adopcion de los Magos, contempla, dice el Evangelio, y conserva en su corazon todas estas maravillas, y toda la pasada conducta de Dios para con ella: la esperanza y el language profético de la Santa Viuda Ana, y del justo Simeon, la acuerdan todo quanto el Señor habia hecho hasta entonces por ella, y por aquel Hijo: *Confiterens in corde suo*. En todas estas ocasiones nada vé humano, sino todo Divino; y no pudiendo dudar que sola la mano del Altísimo la habia gobernado hasta entonces, no halla dificultad en persuadirse que es la misma quien la guia al Templo á sujetarse al Sacrificio y á la humillacion que la pide.

Esta, Católicos, es la gran ciencia de la fé; lo pasado debiera servirnos de una instruccion continua, en que debieramos estudiar las disposiciones y voluntad adorable del Señor acerca del destino de los hombres; debieramos acordarnos continuamente de quanto hemos vis-

visto suceder, particularmente en la Corte donde vivimos, y que es como el teatro de las revoluciones humanas; tantas mudanzas repentinas, tantas muertes terribles y no esperadas, los accidentes tan funestos, las prosperidades ó desgracias del Estado, la elevacion ó caída de los que ocupaban los primeros puestos, en fin, tanta variedad en el favor, en la fortuna, en la estimacion, en la decadencia ó aumento de las familias; debieramos acordarnos de esto solamente, vuelvo á decir, para vér en todo ello la Sabiduría de Dios, que continuamente se burla de las pasiones humanas, y eleva, ó trastorna en un instante, para darnos á conocer la fragilidad de quanto sucede, y enseñarnos que toda la sabiduría humana no podrá librarnos del menor contratiempo; y que no hay consejo contra los consejos de Dios.

Con todo eso, la memoria de lo pasado, en vez de instruirnos, nos engaña; no sirve mas que de despertar en nosotros pasiones injustas; nos acordamos de la caída de aquellos á quienes vimos á la frente de todos los negocios, y eran los árbitros de la fortuna del público, y esta memoria en vez de desengañarnos de quanto hemos visto desaparecer y eclipsarse en un instante, y enseñarnos que nada son las prosperidades temporales si no se immortalizan usando de ellas christianamente, mas sirve de avivar nuestra ambicion con los obstáculos, que siempre habia opuesto á nuestra fortuna su grande autoridad, que de instruir nuestra fé con la inconstancia que lo ha trastornado todo en un instante. Finalmente, en ninguna parte contemplamos á Dios; todo pasa, todo desaparece, todo huye de nuestra vista; se levanta insensiblemente un nuevo mundo sobre las ruinas del que vimos quando venimos á él; se manifiesta una nueva Corte en lugar de la que habiamos visto en nuestros primeros años; han aparecido en el teatro nuevos personajes; continuamente se observan en el

el universo nuevas scenas; nos hallamos casi solos y estrangeros en medio del mundo, y entre los hombres á quienes hemos visto nacer, y separados de aquellos con quienes habiamos vivido al principio: todo huye, todo desaparece, todo corre rapidamente á precipitarse en la nada: Y en medio de estas revoluciones continuas, en que solo Dios, que no se muda, parece tan grande; en que Dios solo, que mudando continuamente la cara del universo, siempre permanece el mismo, y se manifiesta tan digno de nuestros respetos, no le vemos, nunca levantamos la consideracion hasta él, nos mantenemos entre las ruinas de un mundo que está ya medio deshecho entre nuestras manos, nos divertimos en nuestra idea con lo que ya pasó, tenemos por realidad lo que ya no existe, nuestros primeros años manchan aun nuestro corazon con ideas lascivas é injustas, hacemos revivir continuamente los delitos de nuestros dias ya pasados, nos parece que nos falta tiempo para ofender á Dios, excitamos sin cesar dentro de nosotros las imagenes que renuevan nuestros pasados delitos; esto es, hacemos que nuestra vida sirva dos veces á la culpa, sin haber servido ni un instante á la virtud. De este modo lo pasado, en vez de desengañarnos é instruirnos, nos inficiona y engaña: No vemos en ello mas que las revoluciones humanas; no elevamos á mas nuestra consideracion, y vivimos como si el universo se gobernara por acaso, y como si no hubiera mas razon de lo que en él sucede, que el mismo suceso.

¡Ah, Católicos! Los Patriarcas, cuya vida era tan dilatada, no se ocupaban mas que en meditar en los grandes sucesos que les habian acaecido en su larga vida, en las maravillas del Señor, y en el orden de su adorable voluntad; se acordaban de los diferentes caminos por donde los habia conducido su Sabiduría; admiraban en ellos las inefables disposiciones de su Providencia; este era el libro en que continuamente estudiaban las gran-

dezas de Dios y sus misericordias para con las criaturas; este era el mas suave consuelo de su peregrinacion; miraban á Dios en todas las cosas; el invisible era como visible para ellos en todos los diversos y maravillosos sucesos de su vida; no veían mas que á Dios en el universo; y nunca contaban con los hombres de quien se servia su sabiduría para cumplir sus adorables fines.

Y esta, Católicos, es la grande ciencia que nos enseñan nuestras Divinas Escrituras. En las demás historias que nos han dexado los hombres solo se vé obrar á los mismos hombres: ellos son los que ganan las victorias, los que toman las plazas, sujetan los Imperios, destronan los Soberanos, y se elevan á sí mismos al supremo poder: No se hace mencion de Dios en ninguna parte; los hombres son los unicos actores. Pero en la historia de los libros Santos, Dios solo es quien lo hace todo: Dios solo quien hace reynar á los Reyes; quien los coloca, ó derriba del Trono: Dios solo quien combate contra los enemigos, quien arruina las ciudades; quien dispone de los Estados y de los Imperios; quien dá la paz ó la guerra; no se vé mas que á Dios en esta Divina historia; en ella, si es licito decirlo así, no hay otro heroe; los Reyes y los Conquistadores solo se manifiestan en ella como Ministros de su voluntad Santa. Finalmente, estos Divinos libros quitan el velo á la Providencia: Dios que se oculta en los sucesos que se refieren en nuestras historias, se manifiesta en ellos claramente: En este solo libro que el espíritu de Dios nos ha dexado en la tierra, es en el que debemos aprender á leer las historias que nos han dexado los hombres; á suplir con la fé lo que ha omitido el espíritu humano; y á mirar las diferentes revoluciones con que ha sido agitado el universo, como la historia de los fines y voluntad del Señor para con los hombres.

Estas son las instrucciones que halla una alma fiel en la memoria de lo pasado. Tambien será uno de los mayores consuelos para los Santos en la Gloria el vér claramente el orden admirable de la voluntad del Señor en todos los sucesos de su vida pasada. Entonces se descubrirá el enigma: verán como acá en la tierra todo se ordenaba á su salvacion; verán con qué bondad, con qué adorable sabiduría hacia Dios que todo sirviese á la santificacion de los suyos; esto es, todo quanto sucedia en la tierra, toda la historia de su siglo, la piedad ó desorden de los Principes, la ganancia ó pérdida de las batallas, la felicidad ó desgracia pública, y verán que todo esto, con una oculta y maravillosa conexion que entonces conocerán claramente, debia contribuir á la consumacion de sus escogidos; y como hasta las mismas caídas fueron utiles para su salvacion.

Al contrario: el mayor sobresalto de los pecadores será el vér, que al mismo tiempo que creían vivir sin yugo y sin Dios en éste mundo, estaban en las manos de su Sabiduría, que se servia aun de sus mismos desordenes para el cumplimiento de sus eternos designios; que creyendo vivir para sí solos, eran en las manos de Dios instrumentos utiles para la santificacion de los justos; que de este modo aún sus mas ruidosas acciones eran utiles á los fines de Dios, aunque inútiles para sí mismos: Que los grandes espectáculos que dieron al mundo, y que tanto lisongeaban su vanidad no tenían conexion alguna con ellos; que solo vivieron para los escogidos; y que ellos solos fueron los que no tuvieron parte alguna en todos los grandes sucesos en que fueron los principales actores, y por los que serán celebrados en las historias; en una palabra: que hicieron mucho ruido en el mundo, pero que era Dios á quien glorificaban, y que nada hicieron para sí mismos; semejantes al trueno que admira á la tierra, y dá á conocer á los hombres la grandeza y poder de Dios

Dios, pero en sí mismo no es mas que un vano sonido, y en pasando, solo dexa la infeccion de la materia que le produce.

Esta reflexion, Católicos, debiera atraer á todos los hombres á una continua sumision á la voluntad del Señor: Porque por ultimo, sujetense ó no á su voluntad santa, es cierto que siempre obran baxo su dominio, y que no hacen mas de lo que les permite el Soberano dueño; que solo consiguen sus fines en quanto su adorable sabiduría lo tiene por conveniente; que no pueden eximirse de las ordenes de su poder; y que rebelandose contra sus leyes, sin alterar los sucesos, no hacen mas que multiplicar sus delitos.

Estas son las utilidades que sacan los fieles de la sujecion á las ordenes de Dios: á qualquiera parte de la vida humana que os volvais, Católicos, no hallareis mas que este punto fixo, y este consuelo sólido: sujetarse á Dios, y no querer sino lo que Dios quiere. Este es el gran secreto de la piedad Christiana; la mas preciosa utilidad de la fe, y la mayor ciencia de una alma fiel: Fuera de esto, Católicos, ¿qué es la vida humana mas que un mar furioso y agitado, en el que siempre estamos al arbitrio de las olas, y en el que cada instante se muda nuestro estado, y nos dá nuevos sustos? ¿Qué son los hombres sino el triste juguete de sus insensatas pasiones, y de la continua variedad de los sucesos? Ligados por la corrupcion de su corazon á todas las cosas presentes, están con ellas en continuo movimiento; y semejantes á aquellas figuras que se lleva tras sí una rápida rueda, nunca tienen consistencia segura. Cada instante es para ellos un nuevo estado: Fluctúan á discrecion de la inconstancia de las cosas humanas, queriendo continuamente fijarse en las criaturas, y obligados sin cesar á desprenderse de ellas; creyendo siempre haber hallado el lugar de su reposo, y continuamente precisados á volver á empezar su carrera;

cansados de las agitaciones, y con todo eso llevados siempre de su torrente; nada les fija, nada les consuela, nada les alivia en sus penas, nada les suaviza su dolor en los adversos sucesos; ni el mundo, que es la causa, ni su conciencia, que se los hace mas amargos, ni el orden de Dios contra quien se vuelven; beben hasta las heces toda la amargura de su Caliz; se contentan con mudarla de un vaso á otro, dice el Profeta; se consuelan de una pasion con otra pasion nueva, de una perdida con un nuevo empeño, de una desgracia con nuevas esperanzas; en todo les sigue la amargura, mudan de situacion, pero no de suplicio. *Et inclinavit ex hoc in hoc; verumtamen fœx ejus non est exinanita.* (a)

Gran Dios, ¿por qué no os ha de estar sujeta mi alma? *Nonne Deo subjecta erit anima mea.* (b) ¿Sois por ventura algun Señor tan cruel, que haya peligro en poner nuestra suerte en vuestras manos? ¿Qué es lo que yo puedo temer en orden á quanto me pertenece, ó gran Dios, entregandome todo á Vos solo? ¡Ah! Mientras que yo mismo he querido ser el árbitro de mi suerte, me he confundido con mis propios proyectos; jamás han correspondido los sucesos á mis deseos y medidas; no he conseguido mas que fabricarme cada dia nuevos estorvos y pesares; queriendo buscar seguridades, me formaba precipicios; y lo que miraba como mi descanso, se volvia inmediatamente contra mí mismo; Vos, Señor, os divertiais en transtornar el edificio segun yo le iba levantando; queriais enseñarme que el hombre edifica en vano la casa, y que si no la sostiene y levanta vuestra soberana mano, solo se dispone tristes ruinas; que es mucho mas seguro el dexaros obrar á Vos solo, Dios mio, ó no obrar sino segun vuestras ordenes. ¿De cuántas inquietudes me hubie-

(a) *Psalm. 74. v. 9.* (b) *Psalm. 61. v. 2.*

biera libertado, si hubiera sido fiel á esta obligacion? Mi suerte hubiera sido la misma, pero no hubieran sido los mismos mis pesares; en mi sumision á vuestra voluntad santa hubiera hallado la paz que jamás he podido hallar en el mundo, ni en mi propio corazon, y despues la recompensa que prometeis á los que en la tierra no han deseado mas que el cumplimiento de vuestra voluntad eterna. Amen.



SERMON II.
PARA LA FIESTA
DE LA PURIFICACION.

ACERCA DE LAS DISPOSICIONES
necesarias para consagrarse á Dios
con una nueva vida.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariae secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Habiendose cumplido el tiempo de la purificación de Maria, segun la Ley de Moyses, llevaron el Niño á Jerusalén para presentarle al Señor. *Luc. 2. v. 22.*

NO solamente vá Jesu-Christo hoy al Templo para cumplir con la Ley que mandaba consagrar al Señor todos los hijos Primogenitos, sino tambien para dar cumplimiento á la figura: no solo vá á sujetarse á un precepto que no se habia impuesto para él, sino tambien á manifestar los mysterios de una ceremonia, que solamente se ordenaba á él.

¿ Por qué mandaría, Católicos, el Señor, que se le

ofre-

ofreciesen los Primogenitos de los hombres, y de los animales, como para rescatar en esta ofrenda la vida y servidumbre de los demás? ¿ Por qué se reservaría en la ley de Moyses las primicias de los frutos de la tierra? ¿ No es igualmente dueño de todos nuestros bienes? ¿ Le es acaso menos debido el sacrificio de la tarde, que el de la mañana? ¿ Para qué serán estas figuras? Porque Jesu-Christo, Primogenito entre sus hermanos, debia algun dia ofrecerse para libertarlos de la condenacion de Adán; y tambien porque Jesu-Christo, fruto sublime de la tierra, como le llama un Profeta, debia ser presentado en el Templo, santificar con esta oblacion á toda la naturaleza, y restituir al hombre el derecho de usar de los bienes que ella produce, del que estaba privado por haber abusado de él injustamente.

Esto no era mas que una sombra de lo futuro, y por eso no cesaban los Profetas de anunciarnos, que el resplandor del antiguo Templo cederia á la Magestad del nuevo. Ya no baxan desde el cielo nubes de Gloria para cubrir el Santuario, sino que hoy llueven en él al Justo: ya no anuncia el Angel del Señor su voluntad á su pueblo desde lo íntimo del Propiciatorio, sino el mismo Señor del Templo viene en persona á instruir á los hombres en las eternas verdades de su salvacion: ya no vienen los Príncipes y Conquistadores profanos, atraídos de la fama y magestad de aquel santo lugar á adorar en él al Dios de los Exércitos, y á cargar sus Altares de magnificas ofrendas; sino el mismo Príncipe de la Paz, el Rey inmortal de los siglos, el Conquistador de Judá, revestido con los despojos de las naciones, viene á ofrecerlas todas á su Padre, como trofeo de su victoria: ya no sube con magestad el humo de los incienso ácia el Trono Celestial, sino las Oraciones y súplicas de Jesu-Christo, las que siempre son oídas por causa de su excelencia: ya no corre sobre

bre el Altar la sangre de las víctimas, sino que en él se cumple anticipadamente la oblation sangrienta del Redentor de Israel: finalmente no es este un Primogenito á quien la Synagoga ofrece y rescata al mismo tiempo, como incapaz de purificarla de sus manchas, sino que es la misma Iglesia figurada en Maria, que vá á ofrecer su Cabeza, su Primogenito, las primicias de los que duermen en el Seno de Abraham, para quedar con esta santa oblation sin mancha y sin arruga, y como una pura Virgen, dispuesta para entrar con el Señor en el Santuario eterno para siempre.

Como esta es, pues, la primera señal pública de culto que Jesu-Christo dá á su Padre, sin duda quiere enseñarnos en ella las disposiciones con que se debe entrar para consagrarse á él con una nueva vida. Examinemos, pues, las principales circunstancias de este Misterio, y hallaremos en él un espíritu de Sacrificio en Jesu-Christo que se ofrece á su Padre, y un espíritu de fidelidad en Maria que le ofrece. Estas son las dos disposiciones que hacen durable y sincera la conversion, y agradable á Dios la ofrenda de nuestros corazones; un espíritu de sacrificio, que quando se ofrece no reserva nada; y un espíritu de fidelidad, que en nada falte mientras le sirve. Imploremos, &c.
Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

EL primer respeto que ofreció el Alma Santísima de Jesu-Christo quando entró en el mundo á la justicia y grandeza de su Padre, fue, dice el Apostol, una oblation de sí misma, y el Seno de Maria fue como el primer Templo en que por la primera vez se ofreció este holocausto. Pero en este Sacrificio invisible se hallaba todo el aparato de las ceremonias visibles: era preciso que la víctima estuviese sobre el Altar; que

que el precio con que se rescataba fuese llevado al Templo; que se pusiese en las manos del Pontifice de la Ley; que las santas y justas mugeres se hallasen en este nuevo calvario; que Maria Santísima estuviese presente al Sacrificio; que reluciese allí anticipadamente la espada de dolor que habia de atravesar su corazon: En una palabra, que allí todo delinease á la vista de su Padre las circunstancias de la Cruz, y la anticipada historia de aquel grande Sacrificio.

A la verdad, Católicos, que no habiendo aún llegado su hora, Jesu-Christo solo se presenta hoy en el Templo para darse priesa mientras espera, á delinear en él los preludios y semejanzas de su cruento Sacrificio; y así como antes de unirse á nuestra naturaleza se deleytaba, dice Tertuliano, en manifestarse á los Patriarcas baxo una forma visible, como para satisfacer la impaciencia de su amor con estos símbolos y ensayos de su Encarnacion; del mismo modo antes de espirar en la Cruz, se deleyta en ofrecer á su Padre unas anticipadas representaciones de aquel gran sacrificio, como para contentar anticipadamente el deseo que le oprime de ser bautizado con aquel bautismo de sangre, y de gloriarse con su muerte.

Pero aunque no se vea aquí mas que una imagen del calvario, no por eso es menos real la oblation dice San Bernardo, y esta es la primera condicion que me propondré por modelo: la realidad de la ofrenda. Los demás Primogenitos, á quienes ponian en las manos del Pontifice, se presentaban en el Templo, mas para ser rescatados, que para ser consagrados al Señor. Esta ofrenda solo era simulada y aparente: Víctimas de pura ceremonia, que nunca morian en el Altar, pues reemplazadas inmediatamente por un vil animal, solo conservan en sí la exterioridad y aparato del Sacrificio.

Pero Jesu-Christo entrando hoy en el Templo, puesto en las manos del Pontifice, y colocado sobre el Altar, dice á su Padre: Vedme aqui; las hostias de la Ley no eran dignas de vuestra Magestad, pero Vos me formasteis un cuerpo, y la Ley de muerte que contra mí habeis pronunciado, es el mas ardiente deseo de mi corazon. Desde entonces acepta y padece anticipadamente quanto ha de padecer despues por su Padre. Ya se le presentan todos los trabajos futuros de su ministerio; las humillaciones de su vida oculta en Nazareth; las penosas carreras de su vida pública; la inutilidad de sus prodigios y doctrina; las calumnias de los Sacerdotes y Fariseos, y todas las circunstancias del infame suplicio; ya vé en el Templo el lugar de donde se ha de sacar el precio de su muerte; ya descubre entre la multitud de Sacerdotes que cercan el Altar, á los padres de aquellos que se sentarán algun dia para juzgarle como á reo; llevado por las calles de Jerusalem en los brazos de Maria, está ya oyendo á aquel pueblo sedicioso que pide su muerte con terribles gritos; ya vé el fatal camino en donde quedarán impresas sus sangrientas pisadas, y por donde, cargado con la Cruz, y cubierto de espinas, ha de subir al calvario, y aunque no está aun entregado á sus enemigos, empieza su amor el Sacrificio que el furor de éstos ha de acabar en la Cruz.

Primera instruccion. Sin duda que Dios pudiera pedirnos el Sacrificio de nuestra vida, pues todo pecador es indigno de vivir, y desde el instante que nos hacemos hijos del pecado, nos hacemos tambien hijos de muerte. Pero su clemencia conmutó esta pena, y el continuo sacrificio de los sentidos, es la ley de muerte impuesta á todos los Fieles. Esta es la ley que hemos aceptado todos en el Sagrado Bautismo, quando nos ofrecieron al Señor en el Templo: esta es la hostia que se nos manda ofrecer por nosotros, para

libertarnos de la comun maldicion, y adquirir el derecho de ser asociados al pueblo de Dios: este es el martyrio de la fe que todos hemos ofrecido: Este martyrio, dice San Cypriano, no espera á los Tyranos ni á los suplicios, porque halla en la tranquilidad del culto, y en las continuas violencias que hace á las pasiones, una paz mucho mas amarga y dolorosa que el terror de sus persecuciones y tormentos: este es el gran testimonio que todos debemos dar á la fe Christiana, confesando la verdad de sus promesas con el continuo sacrificio que la hacemos de nuestros sentidos y de nuestras pasiones; y en este sentido qualquiera Christiano es su testigo, esto es, Martyr de Jesu-Christo. *Eritis mihi testes.* (a)

Esta, Católicos, es la vida Christiana, una vida en que todo se renuncia, y se sacrifica. No obstante, el consagrarse á Dios en la mayor parte de las almas, que arrepentidas de sus pasados desordenes quieren servirle, no consiste mas que en manifestar algunas exterioridades religiosas, contraer amistades mas santas, no huir la comunicacion de los justos, separarse algunas veces del mundo para respirar con mas tranquilidad en el retiro, no avergonzarse de las obras públicas de misericordia, escoger un Director espiritual, y no vivir olvidados enteramente de los Sacramentos. Pero si no sois menos ambiciosos, menos terrenos, menos sensuales, menos delicados, menos envidiosos, ni menos vanos, os ofreceis al Señor como primogenitos de Israel, esto es, os poneis entre las manos del Pontifice, os presentais al pie de los Altares, pero no sois de la suerte del Señor; no haceis mas que ofrecer por vosotros un vil animal, obras exteriores, y apariencias de religion; supo-

(a) *Act. 1. v. 8.*
Tom. II.

neis que Dios se contenta con esto, y que en lugar de vuestro corazon y de vosotros mismos aceptará una ofrenda estraña.

No obstante: la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los Cortesanos, son de esta especie, subsisten con todas las pasiones, y aunque estas no son tan manifiestas, no por eso dejan de ser menos verdaderas. Entregaronse al Señor, pero no por eso se han separado de los mas viles y peligrosos cuidados de la fortuna. Las envidias, los rencores, las concurrencias, las conexiones humanas no hacen menos impresion en nosotros. La estimacion, la amistad de los Grandes, las distinciones públicas, los aplausos de los hombres, y sobre todo el favor del Soberano nada han perdido de su valor en nuestro corazon, y acaso ocupan el principal lugar en el plan de nuestra nueva vida. Entregaronse al Señor, pero hicieron de la piedad una vida suave y tranquila, libre solamente de los cuidados é inquietudes de las grandes pasiones: una simple indiferencia en orden á las inquietudes anexas á los placeres, en lo que mas hay de pereza que de virtud: una vida reducida á ciertas ocupaciones, que aunque á la verdad son inocentes, son al mismo tiempo faciles y gustosas: una vida por otra parte natural, y muchas veces ociosa, en la que solo se niegan á los sentidos los excesos mas torpes, y en la que muchas veces el vivir mas separado del tumulto; y de los grandes placeres, solo sirve de dejar mas tiempo desocupado para cuidar de las comodidades del cuerpo y de la salud: se entregaron al Señor; pero aunque hayan conocido los desordenes de una conexion illicita, aún no han roto el lazo fatal que la conservaba; cultivan aún las tristes reliquias de una pasión que creen estar apagada, porque se acabaron los excesos: gustan aún de vér aquellos objetos y aquellos lugares en que tantas veces perecieron: semejantes á Rachel, no tributan honores pú-

blicos á sus idolos, pero no acaban de resolverse á separarse de ellos, ni á perderlos de vista. En una palabra; se entregan al Señor, pero todo quanto les agradaba antes, todavia los agrada: no se han sacrificado: se han contentado con quitar la piel á la víctima, con mudar el exterior, con despojarse de un exterior lascivo y profano, pero no han tocado á lo demás: no han despedazado la víctima como mandaba la Ley, y la espada de la fé no ha hecho separacion alguna dolorosa: *Detrahaque pelle hostia artus in frustra concident.* (a)

Entretanto, perseverando en el uso de las cosas santas, viviendo esentos de los grandes delitos, siguiendo casi los mismos caminos que los justos, falta poco para tenerse por justos como ellos. Y en estos sujetos no es hipocresia, sino que permanecen en el error con buena fé. En el principio, en los primeros tiempos de la conversion, mas atemorizados entonces con la memoria aún reciente de nuestros desordenes, y de las satisfacciones de penitencia de que eramos deudores á la Divina Justicia, conociamos que nada habiamos hecho por Dios, nos avergonzabamos aún de llamarnos siervos de Jesu-Christo; y quando el mundo, demasiado pronto muchas veces para dar nombre de virtud y santidad á las mas leves mudanzas de vida no nos conocia bien, nosotros no nos engañabamos á nosotros mismos. Pero insensiblemente nos hemos ido familiarizando con este estado; las exterioridades de justicia nos han ocultado nuestra verdadera miseria: las alabanzas que daban los hombres á nuestra aparente virtud, nos han persuadido á que era verdadera; y que nos pedia mas el Señor. A fuerza de mirarnos con ojos agenos, hemos conseguido el tenernos

(a) *Levit. 1. v. 6.*

nos por lo que no somos, y sin haber hecho jamás á Dios un sacrificio real, y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras inclinaciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, de nuestros secretos rencores, de nuestra soberbia y ambicion creemos habernos consagrado al Señor, haber renunciado al mundo, y hecho el sacrificio que Dios nos pedía.

La piedad pues, Católicos, no es mas que el sacrificio de nuestro corazón; pero no basta el que la ofrenda sea real y verdadera, es tambien necesario que sea universal. *Segunda condicion.* Jesu-Christo, dice San Bernardo, sacrifica hoy á su Padre todos sus titulos; toda su gloria, y aún su misma inocencia; nada se reserva, para enseñarnos, dice este Santo Padre, que en la integridad del Sacrificio consiste regularmente todo su merito: *Offerentes illi utique quod sumus nosmetipsi.*

Es verdad que algunos quieren seriamente volverse á Dios, y empezar una nueva vida, pero no quieren hacer de repente un divorcio universal con el mundo; se figuran que si quisieran emprenderlo todo desde el principio, no harían nada; que es necesario irse venciendo poco á poco en ciertos puntos antes de llegar á otros; que en los principios no reprueba el Señor el que se concedan muchas cosas á la flaqueza; que es necesario ensayarse en los enemigos mas debiles para acometer con mas felicidad á los mas fuertes; y que David antes de atreverse á pelear con Goliath habia ya vencido Leones y Osos.

De este modo se moderan en el juego excesivo, pero no se atreven á privarse aún de los demás deleites; rompen una amistad culpable, pero no quieren al principio abandonar los espectáculos, las conversaciones peligrosas, las conexiones sospechosas é inútiles, y el excesivo cuidado de los adornos; se dicen á sí mismos, que

que cada cosa tendrá su tiempo, que es necesario que el mundo se vaya acostumbrando insensiblemente á su mudanza de vida, é irsela ellos tambien facilitando; temen apresurarse demasiado, y bautizan su flaqueza con el nombre de prudencia; pero unos principios gobernados de este modo nunca son felices, ni hacen grandes progresos. No sucede en la conversion lo que en las demás obras de los hombres; quando no es entera, no es conversion; y en faltando un solo punto, falta todo; en el alma todas las pasiones se reducen á una; y es superfluo el acometerlas separadamente, porque esto no es mas que cortar las cabezas de la hidra, que vuelven á renacer, y la gracia con nadie divide la victoria.

Es verdad que la piedad tiene sus grados, que cada dia se vá perfeccionando, y que se necesita el trabajo de quarenta años para levantar y perfeccionar los muros y el Templo de la Jerusalén Santa, figura del alma fiel. Pero el mundo, y quanto mal en él se encierra, debe desde el principio ser destruido en nuestro corazón; todo lo que es incompatible con la vida christiana debe cesar de repente, y luego que el Señor hace resonar su voz en el corazón debe caer toda entera á sus pies la pecadora Jericó, y no conservar de lo que antes era mas que sus ruinas y reliquias.

Y á la verdad, Católicos, que viniendo hoy Jesu-Christo para ofrecerse á su Padre á los pies del Altar, podia sin duda, como dueño que era del Templo, manifestar en él algun rayo de su gloria y de su poder, como quando arrojó á los que le profanaban; pero su amor se ofende con qualquiera division. Es el Eterno Pontifice de una nueva alianza; él solo tiene derecho para entrar en el verdadero Santuario, y sacrifica esta augusta qualidad viniendo á comprar el derecho de entrar en este Templo figurativo; es el Red-

dentor de Sion, y es rescatado como una víctima común; es el Legislador de los pueblos, y viene á sujetarse á una Ley, cuyo cumplimiento es él mismo. Finalmente, es el Libertador tantas veces prometido, y no reusa el ser rescatado de la comun servidumbre con la ofrenda de un vil animal; hace á su Padre un universal Sacrificio de todos los títulos con que su mismo Padre le adornó.

Pero esto es particularmente en lo que rara vez dejamos de reservar alguna cosa, no haciendo al Señor un sacrificio sincero de todas las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres. Aun quando desengañados del mundo nos apartamos de los excesos de las pasiones, no nos apartamos de la vanidad, ni de la ostentacion de nuestra clase y nacimiento, y queremos, si es licito decirlo así, que nuestros títulos tengan tambien parte en lo que hacemos por el Señor; si se consagran algunos dones á los Templos, se ha de immortalizar la memoria con las soberbias señales del nombre y de las dignidades; si se fabrican asilos de misericordia, vienen á ser estas casas monumentos públicos de la grandeza de sus bienhechores, y casi siempre lo primero que se vé en estas obras santas son las señales de la vanidad. Esta es la flaqueza, particularmente de los grandes: los sacrificios ocultos no agradan: las obras de religion que nos confunden con el pueblo nunca nos gustan; es necesario que quanto hacemos para el cielo lleve el carácter de lo que somos en la tierra; nos exercitamos en obras de misericordia pero queremos en ellas los primeros honores; nos humillamos hasta exercitar los ministerios mas viles de la caridad, pero nos humillamos con fausto, y aún en este mismo abatimiento damos á conocer que somos grandes; concurrimos á los lugares ocultos consagrados á los humildes exercicios de la misericordia, pero en ellos nos damos á conocer con distinciones de vanidad, y

parece que no queremos arriesgar el humillarnos, sin que esté ya preparada la recompensa en los elogios.

Yá no se conoce aquella ingeniosa humildad de que nos han dejado tantos exemplos los Santos distinguidos en el mundo; ¿Qué gozo experimentaban quando pudiendo ocultarse á la vista del público, y despojarse por algun tiempo del peso de su grandeza, iban incognitos, ó á aliviar á sus proximos, ó á exponerse á los oprobrios, ó á honrar al Señor en alguna secreta obra de religion; ¿De qué santas industrias se valian para hallar estos felices momentos! Entonces era quando se tenían por verdaderamente grandes. En estos instantes de humillacion se miraban á sí mismos con una santa complacencia, porque hallaban en sí las señales mas parecidas á su divino Maestro, despojado hoy de todos sus títulos en presencia de la grandeza de su Padre; y confundido con una vergonzosa ceremonia con los demás hijos de Israel. Entonces era quando hallandose como aliviados del peso de su elevacion, caminaban con mas fervor y ligereza por los caminos de la justicia: y entonces, finalmente, era quando el Señor se les comunicaba con mayor abundancia, y gustaban unas dulzuras que no puede comprehender el corazon humano. Por eso luego que Moysés se despojó del pomposo título de hijo de la hija de Pharaon, y fue al desierto como un hombre obscuro y desconocido á guardar los ganados de Jethro, se le manifiesta el Señor en la zarza, y decanta en su alma unos consuelos inefables que le recompensan excesivamente de toda la pompa de Egypto, que acababa de sacrificar á el oprobrio en que habia de verse Jesu-Christo.

Pero no solamente sacrifica hoy Jesu-Christo á su Padre toda la gloria de sus títulos, sino que, para que nada falte á la integridad del sacrificio le hace hasta de su misma inocencia. Se presenta en el Templo como un pecador; es rescatado en él como un esclavo é hijo

de ira; lleva sobre sí toda la vergüenza del pecado de que está esento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide siempre queremos salvar una vana reputacion de la inocencia y rectitud que hemos perdido.

Temeis el que si restituís los bienes mal adquiridos hareis públicas vuestras ocultas injusticias; pero os engañais si estais persuadidos á que hasta ahora ha estado intacta vuestra reputacion en este punto; yá há mucho tiempo que se dice publicamente en el mundo, que esos ricos equipages, esos soberbios edificios, esa opulencia domestica son los bienes de la viuda y del huérfano; que habeis levantado vuestra fortuna sobre la miseria pública; y que no puede ser inocente una prosperidad tan pronta. El mismo mundo se ofende de vuestras profusiones, y os mira con un genero de indignacion y desprecio; y así, lejos de peligrar vuestra reputacion con los procedimientos públicos de arrepentimiento, no os queda mas que este solo camino para recobrar la que habeis perdido. Decís que si rompeis de una vez tal comunicacion, el ruido hará pensar que no era inocente; pero yá há mucho tiempo que murmura el público de esa continuacion, que creéis se ignora; estais persuadidos á que es secreta, y es un escandalo; los justos gimen; el mundo en vez de interpretarla favorablemente, pasa acaso aún mas allá de la verdad, porque sus engaños en esta materia mas son porque presume malicia, que bondad; y el rompimiento repentino no es para vosotros un ruido que debéis temer, sino un paso tan necesario para vuestro honor, como para vuestra salvacion: Os parecéis á Saúl que pedía á Samuel respetos y honores públicos, que conservasen su gloria y su reputacion en el espíritu del pueblo, quando sus infidelidades eran yá tan conocidas en todo Israel. Además de que quando se trata de obedecer á la Ley de Dios, no se deben temer las acciones mas humildes, siendo estas indispensables para nuestra salvacion.

Fi-

Finalmente, Católicos, la ofrenda de Jesu-Christo es una ofrenda enteramente voluntaria, que es la ultima condicion. Es una obra de supererogacion, digamoslo así, que no halla sus motivos en la obligacion de la ley, sino solo en el amor del que la ofrece, y la obra de la salvacion de los hombres, de que le habia encargado su Padre, podia consumarse sin que añadiese á los oprobrios y trabajos futuros de su ministerio la vergüenza de este primer paso.

Pero quería cumplir toda la justicia, y enseñarnos que una alma, que separandose de los desordenes del mundo se consagra á Dios, no puede al principio negarse á sí misma los santos excesos; no cuida de entrar en cuentas con su Señor, para saber justamente lo que le debe; nada le parece excesivo en su dolor, y en la viveza de su arrepentimiento; y en vez de que la tibieza de su zelo, espere siempre la inevitable obligacion del precepto para obrar, ella misma se forma una ley de quanto la inspira un zelo santo.

¿Pero donde está, Católicos, esta especie de almas? Quando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, el primer cuidado es buscar entre todas las máximas para servirle la mas suave, y la mas molesta al amor propio; lejos de abrazar rigores superabundantes, lo primero que se examina es hasta donde puede llegar la condescendencia, para contenerse dentro de estos peligrosos limites. Desde el principio se forma un plan de virtudes, en que tiene casi tanta parte el mundo como el Evangelio: lejos de proponerse por modelos á los mas justos, se declara desde luego no querer llevar las cosas al extremo como ellos: no queremos hacernos ridiculos por la singularidad, ni dar en el extremo de una piedad excesiva: en vez de buscar en sus exemplos lo que se debe imitar, solo se busca en ellos lo que se debe huir, y queremos ser de Dios empezando por condenar á los que le sirven. De este modo solo

Tomo II.

H

se

se dá á Dios lo que no se le puede negar, y se trata con su Magestad, no como con un Padre irritado á quien se intenta aplacar, sino como con un enemigo á quien se cede con pesar lo que es preciso concederle.

Si, Católicos, muy poco amamos á Dios quando podemos señalarnos á nosotros mismos la medida con que le hemos de amar: muy poco nos mueven nuestros delitos quando podemos buscar al principio mitigaciones á nuestra penitencia. ¡Qué sospechosa es la conversión quando se empieza poniendola límites! ¡Qué poco mudado está el corazon quando aún hay tiempo para contar los primeros pasos de su mudanza! Los principios de la penitencia no pueden ser tan tibios y mesurados: no pudiendo entonces el corazon casi sufrir las primeras impresiones del Dios que le llena, solo busca modo de aliviar su dolor: nunca le parece que las lagrimas corren con bastante abundancia, y la compuncion mas viva no le parece suficiente. ¡Qué inquietudes no ocasiona la gracia en el alma de un verdadero penitente acerca del deplorable estado en que ha vivido! ¡En qué santa indignacion no le hace prorumpir contra las disoluciones de sus primeras costumbres, y el escandalo de su vida pasada! ¡Qué razones no se le ofrecen para respondernos, quando queremos moderar los excesos de su zelo, y consolar la amargura de su dolor! ¡Qué temor de no hallar en Dios todo aquel perdón que nos prometemos! ¡Qué deseo de reparar el tiempo perdido en los errores del siglo, de aprovecharse de la vida que le resta, y de no perder de vista el inestimable beneficio con que acaba de ser llamado al conocimiento y al amor de la verdad! ¡Qué santa envidia á los que tuvieron la felicidad de darse á Dios antes que él! ¡Y qué triste cosa le parece el haber amado tan tarde al que solo es digno de nuestro amor! ¡Qué zelo de vengar en su carne las iniquidades con que se habia manchado, y de hacer servir á la justificacion los

miembros que habian servido al pecado!

Estas, Católicos, son las conversiones que en lo sucesivo no se vén aflojar ni retroceder. Pero aquel joven del Evangelio, que llamado por Jesu-Christo, empieza á disputar si está obligado á renunciarlo todo por seguirle: aquel otro, que entregandose al Señor, quiere aún reservarse el derecho de ir á despedirse de su padre; todas estas conversiones mitigadas é imperfectas, todos estos sacrificios en que se empieza mezclando la miel contra el precepto de la ley, son despreciados del Señor, y para que sean dignos de su vista es necesario que la realidad del Sacrificio santifique la ofrenda, que la integridad la perfeccione, y finalmente el fervor y superabundancia del zelo la consume, y haga que suba en olor de suavidad hasta el trono de la Magestad Santa. Esta es la ley del sacrificio. *Hæc est Lex sacrificii.* (a) Pero si las conversiones son poco sinceras por defecto de estas condiciones, tambien son poco durables por falta de fidelidad: y en esto vamos á ser instruidos con el exemplo de Maria.

SEGUNDA PARTE.

LAS mas frecuentes infidelidades en que incurrimos en la practica de los medios para la salvacion que Dios nos ordena, nacen de una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes en los fines que tiene la gracia para con nuestra alma; ó de una soberbia y secreta complacencia que aun en los mismos dones del Espiritu Santo halla el escollo de la virtud; ó finalmente de una peligrosa cobardia, que viendo los males de que está

ame-

(a) *Levit. 6. v. 14.*

amenazada, consulta demasiado á el amor propio, y mide sus obligaciones por su flaqueza.

La fidelidad de Maria en este Mysterio nos dá admirables reglas para evitar estos tres escollos. Es docil, y así no discurre: es humilde, y así no se ensalza: es generosa, y así no se desanima. Estadme atentos.

Es docil, y así no discurre. Porque ¿qué cosas no podría decirse á sí misma para dispensarse de la Ley comun de la Purificacion? Aun quando no hubieran sido capaces de moverla las razones de su propia gloria, podía acaso mostrarse indiferente á la gloria de su Hijo? Confundiendose con las demás madres por su sumision á una ceremonia vergonzosa, ¿no parecía que le confundía tambien con los demás hijos de Israel? ¿Podía degradarse publicamente del honor de su divina Maternidad, sin usurpar á su Hijo la gloria de su eterno origen, y disponer desde lejos las pruebas á la incredulidad, y á las blasfemias de sus enemigos?

Peró en su retiro de Nazareth habia aprendido que la vista de la gracia es sencilla; que el discurrir demasiado quando se trata de los fines de Dios, es un exceso de luz que deslumbra y descamina; que la vida de la fé dexa siempre tinieblas y dificultades, por no quitar al alma justa el merito de su docilidad; y que hay en el entendimiento un ojo de escandalo, que es necesario arrancar y echarle lejos de sí, para no mirar demasiado adelante en los caminos adonde nos llama la gracia. Se sujeta con sencillez, y adora en el decreto de Dios los eternos designios de su Providencia, que parece no ofrece á la razon mas que inevitables inconvenientes.

Peró qué pocos imitadores tiene el exemplo de Maria, aún entre aquellos que tenemos por justos, y que viven en práctica de la virtud! Sí, Católicos, en las cosas que interesan la gloria de Dios nos valemos casi siempre de pretextos para eximirnos de su Ley santa, y hallamos el secreto de disfrazarnos á nosotros mismos

nues-

nuestras pasiones con el nombre de piedad: y así decimos, que nos privariamos de muchas cosas que la Ley de Dios prohíbe, pero que no queremos hacer odiosa la piedad con unas singularidades que no dejaria de satirizar el mundo: que dariamos ciertos pasos que aún nos faltan, para no tener nada que reprehendernos; pero que los inconvenientes que se temen parecen mas peligrosos que el mismo mal que nos vemos obligados á permitirnos; que sabriamos disimular mejor una injuria, pero que nos hallamos revestidos de un carácter sagrado, cuyo honor estamos precisados á vengar; que sufriríamos una calumnia sin quejarnos, pero que se halla interesada en ella la obra de Dios, y si no se manifiesta el impostor, quedará engañada la credulidad pública, y frustrada una obra de virtud; que guardariamos con aquel Escritor las reglas de la caridad, y aún de la christiana cortesía, pero que el zelo de la verdad que se defiende no permite esta justa moderacion, y contra el error no se debe suavizar y mudar simplemente la voz, como en otro tiempo el Apostol escribiendo contra los abusos de una Iglesia fiel, sino tocar la trompeta, como los Sacerdotes de la ley contra Jericó. De este modo la misma religion sirve muchas veces de asilo y apoyo á las pasiones injustas.

Peró, Católicos, dejemos á Dios el cuidado de vengar su gloria. Defendamos la verdad con las armas de la caridad; impugnemos el error con aquel espíritu de suavidad y modestia, capaz solo de atraer á los que yerran; descubramos el mal sin irritar al enfermo, y no añadamos al escandalo de las perversas doctrinas, el de los excesos con que las impugnamos. No nos valgamos de la gloria de Dios para nuestras transgresiones; cumplamos la ley que es clara; no nos detengan los dudosos inconvenientes que nos parece ver desde lejos; esto pertenece al que nos manda obedecer, y pues estas razones no le han obligado aún á mudar su ley, tampoco

de-

deben mudar nada en la fidelidad de nuestra obediencia.

Por otra parte, vosotros los que os manifestais tan zelosos de los intereses de la gloria de Dios, y que acaso confundis este dictamen de la fé con un deseo absolutamente humano de vuestra propia gloria; ¿sabéis en donde halla su gloria el Señor? ¿Creeis que la halla en el feliz suceso de una obra ruidosa, útil á la piedad? ¿En la confusion y descredito de un enemigo de la virtud? Os engañais: muchas veces suele hallarla en la paciencia de un justo perseguido, y en el silencio de una alma fiel, que se halla calumniada. Estos actos penosos y secretos de la fé son en algun modo mayores á su vista, y mas dignos de su gloria, que los mas públicos honores que se dan á la virtud; y acaso aquellos Israelitas que se hicieron fieles y fervorosos en el cautiverio, le honraban mas en las riberas de los rios de Babylonia con sus ocultos gemidos, con sus santos y ardientes deseos, con los tristes Canticos que continuamente dirigian ácia el trono del Dios de sus padres, con la paciencia con que sufrían los rigores de su cautiverio, y el yugo de los incircuncisos, que le pudiera haber honrado la entera ruina de los enemigos de Israel, la gloria de Jerusalén reedifica, y la magnificencia de su Templo y de sus Sacrificios. No siempre hace el Señor que se le glorifique proporcionando honores á la virtud, sino que las mas veces lo hace exercitando á los justos con oprobrios.

Otra instruccion nos dá aqui la docilidad de Maria, y es, que elevada al mas sublime grado de la gracia, y unida á Dios con los mas excelentes dones del Espiritu Santo, no desprecia uná ceremonia vulgar del divino culto: no afecta caminos mas sublimes, mas espirituales, y mas perfectos, porque siempre es de temer para la piedad este escollo. Muchas veces creen algunos tener una devocion mas ilustrada, y de mejor gusto, dexando al pueblo simple y rustico, y á las almas menos instruidas to-

do aquello que parece estar solo establecido para el culto exterior, y los exercicios mas comunes de la religion, que ha autorizado la piedad pública, y que por su sencillez parece que están destinados para la multitud ignorante; desprecian estos inocentes socorros, como si una fé mas ilustrada pudiera pasarse sin ellos. Creen que sin ocuparse tanto en los sentidos y en la carne, que de nada sirven, obran mas segun el espiritu que es util para todo: Dejan muchas costumbres santas y sensibles, que el principio de nuestra penitencia derramaban una suavidad secreta en nuestros corazones, y mantenian la fidelidad de nuestra piedad en sus principios. Persuadense á que este es un camino mas excelente; y con todo eso, despues que abandonaron estas costumbres han caído en tibieza y sequedad: no sienten aquellos santos consuelos, que eran la recompensa y el apoyo de la virtud. Despreciando estas obras, al parecer de tan poca utilidad, han despreciado poco á poco las mas esenciales, y han llegado á ser del todo carnales despues que solo quisieron gobernarse segun el espiritu.

Y asi, Católicos, todo ayuda á la verdadera piedad; todo despierta su fé; todo perfecciona su amor; todo consuela su esperanza; para ella no hay obra imperfecta sino la que está falta de fervor, y los mas simples exercicios la parecen tan elevados en la presencia de Dios, como las mas puras contemplaciones de los Serafines, quando están animados del amor y el zelo. La perfeccion de la virtud no consiste en el cumplimiento de las obligaciones sublimes, sino en la grandeza de la fé, que puede acompañar aún á las obras mas vulgares. Muchas veces nos juzgamos mas adelantados, solamente por habernos dedicado á exercicios mas sublimes, á lecciones mas espirituales, á métodos mas perfectos; pero si entre estos sublimes métodos teneis los defectos de los imperfectos y flacos, habeis subido al Tabor como

los

los Apostoles, para contemplar allí la gloria del Señor, y allí conservais aún como ellos un gusto de carne y sangre, y pensais aún edificaros en la tierra un tabernaculo y una ciudad permanente.

En segundo lugar. *Es humilde Maria, y no se ensalza.* Porque, Católicos, ¿quién podrá dudar de que fue superiormente ilustrada acerca de todo el futuro ministerio de su Hijo, y mas habiendo manifestado sus maravillas de un modo tan sublime en su divino Cantico, y que la elevacion de sus luces corresponderia á la de su gracia y dignidad? Con todo eso, recibe de buena gana los consejos del justo Simeon; no se desdena de ser instruida por el santo Viejo acerca de su futura suerte, y de la de su Hijo; dá muestras de aprender lo que una plenitud de gracia y de espíritu la habia ya enseñado; no manifiesta ansia de contar las grandes cosas que en ella habia obrado el Señor, y quanto la habia revelado el Angel en Nazareth; y como si el Cantico del viejo Simeon la hubiera descubierto acerca de este Hijo unos mysterios que ella hubiera ignorado hasta entonces; escuchaba sus palabras, dice el Evangelio, con una admiracion atenta y respetuosa: *Erat pater ejus & mater mirantes super his, que dicebantur de illo.* (a)

No hay cosa mas rara, aún en la piedad, que esta prudente modestia que oculta sus propios dones, y manifiesta los agenos. Muchas veces desvanecidos con algunas cortas luces, que nos parece haber adquirido en la mas exquisita leccion, queremos gobernarlo todo sin conocimiento, reglarlo todo sin vocacion, emprenderlo todo sin talento, y decidir de todo sin autoridad. Apenas hallamos un Director bastante ilustrado que nos gobierne: todo nos parece menos de lo que juzgamos ser no-

(a) *Luc. 2. v. 33.*

sotros mismos: necesitamos de unos Pablos bajados del cielo, y aún estos no hablarian con propiedad la ciencia de los perfectos: la sencillez, la devocion, la plenitud del espíritu de Dios solo nos parecen unos talentos destinados á salvar las almas vulgares; queremos para nosotros un cierto gusto, unas luces raras, unos dones sobresalientes, y alguna cosa mas que la ciencia de los Santos; y se manifiesta la vanidad hasta en la eleccion que se hace de aquel de quien queremos aprender la humildad christiana.

Muchas veces tambien se conserva en un ministerio santo, como sucedia á aquellos fieles en Corinto, un espíritu de emulacion de los dones exteriores. Todo lo que resplandece mas que nosotros nos ofende. Quanto nos desluzca y obscurece, nos halla inexorables: aunque Jesu-Christo sea mas glorificado, si resulta contra nosotros menos gloria, censuramos la obra de Dios en los dones de nuestros proximos: no tenemos zelo sino para los ministerios grandes; dejamos á los demás los que son mas utiles para los pueblos; al mismo tiempo que trabajamos en el edificio del Señor, huimos de aquellos cuidados oscuros y penosos, que solo preparan los caminos en secreto, y dejan á otros la gloria pública del suceso, y todo el honor de la obra. Hay muy pocos semejantes á David, que se contentó con haber juntado con increíbles cuidados todos los materiales del Templo, y dejó á su hijo Salomon la gloria inmortal de haberle fabricado, y toda la honra de aquel famoso edificio. No obstante, quando la soberbia y vana complacencia se mezclan con los talentos y dones exteriores del Espíritu Santo, hay gran motivo para temer. Este es un gusano que los inficiona, y aniquila el fruto, y el uso de ellos; vosotros regais, y el Señor no dá el incremento; trabajais, y sembrais vanidad: Dios no bendice un instrumento que no obra bajo su mano, y os haceis culpables de los dones que habeis recibido, y de

los frutos que el Señor había unido al empleo santo que debíais hacer de ellos.

Finalmente, *es generosa, y así no se desanima.* La anuncian que una espada de dolor ha de atravesar su alma: que este niño que viene á ofrecer, será expuesto como un blanco á los tiros de la contradiccion y de la calumnia; no presentan á su espíritu sino imágenes tristes y espantosas; no la hacen vér de lejos mas que desgracias, cuyo solo pensamiento hace temblar su ternura; no obstante, ofrece una fé generosa y sumisa á unos pronosticos tan funestos; como verdadera hija de Abraham imita su fidelidad y su valor: vé yá el santo monte, vé preparada la fatal hoguera, y al verdadero Isaac dispuesto á ser sacrificado, sin que su amor detenga el brazo que vá á herirle: conformase con las divinas disposiciones de su Hijo, uniendo su sumision á la suya: saca de él toda su fuerza, y como ofrecen una misma hostia, no es mas, por decirlo así, que la misma obediencia la que consume y santifica la oblacion.

En esto sí que es poco imitado el exemplo de Maria. La piedad no arranca siempre del corazon de los padres, aún de los mas christianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos; y así no ofrecen siempre al Señor como Maria, ni lo mejor, ni aún acaso lo que él les pide. Si se descubren en un hijo las primeras esperanzas de aquellos talentos con que se adelanta en el mundo; si parece mas proporcionado que los otros para mantener la gloria de su nombre, y la estimacion pública, se le separa para la tierra, se le mira como consagrado y destinado al mundo por su nacimiento: el Señor no tiene ya derecho sobre él: en vano se manifiestan en su persona mil señales de una santa vocacion: en vano se dejan conocer los fines de Dios para con él, por medio de mil deseos de separacion y de retiro, que produce ya la gracia en su alma: en vano

co-

como Moysés, prefiriendo el oprobrio de Jesu-Christo á las riquezas de Egypto, se esconde acaso para huir al desierto: resisten al orden de Dios; se tienen los mas santos movimientos de la gracia por ligerezas de la niñez; aún no se le juzga capaz de elegir camino, y le presentan el del siglo: no quieren distraerle abiertamente de un fin tan laudable, pero con pretexto de probarle la vocacion le hacen que la pierda: pretenden que antes conozca al mundo, y esperan á que le haya amado; quieren dejar madurar la razon, y se deja marchitar la inocencia, y fortificar las pasiones: persuadense á que es necesario exponerle á las diversiones para probar su resolucion, y le ponen en ocasiones que corrompen su alma. Y como Noé, aunque con muy diferentes intenciones envian muchas veces esta casta paloma á una tierra inundada de iniquidades, para probar si podrá fijarse en ella, halla por ultimo donde fijarse, y no vuelve mas al santo refugio adonde la había llamado el Señor.

No intenteo reprobar con esto las precauciones de una christiana prudencia; pero repruebo los vanos pretextos de la carne y de la sangre. Y á la verdad que quando hallais los mismos deseos de retiro en aquellos hijos, que ó por el orden de su nacimiento, ó por lo mediano de sus talentos no son tan á proposito para el mundo, ni para seguir la vanidad de vuestros proyectos, no sois tan circunspectos ni mirados. No tomáis tantas medidas para averiguar si es el buen espíritu el que los impele: no exponéis su vocacion á unas pruebas tan peligrosas. ¡Ah! Que entonces en vez de desconfiar de su edad y de su niñez, abusais de ella; en vez de representarles los inconvenientes de una eleccion temeraria, procurais inspirarsela; en vez de darles á conocer los placeres del mundo para probar su vocacion, vuestro mayor cuidado es el apartarlos de él, y representarsele bajo un terrible aspecto; en vez

I 2

de

de proponerles con indiferencia el siglo y el retiro, los colocáis en unas circunstancias en que todo les dá á entender lo que vosotros no os atreveis á decirles. Formáis de su educacion un camino que los conduce á vuestros fines: con pretexto de apartarlos de los peligros, ocultais en tiempo el mundo á su vista, porque temeis que les parezca demasiado amable; no los llevais atados al altar como desgraciadas víctimas, pero acaso con la severidad é injustos tratamientos que experimentan en vosotros, haceis que miren el retiro como un asilo amable. Despues de esto nos decís que habeis sido felices en colocar vuestra familia. Felices habeis sido; ¿pero son igualmente dichosos vuestros hijos? Teneis por felicidad su desgracia y la inhumanidad con que los habeis sacrificado al idolo de vuestra ambicion.

Además. La verguenza de vuestra familia viene á ser la herencia del Señor. De este modo escogéis los vasos despreciables, á quienes no habeis juzgado dignos de colocar en vuestra casa, para que sean vasos de honor en el templo del Dios vivo. De este modo escogéis para servir de piedras angulares y columnas de la casa del Señor aquellas inútiles piedras, que arrojais como incapaces de entrar en el profano edificio de vuestra fortuna. ¿Y qué, Católicos! ¿Pide menos talentos el arte de las artes, el gobierno de las almas, que las inútiles y frivolas ocupaciones de la tierra? ¿Por ventura la interpretacion de los mysterios de la Fé, la defensa de la verdad y de la doctrina, la instruccion de los pueblos, la distribucion de las gracias de la Iglesia, unas obligaciones tan sublimes deben abandonarse solamente á talentos inútiles y á espíritus vulgares y medianos? ¿Por ventura son ministerios vulgares y bajos la fuerza para resistir al error; la luz y la elevacion para descubrirle y confundirle; el zelo para combatir al mundo con sus abusos y máximas, la santidad para corregirlos, la plenitud del Es-

pi-

piritu de Dios para mover, la eloquencia santa para convencer, la intrepidez para resistir, y la grandeza de alma para no dejarse llevar de sus amenazas y promesas? ¿Es preciso haber nacido para unas funciones tan sublimes con menos talentos, que para las diversiones del mundo, y para unas pueriles inquietudes en que consisten sus mas serios cuidados?

Pero vosotros mismos quereis que tengamos unas qualidades raras y excelentes: quereis que nuestras costumbres sean irreprehensibles, y que con la santidad de nuestra vida resplandezcamos como astros en medio de las tinieblas, y de la general corrupcion del mundo: quereis que os aclaremos vuestras dudas, que corriamos vuestros desordenes, que alentemos vuestra flaqueza, que os consolemos en vuestras aflicciones; quereis que seamos los depositarios de la doctrina y de la verdad, los oráculos de la tierra, prontos siempre á dar razon de nuestra fé, y á humillar toda altivez que se levanta contra la ciencia de Dios. Pero vosotros mismos, Católicos, sois los que nos habeis entregado á la Iglesia; de vuestras manos nos ha recibido el Señor. ¿Pues si presentais en el Templo lo peor y mas defectuoso que teneis, como quereis hallar en él lo mas raro y excelente que hay en la tierra?

Además de esto, Católicos, vosotros mismos haceis el objeto mas comun de vuestras burlas y de vuestras censuras, los desordenes ó la ignorancia de las personas consagradas á Dios. Pero esto que teneis por tan digno de risa es la obra de vuestra soberbia y de vuestros intereses. ¿no fueron las manos de vuestra codicia las que pusieron en el altar estos idolos despreciables á quienes insultais? Sino hubiera en la Iglesia padres avaros, ambiciosos, injustos, no se vieran en ella muchos Ministros mundanos, escandalosos, é ignorantes. Si el Señor se escogiera él mismo sus víctimas, no serian estas tan indignas de su Magestad, y los santos re-

ti-

tiros no ocultáran dentro de sí tantos disgustos, tantas flaquezas, y tantas murmuraciones. Llorad pues los desórdenes de los quales sois vosotros los unicos autores, y de los que os pedirá cuenta algun dia la divina Justicia. Cubrid con el velo del silencio las heridas que vosotros mismos habeis hecho á la Iglesia, volved vuestras censuras contra vosotros mismos. Los escandalos del Santuario sirvan solo de acordaros la injusticia del destino que disteis á vuestros hijos; nuestros desórdenes siempre son ó castigo ó efecto de los vuestros.

Por otra parte. ¿Qué cosa mas feliz pudiera sucederos que el consagrar al Señor el hijo que nació con mejores prendas en vuestra familia? En este caso daríais á la Iglesia unos ministros ilustrados, unos hombres poderosos en obras y palabras, que atraerian á los pecadores, que consolarian á los justos, que confortarian á los flacos, que servirían, como hoy Jesu-Christo, para la salud de muchos, para ser la gloria de su pueblo, la luz de las Naciones, el consuelo de la Iglesia, y el alivio de sus proximos. Y aún quando el Señor os pidiera como en otro tiempo á Abraham, y hoy á Maria, el unico heredero de las promesas, el unico sucesor de vuestros titulos y de vuestro nombre, ¿no sería esto una nueva gracia con que queria favoreceros? El mundo le hubiera inficionado, y el Señor le defenderá en lo intimo de su Tabernaculo. Acaso hubierais sido el desgraciado padre de una posteridad maldita, y tendreis el consuelo de vér en él un escogido que os volverá á dar Jesu-Christo en el Cielo: acaso siendo consagrado al Señor, y revestido en la Iglesia de un caracter de dignidad recibirá en la tierra vuestros ultimos suspiros, será el Angel tutelar de vuestra muerte, os confortará en aquella ultima hora con las palabras de la fé, y con los ultimos remedios de los moribundos. Acaso humillareis vuestra cabeza, yá desfallecida, bajo su sagrada mano, que habrá servido de instrumento á vuestra reconcilia-

cion;

cion, y como el viejo Jacob quando agonizaba, asistido de su hijo elevado á gran dignidad en Egypto, tendreis como él el consuelo de adorar el baculo de su pastoral poder, y la sagrada señal de su autoridad: *Adoravit fastigium virgæ ejus...* (a) ¿De qué os sirve tener en la tierra sucesores de vuestro nombre, supuesto que habeis de dormir en el polvo del sepulcro? No hay para nosotros, dice San Ambrosio, mas verdadera posteridad, que la que nos ha de seguir en el cielo. Aquellas personas de nuestra estirpe, á quienes la divina Justicia hubiere separado de sus santos, y destinado á las eternas llamas, serán para nosotros como si nunca hubieran sido, dice el Espiritu de Dios: *Nati sunt quasi non nati.* (b) Y no debemos contar en nuestros parientes, sino á aquellos que nos serán unidos en la Jerusalem santa con los inmortales lazos de la caridad: *Illa enim vera posteritas, quæ non in terris sed in cælo est* (c)

Estos son los consuelos temporales con que aún acá en la tierra recompensaría Dios vuestro sacrificio. Quando al contrario, estas vocaciones dispuestas de antemano, insinuadas, inspiradas, mandadas; estos sacrificios forzados de la codicia, ocasionan por lo comun, aún acá en la tierra, la calamidad, y la desolacion de las familias; obscurecen el nombre, hacen secar la raíz de una posteridad soberbia, vén perecer la gloria y la descendencia de las cosas por los excesos de un hombre sin juicio, á quien se le habian sacrificado todos sus hermanos, y son un manantial de amargos pesares y de ruidosas confusiones. Ven á sus hijos, á quienes la carne y la sangre habia colocado en el altar, deshonorar su ministerio, ser el oprobrio de la Iglesia, y aún al-

(a) *Hebr. II. v. 21.* (b) *Eccli. 44. v. 9.* (c) *S. Ambr. de Interpr. cap. 3.*

algunas veces caer en el abismo ; sacudir el yugo , y perder la fé ; despues de haber perdido la verguenza y la inocencia. Y si los intereses de la Iglesia , y los de vuestra salvacion , no son suficientes para inspiraros horror á un abuso tan deplorable y tan barbaro , á lo menos deteneos por vuestros propios intereses , por el cuidado de vuestra fama , y la de vuestro nombre , y aprended de un Principe tan religioso , particularmente en la eleccion de los sugetos que coloca en el Santuario , á quien mueven tampoco el nombre , los titulos , el nacimiento , los servicios hechos al Estado , ni qualquiera otro genero de merito , si no está acompañado con la doctrina , con los talentos , y con la piedad , y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros , que ella desprecia , y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fé en este Misterio. Consagremonos , pues , hoy al Señor con Jesu-Christo , pero consagremonos del todo. Estas ofrendas defectuosas , y estas conversiones imperfectas , forman algunas veces un estado mas peligroso que el mismo delito. Corrépondamos con fidelidad , como Maria , á los fines de Dios para con nosotros ; mantengamonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia ; nunca impidamos con injustos deseos , disimulados con pretextos santos , los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios , y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva , que le estiende á todo lo que Dios nos pide , y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia , para hallar la consumacion en el cielo. Amen.

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ENCARNACION.

*Loquimur Dei sapientiam in mysterio, quæ
abscondita est, quam nemo principum
hujus seculi cognovit.*

Anunciamos la Sabiduria de Dios , oculta en su Misterio , la que no ha conocido ninguno de los principes de este mundo. 1. Cor. 2. v. 7. & 8.

EL que los caminos de Dios son por lo común distintos de los del hombre , y el que la eterna Sabiduria en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana , se vé principalmente en el Misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí , Católicos , un Dios que desciende de su gloria por elevarnos á ella , que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos , que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios , ha sido en todos tiempos , ó escandalo , ó locura para la prudencia de la carne ; y aún hoy la Sabi-

algunas veces caer en el abismo ; sacudir el yugo , y perder la fé ; despues de haber perdido la verguenza y la inocencia. Y si los intereses de la Iglesia , y los de vuestra salvacion , no son suficientes para inspiraros horror á un abuso tan deplorable y tan barbaro , á lo menos deteneos por vuestros propios intereses , por el cuidado de vuestra fama , y la de vuestro nombre , y aprended de un Principe tan religioso , particularmente en la eleccion de los sugetos que coloca en el Santuario , á quien mueven tampoco el nombre , los titulos , el nacimiento , los servicios hechos al Estado , ni qualquiera otro genero de merito , si no está acompañado con la doctrina , con los talentos , y con la piedad , y que cuida tanto de no dar á la Iglesia ministros , que ella desprecia , y que no se entregan por sí mismos.

Estas son las instrucciones que descubre la fé en este Misterio. Consagremonos , pues , hoy al Señor con Jesu-Christo , pero consagremonos del todo. Estas ofrendas defectuosas , y estas conversiones imperfectas , forman algunas veces un estado mas peligroso que el mismo delito. Corrépondamos con fidelidad , como Maria , á los fines de Dios para con nosotros ; mantengamonos como ella en el camino en que nos ha puesto la gracia ; nunca impidamos con injustos deseos , disimulados con pretextos santos , los fines de la Providencia en orden á nuestro destino. Vivamos bajo la mano de Dios , y unamos al sacrificio de nuestro corazon aquella fidelidad que continuamente le renueva , que le estiende á todo lo que Dios nos pide , y que conserva hasta el fin el tesoro de la justicia , para hallar la consumacion en el cielo. Amen.

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ENCARNACION.

*Loquimur Dei sapientiam in mysterio, quæ
abscondita est, quam nemo principum
hujus seculi cognovit.*

Anunciamos la Sabiduria de Dios , oculta en su Misterio , la que no ha conocido ninguno de los principes de este mundo. 1. Cor. 2. v. 7. & 8.

EL que los caminos de Dios son por lo común distintos de los del hombre , y el que la eterna Sabiduria en sus designios se agrada siempre de confundir las vanas preocupaciones de la ciencia humana , se vé principalmente en el Misterio que hoy reverencia la Iglesia. Sí , Católicos , un Dios que desciende de su gloria por elevarnos á ella , que se carga de nuestras enfermedades y trabajos por aliviarnos , que se une al hombre por reconciliar al hombre con Dios , ha sido en todos tiempos , ó escandalo , ó locura para la prudencia de la carne ; y aún hoy la Sabi-

duría de Dios, en este Mysterio, es absolutamente incognita para el siglo: *Loquimur Dei sapientiam in mysterio, que abscondita est, quam nemo principum hujus seculi cognovit.* A la verdad, el mundo no conoce mas verdadera grandeza, que aquella que se manifiesta á los sentidos: el mundo no tiene por verdadero honor, sino el vivir entre los placeres y abundancia: el mundo cree haberle tocado por herencia la razon, y llama siempre al juicio de sus propias luces las obras del Señor.

Sobre estos tres errores estribaba toda la ciencia de los hombres antes de que el Altísimo se dignase de visitarlos con su misericordia. Los Judios solo suspiraban por la gloria y grandeza temporal de un Mesías carnal, que habia de subyugar todos los Imperios, y hacer á todas las Naciones tributarias de Jerusalem: los Philosophos solo esperaban el remedio de sus males de los vanos esfuerzos de una razon enferma: los principes, los potentados, y el pueblo, buscaban en los deleytes de los sentidos lo que no habia puesto en ellos el Autor de la naturaleza, y una felicidad indigna del hombre: y este mismo es aún el deplorable estado del mundo despues del cumplimiento del gran Mysterio de piedad.

Hoy, pues, intento manifestar como la Sabiduría de Dios, oculta en este Mysterio, confunde estos tres principales errores, en que consiste propiamente toda la ciencia humana. Primeramente, el Verbo en él se anonada, y con este anonadarse nos enseña que el hombre no puede amar la elevacion sin injusticia. En segundo lugar, el Verbo se carga en él de nuestros dolores y trabajos, y este ministerio nos descubre que no puede ya el hombre amar los deleytes sin pecado. Finalmente; en él se une el Verbo á nuestra carne, y proponiendonos esta union incomprehensible como el objeto de nuestro culto, y el unico alivio de nuestros

ma-

males, nos enseña que ya no puede el hombre contar con su razon sin temeridad. Un Dios anonadado ensalza la humildad; un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos; un Dios unido al hombre hace callar la razon, y aún hace razonable la fé. Manifestemos estas tres verdades, pues en ellas se encierra toda la doctrina del gran Mysterio de misericordia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA soberbia ha sido en todo tiempo la herida mas peligrosa del hombre. Como nació para ser grande y Señor de todas las criaturas, ha conservado siempre en su interior estas primeras impresiones de su origen. Hallando continuamente en su corazon no sé que secretos dictámenes de su propia excelencia, que no le borró del todo su caída: se entregó desde el principio á tan lisongeras inclinaciones; solo intentó irse elevando de grado en grado, y no hallando acá en la tierra nada que pudiese satisfacer la grandeza de una alma que solo habia sido criada para reynar con su Dios, subió mas arriba de las nubes, y se colocó al lado del Altísimo. De aquí provino hacer el hombre que se le tributasen honores divinos. El hombre se rindió al hombre mismo, y el Universo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes habia visto nacer, y que habian venido muchos siglos despues que él.

No obstante, el hombre despues de la culpa no es mas que un vil esclavo. Todo lo que le ensalza le saca de su estado natural, pues el honor solamente es debido á la inocencia, y al vicio solo le corresponde el desprecio: y si aún le queda alguna esperanza de recobrar su primera grandeza, solo puede ser confesando su bajeza con humildad.

K 2

Pe-

¿ Pero cómo podría el mundo persuadirse á una verdad tan nueva , desautorizada con la doctrina de todas las sectas , con la preocupacion de todas las naciones , y con los mas vivos sentimientos del corazon humano ? Confieso que los justos de los antiguos tiempos , que precedieron la venida del Salvador , dejaron grandes exemplos á los hombres . ¿ Qué es el hombre , ó Dios mio , exclamaba un santo Rey , para que os digneis de bajaros hasta él y visitarle ? ¿ Os habeis olvidado de que yo en vuestra presencia soy como una bestia sin razon , y que la nada es el único apoyo en que estriban mis fuerzas ?

Pero estas solo eran instrucciones , y el hombre necesitaba de remedios . Estos modelos eran insuficientes : los hombres no podian inspirar el amor de una virtud que ellos no amaban ; pues un culpado que se humilla puede hacer que se aborrezcan sus delitos , pero no que se amen sus humillaciones ; tenia , pues , la miseria humana necesidad de un exemplo , que al mismo tiempo fuese su remedio . Era necesario instruirla y curarla juntamente ; y este , Católicos , es el gran Mysterio que hoy obra la Sabiduría de Dios en Nazareth en el seno de Maria , despues de la esperanza de tantos siglos , de los deseos de tantos Justos , y de los oraculos de tantos Profetas .

Permitidme , pues , que para sacar de este adorable Mysterio las importantes instrucciones que en él ha escondido la divina Sabiduría , os advierta quales son los principales caracteres de la soberbia humana , y la oposicion que tienen con aquel anonadarse del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza .

El primer caracter de la soberbia es aquel error que nos hace salir , por decirlo asi , de nosotros mismos , y que para ocultarnos aquel interior y humilde dictamen de nuestra miseria , busquemos para nosotros mismos con gusto en las cosas que están fuera de nosotros , en las riquezas , en los titulos , en las dignidades , en la reputacion , y en el lustre del nacimiento , una gloria , cuyo ori-

origen solo debiera estar dentro de nosotros mismos .

Las circunstancias exteriores , Católicos , de la Encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error . A la verdad , ¿ no parecia que un Mysterio , cuyas figuras habian sido tan pomposas , los preparativos tan augustos , las promesas tan magnificas , y las sombras , por decirlo asi , tan brillantes , debiera haberse cumplido en la plenitud de los tiempos , aún con mas resplandor que aquel con que habia sido prometido ; y que pues unas señales tan ilustrés habian anunciado tantos siglos antes á los hombres que el Altisimo habia de visitarlos , debia ser acompañada su venida de tanta gloria y magestad que no pudiera equivocarse ?

Con todo eso no hay cosa mas oculta á los ojos de los sentidos que lo que hoy pasa en Nazareth . La Santa doncella , preferida á todas las demás doncellas de Judá , y en cuyo seno se obra el inefable secreto del abatimiento de un Dios , nada tiene que la distinga en su Tribu , sino su pudor y su inocencia . El resplandor de la sangre que tiene de David está obscurecido con la baja de su fortuna . Su obscuridad ha hecho que casi se ignore su origen . No se abren los cielos como en otro tiempo sobre el Monte Synai , para disponer caminos de luz al Dios que baja á la tierra . No le rodean los Angeles para anunciar á los hombres su venida con el ruido de relámpagos y trompetas : no resuenan las montañas : no bajan nubes de gloria para llover al Justo : ni aún la casa de Maria tiembla , como otro Cenaculo , para significar el santo horror con que está sobrecogida con la presencia del Dios que en sí recibe . Un solo ministro del cielo , invisible á todos los hombres , se aparece á Maria en el silencio , bajo la simplicidad de una humana forma , como para honrar en sí mismo , ocultando su gloria , la humildad del Dios de quien es ministro . Nazareth , ciudad la mas despreciable de Judá , y de la que era fama pública que nada podia salir que hiciese honor á

Ju-

Judea: Nazareth, vuelvo á decir, en donde se consuma este Mysterio, le ignora del mismo modo que Jerusalém. Aún el mismo Joseph no sabe el secreto de la embajada celestial, y solo el rincón en que está oculta Maria es el confidente de un prodigio en que tanto se interesa el mundo entero. En los demás Mysterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este, todo es obscuro, nada habla á los sentidos, porque en él el fin de la divina Sabiduría es corregir los errores, y substituir los nuevos caminos de la fé á las antiguas ilusiones de la humana sabiduría.

A la verdad, Católicos, que hasta entonces habian creído los hombres que las prosperidades temporales eran favores del cielo, la reputación un bien sólido, y los grandes talentos los mas dichosos beneficios de un Dios favorable; que las distinciones de puesto y de nacimiento tenían un verdadero resplandor: y no eran indignas de los cuidados y estimación de los hombres: pero en este Mysterio la Sabiduría de Dios nos descubre un nuevo orden de cosas: pone presente á nuestra vista un mundo en todo nuevo y espiritual, nuevos bienes, nuevos honores, y nueva gloria, y reformando nuestros juicios nos enseña que la inocencia y la virtud son las unicas riquezas del hombre; que todo el merito del alma fiel está oculto en su corazón; que un solo grado de caridad ensalza mas á un Cristiano, que el Imperio del mundo entero; que la paciencia, la humildad, y benignidad son los mayores talentos de un discípulo de Jesu-Christo; que el vencerse á sí mismo á la vista de solo Dios es una gloria mas sólida y mas inmortal que la conquista de las provincias y reynos; y finalmente, que nuestra grandeza exterior no es mas que una fantasma que nos burla; y que solo es grande el que es Santo.

Ahora bien, Católicos, ¿no se ignora todavia en el mundo esta sabiduría? *Dei sapientiam quam nemo prin-*
ci-

cipum hujus seculi cognovit. ¿En donde están los que miran con ojos Christianos el vano espectáculo de la gloria humana, y que guardan toda su admiración para los dones de la gracia, y para el merito de la santidad? ¿Quién se grangea antes nuestros respetos, ó un ambicioso que á la frente de un pueblo de hombres armados consigue victorias, y llena al Universo del ruido de su nombre y de su vanidad, ó un justo acompañado solamente de su inocencia, que sabe sufrir una injuria, sostener una humillación, ahogar un sentimiento, y que sabe pelear y vencer para el cielo? ¿Por qué caminos intentamos distinguirnos nosotros mismos de nuestros proximos? ¿Es acaso por medio de una caridad mas viva, de una fé mas abundante, de una conciencia mas pura, de una fidelidad mas inviolable á todas nuestras obligaciones? ¡Oh! Nos gloriamos de un nacimiento ilustre, como si la gloria de nuestros antepasados fuera nuestra, y no fuera para nosotros oprobrio y bajeza, quando solamente conservamos su nombre sin sus virtudes. Contamos nuestros titulos y nuestras hazañas militares, como gloriosas prerogativas que nos ensalzan sobre los demás hombres, y no vemos que la casualidad, el favor, la temeridad, la coyuntura han tenido mas parte en estos honores que la obligación y la virtud. Nos adornamos con las eminentes dignidades que nos distinguen en nuestro pueblo, y no conocemos que los mayores puestos son los mayores escollos, que aumentan nuestras obligaciones sin aumentar nuestro merito. Nos gloriamos de la superioridad de nuestras luces y de nuestros talentos, é ignoramos que el mas vasto conocimiento del espíritu humano es una luz pueril si se limita á las cosas presentes, y nos hace perder de vista las eternas. Si, Católicos, las grandezas y distinciones de la gracia y de la fé á nadie mueven. Miramos lo eterno como si no existiera. ¿Pero qué le importa al Cristiano ser desconocido, ó brillar á vista de los hombres, pues
en

en la realidad no es otra cosa mas de lo que es en la presencia de Dios? La fé nos despoja de todo lo que nos es exterior, y solamente vé en nosotros á nosotros mismos.

El segundo caracter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada tiene el merito, aún de la misma virtud, mientras está oculto; y solo aborrece en el vicio la confusion y el oprobrio: como si el vicio, y la virtud no fueran mas que opiniones, y solo pudiera el hombre ser grande, ó despreciable en la idea de los demás hombres.

El haberse, pues, anonadado el Verbo en este Misterio, confunde esta vana atencion á los juicios humanos; y á la verdad, el Hijo de Dios no baja á la tierra sino para glorificar á su Padre, y volver á tomar en los corazones de los hombres los honores que le habian usurpado las criaturas. Este intento pedia al parecer, que se les manifestase con toda su gloria resplandeciente como en el Tabór, y que se dejase ver tan glorioso, y tan digno de sus respetos como se dejó ver entonces á sus discipulos encantados con la dulzura de este espectáculo. Entonces sí que se lo hubiera llevado todo tras de sí, y la incredula Jerusalém no hubiera visto á sus ciudadanos dividirse acerca de la verdad de sus prodigios, y de la santidad de su Doctrina y ministerio.

Con todo eso, no quiere que el resplandor y magestad sea quien triunfe de nuestros corazones, sino la humildad y los oprobrios. Oculta todo lo que es en sí. No dá á nadie su gloria, sino que, digamoslo así, se la quita á sí mismo. Nada de quanto tenia de grande en el seno de su Padre le acompaña á la vista de los sentidos en el seno de María. Su poder se muda en flaqueza; su infinita Sabiduría no es mas que una razon que empieza á manifestarse; su inmensidad parece estar encerrada en los limites de un cuerpo mortal; la Imagen de la substancia del Padre está oculta bajo la vil forma de

de esclavos; su eterno origen empieza á contar tiempos y momentos. Finalmente, aparece anonadado en todos sus titulos.

De este modo, luego que se manifieste en Judéa, le disputará la incredulidad la suprema autoridad de su Sacerdocio. ¿Quién es este, dirán, que viene á perdonar los pecados? (a) El temor de las potencias de la tierra hará que reusen el conocerle por Rey, y le harán pagar el tributo como á un esclavo; la prudencia de la carne tendrá por locura su divina Sabiduría; sus mismos parientes le mirarán como á un insensato: *Quoniam in furorem versus est.* (b) La envidia le degradará de su Divino nacimiento: y sus conciudadanos publicarán que no es mas que un hijo de María y de Joseph. Finalmente un falso zelo le quitará la eternidad de su duracion, y querrán apedrearle, solo por haberse atrevido á decir que era antes que Abraham.

Pero la opinion de los hombres nada mudará en la aparente obscuridad de su ministerio; él se manifestará, á la verdad, suficientemente para ser conocido de los Judios espirituales y fieles; sus obras, su doctrina, Moisés, los Profetas, las Divinas Escrituras darán testimonio de él. Y el que amase la verdad será imposible que no le conozca; pero no se manifestará suficientemente para evitar el desprecio de los Judios carnales; el resplandor de su ministerio será manifiesto al corazon humilde é inocente; con la obscuridad de su ministerio cegará la soberbia y la incredulidad: mezclará con él tinieblas, para recompensar la fé de los que han de creer, y la suficiente luz, para castigar la incredulidad de los que se han de negar á creerle.

¿De dónde pues proviene, Católicos, una conducta tan extraordinaria? ¿Por qué despues de haberse Dios

(a) *Luc. 6. 7. v. 49.* (b) *Marc. 3. v. 21.*

Dios ocultado por tantos siglos, se manifiesta por ultimo á los hombres de modo que no le conozcan? ¿Por qué no vendria con toda su gloria, si queria salvarnos, manifestandose á nosotros? Dejemos por ahora las razones que tuvo para ocultar su ministerio por no ser de nuestro asunto, las que nos hacen al caso son primeramente; porque queria enseñarnos á los que estamos encargados de la distribucion de su Evangelio, á no mudar cosa alguna de las ordenes de Dios en las funciones de nuestro ministerio, con pretexto de atraer mas facilmente á su palabra los votos de los hombres; á no creer que Dios es mas glorificado con la gloria que nos resulta á nosotros mismos; á no interesar al Señor, si es licito decirlo asi, en nuestra propia causa; y para que no nos persuadamos á que ha unido el feliz suceso del Evangelio á los aplausos que recibe de nuestra boca. Las contradicciones que padece el Ministro son las mas veces toda la gloria, y toda la felicidad de su ministerio. Declaremos las verdades que nos ha confiado la Iglesia: no mezclemos con ellas nuestras opiniones, ni nuestros propios discursos: plantemos, reguemos, y dejemos al Señor que dé el incremento: su palabra nunca se volverá á él vacía, y será siempre, ó condenacion para el incredulo, ó consuelo para el fiel.

En segundo lugar. Quería enseñarnos, Católicos, que nunca deben los juicios humanos decidir en orden á nuestras obligaciones; que en lo que mira al servicio de Dios no debemos atender á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos pide: que las censuras y las burlas son siempre la recompensa de la verdadera piedad; que no es posible agradar á los hombres, y ser siervo de Jesu-Christo; que el zelo que quisiera ganar para la virtud los votos públicos, no sería mas que una soberbia disfrazada que los pretenderia para sí misma; que toda la seguridad de los justos en la tierra con-

sis-

siste en la injusticia que con ellos usa el mundo; que el desprecio es el asilo mas seguro de su virtud; que no es este el tiempo de su manifestacion, y que no tendrán derecho de manifestarse hasta que parezcan con Jesu-Christo en su Gloria.

No obstante, si bien lo reflexionamos, por mas justos que seamos, siempre contamos mucho con los hombres; casi no vivimos sino para nosotros; nos interesa poco lo que somos á nuestra vista, y á la vista de Dios; solo parece que nos mueve y ocupa lo que somos á la vista de los hombres; y cuidando poco de nuestra perfeccion, todo nuestro cuidado se reduce á enriquecer esta idea chimerica de nosotros mismos, que existe en el espiritu de los demás, por lo que nunca nos sucede el preguntarnos á nosotros mismos lo que en la realidad somos, sino que continuamente estamos preguntando, qué piensan los demás de nosotros. De este modo toda nuestra vida es imaginaria y fantastica; aún el error que hace que nos tengamos por lo que no somos lisongea nuestra soberbia; nos dejamos llevar de las alabanzas que desconoce nuestro mismo corazon; tenemos por honor el engaño del público; y mas nos ensalzamos con el error que nos atribuye falsas virtudes, que lo que nos humillamos con la verdad que nos hace conocer nuestros defectos y nuestras verdaderas miserias.

El ultimo caracter de la soberbia es aquella ficcion de la vanidad que busca la fama aún en el mismo humillarse, que solo parece se abate á vista de los hombres, para que estos con sus aplausos la ensalcen mucho mas de lo que se habia humillado. Y á la verdad, Católicos, que casi no hay humildad sincera; no nos ocultamos sino para ser mas conocidos; no huimos de la gloria sino para que la gloria nos siga: no renunciarnos los honores sino para ser honrados; no sufrimos los desprecios sino quando nos resulta gloria

L 2

de

de ser despreciados. La soberbia tiene mil arbitrios imperceptibles aún á nosotros mismos, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que solo se ordene á la humildad.

Este, pues, es el escollo que nos enseña á evitar el Verbo anonadandose en este Misterio. Revistese de la semejanza del pecado, pero para sufrir toda su verguenza; se carga de nuestras iniquidades, pero para ser la víctima que satisfaga por ellas; quiere ser tenido por un Samaritano, y por un enemigo de la Ley, pero para ser castigado como un engañador; se oculta quando quieren reconocerle por Rey, pero es para morir como un esclavo. Los mas vergonzosos ultrages son la recompensa de sus abatimientos; los hombres le desconocerán hasta el fin, y morirá con todo el merito de su humildad.

Pero nosotros, Católicos, si sufrimos con paciencia la calumnia es porque preveemos que la verdad la ha de confundir, y que ha de ceder en gloria nuestra: nos agradan las obras de humildad, porque no dá lugar nuestra clase á que se ignore que nos humillamos: nos gustan los oprobrios leves en que nuestra vanidad vé pronto el remedio; y aún las almas mas fieles necesitan de algun otro atractivo que les suavice el desprecio, mas que el gusto de ser despreciadas: perdonamos, pero dando á conocer que somos los ofendidos, y que cedemos de nuestro derecho: nos adelantamos á reconciliarnos, pero no nos disgusta el que se sepa que solamente la piedad ha tenido parte en esta accion: hablamos bien de los que nos infaman, pero es por quitar todo el credito á sus calumnias. Finalmente, es cosa difícil el no buscarse á sí mismo; y mucho mas en el abatimiento que en la elevacion, porque quanto mas parece que el hombre se olvida de sí, tanto mas cuida la soberbia de hacer que se busque á sí mismo.

Aver-

Avergoncemonos, pues, de nuestra flaqueza, Católicos; miremos con frecuencia á nuestro exemplar; adoremos las primeras disposiciones del alma santa del Verbo Encarnado en sus nuevos abatimientos: pensemos alguna vez en que la soberbia es casi nuestro unico delito, y que si pudieramos olvidarnos absolutamente de nosotros mismos, estariamos libres de mil manchas secretas que no conocemos, y que apartan á Dios de nuestro corazon; reprehendamonos continuamente este monstruoso conjunto de nuestras miserias con nuestras vanidades; este principio de corrupcion que sentimos en nosotros mismos, con estos deseos de gloria que tienen parte en nuestras obras: aquella ley de la carne que nos humilla, con aquellos pensamientos de elevacion que nos ensoberbecen. En una palabra, lo que somos, con lo que quisieramos parecer. Visto yá que despues del abatimiento de un Dios no hay cosa mas injusta para el hombre que el quererse ensalzar, escuchad ahora, como despues que un Dios anonadado se cargó de nuestros dolores y enfermedades, no hay cosa mas vergonzosa para el hombre que el buscar una vida descansada y feliz en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

EL hombre en el estado de la inocencia debiera pasar una vida feliz y tranquila; la tierra solo habia recibido su fecundidad para proveer á sus castas delicias; sus sentidos no estaban destinados mas que á conducirle á la conservacion de su ser con impresiones suaves y agradables; todas las criaturas debian servir á su felicidad, pues en la mente de su Autor todas habian sido destinadas para su uso; y bajo el dominio de un Dios Justo, nada podia hacerle desgraciado, ni turbar sus placeres, mientras conservase su inocencia; pero el hombre pecador nació para padecer; todos

dos los deleytes de la vida están negados á un pecador, que ni aún vivir merece: el dolor es el natural estado del desorden; y es injusticia el que sirvan las criaturas á un infeliz que abusa de ellas, y que se ha revelado contra el Soberano, cuyas son.

Con todo eso, todavía es el deleyte la pasión dominante de este hombre pecador; á pesar de su transgresion quiere vivir feliz, y la culpa por la qual perdió el derecho y la esperanza, no le quitó el deseo; los trabajos, que han venido á ser la pena inseparable de su delito, no acaban de ser libre elección de su amor; y aunque condenado á padecer, nunca ha podido amar los trabajos; era preciso, pues, que un grande exemplo le hiciese amable lo que le era necesario, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase el padecer para aplacar á su Dios.

Por esto el ministerio del Verbo Encarnado es un ministerio de Cruz y de trabajos: desde el primer instante de su union con nuestra naturaleza en el Seno de María renuncia al gusto sensible de que pudiera gozar, dice el Apostol, y abraza la Cruz que le presenta la Justicia de su Padre: desde entonces, como víctima de nuestros pecados, pone su Sagrada Cabeza bajo la vara de la indignacion divina, y siente los primeros golpes de la severidad debida al hombre pecador; pero aún le esperan mas verdaderos rigores al salir de aquella humilde morada; apenas se abrirán sus ojos á la luz, quando ya se verán correr sus preciosas lagrimas; con la edad irán creciendo sus trabajos; el hambre, la sed, el cansancio, que son las penas de nuestro pecado, serán el exercicio de su amor; solo anunciará cruces y tribulaciones; no prometerá su reyno sino á la violencia; maldecirá á los placeres; no llamará bienaventurados sino á los que padecen; y temiendo que en lo sucesivo los hombres, que siempre son ingeniosos pa-

ra suavizar su cruz, diesen á sus máximas interpretaciones favorables á su amor propio, espirará entre los brazos del dolor, y su doctrina no será mas que la relacion de sus exemplos.

Digo, pues, que desde que el Verbo encarnó para manifestarnos el camino del Cielo, y satisfacer por nosotros á la Divina Justicia, vino á pasar en la tierra una vida triste y penosa; luego no puede ya el Cristiano vivir á gusto de sus sentidos, ni prometerse el llegar á la eterna salud por caminos suaves y faciles. A la verdad, despues que por este Misterio se hizo Christo nueva cabeza de un pueblo santo, y origen de una nueva vida, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros de Christo, esto es, como haciendo parte de este cuerpo místico que vino á formar en la tierra, porque solo éste penetrará los cielos, dice el Apostol, y entrará con su cabeza, y su Pontifice en el verdadero Santuario. Esto supuesto; Católicos, ¿en qué consiste el ser miembro de Christo? Consiste en estar animado de su Espiritu, en vivir con su vida, y obrar por los mismos fines; consiste en no formar interiormente mas que sus santos deseos y pensamientos: *Hoc sentite in vobis, quod & in Christo Jesu* (a) En una palabra, consiste en seguir el destino de la cabeza, y conformarse con ella, morir á todo con ella, ser crucificado con ella, y no buscar, como ella no buscó, el consuelo de este mundo.

Ahora, pues, os pregunto, Señores: ¿El pasar toda la vida en unas costumbres tibias y sensuales; entregarse continuamente á todos sus gustos, con tal que en ellos no haya pecado grave; no ocuparse en otra cosa mas que en desenfadarse de las molestias de la vida mundana con la variedad de los placeres y de los es-

pec-

(a) *Philip. 2. v. 5.*

pectáculos agradables á los sentidos, y pasar tranquilamente los días sin mas cuidados que los que nacen de la misma ociosidad y abundancia, ¿es esto ser miembros de Jesu-Christo, y vivir animados de su Espiritu? ¿Qué tiene de comun el Espiritu de Jesu-Christo con esta prudencia de la carne, que solo es ingeniosa para disculpar en sí misma la corrupcion de las costumbres; para condenar la obligacion de padecer como una invencion humana, y una ley injusta, que reduce todas las máximas del Evangelio á no ser impío, ladrón, fornicario, ni adultero; que confunde la naturaleza con la gracia, y mira á la Cruz de Jesu-Christo como un objeto ageno de la fé y de la piedad?

No hablaron de este modo, Católicos, á nuestros primeros Padres aquellos hombres Apostolicos, que vinieron los primeros á anunciar á Jesu-Christo: *Non ita didicistis Christum.* (a) El Espiritu de Christo es un santo deseo de padecer, un continuo cuidado en mortificar el amor propio, en quebrantar su voluntad, en reprimir sus deseos, y en prohibir á sus sentidos las inútiles mitigaciones. Esta es la realidad del Christianismo, y el alma de la piedad; si no teneis este espíritu no sois de Christo, dice el Apostol; aunque no seais del numero de aquellos impudicos y sacrilegos que no tendrán parte en su reyno, no por eso sois menos estraños de él; vuestros pensamientos no son los suyos; aun vivís sujetos á la naturaleza; no pertenecéis á la gracia del Salvador; perecereis, pues, porque en él solo puso el Padre, dice el Apostol, la salud de todos nosotros.

No falta quien se queje algunas veces de que hacemos á la piedad aspera é impracticable, prohibiendo mil

(a) *Ephes. 4. v. 20.*

mil placeres que autoriza el mundo. ¿Pero qué es lo que os decimos, Católicos? Permittos todos los placeres que se permitió el mismo Christo; la fé no os permite otros; mezclad con la piedad todas las mitigaciones que el mismo Jesu-Christo mezcló con ella; el Evangelio no condesciende con mas; seguid todas las costumbres que pudo seguir el mismo Jesu-Christo; la religion no tiene otra regla: es verdad que no todo lo que no es expresion de las costumbres de Christo, ni impresion del espíritu de Christo es siempre obra que dá la muerte, pero tampoco podrá ser obra de vida, y por lo menos siempre es un proceder ageno de sus miembros, y del que les será preciso dar cuenta.

Este, Católicos, es el fundamento de toda la piedad: Este el Evangelio, tanto del cortesano como del solitario, tanto del Principe como del pueblo: Este el principal origen de las reglas de las costumbres, al que es preciso que llegue el que quiera hallar el punto fijo, que resuelve todas las dificultades que nos proponeis continuamente para autorizar todos los abusos de la vida mundana: vuestra conformidad con Jesu-Christo es la que debe decir si vuestro estado es christiano ó profano, inocente ó pecaminoso: Qualquiera otra regla es falsa para vosotros, porque solo Jesu-Christo es vuestro camino: Los usos, las mudanzas de las costumbres y de los siglos, las opiniones de los hombres nada mudan de esta regla, pues Jesu-Christo, ayer, hoy, y siempre será el mismo. ¡Oh Dios mio, y como quedarán arruinadas algun día las decisiones del mundo en orden á nuestras obligaciones! Y como se verá mudar el nombre á la probidad y regularidad mundana, que acá en la tierra asegura á tantas almas engañadas con una apariencia de virtud, quando se las compare con Jesu-Christo crucificado; allí se buscará su semejanza, y se las juzgará según este modelo.

Es verdad, Católicos, que tenemos el consuelo de

que al mismo tiempo que Jesu-Christo nos impone una ley, por solo el carácter de su ministerio, de violentarnos, y abandonarlo todo, al mismo tiempo nos hace amable la Cruz con que nos carga. El padecer es para nosotros una suerte inevitable en la tierra, pero sin él hubiera tenido el hombre que padecer sin consuelo y sin merito; viene, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos, y en vez de imponerlos un nuevo yugo, viene á hacer suave y ligero aquel baxo el qual habian gemido nuestros padres tantos siglos.

Primeramente, su exemplo quita á los trabajos todo su abatimiento y desprecio: es felicidad el padecer despues que él padeció; es cosa gloriosa el seguir sus pasos: Jesu-Christo lloró; las lágrimas, pues, deben servir de honor á sus discipulos: Jesu-Christo padeció hambre y sed, luego los santos rigores de la abstinencia consagran los cuerpos de los fieles: Jesu-Christo fue humillado, calumniado, despreciado, luego los santos abatimientos de los discipulos de la Cruz son para ellos titulos de honor, y hay ignominias padecidas por la justicia, que son mas gloriosas aun para con el mundo, que toda la gloria del mismo mundo.

En segundo lugar. La suavidad de su gracia mitiga la amargura de la violencia, y de la propia abnegacion; convengo en que el negarse continuamente á sí mismo, disputarse todo quanto agrada, reglar con la ley rigurosa del espíritu los mas inocentes deseos de la carne, ser naturalmente vano, magnifico, presuntuoso, y reducirse á una modestia simple y christiana, amar el gusto de los placeres, los deleytes de la sociedad y de las conversaciones, y contener la viveza de estas inclinaciones en el silencio, en la oracion, y en el retiro, haber recibido de la naturaleza un genio inclinado á la ociosidad y negligencia, enemigo de violentarse, excesivamente amante de sí mismo, y sujetar una carne que resiste al yugo y á las obligaciones mas penosas

y tristes; convengo, vuelvo á decir, que este estado es trabajoso, y que este estado de violencia, si no estuviera mezolado con alguna suavidad, cansaria presto á la flaqueza del hombre.

Pero no está en los sentidos el origen de los verdaderos placeres, sino en el corazon; á este, pues, aplica Jesu-Christo el remedio y la suavidad de su gracia. Quando en lo exterior todo le parece á la alma fiel triste, molesto, y doloroso, un consolador invisible recompensa estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazon del hombre carnal, y le dice continuamente en lo interior de su alma, como decia en otro tiempo el Padre de Samuél á su esposa afligida: ¿Por qué os dexais abatir de unos males que solo son aparentes? Reprimid vuestros suspiros, y enjugad vuestras lagrimas, ¿no puedo yo solo ocupar en vuestro corazon el lugar de todo lo que os falta? El amor que os tengo no vale mas que todo quanto lloráis? *Anna cur Files? Nunquid non ego melior tibi sum, quam decem filii?* En una palabra, los deleytes de los sentidos siempre la dexan triste, vacía, é inquieta; los rigores de la Cruz la hacen feliz; las puntas de la penitencia que penetran su carne llevan consigo el remedio; y semejantes á aquella zarza misteriosa, al mismo tiempo que solo ofrece á la vista de los hombres cambrones y espinas, tiene interiormente oculta la gloria del Señor, y con él lo posee todo: Suavidad santa de las lagrimas y de la tristeza de la penitencia! Divino secreto de la gracia ¿cómo no sois mas conocido del hombre pecador?

Finalmente, las promesas de Christo quitan á los trabajos toda la inutilidad y desesperacion que tenían. Antes de que se manifestase en nuestra carne se padecia por la fama, por la patria, por la fortuna, por la amistad, pero la vanidad era corta recompensa de los trabajos; particularmente para el hombre que quiere ser dichoso; los públicos aplausos podian calmar el dolor en aquellos pri-

meros instantes en que la embriaguez y novedad de la fama, y de un vano heroismo sorprenden al alma, y la sacan como fuera de sí misma; pero pasada la embriaguez conocia bien el hombre su desgracia y su locura: lejos de la vista del público todos aquellos Heroes de la mundana ostentacion, aquellos martyres de la vanidad caían en la cuenta, y buscaban otros consuelos á sus males, mas que la reputacion y la fama: Por eso el hombre entonces padecia sin consuelo, porque solo padecia por los hombres.

Pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su Cruz, que mortifica sus sentidos, y reprime sus deseos, vive con la esperanza de otra vida eterna. Aun quando sus penas no tuvieran consuelo en la tierra, las suavizaria la sola esperanza que está oculta en su seno: Una sola mirada ácia los años eternos restituye inmediatamente la alegría y la serenidad á su alma afligida: Un Dios encarnado es la seguridad de su confianza: Sus trabajos hallan en Christo un premio y un merito digno de Dios: Christo los presenta al Eterno Padre como un Sacrificio de buen olor: Con Christo han recibido ya en su persona la gloria y la inmortalidad que les ha prometido.

Oh, como os sostiene, Católicos, el consuelo de estas verdades, á los que ya há mucho tiempo que entrasteis en los caminos de la justicia, y de la salvacion! No dexéis, pues, entibiar vuestra fé baxo el peso de la Cruz que habeis abrazado; no os acobarden los rigores y aspereza del camino; no os canseis en unos caminos tan santos; pronto se acabarán los dias de vuestra peregrinacion; ya estais tocando la Corona inmortal; estos instantes rápidos de tribulacion pasarán como un relámpago: Esperad un poco: El Señor no tardará, ya vá á manifestarse: hoy le veis baxar con nuestra enfermedad, presto le vereis venir con su gloria. ¿Qué quiere decir el corto tiempo de algunos dias de lágrimas y de luto que

que inmediatamente se han de perder y aniquilar en el abismo de la eternidad? Pero qué digo perderse? Se han de mudar en una nueva vida, en un dia sereno y eterno, en que se enjugarán las lágrimas, y el luto tendrá consuelo. Nada perece para el Justo; vivid, pues, en la fé, esperad al invisible como si ya le vieseis; pensad que todas vuestras mortificaciones, aun las mas secretas, están notadas por aquel fiel testigo que teneis en el cielo; que todas vuestras obras, aun las menores, están contadas; que todos vuestros trabajos están depositados en los Tabernáculos eternos, y que vuestros fervorosos suspiros se conservan entre los preciosos perfumes que presentaban los ancianos al rededor del Altar. Asi quanto mas os acercáis al termino, tanto mas sentís crecer vuestro fervor, y renovarse vuestras fuerzas: Qué felicidad el ver dentro de poco, y como en un instante, desaparecer esta nube de nuestra mortalidad, y empezar el dia de aquella eternidad dichosa.

No puedo usar de las mismas palabras de consuelo con vosotros, Católicos, los que vivís aun segun la carne: sería cosa inútil el manifestaros los bienes futuros de que no gustáis, que no conoceis, y que acaso no creis. Me hubiera sido preciso confirmaros en la doctrina de la fé, y acabar manifestandoos, que la union incómprehensible del hombre con Dios en este mysterio, confunde la razon humana, y hace que no solo sea la fé necesaria, sino tambien razonable. Voy á concluir.

TERCERA PARTE

A La verdad, Católicos, no bastaba que la Sabiduría de Dios en este Mysterio hubiese confundido la soberbia del hombre, haciendo que no pudiese hallar su salud sino en la humildad y en el abatimiento; que hubiese puesto freno á los desarreglados deseos de la carne, no dexándole mas herencia que la Cruz y los tra-

bajos; era tambien preciso para sanar todas sus heridas que cautivase su razon (la que por tantos siglos le habia extraviado tan tristemente en sus pensamientos) proponiendola por unico objeto de su culto , de su esperanza , de su consuelo , de su ciencia , y de su sabiduria la union del Verbo con nuestra carne : esto es , á Jesu-Christo la cura de la razon humana , y la contradiccion mas incomprehensible é insensata en la apariencia.

El medio mas seguro de detener estos insaciabls é inútiles deseos de saberlo todo , y de comprehenderlo todo , que hasta entonces havian engañado á los Maestros tan ponderados de la sabiduria humana : aquella vana confianza que prometia el descubrimiento de la verdad con solas las fuerzas de la razon : aquella desenfrenada licencia que todos los dias producía nuevos monstruos , creyendo hallar nuevas verdades ; el medio , vuelvo á decir , mas seguro de detenerle era la locura del Evangelio , quiero decir el Verbo hecho carne , y la Sabiduria de Dios ignorada de los poderosos y sabios del siglo en este Misterio.

Oh hombre ! De aqui puedes inferir que el Autor de tu sér no quiere salvarte por la razon ; sino por la fé que te le oculta ; que no debes buscarle con los vanos esfuerzos del entendimiento , sino con los movimientos del corazon ; que la verdad que te ha de libertar solo se te manifiesta acá en la tierra en enemiga ; y que para conocer es necesario creer : *Credite , & intelligetis*. No quiero decir que la religion nos propone solamente misterios que exceden nuestra capacidad , ni que nos prohiba absolutamente el uso de la razon ; tiene tambien sus luces como sus tinieblas , para que por una parte la obediencia de los fieles sea racional , y por otra no carezca de mérito. Vemos lo suficiente para ilustrar á los que quieren conocer ; no vemos lo bastante para forzar á los que no quieren ver : La religion tiene suficientes pruebas para no dexar á una alma fiel sin segu-

ridad y sin consuelo ; no tiene bastantes para dexar sin réplica á la soberbia y á la incredulidad. De este modo la religion por la parte que tiene de claridad consuela á la razon , y por la que tiene de obscuridad dexa todo su mérito á la fé.

Con todo eso hoy todo el mundo está lleno de Christianos Filósofos , y de fieles que se hacen jueces de la fé ; todo lo mitigan , todo quieren fundarlo en razones : Con conservar la raiz de la Doctrina Christiana , y de la esperanza en Jesu-Christo , pretenden formarse una religion mas sana , haciendosela mas clara y mas inteligible ; desconfian de todo lo que en sí tiene algo de prodigioso y extraordinario ; fomentan dudas acerca de las eternas llamas que preparó la Divina Justicia para el impío y el impuro : Quieren penetrar los fines de Dios en orden á la suerte de los hombres , y con unas ideas de su bondad , puramente humanas , reformar , ó su terror , ó su incomprehensibilidad : Se atreven á examinar si podemos nosotros ser herederos de la culpa , ó del castigo de nuestros padres , y si nuestra profunda corrupcion proviene mas de la naturaleza que del pecado : Preguntan continuamente , ¿ por qué se nos han de imputar á pecado las inclinaciones al deleyte , que parece nacieron con nosotros ? Hallan inconvenientes en la venerable historia de nuestros santos libros : Censuran los hechos raros y maravillosos , que nos han conservado en ellos unos hombres inspirados de Dios , unos hechos obrados en otro tiempo por el Señor para libertar á su pueblo : Dudan de como pudo criar un mundo que no habia ; exterminar á toda la carne en las aguas del diluvio ; salvar la especie de los hombres y de los animales en una sola arca ; abrir y cerrar el mar para facilitar la huida de su pueblo ; mantenerle en el desierto con un pan milagroso ; guiarle con una resplandeciente nube , y mandar al mismo Sol que se detuviese en su carrera para acabar de vencer los enemigos de su nombre : ¿ Qué mas di.

diré? Quieren hallar en las fuerzas de la naturaleza la posibilidad de estos extraordinarios prodigios, en los que la fé de nuestros padres conoció siempre el dedo de Dios, y mudan la historia de la religion, y las apariciones del Señor á los hombres, en sucesos casi en todo naturales, y monumentos demasidamente ponderados por una prudencia absolutamente humana. De este modo, ¡ó Dios mio! el hombre insensato se disputa á sí mismo el consuelo de creer que habeis obrado maravillas en su favor, y pone todo su estudio en afear los mas hermosos titulos de su gloria y esperanza.

Pero, Católicos, despues que adorais á un Dios hecho hombre, es locura, dice un Santo Padre, el discurrir sobre los mysterios que nos propone la religion como inaccesibles á nuestra capacidad. No hay cosa tan incomprehensible que no allane y haga creíble Jesu-Christo Dios, y hombre; ó negad, pues, á Jesu-Christo, ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podeis comprender; ó blasfemad con el impío, diciendo que no es mas que hijo de Maria, y de Joseph; ó si confesais que es el Christo Hijo de Dios vivo, dexad de buscar dificultades en los demas mysterios de la fé. Un Christiano no debe disputar de los caminos de Dios, si es que ha de proceder consiguiente. Por eso el Apostol llama á Christo el autor y consumidor de nuestra fé: *Autorem fidei, & consumatorem Jesum.* (a) Es el Autor, porque nos la inspira; es el consumidor, porque es, por decirlo así, su perfeccion, y su mas alto punto, y fuera de él no tiene la fé cosa mas alta ni mas incomprehensible que poder proponer á la razon humana.

Meditemos, pues, Católicos, continuamente el mysterio de Jesu-Christo Dios, y Hombre. En él hallaremos

(a) *Heb. 22. v. 2.*

mos la solucion de todas las dificultades; porque hallaremos en él un nudo aún mas indisoluble: iluminará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, haciendonos conocer la necesidad de la fé. Imitemos la docilidad de Maria, constituida hoy Madre del Verbo Encarnado. El Ministro del Cielo la anuncia que será Virgen, y fecunda; que el que de ella ha de nacer será hijo del Altísimo, y obra unicamente del Espiritu Santo; ¿Qué cosa mas á proposito para alterar toda la razon? Con todo eso, sin dudar, sin examinar, sin pedir señal alguna por prenda de este Misterio tan increíble, cree, y adora el poder y los designios de Dios para con ella. Zacarias en la edad y esterilidad de Isabél halló razones especiosas para dudar de la Divina promesa, y á pesar de los célebres exemplos de Sara, y de la Madre de Samuél, duda y desconfia; al contrario Maria; en un Misterio en que todo es nuevo é incomprehensible, sin hallar en la historia de las maravillas del Señor nada que pueda asegurarla por semejante, no quiere mas prenda de su fé que la omnipotencia, y la verdad del que se la pide. Una Virgen sencilla é inocente cree sin recelo; y un Sacerdote instruido en la ley duda y desconfia de la divina promesa. La mucha ciencia siempre usurpa alguna cosa á la simplicidad de la fé, y por un inevitable destino en el estudio de las ciencias humanas, inseparable por lo comun del amor propio y de la soberbia, la sumision que nos hace fieles, parece que por una parte pierde lo que ganan por otra las luces que nos hacen instruidos; como si siendo mas sabios no debieramos conocer mejor la flaqueza de la razon, y la incertidumbre y obscuridad de sus luces.

Y á la verdad, Católicos, ¿de qué sirven las vanas reflexiones acerca de la doctrina santa? Si la salvacion dependiera de la razon, motivo tendriais para desconfiar de todo lo que no podeis comprender; pero la justificacion nace de la fé, y se perfecciona con la fé; ¿pues

por qué temeis como un escollo las santas obscuridades que son vuestro camino y vuestro remedio?

Vivid, pues, con la fé, Católicos, y empezad purificando vuestro corazon; la inocencia es el origen de los verdaderos talentos: llamad á Jesu-Christo en vuestro interior; con él teneis todos los tesoros de la doctrina y de la sabiduría: afirmaos en la caridad, este es el unico medio de hallar la verdad: no conocemos á Dios sino quando le amamos: acordaos de que un corazon corrompido no podrá tener una razon sana y pura; que quanto mas os acerqueis á Dios por la gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en los caminos de sus mandamientos, mas crecereis de claridad en claridad: finalmente, conoceréis iluminarse mas en vuestro espiritu estas divinas verdades, las que veremos claramente quando seamos semejantes á él, como él se hace hoy semejante á nosotros. Amen.



SERMON DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR Jesu-Christo.

*Ego in hoc natus sum, & ad hoc veni
in mundum, ut testimonium perhibeam
veritati.*

Para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad.
Joan. 18. v. 37.

EL caracter mas esencial del mundo, y la pena mas universal del pecado ha sido siempre la oposicion á la verdad. Desde que el hombre borró de su corazon la ley eterna, que habia gravado en él la mano del Señor al tiempo de su formacion, para iluminarle y guiarle, y substituyó á esta ley divina, nacida con él, sus pasiones y sus tinieblas, se formó entre él y la verdad una oposicion invencible, la que se aumentaba á proporcion que el mundo, cada dia mas corrompido, se alejaba de la pureza de su ori-

N 2

gen

por qué temeis como un escollo las santas obscuridades que son vuestro camino y vuestro remedio?

Vivid, pues, con la fé, Católicos, y empezad purificando vuestro corazon; la inocencia es el origen de los verdaderos talentos: llamad á Jesu-Christo en vuestro interior; con él teneis todos los tesoros de la doctrina y de la sabiduría: afirmaos en la caridad, este es el unico medio de hallar la verdad: no conocemos á Dios sino quando le amamos: acordaos de que un corazon corrompido no podrá tener una razon sana y pura; que quanto mas os acerqueis á Dios por la gracia, mas participareis de sus luces, mas adelantareis en los caminos de sus mandamientos, mas crecereis de claridad en claridad: finalmente, conoceréis iluminarse mas en vuestro espiritu estas divinas verdades, las que veremos claramente quando seamos semejantes á él, como él se hace hoy semejante á nosotros. Amen.



SERMON DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR Jesu-Christo.

*Ego in hoc natus sum, & ad hoc veni
in mundum, ut testimonium perhibeam
veritati.*

Para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad.
Joan. 18. v. 37.

EL caracter mas esencial del mundo, y la pena mas universal del pecado ha sido siempre la oposicion á la verdad. Desde que el hombre borró de su corazon la ley eterna, que habia gravado en él la mano del Señor al tiempo de su formacion, para iluminarle y guiarle, y substituyó á esta ley divina, nacida con él, sus pasiones y sus tinieblas, se formó entre él y la verdad una oposicion invencible, la que se aumentaba á proporcion que el mundo, cada dia mas corrompido, se alejaba de la pureza de su ori-

gen, y se multiplicaba la malicia de los hombres sobre la tierra.

Es verdad, Católicos, que en medio de las tinieblas, que cubrían la faz del Universo, hacia Dios resplandecer aún de tiempo en tiempo su verdad y su luz: De siglo en siglo parecían algunos hombres justos, enviados desde el cielo para dar testimonio á la verdad, é impedir el que los errores y las pasiones prescribiesen contra ella: Desde la sangre de Abél hasta el Bautista había el cielo mantenido en la tierra una tradicion continuada de Profetas, de Martires, y de testigos de la verdad; unos habían dado testimonio de la verdad con su sangre, como Abél; otros con su religion, como Enoc; algunos con su inocencia, como Noe; otros con la fé, como Abraham; Isaac con su obediencia; Job con su paciencia; Moysés con sus prodigios; finalmente, para que el mundano no tuviese excusa, tuvo la verdad en todos los siglos testigos y defensores que se levantaron contra el mundo, y conservaron entre los hombres el deposito de la doctrina y de la verdad, que el mundo, á pesar de sus precauciones, no había podido extinguir absolutamente en la tierra.

Confieso que esta nube de testigos, como habla el Apostol, que de siglo en siglo habían dado testimonio á la verdad, pudo muy bien condenar al mundo por la verdad, pero no pudieron con ella libertar al mundo; necesitaba, pues, la verdad de un testimonio mayor; era preciso que aquel que es la Sabiduria y la luz del Padre viniese él mismo á darnos testimonio de lo que había visto; que confirmase su doctrina con su sangre; que su doctrina purgase á la tierra de los errores que hasta entonces la habían infestado; y que Christo crucificado fuese hasta el fin de los siglos el gran testigo de la verdad contra la ceguedad del mundo, y error de sus máximas.

Hoy pues nos ofrece el Misterio de los dolores é igno-

ignominias del Salvador dos espectáculos muy diferentes; por una parte el mundo tan ciego, y tan opuesto á la verdad, que despues de haber despreciado en todos los siglos el testimonio de los Justos, y de los Profetas, desprecia hoy tambien el del mismo Jesu-Christo; por otra Jesu-Christo en la Cruz, hecho el gran testigo de la verdad, para confundir hasta el fin la ceguedad del mundo; esto es, la muerte de Jesu-Christo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.

¡O Salvador mio! Hasta aqui hemos ofrecido como el mundo un corazon rebelde á la verdad de vuestra doctrina; hemos oido vuestra divina palabra en estos dias de penitencia y de salud, con la misma insensibilidad que Jerusalém os oyó antiguamente durante el tiempo de vuestro ministerio; pero hoy, Señor, que solo habláis con vuestros dolores, y con vuestros oprobrios, que solo os dejais entender con la voz de vuestra sangre; hoy, que puesto en ese trono de ignominia sois el gran testigo de la verdad contra el mundo, no permitais que una instruccion tan nueva y tan penetrante nos halle tambien insensibles: Venimos á poner á los pies de vuestra Cruz unos corazones, que á la verdad están aún llenos de pasiones y afectos injustos, pero dejad que cayga sobre nosotros una sola gota de esa sangre que hoy ofreceis por nosotros á vuestro Padre, y quedaremos purificados; favorecednos como á aquel feliz pecador que espira á vuestro lado, con una mirada de misericordia, y seremos salvos; libradnos por medio de la verdad, de quien sois hoy el gran testigo, y pasaremos de la servidumbre del mundo y del pecado, á la santa libertad de hijos de Dios: Esto es lo que os pedimos postrados á los pies de vuestra Cruz: ¡O Cruz! *ave.*

PRIMERA PARTE.

Nunca amó el mundo la verdad, porque ésta siempre ha condenado al mundo; los hombres quieren gozar tranquilamente de sus errores y de sus delitos, y como esta falsa tranquilidad solo puede durar mientras permanezcan en su ceguera, qualquiera luz que abra sus ojos á la verdad los ofende y sobresalta.

Por eso los Justos y Profetas que el Señor por su misericordia envió de siglo en siglo á la tierra para que fuesen testigos de la verdad, fueron siempre odiosos á los hombres, y condenados por un mundo, cuyas máximas venian ellos á condenar. Isaías, no obstante la sangre real de que descendia, vió á todo Jerusalém que conspiraba á perderle, y queria apagar en su sangre la verdad que no muere con los Justos que mueren por ella. No fue Jeremias mejor tratado de su pueblo, y las cadenas y prisiones fueron para él el premio de la verdad, cuya recompensa en la tierra es siempre las persecuciones de los malos. Elías no halló en Israel sino corazones rebeldes á la verdad, y apenas pudieron las mas inaccesibles montañas servirle de asilo contra las emboscadas de los impios: finalmente, el mundo, opuesto siempre á la verdad, se ha levantado siempre contra los que le venian á turbar en la pacífica posesion en que estaba de sus errores y de sus máximas.

Con todo eso, es indubitable que en la condenacion y muerte de Jesu-Christo dá hoy el mundo la mayor y mas autorizada prueba de su oposicion á la verdad: esto es, á la verdad de su doctrina, de las Escrituras, de sus milagros, de su inocencia, y de su reyno: explicaré por menor todas estas circunstancias.

Dixe primeramente una oposicion á la verdad de su Doc-

Doctrina, y el respeto humano es quien forma esta oposicion aún entre sus mismos discipulos; en vano los habia preparado el Salvador para el escandalo de la Cruz, anunciandoles muchas veces que era necesario que Christo padeciese, y entrase así en su gloria; que no debian prometerse el tener parte en su reyno, si no la tenian en la amargura de su caliz; y que son bienaventurados los que padecen y son perseguidos; en vano se reducía toda su doctrina á una preparacion á la Cruz y á los trabajos: Luego que el mundo se declara contra él, luego que se juntan los Sacerdotes, que conspiran los Doctores, que murmura el pueblo, que le desprecia todo Jerusalém, titubean, se desaniman, y ved aquí como el respeto humano, y el temor del mundo los ciega acerca de la verdad de su Doctrina.

En Judas forma un perfido, que hace traycion á su Divino Maestro, y que se junta con sus enemigos para perderle: Este infeliz discipulo, intimidado con la rabia de los principales de Jerusalém contra el Salvador, no se contenta con abandonarle, sino que se encamina á los Principes de los Sacerdotes, y se hace el principal ministro de su zelo y de su furor. ¿Qué me habeis de dar, les dice, y yo os le entregaré? (a) ¿Pero qué puede darte el mundo, infeliz discipulo, que equivalga á lo que vas á perder, y á lo que habias recibido de Christo? ¿Acaso la gloria y estimacion de los hombres? Advierte que tu nombre estaba escrito en el cielo, y vá á ser para siempre el oprobrio y el horror de toda la tierra; el mundo autoriza el vicio, pero en la realidad solo estima á la virtud: ¿Acaso titulos y honores? Advierte, que Christo te habia hecho pastor de su rebaño, columna de su Iglesia, Principe de

(a) *Matth.* 26. v. 15.

de un nuevo pueblo; y el mundo en lugar de estos augustos titulos te destina á los mas viles é infames ministerios. ¡O qué grandes somos quando somos de Christo! ¡Y qué despreciables y entregados á lo mas vil y mas bajo, quando somos esclavos del mundo! ¿Acaso bienes y riquezas? Advierte que Jesu-Christo te había confiado los tesoros del cielo, te había dado toda la tierra, todo era tuyo; y el mundo solo te paga con un vil precio que te hace esperar mucho tiempo, y cuya posesion desde el primer instante te disgusta; el mundo promete mucho, y no dá nada; Jesu-Christo nos dá siempre aún mas de lo que esperamos, y sus dones siempre exceden á sus promesas, ¿qué mas puede darte el mundo? ¿Deleytes verdaderos, y una felicidad durable? Advierte que Jesu-Christo te hubiera dejado la paz del corazon, que es la herencia de sus discipulos, y el solo principio de los verdaderos placeres, y el mundo no te dejará mas que crueles remordimientos, una desesperacion terrible, y todo el peso de tu delito. El mundo guia por los placeres á las amarguras de las pasiones; Jesu-Christo guia por la Cruz á la paz del corazon, y á los placeres sólidos y tranquilos de la inocencia. ¿Qué quereis, pues, que os dé el mundo? Como de él nada se puede esperar, tampoco nada se debe temer.

Pero el temor de los hombres, que fue el primer principio de la perfidia de Judas, lo es tambien de la desercion de los demás discipulos; herido el Pastor, se desparraman las ovejas: Habianle seguido con valor mientras le habian visto dueño de la muerte y de la vida, y atraer á sí á los grandes y al pueblo con el resplandor de sus prodigios; entonces gustaban de ser de aquel pequeño numero de discipulos que él había escogido; no se avergonzaban de ser suyos; se gloriaban de ello en la presencia de los hombres; pero luego que fue preso, atado, y despreciado, se ocultan, no le co-
no-

nocen, les escandaliza su flaqueza, y se desalientan con sus oprobrios, tantas veces anunciados; nunca faltan discipulos á la virtud aplaudida, favorecida, y honrada; pero la virtud despreciada, ó perseguida, no halla quien se atreva á declararse abiertamente por ella.

Aun el mismo Pedro que lejos de los peligros fiaba de su valor, falta en la prueba de una tan peligrosa tentacion. Preguntanle si es discipulo de aquel hombre: *Numquid, & tu ex discipulis es hominis istius? (a)* Es decir, si es del corto numero de aquellos felices hombres á quienes el Padre Celestial había revelado el Myserio de Jesu-Christo; es decir, si es de aquellos depositarios de su poder á quienes ha confiado las llaves del cielo y del infierno, el poder de caminar sobre las serpientes, y de disponer á su voluntad de toda la naturaleza; es decir, si acaso es de aquellos fundadores de su Evangelio, que van á plantar la fé en medio de las tinieblas de la idolatria, á conquistar todo el Universo, á arruinar los Altares profanos, á confundir todas las sectas, á ilustrar todas las naciones, á hacer callar toda la ciencia de los Filósofos, á sujetar los Cesares, llevar la salud á toda la tierra, y que por ultimo han de parecer en medio de los ayres sobre doce tronos de luz para juzgar á los doce Tribus de Israel; es decir finalmente, si es de aquellos nuevos Ministros de su Sacerdocio, que han de ser los primeros Pastores de su Iglesia, los Pontifices de los verdaderos bienes, los Melchisedech de un nuevo pueblo, los mediadores de una nueva alianza, los reconciliadores de los hombres con Dios, á cuyos pies los Reyes y Principes de la tierra vendrán á baxar sus cabezas, y á poner sus Cetros y sus Coronas? *Numquid*

(a) Joann. 18. v. 17.

quid, & tu ex discipulis es hominis istius? ¿Cobarde discípulo, te avergüenzas de confesar tanta grandeza, tanta gloria, tanta magnificencia? ¿*Numquid, & tu ex discipulis es hominis istius?* ¿Qué locura, avergonzarse en presencia de los hombres del título de discípulo de Jesu-Christo! ¿Tiene el mundo con toda su gloria alguna cosa tan grande, tan alta, tan apreciable, y tan digna de la razón como la verdadera virtud?

Con todo eso no se atreve Pedro á declararse por discípulo del Salvador; le ciega un temor cobarde; declara que no conoce á este hombre: *Non novi hominem.* (a) Finge ignorar hasta el nombre de su Divino Maestro. ¿Cobarde discípulo! Mira que es Jesu-Christo, quien de pescador de peces te hizo pescador de hombres, y que en recompensa de tu barca y de tus redes te constituyó cabeza y Ministro principal de su Iglesia: *Non novi hominem*, no le conoce. Mira que es aquel Hijo de Dios vivo á quien confesaste con tanta generosidad, y por quien habías afirmado tantas veces que estabas pronto á morir: *Non novi hominem*, no quiere conocerle. Mira que es aquel amoroso dueño que te ha honrado con su mas tierna familiaridad, que te ha admitido á sus mas secretos favores, y que te ha distinguido siempre entre los demás discípulos; finge que hasta el nombre ignora: *Non novi hominem*. Mira que es aquel Señor que te mantuvo sobre las olas, á quien obedecía el mar y los vientos, y á quien viste en el Tabor rodeado de tanta gloria é inmortalidad; no le conoce: *Non novi hominem*. Mira, finalmente, que es aquel Christo de quien dieron testimonio todos los profetas; aquel Cordero de Dios, que te había señalado el Bautista, á quien habían figurado

(a) *Matth. 26. v. 72.*

todos los Sacrificios, á quien habían pedido todos vuestros Padres, á quien poco tiempo antes llamaban los hombres, unos Elías; otros Juan Bautista, ó alguno de los Profetas, y á quien tú mismo conociste por hijo y embiado de Dios, en quien solamente se hallaban palabras de vida eterna. Tampoco le conoce: *non novi hominem*. Olvida sus beneficios, sus milagros, su doctrina. ¿Cómo ciega el respeto humano á un corazón flaco y tímido! y quando aun tememos á los hombres, ¿qué fidelidad podemos prometer á Jesu-Christo?

¿Qué flaqueza, Católicos! Temer á vista del mundo quando se obedece á Dios! gloriarse de servir á los Reyes de la tierra, y avergonzarse de servir á quien sirven los mismos Reyes, y de quienes solamente tienen el derecho de reynar! ¿Haber tenido valor para envejecer en el servicio de un mundo miserable, para sufrir sus amarguras, sus inconstancias, sus sujeciones, y sus disgustos, y no tener aliento para consagrar públicamente á Jesu-Christo el resto de una vida mundana, ni para cumplir á vista de los hombres la grandeza de las obligaciones que nos impone, y la nobleza de sus máximas! ¿Qué flaqueza el preciarse de sacrificar al mundo, y muchas veces á unos dueños injustos é inconstantes, su reposo, su salud, su conciencia, y no atreverse á sacrificar á Jesu-Christo los frívolos discursos y vanas censuras del mundo! ¿Oh Dios mio! ¿ha de tener siempre el mundo sequaces declarados de sus pueriles ilusiones, y la sublime sabiduría de vuestra doctrina no ha de hallar mas que discípulos cobardes y tímidos? Flaqueza y temor en los discípulos que les ciega acerca de la verdad de la Doctrina de Jesu-Christo.

En segundo lugar; envidia en los Sacerdotes y Doctores que los ciega acerca de la verdad de las Escrituras. Estas eran las que les citaba muchas veces Jesu-Christo, como el testimonio menos sospechoso de la

verdad de su ministerio. Leed las Escrituras, les decia con frecuencia, ellas os darán testimonio de mí. (a) El Cetro de Judá en poder de un extranjero no les dexa razon de dudar, que ya han llegado los tiempos señalados, y que debe por fin parecer el que ha de ser enviado; los ciegos que ven, los cojos que andan, los pobres que evangelizan, y otras infinitas señales de su ministerio les daban á entender bien claramente que él era de quien habian hablado Isaías y los demás Profetas, quando anunciaban á Christo: pero la envidia que los ciega, vence á la verdad que los ilustra; la gran reputacion de Jesu-Christo, y su zelo contra su hipocresía forma en ellos una ceguedad de envidia, que cierra sus ojos para que no vean nada de quanto deben á la verdad; quanto mas resplandece la santidad de Jesu-Christo, mas se empeora y enciende su injusta pasion; y todos sus pasos son como se sigue.

Primeramente *la mala fé.* ¿Qué hemos de hacer, dicen, porque este hombre hace muchos prodigios, y le sigue todo el pueblo? (b) No pueden disimularse á sí mismos la verdad de sus milagros: *Quia hic homo multa signa facit.* Todos convienen en esto, pero esto mismo es lo que les indisponen y los ciega: conocen que su estimacion se disminuye en el pueblo segun se va estableciendo y aumentando la fama de Jesu-Christo. ¿Pues qué hemos de hacer, dicen: *Quid facimus?* Ciegos, y conductores de ciegos, lo que debeis hacer es exclamar con el pueblo, que el Señor ha visitado á Israel, y que ha sido suscitado entre vosotros un gran Profeta. (c) Decirle con el Scriba instruido en el reyno de los cielos: Maestro, nosotros sabemos que sois embiado de Dios, (d) porque nadie puede hacer

(a) Joann. 5. v. 39. (b) Joann. 11. v. 47.

(c) Luc. 7. v. 16. (d) Joann. 3. v. 2.

las obras que vos haceis, si no está Dios con él: *Quid facimus?* Lo que habeis de hacer es decir con el ciego de nacimiento: Señor, nosotros creemos que vos sois el Hijo de Dios. (a) Con la muger de Tyro; Hijo de David, tened misericordia de nosotros: (b) con el justo Simeon: Ya moriremos en paz, pues han visto nuestros ojos la salud de Dios: (c) Con los discipulos; ¿A quién nos podremos encaminar en adelante, pues vos teneis las palabras de vida eterna? (d) A lo menos, finalmente, con los demonios: Sabemos quien sois, ó Santo Dios! (e) ¿*Quid facimus?* ¿Qué habeis de hacer? ¡Ah! Tyro y Sidon en donde nunca se han obrado milagros, pudieran decir ¿qué hemos de hacer? ¿Quién nos manifestará la salud prometida á la tierra? Las Naciones que tantos siglos antes le deseaban, podrian decir, ¿qué hemos de hacer? Hemos esperado la luz, y estamos sumergidos en las tinieblas. Los Reyes y Profetas que tanto habian deseado el verle, pudieran exclamar, ¿qué hemos de hacer, pues tanto tarda en venir? ¿y quién nos dirá el dia de su llegada? Pero vosotros á quienes se ha manifestado la gracia de Dios nuestro Salvador; vosotros, cuyos ojos han tenido la felicidad de ver lo que tantos Profetas habian anunciado; lo que habian deseado tantos justos; lo que habian esperado tantas naciones; lo que tantos siglos antes habia el cielo prometido á la tierra: vosotros, á quienes el Padre Celestial manifestó su Hijo querido, ¿qué teniais que hacer mas que escucharle, y recibir la salud tanto tiempo antes prometida á vuestros Padres?

Y este es el primer paso de una injusta envidia, la mala fé. Disputamos en público á aquellos cuya

(a) Joann. 6. v. 38. (b) Matth. 15. v. 22.

(c) Luc. 2. v. 29. 30. (d) Joann. 6. v. 68.

(e) Marci 1. v. 24.

vacion miramos con envidia, los talentos y qualidades laudables, que en lo interior nos vemos precisados á concederles; aun quando no podamos dar el colorido de vicios á sus virtudes, siempre hallamos en ellas algo que notar. La misma envidia nos alumbra para que veamos lo mas estimable de ellas, y hace que lo despreciemos: quisieramos que el público se declarase contra ellos, quando al mismo tiempo nuestra conciencia, mejor instruida, los justifica. De este modo el gusto que tenemos en ver que otros se engañan en el juicio que de ellos hacen nunca es perfecto, porque no podemos conseguir engañarnos á nosotros mismos.

En segundo lugar *la bajeza*: buscan ellos mismos ocultamente un falso testimonio contra Jesu-Christo, y no pueden hallarle: *Et querebant falsum testimonium contra Jesum, & non invenerunt.* (a) Si le hubieran buscado verdadero, ¡ah! todo hubiera respondido en favor del inocente: El pueblo hubiera exclamado, que Dios nunca dió á los hombres un poder semejante: (b) Tantos muertos resucitados, tantos enfermos curados hubieran protestado que él es la resurreccion y la vida: (c) Tantas pecadoras convertidas hubieran publicado que no se puede resistir á las palabras de gracia y de salud que salen de su boca. (d) Las mismas piedras del Templo hubieran gritado á su modo, que le consumia el zelo de la casa de su Padre. (e) ¡Qué luz, si hubieran querido ver! ¿á cuántas verdades es menester cegarse, y á cuántas baxezas es preciso reducirse, quando uno se ha entregado ya á esta injusta pasion?

Y este es el segundo paso. Los medios de que se

(a) *Matth.* 26. v. 59. 60.

(b) *Matth.* 9. v. 8.

(c) *Joann.* 11. v. 25.

(d) *Luc.* 4. v. 22.

(e) *Joann.* 2. v. 17.

vale la envidia para dañar siempre son secretos, porque siempre son b-xos é infames. Nos solemos gloriarnos de otras pasiones: Un ambicioso se alaba de sus pretensiones y esperanzas; un venigativo pone su gloria en hacer ruidosa su venganza; un lascivo se gloria de sus excesos y desordenes: Pero en la envidia hay no se qué baxeza, que aun á nosotros mismos la ocultamos: es pasion de almas viles: es confesar nosotros mismos, en nuestro interior, nuestra inutilidad: es una ceguera que nos cierra los ojos para que nos arrojemos á las mayores indignidades: de todo somos capaces desde el instante que somos enemigos del merito y de la inocencia.

En tercer lugar, *la dureza*. Aquellos Jueces corrompidos entregan el Salvador á la insolencia y al furor de sus criados y Ministros, y la envidia siempre cruel les hace mirar con un inhumano gusto los oprobrios y salivas con que le cubren: El mismo Santuario de la justicia y magestad del Tribunal en que están sentados no puede servir de sagrado á un inocente contra las afrentas y ultrages. ¡Ah! El Arca de Israel estuvo segura aun en el Templo de Dagon, y el mismo Idololo, cayendo á sus pies, respetó la magestad y la gloria del que residia en ella: y Jesu-Christo, Arca del nuevo Testamento, es hoy ultrajado aun en medio de su Santuario y de sus Ministros, y si se postran á sus pies es para insultarle, y añadir esta burla á sus dolores é ignominias!

¡Qué pocas reliquias de humanidad quedan en un corazon, que despues de haber mirado con envidia y tristeza la prosperidad de su proximo, ve con alegría y complacencia sus desgracias! Tercer paso de esta injusta pasion, *la dureza*. Esta obstina el corazon, y le cierra á todos los pensamientos piadosos y compasivos; miramos con una interior alegría las desgracias.

y decadencia de nuestros proximos; no podemos ser felices sino con sus desgracias. En la casa de Amán se respiraba un ayre de júbilo y alegría con solo el espectáculo de las desgracias y del suplicio de Mardocheo: Esta es pasion de un corazon perverso, y no obstante, esto es lo que vemos suceder todos los dias, y esta es la pasion dominante de las Cortes: Esta cruel pasion hace de la Sociedad un teatro terrible, en el que solo parece que se juntan los hombres para despedazarse y destruirse, y en donde el abatimiento de unos sirve de triunfo y de victoria á otros. ¡Qué ceguedad para los Christianos, que siempre deben mirarse como hermanos, y como herederos de unos mismos bienes, y de unas mismas promesas!

Finalmente, en quarto lugar, el sacrificio de los intereses de la patria. No tenemos mas Rey que el Cesar, exclaman: *Nos Regem non habemus, nisi Casarem.* (a) Los que poco antes se gloriaban de que nunca habian sido vasallos ni esclavos de nadie: *Nemini servivimus unquam.* (b) Que detestaban el yugo de los incircuncisos, que tenían el privilegio de ser el pueblo de Dios, y de no tener mas Rey, ni mas Padre que el Señor; que miraban el Cetro de las naciones como una tiranía, y creían que todos los Reyes, y todos los pueblos habian de venir á ser tributarios de Jerusalén, sacrifican esta gloria, estos privilegios que los distinguan de los demás pueblos de la tierra, al cruel gusto de ver perecer á aquel con cuya reputacion les hacía irreconciliables una secreta envidia: *Nos Regem non habemus nisi Casarem.* Renuncian á la gloria de ser el reyno del Señor, á la esperanza de Israel, y á las promesas hechas á sus Padres, con tal que parezca el inocente: O pasion detes-

(a) Joann. 19. v. 15.

(b) Joann. 8. v. 33.

table, cómo naciste en el corazon del hombre! Es posible que os ha de mover menos la ruina del pueblo y de la patria, que el horroroso deleyte de veros satisfechos?

Sí, Católicos, este es el ultimo paso de la envidia. La religion, el estado, los intereses públicos, la gloria de la patria, todo se sacrifica á la baxeza de su resentimiento; aborrecemos todo lo que favorece á las personas que nos hace odiosas la envidia; si proponen consejos utiles á los pueblos, y al estado, los despreciamos; si ellos se oponen á los injustos y perniciosos, los abrazamos. Esta ciega pasion se introduce hasta en el Santuario de los Reyes, y en el Consejo de los Príncipes; separa á los que debia unir el interés comun, el bien público, y el amor al Principe y á la patria; buscan medios de arruinarse á costa de los negocios y necesidades públicas; mil veces han nacido las comunes desgracias de las envidias particulares; se olvida todo lo que se debe á la patria y á sí mismo; y un corazon inficionado con la envidia nada respeta por sagrado que sea; tal es la oposicion que la envidia de los Sacerdotes pone en su corazon á las promesas y á la verdad de las Escrituras.

En tercer lugar; furiosa la ingratitud pone en el pueblo una oposicion insensata á la verdad de los milagros del Salvador; habiendo sido testigos de tantos prodigios como habia obrado en su presencia, le seguian en tropel con sus discipulos; poco antes le habian tambien acompañado, quando entró triunfante en Jerusalén, haciendo resonar los ayres con aclamaciones y alabanzas, y cubriendo el camino con ramos de oliva, como señalando los trofeos al Rey pacifico, que venía á traer la paz y la salud á Sion: Con todo eso, este mismo pueblo enfurecido se declara hoy contra Jesu-Christo; hu-ye de él como de un sedicioso, y pide á Pilatos su

muerte: Sea crucificado, exclaman; no queremos que reyne sobre nosotros. (a); Qué ingratitud! Querian aclamarle por su Rey en el desierto, quando les mantenía con un alimento milagroso, y en medio de Jerusalén ya no le conocen, y miran su yugo como una injusta servidumbre.

La ingratitud, Católicos, es la que forma todas nuestras inconstancias en los caminos de Dios. Movidos algunas veces de su gracia, y de los beneficios singulares de que nos ha colmado en particular, proporcionandonos mil sucesos felices para nuestra salvacion, hemos querido hacerle reynar en nuestros corazones; le hemos seguido algun tiempo; hemos estado inclinados al agradecimiento por los cuidados de preferencia y de bondad que ha usado con nosotros; pero el mundo, nuestra flaqueza, y las ocasiones que no hemos evitado suficientemente, han borrado muy presto estos afectos de nuestro corazon; nos hemos olvidado de sus beneficios, y de nuestras promesas; y como la ingratitud y el abuso de las gracias es la que cierra la fuente de ellas en el seno de Dios, este Señor nos ha entregado á toda la corrupcion de nuestros corazones; nosotros nos hemos declarado abiertamente contra él; no hemos guardado regla en el desorden; y para acabar de sofocar las reliquias de nuestros antiguos pensamientos de virtud, hemos manifestado nueva audacia en la culpa.

Por eso, Católicos, la inconstancia en los caminos de la salvacion es el mayor obstáculo que halla la gracia que vencer en nuestros corazones; no perseveramos los mismos ni un solo instante; tan presto nos sentimos movidos de Dios, como embriagados del mundo; tan presto formando proyectos de retiro, como de ambicion; tan presto cansados de los deleytes, como

(a) *Luca 19. v. 14.*

experimentando que nace en nosotros un nuevo gusto á ellos; cada instante huye de nosotros nuestro corazon; no hay cosa que le detenga ni que le fixe; nuestra inconstancia es molesta aun para nosotros mismos: Quisieramos poder fiar nuestro corazon, y hacer que tomase una consistencia permanente en el vicio ó en la virtud, y el primer objeto se apodera de él, y le lleva tras de sí; vivimos en una continua variacion, sin regla, sin máximas seguras, y sin principios, no pudiendo fiarnos de nosotros mismos, ni aun por un instante, tomando por reglas de nuestra conducta las desigualdades del genio y de la imaginacion.

Y esto es lo que nos hace tan poco proporcionados para la verdad y la virtud; la virtud pide una vida uniforme, y sacrifica continuamente las inconstancias de una imaginacion ligera y variable, al orden, y á la obligacion; y aunque es verdad que nos cansamos de nuestra propia inconstancia, nos cansa mucho mas la uniformidad de la virtud; una vida siempre la misma, siempre sujeta á las mismas leyes, siempre sumisa á las mismas reglas, siempre oprimida con las mismas obligaciones, nos desanima y molesta. ¡ Ah! si para ser santo no se necesitara mas que una accion heroyca de virtud, un sacrificio grande, un paso generoso, poco les costaria á los hombres: En nosotros hallamos bastante resolucion para violentarnos por un instante; entonces parece que se reunen todas las fuerzas del alma, y la corta duracion del combate mitiga y alivia el dolor; pero lo que cansa en la virtud es, que hecho un sacrificio se presenta otro que hacer; que vencida una pasion renace inmediatamente otra, y necesitamos de nuevos esfuerzos para vencerla. Hoy se halla Pedro con valor para sacar la espada, y defender á su Maestro contra los sacrilegos que le insultan, pero luego que vuelve la tentacion se desanima y cae. Es cosa facil el ser valien-

te y heroyco en ciertos instantes; lo que cuesta trabajo es el permanecer siempre constante y fiel; ceguedad de ingratitud y de inconstancia en el pueblo que resiste á la verdad de los milagros del Salvador.

En quarto lugar: Ceguedad de ambicion en Pilatos, que resiste á la verdad de su inocencia.

Fue llevado el Salvador del mundo á la presencia de este Magistrado infiel: En todo veía Pilatos las pruebas de su inocencia; él mismo confiesa que no halla que este hombre sea digno de muerte; amenazándole con el Cesar: *Non es amicus Caesaris.* (a) Y ved aquí los obstáculos que una ambicion cobarde pone en su corazon á la verdad que él conoce, y que él no puede ocultarse á sí mismo.

Primeramente; un obstáculo de disimulo y de mala fé. No pudiendo menos de conocer la inocencia del Salvador, de la que su silencio, sus respuestas, las acusaciones de los Judios, los sueños de su muger, todo en fin daba testimonio; y por otra parte, no queriendo ponerse á peligro de excitar una sedicion en Jerusalén, que pudiera desagradar al Cesar, y ocasionarle su desgracia, propone arbitrios para salvar á Jesu-Christo; quiere valerse de la ocasion de la Pasqua, en la que era costumbre conceder al pueblo la vida de un reo, y de este modo le dá á entender, contra el dictamen de su conciencia, que Jesus Nazareno necesita de gracia, y que es digno de muerte, si los votos del pueblo no le aplican el perdon, concedido siempre al tiempo de la Pasqua.

Primer obstáculo que pone la ambicion en un corazon; hace que seamos falsos, cobardes, y tímidos quando tenemos que defender los intereses de la justicia y de

(a) *Joann. 19. v. 12.*

de la verdad; siempre tememos el desagradar; queremos conciliarlo y componerlo todo; nos hallamos incapaces de rectitud y de candor, de aquella nobleza de alma que inspira el amor de la equidad, y la que sola constituye los grandes hombres, los buenos vasallos, los Ministros fieles, los Magistrados ilustres, y los Heroes Christianos; ponemos en paralelo á Jesu-Christo y Barrabás, dispuestos siempre á sacrificar qualquiera de los dos, segun lo pide el tiempo y las ocasiones; por eso no se puede contar con un corazon en quien la ambicion domina; no hay en él cosa segura, fixa, ni grande; no camina sobre máximas, principios, y dictámenes seguros; toma todas las formas; se dobla siempre al gusto de las pasiones ajenas; dice continuamente como Pilatos: *¿Quem vultis vobis de duobus dimitti?* (a) ¿A qual de los dos queréis que dé libertad, ó que condene? Dispuesto igualmente á todo, segun el favor del viento, ó á defender la equidad, ó á proteger la injusticia. Por mas que quieran decir que la ambicion es pasion de almas grandes, lo cierto es que nadie es grande sino por el amor á la verdad, y quando solo intenta agradar con ella.

En segundo lugar; un obstáculo de aborrecimiento á la verdad, que hace que esta nos sea molesta; la preferencia que los Judios dán á Barrabás, respecto de Jesu-Christo, turba á Pilatos: ¿Qué he de hacer, pues, de Jesus, á quien llaman Christo? (b) les decía; el Salvador le sirve de estorvo; su inocencia le pesa; quisiera que los Judios tratasen ellos solos este negocio: *Tollite eum vos, & secundum legem vestram judicate.* (c) La causa del inocente les es odiosa.

(a) *Matth. 27. v. 21.*

(b) *Ibid. v. 22.*

(c) *Joann. 18. v. 31.*

Segundo obstáculo que pone la ambicion en un corazon; hace que nos sea odiosa la justicia y la verdad. La causa justa nos embaraza; quisieramos que aquellos, á quienes es preciso perder por agradar, fuesen siempre culpados; tenemos por desgracia el estar encargados de su causa, y buscamos medios para deshacernos de ella; y en vez de abrazar con gusto la ocasion de amparar con nuestro ministerio al inocente, huimos la gloria de una accion heroyca, como debieramos huir la infamia de una vileza.

En tercer lugar; un obstáculo de hipocresía, que hace que aun la misma verdad sirva á los fines de la ambicion. Habiendo sabido Pilatos que Jesus era Galileo, le envia á Herodes, con pretexto, de que obedeciendo Galilea á este Principe, le pertenecia á él juzgar la causa de Jesu-Christo. No dá Pilatos este paso con el fin de conservar la vida á un inocente, sino por recobrar la amistad de Herodes que habia perdido. Hace servir á Jesu-Christo para sus fines, y se aprovecha de él para su propia utilidad.

Tercer obstáculo. Un corazon ambicioso dista tanto mas de la verdad, quanto mas ostenta amarla y seguirla; este es el vicio de que se forman todas las falsas virtudes, y aun en un reynado en que la virtud es el camino seguro para conseguir los favores y las gracias, hay quien como Pilatos se valga de Jesu-Christo para adquirir la estimacion del Principe. Después de haber tentado todos los caminos, este es el ultimo recurso que inspira la ambicion; se vale de lo mas santo y sagrado, baxo las apariencias de zelo y de virtud; ¿Qué desgracia el llegar uno á estar tan deprabado, que se valga aun del mismo Jesu-Christo para perderse, para formar de la virtud el camino de las pasiones, y el fomento del vicio, para emplear la re-

(1) li-

ligion en favorecer los deseos del siglo que ella condena, para mudar aun los mismos socorros de la piedad en motivos de concupiscencia, y las armas mismas de la verdad en instrumentos de engaño y de mentira! ¿Qué poca esperanza de su salvacion debe tener una alma que puede abusar del don de Dios, y no valerse de Jesu-Christo, Juez y enemigo del mundo, mas que para emplearle en conseguir los honores y la estimacion del mismo mundo!

Finalmente, ultimo obstáculo. Un obstáculo de falsa conciencia, la que hace que aun quando sacrificamos la verdad á los intereses humanos, nos parezca que nada tenemos que reprehendernos. Viendo Pilatos que sus dilaciones y arbitrios solo servian de indisponer y encender mas y mas el furor de los Judios, entrega por ultimo el Salvador á su venganza: *Tradidit voluntati eorum*: (a) pero al mismo tiempo lava sus manos; consiente en que muera, y declara que él no es responsable de la muerte de este Justo: *Innocens ego sum à Sanguine Justihujus*. (b)

Ultimo obstáculo que opone la ambicion á la verdad: Nos formamos una falsa conciencia acerca de la mayor parte de las acciones mas opuestas á la obligacion y á la regla; nos persuadimos á que la necesidad, las ocasiones, los intereses públicos, la razon de estado, el bien parecer, la obligacion de los empleos, haciendo como inevitables ciertas transgresiones, las hacen al mismo tiempo inocentes: Por eso tenemos por necesarias las condescendencias de que usamos contra nuestra conciencia y obligacion, siempre que las juzgamos útiles; siempre tienen alguna cara por donde solo nos presentan las exterioridades de la sabiduria y de la prudencia, y quanto sirve para nuestros proyectos

(a) *Luc. 23. v. 25.*(b) *Matth. 27. v. 24.*

tos desde luego nos parece inocente: *Innocens ego sum.*

De este modo la ambicion, este vicio que forma tantos rencores, envidias, ruindades, é injusticias; este vicio que se introduce hasta en nuestras virtudes, y de el que apenas se ven libres los mas justos; este vicio que inficiona todas las Cortes, y que es como el alma y el principio que dá movimiento á todo; este vicio, vuelvo á decir, es acerca del que no tenemos remordimientos, y el que nunca cuidamos de manifestar en el Tribunal de la Penitencia; los felices sucesos de la ambicion nos aseguran contra la injusticia de sus caminos, y basta el haber sido feliz para persuadirse á no haber sido culpable.

Dixe por ultimo, una ceguedad de impiedad en Herodes, que se burla del reyno de Jesu-Christo; él no puede disimularse á sí mismo que es el usurpador del Trono de David, y estrangero en la herencia de Sion: Los temores de su predecesor acerca del nacimiento de un nuevo Rey de los Judios, á quien vinieron á adorar los Magos, no eran tan antiguos, ni estaban tan olvidados, y aun habian sido notados con señales tan públicas y sangrientas, que no podia menos de tener noticia de ellas: Pero el impio siempre trata á la verdad de credulidad y supersticion, y en Herodes produce:

Primeramente un movimiento de curiosidad: deseaba ver á este Hombre, cuya fama publicaba cosas tan maravillosas; prometiase que él mismo habia de ser testigo, y ver alguno de aquellos prodigios que habia obrado el Salvador en la Judéa: *Sperabat signum aliquod videre ab eo fieri.* (a) No busca instrucciones, solo quiere la diversion de un espectáculo; hace mil inutiles preguntas á Jesu-Christo acerca de su Doctrina y ministerio: *Interro-*

(a) *Luc. 21. v. 8.*

gabat autem eum multis sermonibus, (a) pero no era con el fin de conocer la verdad, sino para burlarse de él, y obstinarse en su incredulidad: modo de proceder muy comun de los impios: quisieramos vér milagros para creer: No damos fé á la voz de todos los siglos, y de todos los pueblos que publican los extraordinarios prodigios, á los que debe la Iglesia su nacimiento y sus aumentos: No queremos conocer que la admision del Evangelio, y su subsistencia en el Universo es el mayor de los milagros que pudo Dios obrar en la tierra: Queremos ser Christianos por los sentidos, y no podemos serlo sino por la fé: Quisieramos ver, como Herodes, hombres célebres por la singularidad de sus talentos, y por una fama pública de su zelo y virtud, pero no para instruirnos, sino para proponer como Herodes infinitas dudas, y questiones vanas y frivolas, *interrogabat autem eum multis sermonibus.* Nos preciamos de dificultar acerca de la comun creencia: gustamos de filosofar acerca de la verdad, pero no buscamos la verdad, y hablamos siempre de la religion sin tenerla: *Interrogabat autem eum multis sermonibus.*

Los que preguntaban á Jesu-Christo con deseos de aprender, se contentaban con decirle Maestro, ¿qué hemos de hacer para conseguir la vida eterna? y empezando primero por las obligaciones, iban á buscar el remedio de sus mas peligrosos males; querian que primeramente les enseñase á vencer sus pasiones, á ejercitarse en los preceptos de la ley, y á hallar el camino que conduce á la vida. *Quid faciendo vitam eternam possidebo?* (b) Querian llegar á la verdad por el camino de los preceptos, y no dudar de la verdad para eximirse de ellos. Al contrario estos, no tienen mas

(a) *Ibid. v. 9.* (b) *Luc. 10. v. 25.*

fin en sus questiones y dudas que el decirse á sí mismos que por ultimo en nada hay certidumbre, que no hallan respuesta que los satisfaga; y el tener atrevimiento para dudar de la verdad es para ellos una prueba decisiva contra ella. De este modo ¡ó Dios mio! vuestra divina justicia castiga la soberbia de la flaca razon, entregandola á sus propias tinieblas.

Junta Herodes la burla con la curiosidad, y no habiendo podido sacar á Jesu-Christo ni una sola palabra, le desprecia, y toda la Corte sigue su exemplo: *Spernit autem illum Herodes, cum exercitu suo.* (a) El silencio del Salvador, su modestia, su paciencia en las afrentas que padece, su humildad que le hace ocultar su divina sabiduria, y sus admirables obras delante de Herodes, todo esto que para con este Principe debiera haber servido de prueba autentica de la santidad de Jesu-Christo, solo sirve de hacerle que sea tenido por un hombre de poco talento, y menos juicio. Ponente una vestidura blanca como á un loco, y le vuelven á enviar á Pilatos: *Et illis induitum veste alba.* (b) De este modo, Católicos, trata continuamente el mundo, principalmente en las Cortes de los Reyes, á Jesu-Christo en sus siervos. Si los justos se abstienen de ciertos deleites, si callan en ciertas conversaciones, si no se conforman con ciertas costumbres, si forman escrupulo de ciertos abusos autorizados con el comun exemplo, en vez de admirar en ellos la fuerza de la gracia, y la grandeza de la fé que puede resistir al torrente de placeres y malos exemplos, se trata á su piedad, y á la magnanimidad de su virtud, de flaqueza de espíritu; se les mira como á hombres ociosos y para poco, sin ideas grandes, ni valor, é incapaces de seguir mas ilustres caminos; nos parece que debe dejarse cierto genero de devocion

(a) *Luc. 23. v. 11.* (b) *Ibid.*

para aquellos, que por la cortedad de sus talentos no pueden emplearse en obras mas sublimes; nos preciamos de no parecernos á ellos; la demasiada estimacion que hacemos de nosotros mismos, nos hace creer que debemos reducirnos solo á cumplir con las sublimes obligaciones de la religion: Nos persuadimos á que hemos nacido para cosas mayores que para servir á Dios, para salvar nuestra alma, para merecer un reyno immortal, para ser recibidos en aquella eterna ciudad, en donde todos los ciudadanos serán Reyes, y en donde destruida toda grandeza, gozarán solos de la immortalidad y la gloria.

¡Mundo profano! Siempre despreciarás á Jesu Christo, porque Jesu-Christo siempre te condena; te parecerá siempre su Cruz una locura, porque confunde siempre tu falsa sabiduria, ¡Mundo reprobado! Siempre separarás de tí á Jesu-Christo, porque el mismo Jesu-Christo te ha separado siempre de su herencia; siempre tendrás por locos á sus discipulos, porque su conducta te dá continuamente á conocer que tú eres el verdadero loco. ¡Mundo miserable! Tú entregarás siempre á Jesu Christo, porque Jesu-Christo te estorva é incomoda. Sacrificarás siempre la conciencia y la obligacion á unos intereses viles y bajos, porque no conoces á Dios, y porque nunca tendrás mas Divinidad que una fortuna de barro, la que te cuesta mucho, y nunca puede llenar tus deseos ni tus esperanzas. ¡Mundo injusto! Tú siempre perseguirás á Jesu-Christo, porque Jesu-Christo no viene mas que á destruir tu imperio; siempre te será sospechosa la inocencia, la virtud, y la rectitud de sus siervos, porque siempre te será importante el persuadirte que la virtud no es mas que un fingimiento, y que los mas justos son semejantes á tí. ¡Mundo insensato! Tú te avergonzarás siempre de Jesu Christo, te avergonzarás siempre de la piedad como de una flaqueza, porque siempre preferirás

rás la gloria de los hombres á la de Dios : nunca te liberará la verdad , porque siempre la retendrás en la injusticia ; y en medio de tí hallará siempre Jesu-Christo , como hoy en Jerusalém , una ceguedad de respeto humano , que resistirá á la verdad de su doctrina ; una ceguedad de envidia , que resistirá á la verdad de las Escrituras ; una ceguedad de ligereza y de ingratitude , que resistirá á la verdad de sus milagros ; una ceguedad de ambicion , que resistirá á la verdad de su inocencia ; finalmente , una ceguedad de impiedad , que resistirá á la verdad de su Imperio. De este modo manifiesta hoy el mundo toda su oposicion á la verdad , condenando á Jesu-Christo : resta el ver como Jesu-Christo en la Cruz es hoy el gran testigo de la verdad , para condenar al mundo con ella.

SEGUNDA PARTE.

LA muerte de Jesu-Christo es el gran testimonio de la verdad contra los errores y preocupaciones de las pasiones humanas , y hoy es propiamente quando el Padre constituye á su Hijo , como se lee en Isaías , testigo de la verdad , para condenar al mundo que la desprecia : *Ecce testem populis dedi eum. (a)*

Yá hemos visto como despreciando hoy el mundo á Jesu-Christo se ciega acerca de la verdad de las Escrituras que dán testimonio de él , acerca de la verdad de su doctrina , que tantas veces se le habia anunciado ; acerca de la verdad de sus milagros , de los que habia sido testigo ; acerca de la verdad de su inocencia , de la que estaba convencido ; y finalmente acerca de la verdad de su Imperio , estableciendo su poder , y conquistando al mundo con la Cruz. Por eso solo vino al mundo , para dar testimonio á la verdad : *Ego in*

(a) *Isai. 55. v. 4.*

hoc natus sum, & ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati. (a)

En primer lugar , á la verdad de las Escrituras , cumpliendolas con su muerte. Si , Católicos , la muerte de Jesu-Christo es hoy la prueba convincente de la verdad de las Escrituras : Ella sola justifica las Profecías , manifiesta las predicciones , ilumina las obscuridades , explica las figuras , y es la sagrada llave que abre los siete sellos de aquel libro cerrado. Sin la explicacion de este gran Sacrificio , los libros Santos serian incomprendibles , las tinieblas de las Profecías serian impenetrables , las menudencias del culto y ceremonias de la ley parecerian pueriles , y una obscura noche cubriria este Divino libro ; pero la muerte de Jesu-Christo derrama en él una nueva claridad por medio de este Misterio , preordinado antes de todos los siglos ; en todas sus figuras se vé lo figurado , se descubre el espíritu de todas sus ceremonias , se penetra el sentido de todas sus Profecías , se conoce la verdad y la divinidad de nuestros libros santos : aqui está aquel Cordero muerto desde el principio del mundo ; aquel Abél que muere á los golpes de una indigna envidia ; aquel Isaac obedeciendo hasta la muerte , y pronto á ser sacrificado en el santo monte ; aquel Joseph entregado por sus propios hermanos , y hecho Salvador de Egipto ; aquel Job hombre de dolores , mereciendo por su paciencia y por sus trabajos volver á la posesion de sus riquezas y fortuna ; aquel David arrojado de Jerusalém , subiendo al monte cubierto de verguenza y de ignominia , acompañado de las maldiciones y burlas de su pueblo , que le ultraja é insulta ; aquel Jonás sepultado por tres dias en el seno del abismo , y resucitado para sal-

(a) *Joan. 18. v. 37.*

salvar á Ninive: Finalmente, desde el principio del mundo parece que solo cuidó Dios de disponer á los hombres para este sangriento Mysterio, y de representarle á lo lejos en los libros santos con symbolos y figuras. La alianza de Siná, confirmada con la sangre, nos anunciaba que la sangre de Jesu-Christo ratificaría la nueva alianza que debia el Señor contraer con los hombres. La amargura de las aguas de Mará, dulcificadas con el mysterioso leño, nos figuraba la corrupcion de las naciones, purificada con el sagrado leño de la Cruz. La Serpiente de metal elevada, y sirviendo de remedio á las heridas del pueblo, no era mas que un symbolo de Jesu-Christo elevado en la Cruz, y hecho el remedio de nuestras heridas y manchas. Finalmente, se halla que hasta las menores circunstancias de la muerte de Jesu-Christo, todo está pronosticado en los libros santos, y anunciado á los hombres desde el principio; la hiel que en su sed habian de darle, las salivas con que le cubren, los clavos que atraviesan sus manos, y sus sagrados pies, la suerte que divide sus vestidos, la perfidia del discipulo que le entrega, y apostata de su Apostolado, los dos malhechores, en medio de los cuales espira, la lanza que abre su costado, sus huesos que no fueron rotos, y el fuerte clamor que dirige á su Padre: De modo que las Profecias parecen una historia clara y anticipada de los dolores y oprobrios de la Cruz.

De este modo la muerte de Jesu-Christo todo lo confirma, como dice el Apostol, todo lo completa, y todo lo justifica. Por eso, este Mysterio que altera la razon, que es locura para el Gentil, y escandalo para el Judio, es no obstante la prueba de nuestra fé, la certidumbre de nuestros santos libros, y la confusion de la incredulidad; por eso era preciso que Jesu Christo padeciese y muriese, para que se cumpliesen las

Es-

Escrituras; para que los pueblos, testigos de su cumplimiento, se sujetasen á su autoridad; para que este Divino Libro se esparciese entre todas las naciones, y fuese hasta el fin de los siglos la prenda de nuestra fé, el fundamento de nuestras esperanzas, la regla infalible de nuestro culto, la misteriosa roca contra la qual vienen á romperse todos los esfuerzos de la soberbia humana, y toda la violencia de las supersticiones y sectas, y finalmente el eterno monumento de las misericordias del Señor para con los hombres. ¡Qué grandeza no hay en la bajeza de nuestros misterios! Por eso, ¡ó Dios mio! Vos siempre habeis querido confundir la soberbia de la razon, y burlaros de la vana ciencia de los hombres, ocultando la sabiduría y grandeza de vuestros caminos bajo las apariencias de vileza y de locura, guiandonos á la verdad por la humildad, y ofuscando las flacas luces de una vana razon para iluminar sus tinieblas. Primer testimonio que dá hoy Jesu-Christo á la verdad de las Escrituras, cumpliendolas con su muerte.

En segundo lugar; dá testimonio á la verdad de su doctrina confirmandola con sus oprobrios y trabajos. Habianos enseñado que eran bienaventurados los que padecen, y que la violencia que el hombre se hace á sí mismo era el unico recurso para la salvacion; toda su doctrina parecia reducirse á humillar el espiritu, y mortificar los sentidos: Ningun Philosopho hasta él habia enseñado á los hombres que era necesario caminar á la felicidad por las humillaciones y por los trabajos; este era el secreto del reyno de los cielos, ignorado hasta entonces de los hijos del siglo: Era, pues, preciso que confirmase con su exemplo la novedad de sus preceptos; que no se pareciese á aquellos sabios aparentes que le habian precedido, los que al mismo tiempo que con mucho fausto predicaban el desprecio, gusta-

ban

ban de gozar de todo ; y que los abatimientos y dolores de su muerte fuesen el gran testimonio de la verdad de su doctrina.

Dixé, los dolores de su muerte ; ; y qué dolores ! La hiel y el axenjo que le dán á beber ; la infeccion de las salivas con que cubren su adorable rostro ; los azotes que desgarran su sagrado cuerpo ; las barbaras bofetadas que dejan cárdeno su venerable rostro ; la corona de espinas que le penetran ; el peso de la Cruz que le oprime ; los clavos que en ella le fijan ; los inhumanos esfuerzos con que le crucifican. ¡Qué dolores ! Su Alma afligida con el horror de nuestros delitos ; su corazon contristado con la inutilidad de sus trabajos ; su amor consumido con la ingratitud de su pueblo , y con las desgracias que han de venir sobre aquella nacion tan amada. Este es el gran modelo que hoy se nos manifiesta desde lo alto del monte santo , y la respuesta decisiva á todos los vanos pretextos.

Porque , Católicos , ¿qué puede oponer nuestra impenitencia á este grande exemplar ? ¿Acaso nuestra inocencia ? ¿Una vida regular , libre de ciertos excesos , y que parece nos dispensa de aquella vida de lagrimas y de mortificación , que se cree estár solamente destinada para castigar los grandes delitos ? Pero Jesu-Christo , santo , inocente , separado de los pecadores , cumple su ministerio con los trabajos ; obra nuestra salvacion con la cruz ; se hace hombre para ser el hombre de dolores : ¿No bastará , pues , el ser su discipulo para no poderse excusar de seguir sus pasos ?

¿Qué mas podreis alegrar ? ¿Vuestra inocencia ? ¡Gran Dios ! Vos nos conocéis ; Vos habeis contado nuestros pasos desde el seno de nuestras madres ; habeis seguido los mas secretos caminos de nuestras pasiones ; habeis previsto nuestras caídas aún antes de que cayesemos ; nuestras primeras costumbres , y nuestros ultimos caminos,

nos , todo está igualmente presente á vuestra vista : *Tu cognovisti omnia , novissima & antiqua.* (a) Y Vos sabeis , ¡oh gran Dios ! la vida que algun día hemos de presentar ante vuestra justicia , quando se corra el velo , y quando esta fantasma de virtud que nos engaña , cayga y se desvanezca delante de la luz y resplandor terrible de vuestros juicios , y de vuestra justicia.

¿Qué mas ? el grado y elevacion en que nos hizo nacer la Providencia ? pero Jesu-Christo descendiente de tantos Reyes , Rey inmortal de los siglos , ¿buscó acaso en la grandeza de sus titulos razones que le dispensasen de la Cruz y de la violencia ? Al contrario , quiere padecer con todas las señales de su grandeza , con su Cetro , su Purpura , y su Corona , como para enseñarnos que la penitencia es aun mas necesaria á los Grandes que al pueblo , porque tienen mas pecados que llorar , mas pasiones que vencer , mas escandalos que reparar , mas culpas que espiar ; porque las mismas señales de su grandeza no son mas que principios é instrumentos de sus trabajos ; y el privilegio de su estado no es para que gocen de mas placeres , sino para que tengan mas que sacrificar que el comun de los fieles.

¿Qué mas ? ¿la flaqueza de la salud y debilidad del temperamento ? Pero el Cuerpo de Jesu-Christo , formado por el Espiritu Santo , y el mas sensible al dolor que jamás hubo en la tierra , es atormentado y hecho pedazos por nuestro remedio : además de esto : ¿Qué debilidad de temperamento es esa , que tiene tanta fortaleza para sufrir la fatiga de las pasiones , y para correr por los caminos de la iniquidad , que solo es débil y le falta el valor quando es preciso ir á Dios , y dar

(a) *Psalm.* 138. v. 5.

dar un solo paso en los caminos de la justicia?

¿Qué mas? ¿la bondad de Dios, que no es un Señor tan cruel, y que nos ama demasiado, para pedirnos que nos hagamos infelices por agradarle? ¿Pero acaso nos ama mas de lo que amaba á su Hijo Unigenito, y en quien solo somos nosotros dignos de su amor? Y con todo eso, ¿qué Caliz le mandó beber! ¿Por qué tribulaciones le hizo pasar! ¿Si el justo es tratado con tanto rigor, reservará acaso toda su compasion para el delincente?

¿Qué mas finalmente? ¿los rigores y las dificultades de la Penitencia? Pero, Católicos, comparemos la violencia que nos impone la religion con los trabajos de Jesu-Christo, y ved si hay proporcion en este paralelo. ¡Ah! Nuestras violencias consisten mas en privarnos de algunos placeres, que en sufrir algun trabajo; en arrancar algunas superfluidades, que en imponernos privaciones dolorosas; en no conceder á los sentidos todo lo que piden, que en mortificarlos; y aun estas leves privaciones por quantos caminos se suavizan? Con la grandeza que nos rodea, la abundancia que nos sigue, la elevacion que nos lisongea, la magnificencia que nos ensalza, y con todas las comodidades con que nacimos; ¿qué es lo que padecemos, Católicos? Si no padecemos, ¿qué derecho podemos alegar á las promesas, que solo están hechas á los que padecen? Segundo testimonio que Jesu-Christo en la Cruz dá á la verdad de su doctrina, confirmandola con sus abatimientos y trabajos.

En tercer lugar, dá en la Cruz testimonio á la verdad de sus milagros, renovandolos. No tanto confirma hoy su poder, y dá testimonio á la verdad de todos sus milagros, abriendo los sepulcros, rompiendo los peñascos, obscureciendo el Sol, y cubriendo toda la tierra de tinieblas, como convirtiendo á un malhechor que espira á su lado, mudando el corazon del

mis-

mismo Centurion, que preside á su suplicio, y obligandole á confesar publicamente su divinidad, moviendo á los que miraban su muerte, y obligandolos á volverse hiriendo sus pechos, y derramando lágrimas de compuncion y penitencia: *Et revertebantur percussantes pectora sua.* (a) Este es el mayor milagro de la muerte de Jesu-Christo, la conversion de los grandes pecadores; y notad en la calidad de los pecadores que convierte desde la Cruz la grandeza de su poder en su flaqueza.

El primero es un malhechor que está espirando, el que hasta entonces habia vivido sin Dios en este mundo, que no habia llevado mas disposiciones para morir, que los horrores de la mas perversa vida: No obstante, este gran pecador, en aquel instante ultimo en que casi siempre es desesperada la conversion, en el que las señales que se dán de arrepentimiento mas son por el castigo que se teme, que por los delitos que se detestan; en que está el pecador asustado, pero casi nunca mudado su corazon; en aquel ultimo instante en que Dios, despreciado hasta entonces, desprecia tambien y se retira; en que está llena la medida, en que ordinariamente se niega la gracia del arrepentimiento; en aquel ultimo instante en que el pecador está ya juzgado, y en el que el susto de su muerte es por lo comun el justo castigo de la impenitencia y desorden de toda su vida; en aquel ultimo instante, este feliz pecador halla la gracia y la salud, y luego que llega á él la sangre de Jesu-Christo que corre desde la Cruz, purifica en un instante todas las manchas de su vida; reconoce la Gloria y la Divinidad de su Salvador, aunque le ve cargado de oprobrios; despues de una vida llena de

(a) *Luc. 23. v. 48.*

pecados, recibe al tiempo de morir, de la boca del mismo Jesu-Christo, la seguridad del perdón; y el último momento en que espira es el preciso de su eterna salud.

Este, Católicos, es el gran milagro de la muerte de Jesu-Christo, la conversión de un pecador que está para espirar. Con todo eso, no hay pecador que no espere este mismo prodigio en su última hora. Locura parece el esperar que se vuelva á eclipsar el Sol, á abrirse los sepulcros, resucitar los muertos, rasgarse el velo del Templo, y el que todos los milagros que entonces sucedieron se renueven ahora; ¿pues qué locura no será el esperar el milagro de la conversión de un pecador que agoniza, milagro mayor que todos los que sucedieron en el Calvario? era preciso que este grande Sacrificio, anunciado en todos los siglos, y tan necesario al genero humano, fuese señalado con circunstancias únicas é inauditas hasta entonces; que en él todo fuese singular; que todo con su novedad diese testimonio á la gloria y Divinidad del Hijo del Hombre: Pero Jesu-Christo muerto una vez no vuelve á morir mas, dice el Apostol; ya no se abren los sepulcros, no resucitan mas los muertos, la tierra no se cubre de tinieblas, el velo del Templo no se rompe, ni los pecadores que agonizan se convierten. Las conversiones en la hora de la muerte solo tienen en su favor este exemplar y este prodigio.

El segundo pecador, cuya conversión obra Jesu-Christo en la Cruz, es un pecador incredulo, un Centurion Gentil, que hasta entonces habia mirado á Jesu-Christo con desprecio, y habia tenido su doctrina por impostura: Con todo eso, la incredulidad que cierra el corazón á todas las gracias, que hace inútiles todos los socorros de la religion, y muda en veneno aun los mismos remedios, la incredulidad es hoy el triunfo de Jesu-Christo quando muere: Este Centurion, movido de

de las maravillas de su muerte, llega al conocimiento de la verdad, no pidiendo milagros como algunos de los circunstantes, sino considerando en Jesu-Christo su poder en sus oprobrios, su agrado para con sus enemigos, su paciencia y magestad en los tormentos, su amor á los hombres, la inocencia de sus costumbres, y la santidad y divinidad de sus maximas: Este es el gran milagro que le mueve; conoce que si fuera impostor no se hubiera valido de un medio tan penoso y violento para engañar á los hombres, sino que hubiera li-songeado sus pasiones, ó su soberbia; que les hubiera propuesto, como otros Filósofos, una doctrina agradable á los sentidos, ó alhagueña para el entendimiento, y para la curiosidad; pero que por medio de la Cruz nadie sino el Hijo de Dios podia formarse discipulos, ganar á los hombres no prometiendoles mas que persecuciones y trabajos, prohibiendoles todos los deleytes, y no prometiendoles acá en la tierra mas recompensa de su amor á su doctrina, que las lágrimas, la Cruz, y las violencias, y que solamente el dueño de los corazones podia intentar el ganar á todos los hombres con una ley severa y de abatimiento, que á todos los habia de poner en arma, y venir á establecer un nuevo culto por los caminos mas propios para trastornarle y extinguirle: *Verè Filius Dei erat iste.* (a)

Finalmente, el tercer genero de pecadores que convierte Jesu-Christo desde la Cruz es una multitud de circunstantes, á quienes sola la curiosidad habia llevado al Calvario; libres de las pasiones que animaban á los Escribas y Fariseos, no oponian á la gracia mas obstáculo que una culpable indiferencia en orden á su salvacion, casi siempre mas difícil de vencer que las mas

(a) *Matth. 27. v. 54*

delinquentes pasiones; movidos del espectáculo de los trabajos del Salvador, y de las abundantes gracias que corren con su sangre, sienten mudarse repentinamente su corazon, y que se rompe con un santo dolor: *Et revertebantur percutientes pectora sua. (a)*

No sé si me atreva á decir, Católicos, que en las circunstancias de estos tres generos de pecadores se halla la imagen de los que hoy asisten al Templo á oír la historia, y ver el espectáculo de los trabajos del Salvador. Unos son pecadores escandalosos, y cargados de culpas, como los dos facinerosos que ponen en la Cruz al lado de Jesu-Christo, que solo vienen hoy al Calvario, y á este santo espectáculo renovado en nuestros Templos, como á un suplicio; que miran estos santos dias, estos dias felices que consagra la Iglesia á los Mysterios dolorosos de Jesu-Christo, y en los que se suspende la libertad de los públicos placeres, como un yugo odioso, que les impone una religion vana; que murmuran y cuentan todos los instantes, como si ellos mismos estuvieran sobre la Cruz: otros son pecadores incredulos, y que como el Centurion solo asisten á este espectáculo de la religion, por cumplir con las obligaciones de su empleo, y el bien parecer de su estado; por no faltar á lo que el mismo mundo los pide, pero interiormente miran la Cruz como una locura, y acaso insultan á los trabajos de Jesu-Christo, y á la piedad y luto público de los fieles: finalmente, otros son pecadores mundanos y ociosos, á quienes solamente la curiosidad trae á oír la relacion de la muerte del Salvador: que no vienen ni con fé, ni con compuncion, ni con deseo de mas santa vida: que siguen la multitud, y solo vienen al Calvario movidos de la curiosidad y porque corre ácia allá el tropel, y por-

(a) *Luc. 23. v. 48.*

porque el mismo mundo los lleva consigo.

Renovad, pues, hoy en ellos, ¡oh Salvador mio! los milagros del Calvario; el instante en que espirais es el instante de las gracias y de las misericordias: De vuestro Costado abierto salen arroyos de bendiciones, capaces de purificar las almas mas manchadas y rebeldes; todo les es favorable á los pecadores á los pies de vuestra Cruz; vuestras manos estendidas para recibirlos; vuestro corazon abierto y dispuesto á perdonarlos: la sed extrema que teneis de su salvacion; y el fuerte clamor que en su favor embiais ácia el Trono de vuestro Padre; hoy, Dios mio, es el dia de vuestras misericordias; embiad desde lo alto de ese sagrado leño algunas poderosas miradas sobre los pecadores que están presentes, y consagra la memoria de este gran dia con algunas de aquellas prodigiosas conversiones que dán á conocer la virtud de vuestra sangre, y la perpetuidad de vuestro Sacrificio: Tercer testimonio que Jesu-Christo en la Cruz dá á la verdad de sus milagros renovandolos.

En quarto lugar, dá testimonio á la verdad de su inocencia y santidad, rogando por sus enemigos; en efecto, Católicos, la señal menos equívoca de santidad es el amar á aquellos que nos ultrajan, rogar por la salud de aquellos que quieren perdernos, y llenar de beneficios á los que nos cargan de maldiciones y improperios. Este es, pues, el gran testimonio que hoy dá Jesu-Christo á su inocencia; muere por los que le crucifican; muere pidiendo á su Padre que perdone á sus enemigos: No desprecia su furor y sus ultrages, porque esto hubiera sido padecer como Filósofo; no les echa en cara sus beneficios y su ingratitude, porque esto hubiera sido padecer como un hombre flaco; no les amenaza con su poder, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vano; no se consuela con la esperanza de su castigo, porque esto hubiera sido padecer como un hombre

resentido y agraviado; ni aun se queja del exceso de su barbaridad, porque esto hubiera sido padecer como un hombre vulgar; ruega por ellos, solo piensa en su salud, y parece que en este ultimo instante se olvida de sus mas fieles discipulos, sin pedir para ellos á su Padre cosa alguna, pensando solo en sus enemigos, sin rogar ni hablar sino en favor de estos; solamente pide á su Padre gracias para ellos; esto sí que es padecer como Hombre Dios; ellos le maldicen, y él los bendice: ellos piden su muerte, y él pide su perdon: ellos quieren que cayga sobre sí y sobre sus hijos el delito de su sangre derramada, y él no quiere que se les impute.

Padre perdonadlos, dice, porque no saben lo que hacen. (a) Acordaos, Padre mio, que la sangre de esta nueva alianza que hoy derraman, los pone en el numero de vuestros hijos; que con el precio del Sacrificio que yo os ofrezco, mis verdugos se hacen mis coherederos y hermanos; que ya no sois un Juez armado para castigarlos, sino un Padre dispuesto siempre á perdonarlos; y que poniendome ellos en la Cruz, se han levantado un asylo que debe defenderlos de vuestros rayos y de vuestras venganzas: *Pater dimitte illis*; no mireis á las manos que me han herido, sino mirad la sangre que corre de mis llagas para aplacar vuestra justicia, y borrar el delito de los que me sacrifican: *Pater dimitte illis*: ellos ignoran todavia que vos me embiasteis, perdonad á unos ciegos que creen glorificar vuestro nombre entregandome á la muerte; no saben que esta sangre que derraman ha de santificar todo el Universo; que esta víctima que sacrifican es el precio de la salud de todos los hombres; que esta Cruz en que me han clavado ha de ser la vida y la resurreccion de los que duermen en las

(a) Luc. 23. v. 14.

sombras de la muerte, y el remedio de los males del genero humano; que ella vá á esparcir por toda la tierra el conocimiento de vuestro nombre, y á formaros en todos los pueblos adoradores en espíritu y verdad: ¡Padre Santo! Vos que conocéis las grandes utilidades que ha de sacar el mundo de mi cruz, no les imputeis un delito tan feliz, y perdonadles la culpa de mi muerte, por los inestimables beneficios que de ella han de resultar á la tierra: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que quitandome la vida, me van á dar á mí mismo la gloria de la inmortalidad; que borrando mi nombre en la tierra de los vivientes, van á elevarle sobre los Principados y Potestades; que despreciandome, me van á hacer conocido de todos los pueblos; que reusando el conocerme por su Rey, van á jurarme Principe del siglo futuro, Juez de todas las Tribus, Señor de todas las cosas, y asegurarme todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Padre Santo! Vos que habeis unido la gloria que me prometisteis á mis oprobrios y á mis trabajos, perdonad á unos ciegos que sin saberlo sirven á la exaltacion de mi nombre, y á la extension de mi reyno: *Non enim sciunt quid faciunt*. No saben que el delito de mi muerte ha de llenar la medida de sus Padres; que han de venir sobre ellos los dias en que se llamarán felices las que no han parido; en que Jerusalém será una espantosa soledad; en que será destruido su Altar, abandonado su templo, y reducido á tristes ruinas; sus Ciudadanos andarán errantes y fugitivos, y vuestra herencia, manchada por ellos con la sangre inocente, será entregada á una maldicion eterna. ¡Padre justo! Vos que preparais estos dias destinados á vuestra indignacion, contentaos con estas calamidades temporales con que los habeis de affigir; salvad las reliquias de Israel; perdonad

á las ramas de una raíz santa; salvad á un pueblo á quien escogisteis; no perdais para siempre á mis hermanos segun la sangre, huesos de mis huesos, y carne de mi carne; no saqueis vuestra salud de Judá, de donde ha salido la salud; perdonad á los hijos de los santos, y juntad por ultimo algun dia las dispersiones de Israel; reunidlas en los ultimos tiempos á el tronco de que se han separado; volvedlos á traer al recinto de la verdadera Jerusalém; finalmente, no haya mas que un rebaño y un Pastor; y haced que os ofrezcan con todas las naciones, no cabritos y toros, sino la verdadera renovacion, y los signos mysticos del gran sacrificio que hoy ofrezco á vuestra gloria. Quarto testimonio que Jesu-Christo en la Cruz dá á la verdad de su inocencia, rogando por sus enemigos.

Finalmente, dá testimonio á la verdad de su Imperio conquistando el mundo con la Cruz. El mundo le habia disputado la realidad y el esplendor de su Imperio; no le habia tratado como á Rey sino por burla; todas las insignias de su reynado habian sido nuevos oprobrios; el Cetro, una vil Caña; la Purpura, un vestido de ignominia; la Corona, una Corona de dolor; y el Trono, un madero infame, lecho de sus oprobrios y trabajos. Pero hoy estas vergonzosas señales de un reynado de tanto abatimiento son las insignias gloriosas de su poder y de su Imperio; esa debil caña que le sirve de Cetro ha de arruinar todos los Altares profanos, abatir todos los Idolos, confundir todas las Sectas, aniquilar todos los Imperios, derribar los Gigantes de la tierra, y destruir toda la ciencia que se levanta contra la ciencia de Dios. Esa Corona que le cubre de dolor y confusion ha de adornar las cabezas de los Cesares, con mas pompa que los mas soberbios laureles y diademas; y un Rey del primer Trono del mundo, de la mas augusta sangre del Uni-

Universo, irá á exponer su vida y libertad por llevar en triunfo á su patria sus preciosas reliquias, mas glorioso por haber enriquecido su reynado con este santo y precioso Tesoro, que si hubiera conquistado un Imperio; ese Trono de ignominia en donde está clavado, se mudará muy presto en Trono de gloria, á cuyos pies vendrán los Principes y Soberanos á doblar sus soberbias cabezas; en Trono de poder y de autoridad, desde el qual juzgará á todas las naciones de la tierra; en Trono de gracia y de misericordia, á cuyos pies hallarán todos los pueblos la vida y la salud; en Trono de ciencia y de doctrina, desde el qual instruirá hasta el fin á todos los hombres, y los enseñará las verdades de la vida eterna; finalmente en un Trono de sabiduría y de consejo, desde el que este nuevo Salomón gobernará todos los pueblos en justicia, en paz, y en abundancia.

El poder y el reyno de los Reyes de la tierra se acaba con ellos; el reyno de Jesu-Christo no empieza á resplandecer hasta despues de su muerte, y sus oprobrios son el primer origen de sus grandezas y de su gloria. ¡Padre Santo! con que aún vive vuestro hijo y verdadero Joseph á quien lloramos, y la malicia de sus hermanos que le entregaron, solo ha servido de hacer resplandecer mas su grandeza y su poder! Salió del fatal pozo en que le habia sepultado la envidia, y todos los pueblos de Egipto y del Universo reconocen su dominio, y su supremo poder. *Filius tuus vivit, & ipse dominatur in omni terra Egypti.* (a)

Pero, Católicos; hoy todo obedece á la soberanía de Jesu-Christo; su Cruz triunfa del cielo, y del infierno; de la ceguedad de los Judios, de la incredulidad de los Gentiles, de la barbaridad de los verdugos, y aún de

(a) Gen. 45. v. 26.

de la obstinacion de un pecador que agoniza; toda la naturaleza le confiesa; todas las criaturas le reconocen; ¿y solamente nosotros le hemos de cerrar nuestros corazones? ¿solamente nosotros nos hemos de obstinar en decir que no queremos que reyne sobre nosotros? *Nolumus hunc regnare super nos.* (a) Los muertos oyen hoy su voz, y salen de sus sepulcros; ¿y nosotros hemos de permanecer aún sepultados en el abismo de nuestras disoluciones, aunque su poderosa voz nos grita hoy en lo intimo de nuestros corazones, desde lo alto de la Cruz, y nos dice: ¡O vosotros los que dormís un sueño de muerte, levantaos; salid de lo profundo de vuestros delitos y de vuestras tinieblas, y este Jesus á quien veis crucificado por vosotros, os volverá la vida y la luz que habéis perdido: *Surge qui dormis, & exurge á mortuis, & illuminabit te Christus?* (b) ¿Las peñas se abren, y nuestros corazones mas insensibles no se han de poder ablandar? ¿El velo del Templo se rasga, y el velo impenetrable que cubre nuestra conciencia, habitacion de la iniquidad, que tanto tiempo nos impide el que manifestemos al Confesor sus ocultas manchas, no puede rasgarse? ¿Y aún tenemos ocultos en nuestro interior estos mysterios de abominacion, que de nuestro corazon hacen templo á los demonios, asilo á los espiritus inmundos, y teatro terrible de remordimientos, de confusion, y de espanto? ¿No saldremos por fin de este reyno de tinieblas en que vivimos, para entrar en el reyno de la luz? ¿No nos cansaremos ya de haber sido hasta ahora esclavos miserables de un mundo que no tiene derecho sobre nosotros, que no nos merece, y que nada puede hacer por nosotros? ¿Reusaremos el reconocer á Jesus-Christo, que acaba de morir por nosotros, por nuestro Rey, y nuestro verdadero Señor? ¡O Salvador mio! Qué at-
bi-

(a) *Luc. 19. v. 14.* (b) *Eph. 5. v. 14.*

bitrios pueden quedar á vuestra infinita misericordia para con los pecadores, si quanto hoy hicisteis por ellos no excita su amor, su compuncion, y su agradecimiento, y si aún se obstinan en perecer, no obstante el camino que hoy abris con vuestra sangre para que lleguen á la vida eterna. Amen.



SERMON
DE LA RESURRECCION
DE NUESTRO SEÑOR

Traditus est propter delicta nostrā, & resurrexit propter justificationem nostram.

Fue entregado á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación. *Rom. 4. v. 25.*

CON razon, Católicos, ha celebrado la Iglesia nuestra madre desde el principio el gran Misterio á que hoy tributamos nuestros respetos, como el mas feliz de sus dias, y su solemnidad por excelencia. Hoy es el gran dia del Señor, aquel dia que el Señor hizo, y que hizo mas glorioso para sí y para su Iglesia, que todos los demás dias: Sí, Católicos, este es el dia en que se quita el escándalo, en que se descubren todos los misterios ignominiosos de Jesu-Christo, se aclara el secreto de sus trabajos, se comprende la obscuridad de sus parábolas, y se manifiesta el sentido de las Escrituras. En este dia se autoriza su mision, se reconoce su ministerio, se confirman sus promesas, se cumplen sus profecías, se justifica su doctrina, y se corona

nas

nan todos sus trabajos: Este es el dia en que los discipulos timidos se confirman, su tristeza se muda en alegria, queda curada su incredulidad, son confundidos los enemigos de la religion, se establece la fé de todos los siglos, se prueba la verdad de nuestros misterios, la Iglesia sale con su Salvador triunfante del sepulcro, se prepara la docilidad de todos los pueblos del mundo, y todos los espiritus de error, que algun dia habian de levantarse, quedan convencidos de contradiccion, ó de impostura. Este es, finalmente, el dia en que se nos asegura la inmortalidad, se suavizan las tribulaciones de la carne, se consuelan los trabajos de nuestro destierro, y se propone una vida espiritual á los Christianos.

Sí, Católicos, murió Jesu-Christo para crucificar al hombre antiguo, y resucita para formar el nuevo. Murió para libertar los esclavos, y resucita para enseñar á los hijos á que usen santamente de su libertad; murió para pagar nuestras deudas, y resucita para llenarnos de sus gracias; murió para salvar á los culpados, y resucita para instruir y perfeccionar á los justos; murió para cerrar las puertas del infierno, y resucita para abrirnos las del cielo: En una palabra, murió por nuestros pecados, y resucita para nuestra justificación: *Traditus est propter delicta nostra, & resurrexit propter justificationem nostram.*

¿Por qué así, Católicos? Por dos razones, que os suplico escucheis con atencion. Primeramente, resucita para nuestra justificación, porque su resurreccion encierra los mas poderosos motivos que nos puede presentar la religion, para perseverar en la gracia de la justificación que acabamos de recibir en los Sacramentos. Este será el primer punto: En segundo lugar, porque su resurreccion nos propone los medios mas seguros para perseverar en ella: este será el segundo. La Resurreccion de Jesu-Christo nos anima, y nos enseña á perseverar en la gracia recibida, y es el

mo-

138 SERMON DE LA RESURRECCION
motivo, y el modelo de nuestra perseverancia. Este es el sentido de las palabras de mi texto: *Traditus est propter delicta nostra, &c.* y este es todo el asunto de mi discurso.

PRIMERA PARTE.

UNIVERSIDAD
LAS principales raíces de la inconstancia de los hombres en los caminos de Dios consisten, ó en una flaqueza de la fé que empieza á apagarse, y á esparcir una especie de nube sobre las verdades de la doctrina santa; ó en la tibieza de la esperanza, que no abre yá el seno de la gloria á sus ojos, y no despierta en ellos el deseo de los bienes eternos: pero la piedad christiana halla en el misterio de la resurreccion presarvativos contra estos dos escollos, y motivos muy poderosos para perseverar en la gracia en que la participacion de los santos misterios debe estableceros en estos solemnes dias.

En primer lugar; si la debilidad de la fé es comunmente la primera raíz de nuestras recaídas; si se halla siempre en ellas una especie de incredulidad, que antecede al pecado; si es preciso que el entendimiento dude en alguna manera de las verdades que abandona el corazon, y que la religion se debilite en una alma en quien se apaga la piedad; ¿quién puede dudar que la resurreccion de Jesu Christo sea el gran testimonio de la fé Christiana, y que todos los demás misterios hallen en este su verdad y su certeza? A la verdad, si Jesu-Christo no resucitó, decia en otro tiempo el Apostol á los fieles de Corinthe, nuestra predicacion es inutil, vuestra fé es vana, y nosotros somos unos impostores. Pero por el contrario, si Jesu-Christo resucitó, nuestro ministerio viene del Cielo, vuestra fé es cierta, la doctrina del Evangelio es Divina, y sus promesas son infalibles.

Si,

Si Católicos, si la virtud del Padre sacó á Jesu-Christo de entre los muertos, se sigue que Jesu-Christo era un enviado del cielo para anunciar á los hombres la doctrina de la salvacion. El Dios fiel y verdadero no habia de haber querido autorizar una impostura, revistiendola con el caracter de la verdad, y honrandola con una gracia, con la que hasta Jesu-Christo ningun hombre mortal habia sido favorecido, pues resucita para nunca mas morir; prodigio que el mismo Jesu-Christo habia prometido á sus discipulos, y á sus enemigos, como el mas decisivo testimonio de la verdad de su ministerio. Una vez, pues, establecida su resurreccion, quedan probados todos sus mysterios, dice San Agustin, y la fé de los Christianos no necesita mas que este testimonio: *Resurrexit Christus, absoluta res est.*

UNIVERSIDAD
Pero como yo hablo aquí con un pueblo fiel, á quien debo edificar, y no arguir, no quiero detenerme en manifestaros que hoy todo confirma la verdad del prodigioso milagro de la Resurreccion del Salvador. Primeramente, las mismas precauciones de sus enemigos; estos habian sellado el sepulcro, le habian cercado de Soldados, nada omitieron para impedir el que le robasen; acordabanse de que este mismo Jesus, á quien ellos habian crucificado, habia profetizado que resucitaria al tercero dia, y solo parece cuidan de estorvar el que los discipulos roben el cuerpo de su Divino Maestro. Unos enemigos tan poderosos, tan vigilantes, tan interesados en no dexarse engañar, ya cuidarian de evitar la sorpresa. En segundo lugar, la deposicion de los soldados; les hacen publicar que mientras dormian fueron los discipulos, y quitaron el cuerpo de su Maestro; pero si un sueño profundo no les dió lugar á que lo viesen, ¿cómo les puede permitir que lo aseguren? Por otra parte, una mul-

Tomo. II.

T

ti-

titud de ministros, destinados á velar sobre el sepulcro, y á guardarle, pudieron todos de comun acuerdo entregarse á un mismo tiempo al sueño, y á un sueño tan profundo y durable, que estando casi sentados sobre la piedra que cerraba el sepulcro, diesen tiempo á los discipulos para abrirle, y sacar el cuerpo del Salvador, sin que una obra tan larga, tan difícil, y que no se podia executar sin ruido y movimiento, despertase á alguno de los soldados, y desconcertase una empresa tan loca y temeraria? Además, estos mismos discipulos dudaban; no esperaban ya el cumplimiento de las promesas de Jesu-Christo; reusaban aun el creer á las santas mugeres; unos espiritus tan groseros é incredulos distan mucho de publicar lo que ellos mismos no creen: En tercer lugar, las apariciones del Salvador: no se manifiesta una vez sola á sus discipulos, porque entonces pudieran temer alguna ilusion, sino que se les manifiesta muchas veces; no se les manifiesta de paso, porque la imaginacion herida puede por algun poco tiempo suplir la verdad con sus imagenes, y figurar fuera de sí sus propios sueños: sino por espacio de quarenta dias; no desde lejos ó en medio de los ayres, en donde pudiera haver sospechas de prestigio; sino en medio de ellos, comiendo y bebiendo con ellos, dexandose ver de sus ojos, y tocar de sus manos, instruyendolos, y hablando del reyno de Dios; no á uno solo, porque hay unos espiritus mas credulos que otros; sino á todos en comun, y á muchos en particular; no baxo una figura, porque la mudanza hubiera podido ser sospechosa, sino con sus llagas, y con todas las señales por donde podian conocerle: Finalmente; el Martyrio de los Apostoles en testimonio de la verdad de este milagro, de que habian sido testigos: *Cujus nos omnes testes sumus.* (a)

(a) *Act. 2. v. 32.*

Si Jesu-Christo no resucitó, qué interés podian tener en publicarlo? ¿Habian de exponerse á los mas crueles tormentos por fundar una doctrina que ellos mismos tenian por falsa? ¿Habian de engañar al linage humano, sin esperar mas recompensa de su impostura, que el fuego, las ruedas, y los suplicios? Una persuasion falsa, particularmente en materia de religion, puede inducir á los espiritus simples y credulos á excesos y procedimientos extraordinarios; pero el que unos rusticos pescadores, unos hombres sin letras, y de la infima clase del pueblo, intenten, á sangre fria, ir á engañar al Universo, y á desafiar á los mas crueles generos de muerte, por publicar que su Maestro ha resucitado, estando ellos persuadidos á lo contrario, es una especie de extravagancia de que no son capaces los hombres, y sería mayor prodigio que todos los que la incredulidad disputa á la fé de los Christianos. Por otra parte, estos discipulos abandonaron á Jesu-Christo quando vivia, y quando le tenian aun por el Salvador prometido á sus Padres, y el Christo Hijo de Dios vivo, ¿y habian de confesarle generosamente sobre los cadahalsos, despues de su muerte, quando ya no le debian mirar sino como á un engañador, que no habia resucitado, como habia prometido? ¿Habian de derramar toda su sangre por un hombre que hubiera abusado de su credulidad? ¿Habian de distribuirse por todo el universo como desesperados, para publicar un hecho que ellos tenian por fabuloso? ¿Y ninguno de todos estos hombres flacos y tímidos habia de desdeñarse, ni confesar en medio de los tormentos su locura ni su extravagancia? Pero ya conozco que me detengo demasiado acerca de una verdad tan clara, y que se ofende vuestra religion del cuidado con que parece intento justificarla.

Ved, pues, Católicos, como la Resurreccion del Salvador mantiene la fé del hombre justo; en este

T 2

Mys-



mysterio ve asegurada toda la Religion; ve que son ciertos los castigos con que amenaza, sus promesas infalibles, sus preceptos necesarios, sus consejos importantes, sus observancias venerables, y aun las mas leves ceremonias de su culto dignas de nuestros respetos. Desde que resucitó Jesu-Christo. ¡Ah! Desde entonces no hallo cosa que sea tan grande como la virtud, nada que temer sino el vicio, ninguna locura mayor que el despreciar el cuidado del alma, y nada tan prudente como el sacrificarlo todo á la salvacion. Desde entonces las burlas de los impíos acerca de la santidad de nuestros mysterios, son estravagancias que apenas puedo comprehender, y blasfemias que me horrorizan. Las reflexiones de los sabios del mundo acerca de las santas obscuridades de la fé, son discursos pueriles; desde entonces el Evangelio me parece una sola regla, los exemplos de Jesu-Christo mi modelo, los temores de la piedad dones de Dios, la seguridad de los libertinos un desesperado furor: En una palabra, miro la infidelidad á las gracias recibidas, y las recaídas en los primeros desordenes, como la mayor de las desgracias, y el caracter de prescitos.

¿Qué cosa mas propia puede haber, Católicos, para refrenar la inconstancia del corazon del hombre, y fixarle en una piedad sólida y durable, que estas grandes verdades? Por eso los discipulos, testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo, no se desdican, perseveran todos hasta el fin en la oracion, y en el ministerio de la divina palabra; no se halla entre ellos otro Judas que abandone la verdad conocida. Desde que el Señor apareció á San Pedro, este Apostol no vuelve á caer, y aun confirma á sus hermanos. Apenas toca Thomás las gloriosas cicatrices de sus heridas, quando adora á su Señor y su Dios, y permanece fiel para siempre; los discipulos de Emaus apenas le reconocen en la fraccion del pan, quando se vuelven á Je-

Jerusalén á juntarse con los demás discipulos. ¡Ah Católicos! ¿no somos aqui todos nosotros testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo? ¿no somos nosotros los hijos de los santos que le vieron y adoraron sobre el Santo monte de Galiléa? Nosotros hemos visto con sus ojos, y tocado con sus manos: Nosotros en estos felices dias hemos visto tambien resucitar á Jesu-Christo dentro de nosotros mismos por la gracia de los Sacramentos. ¿Pues por qué hemos de volver atrás? ¿Por qué hemos de volver á nuestros primeros caminos? Si este mysterio hace que nuestra fé sea incontrastable, ¿por qué ha de dexar todavia inconstancias en nuestro corazon? Si como dice San Agustin, sería una cosa monstruosa el no creer despues de tantas pruebas, ¿lo será menos el creer, y vivir como sino creyeseamos? Un fiel que está persuadido á que ha de resucitar para gozar de una felicidad eterna, ó para ser entregado á las eternas llamas, ¿podrá olvidarse de un negocio de tanta importancia para un instante que ha de vivir en la tierra? y si los bienes fugitivos que nada tienen de verdaderos, y de los que solo gustamos un momento, pueden engañarnos, la verdadera felicidad, los bienes infinitos y sin medida, una eternidad de gloria, de magnificencia, y de verdadera felicidad que se nos manifiesta hoy, ¿no ha de poder desengañarnos, y disipar para siempre el error que causa nuestro engaño, y nos hace tener la sombra por verdad, la tierra por cielo, y un tiempo que se precipita y se ha de acabar mañana, por la eternidad?

Segundo motivo que deduzco de este mysterio, para animarnos á conservar la gracia recibida en estos santos dias. No solamente este mysterio conforta nuestra fé, sino que tambien, primeramente, asegura nuestra esperanza: en segundo lugar, la consuela; en tercero, la corrige: La Resurreccion de Jesu-Christo asegura nuestra esperanza: Sabemos, dice el Apostol, que algun dia hemos de ser semejantes á él, y hemos de seguir la suerte de nuestra

tra cabeza: Sabemos, que siendo el Primogenito de sus hermanos, es las felices primicias de los que duermen para resucitar; y que una parte de nuestra naturaleza se libertó en él de la muerte y de la corrupcion, para servir de prenda á la esperanza de toda la naturaleza: Sabemos que sería inútil su Resurreccion, si no hubieramos de resucitar con él; que estaría en el cielo sin Iglesia, sin Sacerdocio, sin Sacrificio; y que no sería nuestro Eterno Pontifice, si no ofreciera eternamente su Cuerpo Mystico á su Padre: Tambien sabemos que nuestros hermanos que nos han precedido con la señal de la fé, y que duermen en Jesu-Christo el sueño de la paz y de la unidad, no han perecido absolutamente: que han desaparecido á nuestra vista, pero esperan la bienaventurada esperanza; que sus cuerpos fueron quemados, arrastrados, despedazados, hechos cenizas, y pasto de los pajaros del cielo, ó de los animales de la tierra; pero que aquel Señor que llama á las cosas que no existen como á las que existen, juntará de los quatro vientos las porciones dispersas de su carne; separará de entre todas las criaturas lo que pertenece á sus escogidos; volverá á juntar sus preciosas reliquias, confundidas con la revolucion de los tiempos, y con la sucesion de las cosas, las que solo él conoce, y no perecerá ni un solo cabello de su cabeza. ¿Qué motivos tan poderosos se hallan, Católicos, en esta memoria para confirmar al alma en la gracia y en el servicio de Dios? ¿Yo resucitaré con esta carne que voy á deshonrar, y la he de presentar á Jesu-Christo, y á sus Angeles, señalada aun con las vergonzosas manchas de mis iniquidades? ¡Oh! Si todo hubiera de morir conmigo, bien pudiera permitirlo todo á mis corrompidos deseos; pero el impío tambien ha de resucitar como el justo; la fatal trompeta despertará, sin excepcion, á todos los que descansan baxo el imperio de la muerte; será preciso volver á parecer en el teatro á vista de todo el

el Universo, y ver revivir las obras de tinieblas, que yo tenia por sepultadas en un eterno olvido. ¿Es posible que la verguenza de la accion que voy á cometer, se me ha de echar en cara por toda la eternidad? ¿Ni los siglos, ni los años, ni los tormentos no han de borrar jamás esta vergonzosa circunstancia de mi vida? Un deleyte tan rápido que apenas le gusto quando ya no existe, y que al tiempo de gustarle me disputo á mí mismo su falsa dulzura, con remordimientos é inquietudes interiores, ¿este instante fugitivo se ha de escribir en el libro de las venganzas del Señor con caracteres inmortales? ¿Se ha de sellar en los tesoros de la divina indignacion, y ha de durar tanto como la justicia del mismo Dios? ¡Ah Señor! Pues mis acciones, mis palabras, mis pensamientos, mis deseos han de vivir en vuestra presencia los años eternos, confortad mi flaqueza, y haced que mi corazon entienda que un Christiano no debe permitirse á sí mismo cosa alguna que no sea digna de la eternidad.

En segundo lugar, la Resurreccion de Jesu-Christo consuela nuestra esperanza. Porque, Católicos, si la piedad tiene sus consuelos, tambien tiene sus amarguras, y los eternos combates en que es preciso pelear contra sí mismo, ó contra casi todos los objetos que nos rodean, son sus espinas y violencias; la virtud no se conserva sino con continuos sacrificios, y si aflojais una sola vez estais perdidos: Las pasiones parece que renacen de su propia ruina; creéis haber resistido hasta derramar sangre, y conseguido la victoria, quando ya es preciso volver al combate; nos cansamos, pues, de estar en continua guerra con nosotros mismos, y de traer en nuestro interior un Reyno siempre dividido: Naturalmente nos inclinamos á contentar nuestros deseos, y á gozar tranquilamente de nosotros mismos; y este es el mas comun principio de nuestras caídas.

En

En medio, pues, de tan peligrosas pruebas nada alienta ni consuela tanto al alma fiel como la esperanza de la Resurreccion. Sabe que este cuerpo de pecado que la oprime, será muy presto conforme á la semejanza del de Jesu-Christo glorioso y resucitado. De este modo en vez de abatirse con el peso de su carne, conoce que se acerca su libertad: Quanto mas la oprime el Angel de Sitanás, mas se aumenta su deseo de librarse de este cuerpo de muerte; quanto mas siente el aguijón del pecado, mas desea su disolucion y reunirse con Christo; en su flaqueza halla una nueva fuerza; sus tentaciones llevan consigo el remedio; y todos los movimientos que la avisan del principio de su corrupcion, la consuelan con las esperanzas de la inmortalidad que la ha de liberrar de todas sus miserias.

En las tribulaciones que suceden al justo por parte de las criaturas, ninguna hay que no suavice esta esperanza. Job en su muladar ve con serenidad caerse su cuerpo á pedizos. (a) Yo sé, dice, que vive mi Redentor, que he de resucitar de la tierra en el ultimo dia, y veré á mi Dios y mi Salvador con esta misma carne, de la que los gusanos y la corrupcion han hecho ya un cadaver: Esta suave esperanza está oculta en mi pecho, (b) y no necesita de mas para consolar todo el rigor de sus penas: *Reposita est hec spes mea in sinu meo.* Nosotros nos regocijamos en las tribulaciones, decian los primeros fieles, porque esperamos á Jesu-Christo de lo alto del cielo, que reformatá la baxeza de nuestro cuerpo, para hacerle semejante á la gloria y á la claridad del suyo, y nuestra esperanza es cierta. Con esta esperanza nos maldicen, y bendecimos: nos cargan de cadenas, y estamos libres; nos pisan, y no somos abatidos; y siempre tenemos levantada nuestra cabeza pa-

(a) Job 19. v. 25. 26.

(b) Ibid. 27.

para ver nuestra libertad que se acerca. De este modo habablan antiguamente, por boca del Apostol, los fieles oprimidos, perseguidos, desterrados; y quando los llevaban á las carceles, y á los suplicios, no habia tormentos, por terribles que fuesen, que no les pareciesen suaves, contemplando la bienaventurada esperanza.

Por eso, Católicos, continuamente creían ver llegar á Jesu-Christo desde lo alto de los ayres; creían que cada dia era el deseado de su venida; pero esto era un error de amor. Siempre nos parece que llega lo que con ansia deseamos; y los Apostoles necesitaban de toda su autoridad, para calmar en este particular la viva impaciencia de estos santos discipulos. El mismo Jesu-Christo tuvo por conveniente precaver los lazos que podrian poner algun dia sobre este asunto á la viveza de sus deseos, y á su credulidad, advirtiendoles que no diesen facilmente credito á los que vendrian á anunciarlos su venida: *Nolite credere.* (a) Por eso en medio de los tormentos desafiaban con una santa valentia á la barbaridad de los tiranos: Bien podreis despedazar nuestros cuerpos, los decian, pero el que mira desde el cielo la constancia de nuestra confesion nos los volverá mas gloriosos y resplandecientes: las crueles heridas con que desfigurais nuestros miembros se mudarán en rayos de luz, y vuestra inhumidad aumentará nuestra gloria; este era el espiritu de aquellos felices siglos; aun no habia la falsa doctrina privado á la virtud de estos divinos consuelos; aun no estaba cerrado á los fieles el seno de la gloria para hacerlos mas dignos de ella; aun no se habia formado la monstruosa perfeccion de ser indiferente á las promesas de la fé para conseguirlas con mas seguridad; y hubiera horrorizado entonces el pensar

(a) Matth. 24. v. 23.
Tom. II.

sar que la salvacion pudiera ser el horrible fruto de la desesperacion, ó de la indiferencia en punto de la salud eterna; la bienaventurada esperanza era entonces toda la piedad y toda la perfeccion de los fieles.

A la verdad que sería digno de compasion el justo, si no hubiera para él otra esperanza mas que la de esta vida. Si Jesu-Christo no resucitó, decia en otro tiempo el Apostol, y solamente esperamos en él para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres. *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* (a) Esta es la suerte del Christiano. El Evangelio, en algun sentido, forma desgraciados segun el mundo: sus máximas son tristes, y no prometen cosa que sea agradable acá en la tierra; y si despues de esta vida no hay que esperar, no hay cosa que iguale á la desgracia de un discipulo de Jesu-Christo. Supuesta, pues, esta indubitable verdad, vosotros, amados oyentes míos, podeis decidir acerca de vosotros mismos, para conocer si sois discipulos de Jesu-Christo, ó hijos del siglo, y por consiguiente de muerte y perdición: la regla es segura. Pero aunque no hubiera resurreccion que esperar serais dignos de lástima. ¿Quando no esperarais mas que una eterna aniquilacion despues de esta vida, os haceis acaso mientras dura la suficiente violencia? ¿Cuidais como debeis de vosotros mismos? ¿Mortificais suficientemente vuestros deseos? ¿Crucificais vuestras carnes? ¿Sufrís los desprecios é injurias? ¿Huís de los placeres? ¿Vivís separados del mundo? ¿Velais sobre vuestros sentidos? ¿Estais desprendidos de la gloria de los bienes precederos como el Apostol, para decir con él; Sino esperamos en Jesu-Christo mas que para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hom-

(a) 1. Corint. 15. v. 19.

hombres? Pero viviendo como vivís, aun quando la religion fuera un sueño, ¿qué perderiais en ella? Quando todo lo que nos dicen de la resurreccion futura, y de las promesas de la fé fueran fábulas, ¿qué engaño podiais padecer en vuestras medidas? Quando todo muriera con vosotros ¿tendriais motivo para arrepentiros al tiempo de morir de no haberos formado vuestra felicidad en la vida presente, para quejarnos de los deleytes de que os habiais privado, de los Sacrificios, de las violencias, de las austeridades, de las mortificaciones que habiais sufrido por una eternidad, y por una felicidad chimerica? Si os dixeran que la fé de los Christianos es una invencion humana, ¿tendriais mucho que mudar en vuestras costumbres, en vuestros proyectos, en vuestros negocios, y en toda vuestra conducta? ¡Ah! Los primeros fieles podian muy bien decir, que si Jesu-Christo no habia resucitado, todo lo habian perdido: Unos infelices que todo lo sacrificaban á esta esperanza; que sufrían el hambre, la sed, la desnudez, el destierro, la infamia, la pérdida de los bienes, y de la vida por agradarle, y por la sola esperanza de gozar de él algun dia: *Tantum ut Christo fruar.* (a) Unos hombres que no tenían consuelo alguno en la tierra; que no se atrevían á disfrutar de los mas leves deleytes; y que miraban la vida presente como un destierro, y como un valle de lágrimas: Estos hombres podian asegurar que si no habia de haber resurreccion, no habia en la tierra cosa alguna que pudiese igualar á su desgracia: Pero vosotros á quienes nada cuesta el crecer en Jesu-Christo, que no sacrificais á sus promesas ni deleytes, ni gustos, ni superfluidades, ni inclinaciones; vosotros, que baxo el Evangelio vivís con tanta tranquilidad, con tanta conveniencia, con tanta delicadeza, y aun

(a) Ign.

aun acaso tan licenciosamente como se vive entre las naciones infieles, donde no se conoce su nombre, ¿qué os importa que haya ó no resucitado? La falsedad ó verdad de sus promesas nada muda á vuestra suerte, y por eso no sois Christianos; no perteneceis á Jesu-Christo; y no teneis derecho á su esperanza.

Y ved aquí, por ultimo, como la Resurreccion de Jesu-Christo no solamente asegura y consueta, sino que tambien corrige nuestra esperanza, proponiendonos los medios que solamente nos dán derecho para esperar, dandonos á entender que no es posible buscar la felicidad en la tierra, y esperar en Jesu-Christo; y que el fiel que nada padece acá, nada debe esperar en lo futuro.

Pero no solamente corrige por este camino nuestra esperanza la Resurreccion de Jesu-Christo: Una de las causas mas comunes de nuestras recaídas, despues de esta solemnidad, es el persuadirnos que es facil el volver á la gracia, y asi esperamos contra la esperanza; el Mysterio, pues, de la Resurreccion de Jesu-Christo corrige este error tan comun y tan peligroso, porque el beneficio de la resurreccion fue en él el premio del mas doloroso sacrificio; no mereció el libertarse del Sepulcro, sino habiendose hecho el Hombre de dolores: la Resurreccion, pues, de Jesu-Christo es el modelo de la nuestra: esto es, que si recaemos será preciso pasar por unas terribles pruebas para llegar á la renovacion de la penitencia. Si yo recaygo, ¡ó Dios mio! ¿Qué caro me ha de costar este rápido y frivolo deleyte! ¿Qué caliz he de beber para recobrar la vida y la inocencia que voy á perder! Ya sé, bien á mi costa, lo mucho que cuesta el volverse á Dios, quando ha habido la desgracia de separarse de él, y lo terribles que son para el alma los principios de una conversion; ¿y despues de la recaída, costaria menos trabajo esta empresa? Al contrario, mis malas in-

inclinaciones serán mas dificiles de vencer; mis cadenas se habrán fortificado, se habrán entiviado mis flacos deseos de salvacion, tendré mas temor á la vista del público por las desigualdades de mi conducta; en todo habrá que hacer nuevos esfuerzos; todo me será mas molesto y penoso: Pues si el dar el primer paso me costó tanto trabajo quando todo parecia que se me facilitaba, ¿cómo he de contar con seguridad con el segundo, quando todo me ofrecerá nuevos obstáculos? De este modo se confirma en la perseverancia una alma fiel.

Pero por otra parte: ¿Se os concederá acaso la gracia de una segunda penitencia? Segunda razon que se deduce de este Mysterio: ¿Sabeis bien lo que es la gracia de la conversion, aquella gracia que nos hace pasar de la muerte del pecado, á la vida y á la resurreccion de la justicia? Oid al Apostol que os lo enseña: La misma virtud sobreeminente de Dios, dice, que ha obrado en Jesu-Christo para sacarle de entre los muertos, debe obrar en nosotros para sacarnos de los caminos de la muerte y de la perdicion, y para restituirnos á la vida de la gracia: Es decir, que la resurreccion espiritual del pecador es una obra tan grande para Dios, como la resurreccion corporal de Jesu-Christo; que aqui es igual el milagro; que tiene necesidad de una virtud tan sublime para lo uno como para lo otro, y que si se halla alguna diferencia, consiste en que resucitando á su Hijo manda á la muerte, y es obedecido, y la muerte que oye su voz, no resiste á sus ordenes; pero quando resucita al pecador, manda á un corazon corrompido, y este corazon se opone; y este corazon, ó no quiere oírle, ó aun despues de haberle oído, resiste á sus ordenes, y aparta la mano que viene á sacarle del sepulcro y de las sombras de la muerte: ¿Teneis, pues, derecho para esperar de él otra vez un favor tan distinguido? ¿Os podreis fiar en que

que ha de obrar dos veces por vosotros un prodigio que solo obró una vez en favor de su Hijo? ¿Quién sois vos para prometeros temerariamente unos efectos tan milagrosos del Divino Poder? Entre todas las gracias la de la conversion es la mas rara: ¿y vosotros la mirais como un favor quotidiano? ¿Qué sabeis si el Señor, despues de haber hecho resplandecer una vez en vosotros las maravillas de su misericordia, rompiendo las cadenas de la muerte y del pecado que ataban vuestra alma, y haciendooos revivir con Jesu-Christo, resucitandooos á una nueva vida, manifestará en lo sucesivo en vosotros la severidad de su justicia, entregandooos para siempre á los deseos de vuestras locas pasiones? Es verdad que leemos en los libros santos, que Lázaro, que la hija de Jayro, que el Joven de Naim fueron resucitados, pero no leemos que se les concediese dos veces este beneficio; la segunda muerte fue para ellos la ultima, y en esta imagen se nos quiere dar á entender que el milagro de una segunda resurreccion rara vez se concede á un pecador.

Conservemos, pues, preciosamente, Católicos, un tesoro tan difícil de recobrar, si es que hemos tenido la felicidad de resucitar con Jesu-Christo en la participacion de los Santos Mysterios. ¡Ah! Si conocierais, Católicos, lo que perdeis perdiendo la gracia santificante: Si supierais que en su comparacion es nada la pérdida del Universo: Si pensarais en que esta es el precio de la Sangre de Jesu-Christo, y todo el fruto de los trabajos de que habeis sido testigos: Si reflexionarais en que esta es la dragma preciosa con que se compra la eternidad: Si pudierais comprehender que perdeis lo mas que podeis perder, de lo que no os pueden recompensar todas las criaturas, ni el mundo entero; que perdeis lo que no podeis recobrar por vosotros mismos, y lo que solamente puede restituiros aquel

aquel á quien ofendeis; que perdeis lo que por toda la eternidad estarán deseando tantos reprobos, lo que será la felicidad de tantos justos en el cielo, lo que es negado á tantos pecadores en la tierra; si pudierais comprehenderlo, sin duda os animaria esta memoria á perseverar en el servicio de Dios, adonde os acaba de traer la gracia del Sacramento: Ya habeis visto los motivos en la Resurreccion de Jesu-Christo; veamos ahora los medios que nos proporciona el mismo Mysterio.

SEGUNDA PARTE.

Jesu-Christo resucitado de entre los muertos ya no muere, dice el Apostol; la muerte no tiene ya dominio en él, (a) porque en su resurreccion se halla una renovacion entera y perfecta: Al salir del Sepulcro no tiene ya nada de terrestre, y se sorbió á la muerte en su propia victoria. (b) Ved, pues, el modelo y el medio de nuestra perseverancia; ¿quereis no volver á caer, Católicos? es necesario que se destruya quanto habia en vosotros mortal y terreno, por decirlo asi; que seais unos hombres renovados y celestiales; una pasion despreciada conserva todas las demás; una sola herida mal curada llama á sí los malos humores del cuerpo; por eso debe aumentarse vuestro cuidado y vigilancia; y como Jesu-Christo no contó por acabados sus trabajos, ni asegurada su victoria hasta que absorvió enteramente en sí á la muerte, y la dexó sin armas ni aguijon, para hablar con el Apostol, mientras que os queden pasiones con quienes pelear, deseos que reprimir, y virtudes que perfeccionar, debeis tener vuestra resurreccion por imperfecta, y adelantar siempre en la semejanza del hombre nuevo.

Con

(a) Rom. 6. v. 9. (b) 1. Cor. 15. v. 5.

Con todo eso, el error comun mira al tiempo de la Pasqua como un tiempo de diversion, de descanso, de libertad, y de placeres; pero vuelvo á decir, si quereis conservar la gracia de la resurreccion, debe ser para vosotros un tiempo de renovacion y de fervor: Las razones son las siguientes, y me parecen dignas de vuestra atencion.

En primer lugar. Es evidente, ojalá no lo fuera, que la mayor parte de los fieles creen tener derecho de descansar, y de tener menos cuidado con su salud eterna, quando ya han llegado al fin de esta carrera de penitencia; que fundan el privilegio de la resurreccion en unas costumbres mas suaves, en un uso mas libre de los deleites, de la mesa, del juego, de los espectáculos, y en ser mucho menos frecuentes las oraciones públicas, y las demás obligaciones de la religion. Para dar, pues, á conocer, primeramente, la ilusion de un error tan vulgar y tan injurioso á la santidad de este tiempo, bastaria el deciros que la alegría de la Iglesia en estos felices dias solo está fundada en la victoria que Jesu-Christo, y con él todos los fieles consiguieron hoy del pecado; que vuestra vuelta á la gracia es todo el motivo de sus cánticos de alegría; y que si aun estais en pecado, ella está aun cubierta de un luto invisible, y gime en secreto delante de su esposo; y así en este dia solo se manifiesta triunfante y cercada de gloria, para celebrar el triunfo de la gracia en vuestros corazones, y os mira como á otros tantos cautivos, á quienes acaba de sacar del imperio de la muerte, y del poder de las tinieblas. En una palabra, el destino de vuestra conciencia es quien decide siempre de su tristeza ó alegría; porque el tiempo de la vida presente no es el tiempo de su gozo, pues se contempla como estrangera, sepa-

ra-

rada de su esposo, despedazada con los cismas y altercaciones, deshonorada con los escandalos, affligida con las caídas de sus hijos, y gime sin cesar, suspirando por su libertad; y sus cánticos de alegría no son mas que deseos de la eternidad, y vivas ansias de reunirse con la Iglesia del cielo, de la que es visible Pontifice su esposo; pero dejemos estas razones que miran á ella sola, y detengamonos en las que hallamos en nuestras propias disposiciones.

A la verdad, en segundo lugar, si despues de unas costumbres desordenadas, y una vida llena de pecados, habeis sido tan felices que habeis recobrado en estos dias vuestra inocencia con la gracia de los Sacramentos, y os habeis reconciliado con Dios, luego sois nuevos hijos de la gracia, y acabais de nacer á la justicia y santidad. En este estado, pues, de infancia y de flaqueza, como sois mas faciles de engañar y de pervertir, necesitais de mas precauciones y de mas socorros para no caer. Por otra parte, si acabais de salir de vuestras costumbres delinquentes, no podeis haber hecho nada para expiarlas; es verdad que habeis gemido á los pies del Confesor; que os habeis declarado allí delinquentes; que habeis dado vivas muestras de compuncion; y que habeis detestado con sinceridad vuestros delitos; nosotros os hemos enjugado allí vuestras lagrimas, recogido vuestros suspiros; y consolado vuestro dolor, el que á nosotros mismos nos llenaba de consuelo: Pero por ventura, ¿son estos los frutos unicos de la penitencia? ¿Una vida entera, llena de placeres y desordenes, puede borrar-se con algunas pasajeras lagrimas? ¿y el pecado se expió acaso luego que fue perdonado? Pues si sois un nuevo penitente, ¿dónde están aquellos excesos de zelo, aquella indignacion contra sí mismo, aquel deseo de trabajos, que son siempre las primicias del Espiritu de Dios en un corazón arrepentido? ¿Aún no habeis comenzado, y ya quereis permitiros mitigaciones que no

se atreverian á permitirse aún los mas justos despues de largos años de penitencia? ¿Es tiempo de descansar en el mismo principio de la carrera? Alguna vez puede suceder que se descansa al fin de ésta, y que se entibie el fervor despues de muchos años de austeridad, pero á lo menos los principios fueron fervorosos. El Rey de Ninive se cubre de ceniza, rasga sus vestiduras, mortifica su carne con el ayuno y el cilicio; este es el fruto de la primera gracia; los esfuerzos que ella inspira en el principio son heroycos, y entonces es quando el pecador nuevamente movido necesita de freno, y es preciso que la prudencia del director modere las ansias y detenga el impetu del zelo y del espíritu que le anima.

Però vosotros, amados oyentes míos, si empezáis por la carne, ¿cómo habeis de acabar por el espíritu? Si vuestros primeros pasos son tibios y flojos, ¿cómo habeis de sufrir las tentaciones, las molestias, y los disgustos inseparables de la continuacion y permanencia? Además, vuestra propia experiencia os enseñará que las tentaciones nunca son mas violentas que en los principios de una nueva vida; entonces es quando el demonio, furioso por haber dejado escapar su presa, se vale de todos sus ardidés para recobrarla: entonces es quando multiplica los combates, y todo lo convierte en lazos, despierta todas las pasiones, aún medio vivas, derrama disgustos y amarguras en todos nuestros pasos, junta todos los obstaculos, aumenta las dificultades: En una palabra, echa el resto de todos sus artificios para volver á entrar en la casa de nuestra alma con siete espíritus impuros, aún peores que él; entonces son por una parte mas vivas las tentaciones, y por otra está mas flaca la piedad, por hallarse ésta como una centellita apenas encendida, que es preciso mantener á costa de cuidados y precauciones; como una planta nueva, capaz de marchitarse al mas leve soplo, de

secarse con el mas leve ardor de las tentaciones: ¿En qué tiempo, pues, se necesita de mas fidelidad y vigilancia? ¿Sería acaso prudencia el que no pensaseis mas que en descansar, sin estar vigilantes, en una ocasion en que todo se dispone á acometeros? ¿No es entonces quando teneis mas necesidad que nunca del retiro, de la oracion, de la abnegacion del mundo y de los placeres, del trato con los justos, del exercicio de las obras de misericordia, y de la leccion de los libros santos? Y el exponer un tesoro que teneis en vuestro corazon, sin saber aún defenderle, ¿no es querer perderle sin remedio?

Por ultimo; no añado que no proveyendo la Iglesia en este santo tiempo á la piedad de los fieles de tantos socorros exteriores, debeis vosotros suplir esta falta, renovando el zelo y el cuidado. En los dias de penitencia de que acabamos de salir, parece que la fé y la piedad estaban sostenidas con solas las exterioridades del culto. La mas continua asistencia á nuestros Templos; la palabra evangelica anunciada mas frecuentemente, y en mas lugares; las Preces de la Iglesia mas largas, y mas solemnes; todo aquel aparato de luto y tristeza de que estaba cubierta; la memoria de los misterios dolorosos que nos acordaba; la ley de los ayunos y de las abstinencias; la suspension de los publicos placeres; la moderacion en la libertad de las mesas; la culpa casi obligada á ocultarse, ó á lo menos á disimularse; la obligacion de la Pasqua con la que todos se disponian á cumplir, excepto algunos pecadores inveterados, y absolutamente abandonados de Dios: Todo esto podia servir de apoyo á una piedad nueva; pero en el tiempo en que vamos á entrar, la virtud casi nada halla en las exterioridades de la religion que la ayude, que la anime, que la defienda; toda la hermosura de la hija del Rey, por decirlo así, está en lo interior. La Iglesia, suponiendo que por la Resurreccion

cion hemos quedado del todo espirituales y celestes, no ofrece á nuestra piedad tantos socorros sensibles; cesan los ayunos; se minoran las oraciones públicas; callan los pulpitos; el culto y las ceremonias son mas regulares y sencillas; se acaban las solemnidades, y se cumple la revolucion de los misterios. La Iglesia de la tierra resucitada es una imagen de la del cielo, en la que el amor, la adoracion, la accion de gracias, y el silencio ocupan el lugar de los hymnos y canticos, y forman toda su religion y su culto.

Pero para los que aún estais débiles en la fé, esta privacion de socorros exteriores, esta vida interior y perfecta tiene sus riesgos; puede temerse, que no hallando al rededor de vosotros los apoyos exteriores de la piedad, no os podais mantener solos; puede temerse que el fin de las abstinencias sea para vosotros ocasion de intemperancia y de concupiscencia; que por estar distantes de las cosas santas, caygais en el olvido de Dios; que el uso mas libre de los placeres os abra el camino al pecado; que la falta de las públicas oraciones os haga perder la costumbre de levantar vuestro corazon á Dios; que con el silencio de los Pulpitos os vayais adormeciendo acerca de las verdades eternas: En una palabra, que la santa libertad de este tiempo sea para vosotros ocasion de relajacion y recaída.

Y para mejor manifestaros esta verdad, porque nunca se puede cometer exceso en daros á conocer el espiritu de la Iglesia en el orden y fin de sus solemnidades y Misterios, por ser ésta toda la piedad de este destierro, y de nuestra peregrinacion, os suplico advertiais, Católicos, que desde el Nacimiento del Salvador, hasta su Resurreccion, y efusion de su Espiritu Santo que esperamos, la Iglesia nos ha mantenido siempre bajo sus alas, por decirlo así, como polluelos que criaba, y queria formar para Jesu-
Chris-

Christo; os ha hecho crecer succesivamente con la gracia de cada misterio; no os ha perdido de vista, y ha empleado todos sus cuidados con vosotros: Pero en adelante, cumplidos los misterios de la Resurreccion, y de la efusion del Espiritu Santo, mira como acabada en vosotros su obra; supone que sois hombres celestiales, llenos de todos los dones del cielo; que habeis llegado á la perfecta semejanza de Jesu-Christo glorificado; y que no teneis ya necesidad de los socorros con que hasta ahora habia mantenido vuestra infancia; os entrega á vosotros mismos; se retira á lo interior de su Santuario; no propone ya á vuestra piedad sino el misterio inefable de la unidad de la Divina esencia, y la Trinidad de las personas, que es toda la ocupacion, todo el culto, y toda la Religion de los Celestiales Espiritus, y de los Bienaventurados en el cielo; se persuade á que habiendo de hacer en adelante en la tierra una vida absolutamente celestial, no debe presentar á vuestra piedad otro objeto mas que el que la Iglesia del cielo ofrece á sus escogidos, y que solo debe presentaros el seno de la gloria, y el inefable misterio de la Trinidad, en vez de seguiros aún, y socoreros, como ha hecho hasta aqui, entre los peligros y escollos que hay en la tierra. Juzgad ahora si estos dias de perfeccion, de gloria, de vida celestial, y plenitud del Espiritu Santo para los Christianos, pueden ser dias de relajacion y libertad; y si debeis seguir la regla de los sentidos, en un tiempo en que la Iglesia supone que ya toda vuestra vida es interior y oculta en Dios con Jesu-Christo.

Y á mas de esto, aún quando una vida deliciosa, sensual, menos circunspecta, y menos acompañada de todas las precauciones, y de todas las violencias de la piedad, no fuera peligrosa despues de la santa solemnidad, á lo menos sería injusta, Católicos, para la mayor parte de los que me oís; y á la verdad, Señores, ¿ estos dias de Penitencia de que acabamos de salir, han extenuado
tan.

tanto vuestra carne, que os puedan dár derecho para que descanséis de vuestras penitencias? ¿Qué es lo que habeis padecido en este tiempo consagrado por la Iglesia á la mortificacion y á los trabajos de Jesu-Christo? ¿En qué le habeis distinguido de otros tiempos del año? ¿Os habeis presentado en nuestros Templos cubiertos de ceniza y de cilicio? ¿Habeis mezclado vuestro pan con la amargura de vuestras lagrimas? ¿Se han visto mas oraciones, mas retiro, mas austeridad, ó á lo menos mas regularidad en vuestras costumbres? ¿Habeis á lo menos cumplido con las leyes de la Iglesia, y hecho gemir con la austeridad del ayuno, cumplido como se debe, á un cuerpo á quien nunca podreis suficientemente castigar? Ah! El justo que ha llegado al fin de esta carrera tiene derecho para enjugar sus lagrimas, lavar su rostro, perfumar su cabeza, y vestirse sus vestidos de gloria y de alegría, para tener parte en el público regocijo de la Iglesia, y gustar con ella de los consuelos sensibles de este santo tiempo; el justo sí, porque lejos de dispensarse la severidad de sus leyes, ha añadido rigores de supererogacion; pero vosotros que en vez de haber sido penitentes, habeis sido prevaricadores aún de la ley comun de la Penitencia; vosotros que venis al misterio de la Resurreccion con una carne tan rebelde, con unas pasiones tan vivas y tan enteras como estaban antes de estos dias de mortificacion y abstinencia; Ah! En vez de permitirnos hoy alivios que no habeis merecido, debéis ponerlos en estado de reparar vuestra pasada infamia, de cumplir lo que ha faltado á vuestra penitencia, de mudar este tiempo de alegría en tiempo de luto y tristeza, y empezar una carrera en que no habeis dado paso alguno.

Y si deseais saber, antes de concluir, en qué consiste esta renovacion que se os pide, y cuáles son por menor los medios de conservar la gracia de la Resurreccion, que es lo que debe ser el fruto de todo este discurso, os respondo que la gracia no se puede con-

ser-

servar sino por los mismos caminos que se ha recobrado: Que los movimientos de amor y de compuncion que la ha traído á vuestra alma, son los que unicamente pueden mantenerla en ella: Que al hombre espiritual sucede lo que al terrestre; esto es, que en su conservacion nada hay que no se parezca á su formacion primera.

Preguntoos, pues, ¿cómo os habeis portado en estos dias solemnes para recobrar la gracia de la santificacion, si es que la habeis recobrado? ¿Cuáles son los caminos por donde habeis llegado á este feliz estado? las lagrimas, la compuncion, un vivo horror de vuestros delitos, una separacion infinita de las ocasiones que os habian engañado, un sincero conocimiento de vuestra flaqueza, y de la necesidad que teniais de oracion y vigilancia, un verdadero disgusto del mundo y de sus deleytes, un gusto de Dios y de todas las obligaciones de la piedad, y por ultimo un verdadero temor de morir en vuestro pecado? Pues este, amados oyentes míos, es el plan de vuestras obligaciones hasta el fin: Seguid siempre esas felices sendas que os han conducido á vuestra libertad; ese es vuestro camino; acordaos de que vuestra propia corrupcion pelea continuamente dentro de vosotros mismos contra la gracia de la santidad; que es necesario hacer los mismos esfuerzos para conservarla, que hicisteis para recobrarla; y que así el aflojar es perderlo todo, y arriesgar todo el fruto de vuestros pasados trabajos.

Estos son, Católicos, los motivos y los medios de perseverancia que hoy nos dá la Resurreccion de Jesu-Christo. Permitidme, pues, que acabe este discurso, esta carrera santa, y la obra de mi ministerio, dirigiendos las mismas palabras que el Apostol dirigia en otro tiempo á los fieles nuevamente convertidos á la fé. Hermanos míos, les decia, estad firmes, y no volvais á poner el yugo de la dura servidumbre de que acaba de libertaros la gracia de Jesu-Christo. *Stete, & nolite*

ite-

iterum iugo seruitutis contineri. (a) Quanto acabais de padecer para purificar vuestras conciencias, y para aclarar sus abismos en el Sagrado Tribunal de la Penitencia; esas lagrimas, esa verguenza, esas confesiones que tanto han costado á vuestra flaqueza, esos dolores del corazon, todo eso ¿es posible que lo habeis de haber sufrido en vano? ¿*Tanta passi estis sine causa?* (b) No volvais, pues, á tomar las cadenas que ni aún vosotros mismos habeis podido sufrir: No hagais que vuelva á nacer en vuestro corazon aquel gusano consumidor que nunca pudisteis sosegar: No volvais á entrar en aquellos amargos caminos de iniquidad que yá habeis experimentado tan tristes y difíciles: *State, & nolite iterum iugo seruitutis contineri.* Comparad el estado en que acaba de colocaros la gracia de los Sacramentos, con aquel en que os hallabais antes de llegaros á ellos. ¿No sentís vosotros mismos una secreta alegría en lo intimo de la conciencia, una suavidad y una paz que el mundo, ni las pasiones nunca os habian concedido? ¿No han calmado vuestros sustos? ¿No se han sosegado vuestros remordimientos? ¿No mirais con mas gusto este Templo, estos Altares, todos estos pomposos espectaculos que hoy manifiesta la Iglesia á vuestra vista? ¿No oís estos alegres cánticos, y su inocente armonía, como un preludio del eterno cántico de la Sion celestial? ¿No escuchais la divina palabra que se os anuncia, con un sensible consuelo, quando antes os servia de espada penetrante, que introducía el espanto y el dolor hasta lo intimo de vuestra alma? Acordaos de vuestros días de disolucion, y de tinieblas. ¿Hay en ellos cosa que pueda compararse con lo que hoy experimentais? ¿No es verdaderamente para vosotros este día, el gran día que hizo

(a) Galat. 5. v. 1. (b) Ibid. 3. v. 4.

el Señor? ¿Visteis acaso en la region de la muerte, de la que acabais de salir, otro tan sereno, tan feliz, y tan Augusto? Permaneced, pues, firmes en los caminos del Señor en que acabais de entrar, y nunca os canseis de un yugo, que es toda vuestra felicidad, y todo el consuelo de los que le llevan: *State, & nolite iterum iugo seruitutis contineri.* Os habeis hecho hijos de luz, mantened este feliz titulo; acabais de ser hechos herederos del cielo, despreciad con una santa valentía todo lo que es inferior á esta maguifica esperanza; ya sois victoria de Jesu-Christo, fruto de su muerte, y trofeo de su Resurreccion; no minoreis la gloria de su triunfo volviendoos á sujetar á la dura y vergonzosa servidumbre de su enemigo: *State, & nolite iterum iugo seruitutis contineri.* ¿Qué mas os diré, Católicos? los Angeles que en la gloria rodean el Trono del Cordero, y vuestros hermanos que os han precedido con la señal de fé; los Santos Protectores de esta Monarquía, que anunciaron á Jesu-Christo á nuestros Padres, os miran con alegría desde lo alto de la celestial morada; en la mansión de la inmortalidad celebran vuestra libertad, vuestra feliz Resurreccion á la gracia, y vuestra reunion con ellos y con toda la Iglesia del cielo; á los pies del Trono cantan el Cántico de alabanza y de accion de gracias. ¿Quereis, pues, volver á cerrar los cielos sobre vosotros, volveros á separar de la caridad de los ciudadanos de la Jerusalén celestial, y romper unos lazos tan felices y tan apetecibles para vosotros? Permaneced, pues, firmes, y no paseis de la santa libertad de hijos de Dios á la terrible esclavitud del demonio y del pecado: *State, & nolite iterum iugo seruitutis contineri.* ¿Qué mas puedo decir? Habeis tambien sido alegría de los Angeles de la tierra, de los Ministros de la Iglesia, que han sido testigos de vuestras lagrimas, de vuestros suspiros, del dolor de vuestra confesion, y de la sinceridad de vuestra penitencia: ellos os apli-

caron con gusto la Sangre del Cordero, y el remedio de vuestras manchas; os reconciliaron con el Altar, y con el Dios que en él se adora; os dieron el beso de paz; os miran como obra suya en Jesu-Christo, como hijos de la fé, á quienes ellos acaban de formar para el cielo con sus oraciones, con sus gemidos, y con los mas vivos dolores de su zelo Sacerdotal. ¿Quereis, pues, llenar su corazon de amarguras con una indigna apostasia? ¿Obligarlos á que aun giman entre el vestibulo y el Altar, y que pidan á Dios contra vosotros la venganza de su sangre profanada, y en vez de ser vosotros su corona, su alegría, y su consuelo, ser la mas dolorosa herida de su corazon? No hagais, Católicos, que sean inútiles los cuidados de su zelo, y los trabajos de vuestra penitencia: *State, & nolite iterum jugo servitutis contineri.* Conservad el tesoro que acabais de recibir hasta el dia del Señor, para que podais presentarsele en la general Resurreccion, como prenda y precio de la feliz inmortalidad. Amén.

NOTA.

El discurso siguiente es una instruccion familiar hecha á alguna Congregacion de caridad en el dia de Pentecostes; no está escrita segun el estilo de los Sermones, pero no por eso es menos sólida, ni menos penetrante, y me persuado que la sencillez de estilo que en ella se observa no desagradará á los inteligentes.

SERMON
PARA LA FIESTA
DE PENTECOSTES.

SOBRE LOS CARACTERES DEL
espíritu de Jesu-Christo, y del espíritu
del mundo.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios.
I. Cor. 2. v. 12.

EL espíritu de Dios y el del mundo, dice San Agustín, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia, y Jerusalén, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos; y habiendo sido fabricadas en la tierra desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente, y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo.

Estos dos spiritus dividen todo el Universo, las

caron con gusto la Sangre del Cordero, y el remedio de vuestras manchas; os reconciliaron con el Altar, y con el Dios que en él se adora; os dieron el beso de paz; os miran como obra suya en Jesu-Christo, como hijos de la fé, á quienes ellos acaban de formar para el cielo con sus oraciones, con sus gemidos, y con los mas vivos dolores de su zelo Sacerdotal. ¿Quereis, pues, llenar su corazon de amarguras con una indigna apostasia? ¿Obligarlos á que aun giman entre el vestibulo y el Altar, y que pidan á Dios contra vosotros la venganza de su sangre profanada, y en vez de ser vosotros su corona, su alegría, y su consuelo, ser la mas dolorosa herida de su corazon? No hagais, Católicos, que sean inútiles los cuidados de su zelo, y los trabajos de vuestra penitencia: *State, & nolite iterum jugo servitutis contineri.* Conservad el tesoro que acabais de recibir hasta el dia del Señor, para que podais presentarsele en la general Resurreccion, como prenda y precio de la feliz inmortalidad. Amén.

NOTA.

El discurso siguiente es una instruccion familiar hecha á alguna Congregacion de caridad en el dia de Pentecostes; no está escrita segun el estilo de los Sermones, pero no por eso es menos sólida, ni menos penetrante, y me persuado que la sencillez de estilo que en ella se observa no desagradará á los inteligentes.

SERMON
PARA LA FIESTA
DE PENTECOSTES.

SOBRE LOS CARACTERES DEL
espíritu de Jesu-Christo, y del espíritu
del mundo.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios.
I. Cor. 2. v. 12.

EL espíritu de Dios y el del mundo, dice San Agustín, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia, y Jerusalén, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos; y habiendo sido fabricadas en la tierra desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente, y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo.

Estos dos spiritus dividen todo el Universo, las

ciudades, los Imperios, y las familias: se hallan en todos los estados, entre los Grandes y entre el pueblo; en todos los lugares, en el mundo y en el retiro, en la Corte y en los Claustros. Vosotros que me escuchas; seais quien fuereis, sois ciudadanos de una de estas dos ciudades, esto es, sois, ó de Babylonia, ó de Jerusalén; estais animados ó del espíritu de Jesu-Christo, ó del del mundo, y el estarlo á un mismo tiempo de ambos es imposible, dice Jesu-Christo; aun mas imposible es el no estarlo de ninguno de los dos; nadie puede dividirse entre los dos; ni dexar de ser de alguno de ellos, y como es necesario que el uno domine en nuestro corazon, tambien lo es el que sea dueño de él ó el amor del mundo, ó el de Jesu-Christo.

Este es el estado de todos los hombres; todos hemos elegido uno de estos dos partidos; es verdad que aun estamos confundidos con unas exterioridades que nos son comunes; con unas obligaciones exteriores, que todos igualmente cumplimos; con las necesidades corporales; á las que aun estamos todos sujetos; pero un espíritu invisible nos distingue y nos separa, y tenemos dentro de nosotros mismos un hombre interior muy diferentes: El espíritu que nos impele y nos anima no es el mismo; y Dios que solamente juzga de nosotros por lo que somos interiormente, sabe bien distinguir en esta confusion en que vivimos los que le pertenecen de los que no son suyos.

Tratase, pues, hoy de que nos conozcamos nosotros mismos; de preguntarnos á quien pertenecemos; á quien se inclina nuestro corazon; qual es el amor dominante que se halla en nuestras acciones, en nuestros deseos, en nuestros pensamientos: En una palabra, si vivimos con el espíritu del mundo, ó con el de Jesu-Christo.

Mientras que el corazon es mundano, mientras está

cor-

corrompido y muerto á los ojos de Dios, es facil el engañarse uno á sí mismo, y vivir tranquilo, confiado en algunas apariencias de bien, en la distancia de ciertos excesos, y aun en la participacion de los santos Mysterios, quando acerca de esto nunca podemos despertar suficientemente nuestros temores y nuestra desconfianza.

Ahora, pues, Católicos, para juzgarnos á nosotros mismos segun las reglas de la fé, y evitar el engañarnos, no tenemos que hacer mas que examinar aqui qual es el espíritu de Jesu-Christo, y qual el del mundo, y notando los diferentes caracteres que los atribuyen los libros santos, decidir á qual de los dos pertenecemos, y si podemos decir en este gran dia con la misma confianza que el Apostol: Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu de Dios.

Primera reflexion. El primer caracter del espíritu de Jesu-Christo es ser un espíritu de separacion, de recogimiento, y de oracion. Apenas fueron llenos de él los Apostoles, quando renunciaron á los demás cuidados exteriores para entregarse solamente á la oracion, y al santo ministerio de la palabra; estos hombres que antes no habian podido aguantar una hora entera de recogimiento con Jesu Christo; que aun ignoraban lo que debian hacer para orar; que merecian que el mismo Jesu-Christo les reprehendiese de que hasta entonces nada habian pedido en su nombre; estos hombres, luego que baxó sobre ellos el espíritu de Jesu-Christo, y tomó posesion de su corazon, persevera, dice San Lucas, en la oracion con los fieles; van continuamente al Templo á diferentes horas del dia, para levantar en él sus manos puras al cielo: Si la Synagoga los persigue, hallan en la oracion el consuelo mas sólido de sus penas; si los encierran en las prisiones, hacen que en aquellos lugares de horror resuenen cánticos de alegría, y de accion

de

de gracias ; si temen que preso Pedro , y lejos de su baño se escarrien las ovejas por la herida del Pastor , todos juntos recurren á la oracion , y sus fervorosas y continuas súplicas alcanzan de Dios la libertad de este Apostol. Finalmente , estos hombres tan carnales , tan disipados , tan enemigos del recogimiento y de la sujecion , se hacen repentinamente hombres de oracion , hombres interiores , espirituales , recogidos , cuya conversacion es en el cielo , y en medio de Jerusalén están tan ocupados con Jesu-Christo , tan llenos de sus maravillas y de sus beneficios , como si estuvieran en el monte de Galiléa.

Ved pues aqui , Católicos , la primera mutacion que el espíritu de Dios obra en una alma ; ved como ocupa el lugar del espíritu del mundo en su corazon ; como muda sus deseos , sus fines , sus inclinaciones , y sus pensamientos ; como hace que le sean indiferentes ú odiosos todos los objetos que se presentan , y en los que antes hallaba tanto gusto ; y como llama á su corazon al Dios de paz y de consuelo , que hasta entonces habia estado desterrado de él , y hace que halle toda su felicidad y todo su consuelo en esta misma paz : La mas suave ocupacion de esta alma , á quien el espíritu de Dios impele y llena , es el entrar dentro de sí misma , y como en su interior halla á su Dios , no sale de él sino con sentimiento ; vuelve continuamente al mismo lugar , no obstante las distracciones y obligaciones exteriores é inevitables de la cortesía , y que al parecer debieran distraerla ; aun en medio del tumulto y de las conversaciones del siglo se forma una secreta soledad en su corazon , en el que continuamente conversa con el Señor que mora en él , ó se queja á él mismo de la triste necesidad que la empeña aun en ocupaciones y atenciones mundanas ; en el que con continuos actos de amor y zelo le indemniza de todos los ultrajes de que la es preciso ser testigo ; en el que

que apela á su Ley , y á su verdad , de todas las falsas maximas que continuamente oye que se esparcen entre los hombres ; en el que , finalmente , vive y reside mas tiempo que en las disipaciones exteriores á que la precisa su estado , pero en donde no se halla bien su corazon.

Por eso San Pablo llama al hombre Christiano , hombre espiritual , ó interior , y al hombre mundano y pecador , hombre exterior ; es decir , que despues que una alma ha recibido el Espíritu de Dios , y que está verdaderamente animada de él , toda su vida es casi invisible é interior ; quanto hace , nace de este principio divino é invisible de que está llena ; aun las acciones mas comunes se santifican con la fé secreta que las purifica : Si come , si se alegra , si llora , si se halla en estado elevado , ó en abatido , en abundancia , ó en miseria , con salud , ó enfermedad , en todos sus estados halla motivo de reflexiones santas ; quanto vé , todo lo vé con los ojos de la fé ; los sucesos y variedades del mundo ; las revoluciones de los Estados é Imperios ; la decadencia , ó elevacion de las familias ; la abundancia , ó desgracias de los siglos ; la licencia , ó renovacion de las costumbres ; las caídas de los justos , ó la conversion de los pecadores ; la decadencia , ó exaltacion de la verdad entre los hombres ; la disension ; ó la paz de los Pastores , y de las Iglesias ; las desgracias , ó el favor de los particulares ; finalmente , todas estas eternas revoluciones que la figura del mundo presenta continuamente á nuestra vista , y que en las almas mundanas despiertan pasiones del mundo , y pensamientos de carne y sangre , son continuas y secretas instrucciones para una alma llena y animada del Espíritu de Dios ; todo la llama á las verdades de la fe ; todo la manifiesta con nueva claridad la nada de las cosas humanas , y la grandeza de los bienes eternos ; el mundo entero no es para ella mas que

que un libro abierto, en que continuamente descubre las maravillas de Dios, y la monstruosa ceguera de casi todos los hombres.

No quiero decir que no puedan alguna vez sorprehenderla y engañarla los objetos de los sentidos; que algunas veces no se dexen arrebatados del torrente; que su fé menos cuidadosa, no ceda alguna vez á la impresion de las preocupaciones y maximas humanas; y que las distracciones del mundo no la saquen muchas veces fuera de sí, y la hagan perder de vista la presencia de Dios que trae en su corazón. Pero estas sorpresas, estas ausencias, no duran mas que un instante, por decirlo así, advertida al principio de su extravío, por las secretas reprehensiones del espíritu de Dios que habita en ella, recoge inmediatamente su corazón distraído; vuelve á entrar en su alma, de donde como que la habia sacado el mundo; vuelve á aquel domestico santuario á hacer en él á su Dios reparacion de aquel momento de ausencia y distraccion con secretos gemidos, y con confesiones vivas y sinceras; quanto mas mira ácia afuera, tanto mas conoce que el mundo es un gran vacío, y que un corazón en que habita Dios es el origen de los verdaderos placeres.

Este espíritu de fé, de recogimiento, y de oracion es quien nos dá testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios, y que él habita en nosotros. Esta es la vida interior y espiritual que distingue á los justos de los mundanos, y es el mas esencial carácter de la piedad Christiana.

Los justos en los libros santos son aquellos que viven de la fé; cuya conversacion es en el cielo; que no tienen gusto sino para las cosas sobrenaturales; que se sirven de este mundo, como si no se sirviesen de él; que le miran como una figura que pasa; que no fixan sus ojos en las cosas visibles, sino que esperan las invisibles, como si ya las viesan; que no juzgan de lo que

es.

estiman los hombres por lo que parece, sino por la verdad que no se manifiesta; que son extranjeros y pasajeros en la tierra; que son ciudadanos del siglo futuro; que todo lo ordenan á aquella eterna patria hácia donde caminan sin cesar, y en nada tienen todo lo que pasa y no puede permanecer siempre.

A la verdad, luego que el Espíritu de Dios es el Espíritu dominante que nos gobierna y anima, debe reglar nuestros deseos, reformat nuestros juicios, renovar nuestros afectos, espiritualizar nuestros fines, y restituírnos á nosotros mismos; debemos ver con los ojos del espíritu, obrar por la impresion de este espíritu, no desear mas que los bienes espirituales: finalmente, toda nuestra vida debe ser espiritual, y como vida de Dios en nosotros; porque un cadáver animado por un espíritu extraño, solo recibe de él el movimiento, no tiene mas impresiones que las suyas, mas pensamientos que los que el espíritu que en él habita forma en él; no es de sí mismo, por decirlo así, es del espíritu que le llena y le posee.

Nosotros, Católicos, debemos juzgarnos ahora por esta regla: ¿Hallamos dentro de nosotros mismos este primer carácter del Espíritu de Dios? Examinemos qual es el que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestros afectos, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías, en nuestros pesares, finalmente en todas las particularidades de nuestra vida. Yo no pregunto si nos engaña alguna vez el espíritu del mundo: Ah! ¿Qual es el alma fiel, que en medio de los peligros de que nos hallamos cercados, no se deje muchas veces sorprehender de sus ilusiones y artificios? Lo que pregunto es, ¿si es el Espíritu de Dios, ó el del mundo el que nos posee, y domina en nosotros? Y quando digo que os lo pregunto, no es porque lo ignoro, sino para obligaros á que os lo preguntéis á vosotros

Tomo II.

Z

mis-

mismos, porque á mí no me permiten las reglas de la fé dudar, que la vida de la mayor parte de mi auditorio, y aún la de aquellos que viven en la profesion exterior de la piedad, es una vida llena del espíritu del mundo, y por consiguiente, vacía del espíritu de Dios, indigna de la salvacion, y de las promesas eternas.

Primeramente, porque se pasa toda fuera de nuestro corazon; es una vida absolutamente exterior, y por consiguiente distante de Dios. Los cumplimientos nos divierten; las obligaciones nos ocupan; los placeres nos distrahen; los negocios nos inquietan; la inutilidad nos cansa; nada de todo esto nos llama á nosotros mismos, ni á nuestro corazon; ni aún las obras de piedad pueden fijar la distraccion de nuestra alma; nuestro corazon está en el mundo, mientras consagramos nuestro cuerpo á los ejercicios piadosos; nuestro espíritu anda errante en mil vanos objetos, mientras que nuestra boca se abre para rezar los santos cánticos; nuestra imaginacion está llena de fantasmas peligrosas, mientras queremos fijarla en la memoria de los misterios de nuestra salud: Finalmente, con unas costumbres arregladas en el exterior, y laudables á la vista de los hombres, somos no obstante siempre estrangeros para nosotros mismos; huimos de nosotros; buscamos las diversiones que nos distraen; tememos el encontrarnos con nosotros mismos; señal infalible de que Dios no habita en nosotros, porque si habitára estaríamos contentos con nosotros mismos; no temeríamos á nuestro corazon, en el que hallaríamos nuestro tesoro, y el Dios de nuestro consuelo: nos costaria trabajo el separarnos de nosotros, porque nada hallaríamos en lo exterior que equivaliese á la presencia de Dios de quien nos apartamos. Pero como volviendonos á nosotros nada hallamos mas que á nosotros mismos, esto es, un corazon vacío de verdaderos placeres y bienes solidos, lleno de pasiones, de deseos, de inquietudes, no po-

demos durar con nosotros mismos, y por eso justificamos las diversiones y deleytes que nos ayudan á olvidarnos; defendemos que son inocentes, porque desterramos de ellos lo que puede conducir al pecado, pero no vemos que mantenemos todo lo que disipa é impide el recogimiento, y que éste es nuestro mayor delito.

En segundo lugar: Digo que nuestra vida es una vida llena del espíritu del mundo, y vacía del espíritu de Dios, no solamente porque no es interior y recogida, sino tambien porque el espíritu del mundo es quien forma los deseos, quien gobierna los afectos, quien arregla los juicios, quien produce los fines, quien anima todos los pasos de todas las cosas que nos rodean, de todos los sucesos que nos mueven, y de todos los objetos que nos interesan; pensamos como el mundo, obramos como el mundo, y sentimos como el mundo; las aficciones nos abaten, las prosperidades nos ensobrevecen, los desprecios nos alteran, los honores nos lisongean; llamamos felices á los que consiguen en el mundo sus deseos, y á los que no los tenemos por dignos de lastima; envidiamos la fortuna ó el favor de nuestros superiores; no llevamos con paciencia la de nuestros iguales; miramos con desprecio la condicion de aquellos que la naturaleza ha sujetado á nosotros; admiramos en los demás los talentos que admira el mundo; los deseamos para nosotros; si nos falta el valor, la reputacion, el nacimiento, las disposiciones del cuerpo y del espíritu, las deseamos; si las tenemos, nos preciamos de ellas; finalmente, nuestros fines, nuestros juicios, nuestras máximas, nuestros deseos, nuestras esperanzas son mundanas; puede suceder que hablemos del mundo con desprecio, pero en nuestra particular conducta, nuestros fines, nuestros juicios, nuestros afectos siempre son mundanos: Puede suceder tambien que mezclemos con ellos algunos pensamientos christianos, que en algunas ocasiones nuestros fines sean con-

formes con los de la fé; que en ciertos sucesos nuestras disposiciones sean christianas y espirituales; pero estas no son mas que unas centellas de fé, por decirlo así, que desaparecen; unos intervalos de gracia, que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas: Lo que predomina en nuestra conducta, lo que constituye el cuerpo de nuestra vida, lo que somos, aún independientemente de nuestras reflexiones, y aún quando obramos naturalmente; en una palabra, el principio constante y como universal de todos nuestros dictámenes interiores, y de todos nuestros pasos exteriores es el espíritu del mundo; no tenemos que hacer mas que sondear nuestro corazón, y nos veremos precisados á confesarlo: Pero el Espíritu de Dios no habita en donde reyna el espíritu del mundo: Es verdad que suele impelernos, excitarnos, inspirarnos santos deseos, despertar nuestra poca fé, pero no reyna en nuestro corazón; llama á la puerta, pero aún no le hemos recibido; deja caer en nuestra alma algunas centellas de su divino fuego, pero no ha venido él mismo á habitar en él.

Pertenece pues, todavía al mundo y á su espíritu; bajo unas exterioridades religiosas y arregladas conservamos un corazón mundano; con apariencias de vida estamos aún en la muerte y en la culpa; y acerca de esto rara vez nos examinamos; juzgamos de nosotros mismos por la conducta exterior, que es irreprensible, y por ciertas obras de religion á que el mundo dá el nombre y la reputacion de piedad; pero no cuidamos de preguntarnos ¿es el espíritu del mundo, ó el de Jesu Christo, quien me gobierna, y quien me anima? Si aún me parezco al mundo en mis deseos, en mis alegrías, en mis fines, en mis juicios, en mis pesares, en mis deseos, en mis delicadezas, en mi soberbia, finalmente, en todas las disposiciones de mi corazón, no pertenezco al Espíritu de Jesu-Christo; luego aún

aún es el mundo el espíritu invisible que me anima y me posee; si mi corazón no se muda y se renueva, pereceré con el mundo, pues él está ya juzgado, la salvacion no es para él, y su condenacion es inseparable de la mia, mientras que yo no forme mas que un mismo espíritu y un mismo todo con él. *Primera reflexion.*

Segunda reflexion: El segundo carácter del Espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegacion y penitencia. Y este carácter es consecuencia necesaria del recogimiento y vida interior de que acabo de hablar.

A la verdad, Católicos, luego que el Espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos, y hace que habitemos dentro de nuestro corazón, nos descubre lo que somos, nos hace patentes todos los horrores de nuestras pasadas costumbres, hace que conozcamos en nosotros mil pasiones y mil miserias que nos habian ocultado la distraccion y ceguedad de la vida mundana; nos manifiesta toda la corrupcion de nuestras inclinaciones, la hinchazon de nuestro corazón, la oposicion que tenemos al bien y á la justicia, la herida que el mundo y las pasiones han hecho en nuestra alma; nos convence de que estamos sepultados en un desorden universal respecto de los verdaderos bienes; que nuestra voluntad, nuestro espíritu, nuestra imaginacion, nuestros sentidos, y nuestro cuerpo, todo está desordenado en nosotros, y rebelado contra el orden, contra la verdad y la justicia: *Arguet mundum de peccato.* (a) dice Jesu Christo.

Es, pues, imposible que descubriendonos este oculto y universal desorden de todas las dificultades de nuestra alma, no produzca en nosotros dos disposiciones: la primera restablecer el orden que ha turbado

en

(a) Joan. 8. v. 36.

en nosotros el pecado : la segunda , vengar la justicia de Dios ultrajada con este desorden.

Dixe en primer lugar , *restablecer el orden que ha turbado en nosotros el pecado* , porque las luces de que llena al corazon el Espiritu de Dios , no son luces esteriles , sino unas luces vivas y eficaces ; este espiritu obra en todas partes donde se halla , y hace amar las verdades que enseña , porque muda el corazon á quien ilumina. Las almas mundanas pueden , á la verdad , conocer el desorden de su corazon , y la corrupcion de sus inclinaciones ; pero solo lo conocen por las inquietudes que padecen , y no por la turbacion del buen orden ; y como estas luces no son mas que secretas reprehensiones del amor propio , aunque hagan aborrecer sus males , no hacen amar el remedio.

Però una alma renovada con el Espiritu de Dios aborrece en sí todo quanto vé que se opone á la verdad y á la justicia. Las nuevas luces , que casi en cada accion la manifiestan el desorden de sus afectos , é inclinaciones , la animan con un santo zelo para encaminarlas al orden y á la regla.

De este modo , á proporcion que conoce en las particularidades de su conducta que su corazon , corrompido aún con la soberbia , se altera con la mas leve humillacion , la busca y se la proporciona ; si vé que se entrega á antipatías y rencores secretos , le castiga precisandole á demonstraciones exteriores de complacencia y caridad ; si vé que tiene inclinacion violenta á las distracciones y deleytes , le castiga con el recogimiento y el retiro ; si ve que aún conserva inclinaciones viles y frivolas á el adorno , y á la vanidad , le reduce á la sencillez y á la modestia ; si vé que los deseos de agradar inficionan aún todas sus acciones , huye de las ocasiones , ó desprecia los medios ; si vé que ciertas obligaciones le hallan aún repugnante y rebelde , añade á ellas obras de supererogacion , para que

que obligandole á pasar mas adelante , se le haga mas soportable la regla.

Finalmente , pone todo su cuidado en restablecer en su corazon con continuas violencias el orden que las pasiones injustas habian turbado en él : Nada se perdona ; detesta lo que no puede corregir ; quando los cuidados y los esfuerzos son inutiles , recurre á los gemidos , y padece mas con las miserias que aún no puede curar , que con las violencias que se hace para libertarse de aquellas de que la purifica la gracia.

Esta es la primera disposicion para este espiritu de abnegacion y penitencia , que obra en nosotros el Espiritu de Dios ; y de aquí podemos facilmente inferir si le hemos recibido , ó si aún vivimos con el espiritu del mundo.

Porque el espiritu del mundo es un espiritu de pereza , y de falta de mortificacion ; es espiritu indulgente para todas nuestras desarregladas inclinaciones , cuidadoso de satisfacerlas , y habil en justificarlas ; un espiritu de amor propio , que las gobierna y detiene acerca de las transgresiones esenciales , para escusarse de los remordimientos , pero que en todo lo demás se entrega y deja arrastrar de ellas ; porque no debemos creer que el espiritu del mundo nos guia siempre á desordenes torpes y manifiestos ; es un espiritu artificioso , que , como el Espiritu de Dios , sabe tomar diferentes formas : *Multiformis spiritus* ; lo que intenta es corromper el corazon , y desordenarle ; con tal que lo consiga , poco le importa el que sea por medio de pasiones torpes , ó de una multitud de inclinaciones mundanas , las que aunque puede suceder que consideradas cada una de por sí no sean pecaminosas , no obstante estando juntas , y subsistiendo habitualmente en el alma , forman un corazon mundano , y un estado de muerte y de pecado , que nos separa de Dios , y nos priva de su Espiritu , como la vida mas culpable.

Y así llamo corazón mundano y vacío del Espíritu de Dios, en una vida por otra parte arreglada, á un corazón nada mortificado, enemigo de la violencia, y que en todo lo que mira á sus deseos, ó indiferentes, ó levemente malos, no busca más que su satisfacción, sin saber contradecirse en nada; á un corazón que no quiere privarse de nada de quanto le separa visiblemente de Dios, y que aún en las obligaciones esenciales estiende la pereza y la indulgencia para con sus pasiones hasta los últimos límites que la acercan al pecado y transgresión, aunque esta no llega á consumarse en la presencia de Dios; á un corazón que se entrega á sus rencores y á sus antipatías, con tal que no lleguen á ser un aborrecimiento mortal y furioso; á sus impaciencias y á su genio, con tal que no lleguen á ser ruidosas y escandalosas; á las diversiones y placeres, con tal, que de ellos se destierren los excesos y delitos; á los deseos de agrandar, con tal que no tengan alguna resulta notable y pecaminosa: al amor de la elevación y de la fortuna, con tal que para esto no se valgan de medios odiosos ó injustos; á buscar gustos y comodidades, con tal que no se mezclen con ellas deleites culpables; á la vanidad, y á la magnificencia, con tal que el mundo no se escandalice, y se añadan á esto algunas santas liberalidades; finalmente, á todas las mitigaciones posibles acerca de la obligación, como parezca que las mismas obligaciones quedan ilesas.

A este corazón es á quien llamo mundano, y de quien digo que no habita en él el Espíritu de Dios, porque aún subsisten en él todas las inclinaciones del mundo; pues el Espíritu de Dios hace en nosotros, como dice el Apostol, divisiones y separaciones dolorosas; arranca, corta hasta lo vivo, llega hasta las más secretas inclinaciones de nuestro corazón, á separar la carne del espíritu, los afectos humanos de los movimientos de

de la fé, el artificio de las pasiones, de las obras de la gracia: *Vivus, & efficax pertingens usque ad divisionem anime, & spiritus.* (a)

¿Es este, pues, el espíritu que hemos recibido? Es verdad que nuestra vida presente está esenta de los grandes delitos, ¿pero qué violencia hacemos á todas nuestras inclinaciones? ¿Quánto nos cuesta el combatirnos á nosotros mismos, y el vencernos? ¿Qué cosa negamos á nuestro corazón, y á nuestros deseos? ¿Qué adelantamos con los ejercicios de piedad, de la que hacemos profesion, sobre nuestras inclinaciones desarregladas y mundanas? ¿En qué parte de nuestra vida se hallan los sacrificios y las violencias? El mundo nos lisongea; la proporción de nuestro estado nos lo facilita todo: La malicia de los hombres nos ofrece mil ocasiones de violentarnos, ¿pero en dónde están las que nos proporcionamos nosotros? ¿Dónde están las que la fé nos hace indispensables, y á las que nos impele el espíritu de Dios? ¿Qué es lo que padecemos para ser de Dios? ¿Qué cuesta esto á nuestras pasiones, á nuestras comodidades, á nuestra pereza? La regularidad de nuestras costumbres acaso es efecto del temperamento, ó de la circunspección que nos impone la edad y el mundo: Nada nos ha costado el llegar á este estado; de este modo, no negando nada por otra parte á nuestras inclinaciones, toda nuestra vida es una vida falta de mortificación, y llena de pereza, sin que en nosotros se halle ninguna violencia, ninguna abnegación, ningún sacrificio de nuestros mundanos afectos, y consiguientemente aun somos del mundo, y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

La segunda disposición de este espíritu de abnegación y de penitencia, que es el carácter del espíritu de

(a) *Heb. 4. v. 12.*
Tom. II.

de Dios, es el vengar la Justicia Divina, ultrajada con el desorden de nuestras pasiones; quiero decir, que la violencia nos es indispensable, no solamente por la necesidad que tenemos de reglar y reformar nuestro corazon, reprimiendo sus desordenados afectos, sino tambien por la obligacion en que estamos de satisfacer á la Divina Justicia, á quien hemos irritado con el desorden de nuestros afectos; este es el primer pensamiento que el espiritu de Dios obra en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la Divina Justicia contra sí misma; la penetra con el temor de sus juicios; la anima con un santo zelo contra una carne que ha servido á la iniquidad. El espiritu que os prometo, decia Jesu-Christo á sus Discipulos, convencerá al mundo en orden á la justicia, y en orden al juicio: *Arguet mundum de justitia, & judicio.* (a) Esto es, dará á conocer á los hombres quán responsables son á la Divina Justicia de sus desordenes; quánto deben padecer para satisfacerla; quánto he padecido yo mismo por reconciliarlos con ella; y hasta qué punto pide la Justicia que el pecador se castigue á sí mismo para espíar sus delitos, y prevenir la severidad de los juicios del Señor, que no puede dexarlos sin cartigo: *Arguet mundum de justitia, & judicio.*

Para conocer, pues, si hemos recibido el espiritu de Dios, no tenemos mas que hacer que entrar dentro de nuestro corazon: ¿Advertimos en nosotros aquel zelo de penitencia, que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las mortificaciones, porque nunca se persuade haber suficientemente satisfecho á la Justicia Divina? ¿Hacemos de las obligaciones de nuestro estado, de las incomodidades inseparables de la vida hu-

(a) Joann. 16. v. 8.

humana, de todas las criaturas que nos cercan, otras tantas ocasiones de sacrificios y sufrimiento? ¿Nos quejamos en la presencia de Dios de la flaqueza de nuestra carne, y de que no podemos hacer de ella, con rigurosas satisfacciones, el instrumento de nuestra penitencia, como lo fue de nuestros delitos? ¿La castigamos á lo menos segun sus fuerzas, aun quando nuestra cobardía y flaqueza no nos permitan pasar mas adelante? ¿Nos miramos como pecadores á quienes están prohibidos todos los deleytes, y que solo pueden evitar la muerte eterna que por sus pecados han merecido, condenandose á una muerte temporal, esto es, muriendo todos los dias con la penitencia al mundo, á su carne, á sus deseos, y á todas las criaturas?

¡Ah! Todos nuestros cuidados se reducen á alhagar á una carne á quien la Justicia Divina mira con horror, y con ojos de indignacion y furor; solo somos ingeniosos para justificar en nosotros mismos nuestra falta de mortificacion, y nuestra sensualidad: Miramos la obligacion de la penitencia, que nos es necesaria y esencial respecto de nuestros pasados delitos, como una obligacion indiferente y de supererogacion; en vez de estar animados de un santo zelo contra nuestro cuerpo, tenemos horror á todo lo que le molesta y mortifica; en vez de tomar parte en los intereses de la Justicia Divina, pleyteamos continuamente en nuestro favor contra ella; nos desagrada el que pida tanto á nuestra flaqueza; nos parece que sus pretensiones son excesivamente severas; mitigamos el rigor de sus máximas; las interpretamos en favor de nuestro amor propio; minoramos sus derechos, aumentando los de nuestra concupiscencia; finalmente, amamos mas á nuestro cuerpo que á la Justicia de Dios que pide su castigo; y el espiritu que nos anima no es espiritu de zelo y de penitencia, inseparable del

espíritu de Dios, sino un espíritu de carne y sangre, que nunca llegará á poseer el Reyno prometido á la Cruz y á la mortificación.

Tercera reflexion. Finalmente, el ultimo carácter del espíritu de Dios es ser un espíritu de fuerza y de valor: como este es un espíritu que venció al mundo, trastornó los Idolos, aniquiló las supersticiones, confundió las preocupaciones, condenó los errores y las sectas, combatió contra las pasiones; en una palabra, como es un espíritu mas fuerte que el del mundo, no teme al mundo: Por eso los Apostoles, antes flacos y timidos, á quienes habia intimidado la voz de una muger, dispersos por la muerte de Jesu-Christo, y que escondidos en Jerusalén no se atrevian á exponerse al furor de los Judios, y dar testimonio de la inocencia de su Maestro, y de la verdad de su doctrina, luego que descendió sobre ellos el espíritu de Dios, ya no conocen estos temores; se manifiestan con una santa confianza en medio de Jerusalén; anunciaban en presencia de los Sacerdotes y Doctores á aquel Jesus, de quien antes no se atrevian á declararse por Discipulos; no solo no temen los públicos discursos, sino que desprecian sus amenazas; desafian á los suplicios; responden con valor que es mas justo obedecer á Dios que á los hombres; y como si la Judéa no presentara bastantes peligros, ni bastantes persecuciones á su valor, se derraman por todo el Universo, y ni la ferocidad de los mas bárbaros Pueblos, ni el horror de los tormentos, ni la crueldad de los Tyranos, ni la esperanza de la muerte mas terrible, ni el mundo entero, levantado contra ellos, hace mas que aumentar su firmeza y su constancia.

Asi es el alma que está llena del espíritu de Dios; de aquel espíritu que ensalza ó humilla á las personas segun su gusto; que se burla de los grandes y poderosos; que trastorna ó asegura los nombres y las for-

fortunas; que forma ó destruye los reynos y los Imperios: Aquel espíritu, origen de toda grandeza en el cielo y en la tierra, y en cuya presencia son nada todas las cosas; eleva al alma á quien llena sobre sí misma; la hace participar de su grandeza y de su soberanía; imprime en ella sus divinos caracteres de libertad y de independencia; la lleva hasta el Seno de Dios, desde donde mirando esta alma todo el Universo, las grandezas y poder de la tierra no la parecen mas que un átomo vano, incapaz de intimidarla, y aun indigno de su vista y atencion.

No hay cosa, pues, que iguale á la elevacion, nobleza, y firmeza de un alma á quien posee el espíritu de Dios. La elevacion y firmeza que da el mundo siempre está mezclada de condescendencia y de baxeza, porque siempre está sujeta al mundo, y depende de él por alguna parte; mientras estamos unidos al mundo siempre le tememos, pero una alma justa no le teme, porque no está unida á él; sus juicios la son indiferentes; sus discursos y burlas no la inquietan mas que el sonido de una campana que resuena; hace gala de la virtud delante de los mismos que la desprecian; solo cede á la verdad; solo atiende á la caridad; no usa de aquellas tímidas condescendencias en que padece la piedad, y que en vez de edificar á los pecadores que nos las piden, los confirman en sus injustos errores. Considerad hoy á los discipulos; su zelo es tratado de embriaguez, y su zelo se inflama mas; los tienen por locos, y la injusticia de los públicos discursos solo sirve de confirmarlos en su santa locura; los miran como engañadores, y no hacen mas para atraer al mundo á su favor, que lo que hicieron para que se declare contra ellos; esto es, condenarle, edificarle, y reprehenderle.

El espíritu del mundo es un espíritu de lisonja y artificio; como el amor propio es el principio de él, solo busca la verdad en quanto esta puede agradarle; no se de-

declara en favor de la piedad, sino quando esta halla partidarios favorables; no hace alarde de la virtud, sino en los lugares en que la virtud le honra; y este es el espíritu que nos rige y gobierna, un espíritu de timidez y de condescendencia: teme declararse por la parte de Dios, y en todas las ocasiones en que es preciso declararse es fácil, y se acomoda á todo; por eso quando es preciso exponernos por su gloria á la burla y censura de los hombres, retrocedemos, y con una falsa prudencia disimulamos nuestra cobardía; y quando se trata de desagradar, por no faltar á las obligaciones, tenemos por legitima la transgresion, y lo primero que se examina en las acciones que Dios nos pide, es si serán del agrado del mundo; y por no perder la estimacion del mundo parecemos tambien mundanos, hablamos segun su estilo, aplaudimos sus máximas, nos sujetamos á sus costumbres, y aun por evitar el ser molestos seguimos sus placeres, tomamos parte en sus distracciones, y acaso participamos de sus delitos.

Si nos juzgamos con sinceridad á nosotros mismos, confesaremos que este es nuestro caracter; toda nuestra vida no es mas que un tejido de artificios y de condescendencias reprobadas por la Ley de Dios: en todas las ocasiones sacrificamos las luces de nuestra conciencia á los errores y preocupaciones de aquellos con quienes vivimos; conocemos la verdad, y no obstante la retenemos con injusticia; alabamos las máximas que la contradicen, y no nos atrevemos á resistir á los que la condenan; sacrificamos continuamente á la lisonja, y al deseo de agradar, mil cosas que nos reprehende nuestra conciencia, y aun de las que nos separa nuestra inclinacion; en una palabra, no vivimos para nosotros mismos y para la verdad, vivimos para otros y para la vanidad; queremos agradar; no podemos vivir sin el mundo; nos unimos á él por fines de gloria, de fortuna, de establecimiento, de credito, de reputacion, de diversion, y aun de

de amistad y sociedad; y de aqui proviene que quando concurre la verdad con alguna de estas pasiones, y que es necesario declararse por ella, la abandonamos, acomodandonos al tiempo; disimulamos, é ideamos falsas máximas para justificar nuestras injustas condescendencias; nos persuadimos á que la vida del mundo, á que estamos ligados, nos los hace inevitables; por eso toda nuestra vida se pasa en condescender con los hombres, en acomodarnos á sus pasiones, en seguir sus exemplos, y en acceder á sus máximas; no tenemos constancia, resistencia, ni valor; todo nos hace titubear; todo nos arrastra. La condescendencia es el principio de toda nuestra conducta, y sin tener acaso vicios en nosotros, nos hacemos culpables de los de los demás, y no nos ejercitamos en virtud alguna.

No obstante como en nuestro corazon conservamos alguna reliquia de amor á la verdad, como no nos entregamos al mundo sino por fuerza, como evitamos los grandes desordenes, y como nos distinguimos de él por acciones exteriores de piedad, creemos que no somos suyos, como aquellas almas mundanas á quienes tiene embriagadas: Pero nos engañamos; á lo menos es constante que no pertenecemos al espíritu de Dios; que no es él quien nos gobierna y nos posee, porque este Divino espíritu es un espíritu de fortaleza, de firmeza, y de valor; no teme al mundo porque le desprecia; no intenta agradar al mundo, porque está crucificado para él; no busca la aprobacion del mundo, porque él es juez de sus juicios; no intenta adquirir la amistad del mundo, porque es su enemigo; no se dexa llevar de los exemplos del mundo, porque le ha vencido: El caracter mas opuesto al espíritu de Dios es este caracter de cobardía y condescendencia, y la mas segura señal de que Dios no está en el corazon, y que aun somos del mundo, es quando le tememos mas que á la verdad; quando le servimos á costa de la verdad; quando queremos agrar-

darle á pesar de la verdad, y quando continuamente le sacrificamos la verdad.

¡Gran Dios! Derramad hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegacion, y de firmeza, que derramado en otro tiempo sobre vuestros discipulos los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo, y testigos de la verdad; aniquilad en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distraccion, de falta de mortificacion, de condescendencia, y de cobardía, que tanto tiempo há cierra en nuestros corazones la entrada á vuestro Divino espíritu; renovad en este día nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones, y nuestros pensamientos; venid espíritu de verdad á nuestros corazones; ocupad el lugar del mundo miserable que nos desagrada, y á quien no tenemos valor para desagradar; y despues de haber establecido vuestra morada en nosotros acá en la tierra, haced que seamos templos eternos de vuestra gloria, y de vuestra verdad. Amen.



SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ASUMPCION

DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS,
y la gloria de la muerte de Maria
Santisima.

*Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas,
ubi cubes in meridie.*

O tú querido de mi alma, dime donde está el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos. *Cant. 1. v. 7.*

DE este modo se explica el alma fiel en la tierra, separada de su esposo, porque aun se le ocultan las nubes de su mortalidad, no hallando en el mundo cosa alguna que pueda consolar su amor en esta ausencia, sino la esperanza de que se ha de acabar presto; suspirando continuamente por aquel feliz instante que la ha de abrir el cielo, y manifestarla el Es-

darle á pesar de la verdad, y quando continuamente le sacrificamos la verdad.

¡Gran Dios! Derramad hoy en nuestros corazones este triplicado espíritu de recogimiento, de abnegacion, y de firmeza, que derramado en otro tiempo sobre vuestros discipulos los hizo nuevos hombres, vencedores del mundo, y testigos de la verdad; aniquilad en nosotros este espíritu del mundo, este espíritu de distraccion, de falta de mortificacion, de condescendencia, y de cobardía, que tanto tiempo há cierra en nuestros corazones la entrada á vuestro Divino espíritu; renovad en este día nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras inclinaciones, y nuestros pensamientos; venid espíritu de verdad á nuestros corazones; ocupad el lugar del mundo miserable que nos desagrada, y á quien no tenemos valor para desagradar; y despues de haber establecido vuestra morada en nosotros acá en la tierra, haced que seamos templos eternos de vuestra gloria, y de vuestra verdad. Amen.



SER-

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA ASUMPCION

DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS,
y la gloria de la muerte de Maria
Santisima.

*Indica mihi quem diligit anima mea, ubi pascas,
ubi cubes in meridie.*

O tú querido de mi alma, dime donde está el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos. *Cant. 1. v. 7.*

DE este modo se explica el alma fiel en la tierra, separada de su esposo, porque aun se le ocultan las nubes de su mortalidad, no hallando en el mundo cosa alguna que pueda consolar su amor en esta ausencia, sino la esperanza de que se ha de acabar presto; suspirando continuamente por aquel feliz instante que la ha de abrir el cielo, y manifestarla el Es-

Tom. II.

Bb

po-

poso inmortal á quien ama; y haciendo de la tristeza y amarguras de su destierro, el ejercicio de su amor, y el mérito de su fé y de su paciencia, exclama continuamente: Ó tú, querido de mi corazón, manifiéstame el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos.

Pero como las ilusiones de los sentidos mezclan siempre con la fé de las almas mas puras mil conexiones inevitables, que dividen su amor acá en la tierra, que entivian en ellas el deseo de los bienes eternos, y hacen, segun el Apostol, que aunque desean sinceramente ser revestidas de la inmortalidad, quisieran no ser despojadas de la mortalidad que aun aman: *Nolumus expoliari, sed supervestiri.* (a) Se puede decir que esta disposicion de despegó universal de la vida y de todas las criaturas; esta tristeza por lo largo de este destierro; esta alegría y este júbilo á vista de la muerte, y de la feliz libertad, solo ha sido perfecta en Maria, y que ella sola en este dia, consagrado por la Iglesia á su salida del mundo, y á su exaltacion en el cielo, tiene derecho como verdadera Esposa para usar de este estilo del amor: Ó tú, querido de mi corazón, dime donde está el lugar de tu descanso, y de tus pastos eternos.

Las amarguras y abatimientos de su vida mortal hallan hoy en su muerte, y en su feliz Asumpcion, su consuelo y su gloria: A exemplo de su amado Hijo, habia sido para ella la tierra un lugar de oprobrios y trabajos: Hija de dolor, degradada de todos sus títulos, ignorados todos sus dones, confundida con las demás madres de Judá, era, por ultimo, justo que la gloria de su Hijo se reparase en su persona, y que siempre semejante á él, enmendasen las maravillas de su muerte la obscuridad de su vida.

Hoy, pues, intento manifestar los consuelos y la gloria

(a) 2. Cor. 5. v. 4.

ria de la muerte de Maria, en los que se encierra todo el Mysterio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Los consuelos de su muerte, que compensan las amarguras interiores que en todo el tiempo de su vida habian afligido su alma santa; la gloria de su muerte, que repara los abatimientos que la acompañaron siempre en la tierra. Este es el asunto de mi discurso. Necesito de su intercesion para alcanzar las luces del Espiritu Santo. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Puede decirse que Maria habia experimentado tres generos de amarguras durante su vida mortal, y que estos habian sido como los tres dardos que atravesaron su corazón, y consumaron el Sacrificio de sus dolores y penas. Una amargura de desamparo; una amargura de zelo; y una amargura de deseo; y á estas tres amarguras corresponden tres consuelos en su muerte, que nos manifiestan la primera circunstancia de este Mysterio. Consuelo de fuerza y de valor; consuelo de paz y de alegría; consuelo de posesion y gozo: Vamos por menor, y estadme atentos.

Llamo, en primer lugar, amargura de desamparo á la que experimentó Maria en la indiferencia y rigores aparentes con que Jesu-Christo parece que habia siempre pagado su ternura, y sus mas santas ansias. En ninguna parte vemos que la distinguiese con los respetos y tiernas atenciones que parece pedia la autoridad que sobre él tenia, y el amor que el Señor la profesaba: escondido en el Templo á la edad de doce años, parece que reprueba la inquietud con que se hallaba la Señora por el temor de haberle perdido. En vez de manifestarse conmovido de los sustos y cuidados de su amor, solo la habla del Padre que está en el cielo, como si se hu-

biera olvidado de que tenia Madre en la tierra: En las bodas de Caná, temiendo, al parecer, que Maria le usurpase en el espiritu de los combidados alguna parte de la gloria del prodigio que iba á obrar, declara que nada tiene de comun con ella, y que solo su Padre es quien le señala los tiempos y momentos en que debe manifestarse con milagros, como que de él solo ha recibido el poder para hacerlos: Si las mugeres de Jerusalén llaman feliz al vientre en que estuvo encerrado, parece quita á Maria una alabanza que la habia dado el mismo Angel, y las declara que solo son felices en la tierra los que observan la Ley de Dios: Si en otra ocasion le acuerdan que su Madre y Parientes le esperan con impaciencia, responde que no conoce mas Madre ni mas parientes que los que hacen la voluntad de su Padre, que está en los cielos; finalmente, en todas partes parece haberse olvidado de ella, y siempre que los Evangelistas la nombran en la Historia de su Hijo, es para referirnos algun aparente rigor de Jesu-Christo para con ella.

Esta fue la conducta de Dios con esta santa hija de Judá. Probada siempre con desamparos y rigores por parte de Jesu Christo; guiada siempre por caminos asperos y rigurosos, habia de servir de modelo y consuelo á las almas á quienes Dios prueba, á las que nunca dexa gustar ni un solo vislumbre de consuelo en la observancia de sus mandamientos, y á quienes entrega á todos los disgustos y sequedades de una virtud triste y amarga; habia de enseñarlas que este camino de desamparo, tan penoso al gusto de los sentidos y de la naturaleza, tiene sus meritos y sus utilidades á los ojos de la fé; que este es regularmente el camino de las almas justas y perfectas; que los gustos sensibles, por lo comun, mas son apoyo de la flaqueza, que frutos de la virtud; que sola la fé de las promesas debe mantener á una alma fiel; que el seguir á Jesu-Christo solamente por el atractivo de los consuelos unidos á su yugo, es bus-

buscarse á sí mismo: Que el caracter de la fé es esperar, suspirar, y padecer: Que el tiempo de la vida presente es el tiempo de las privaciones, y no de los consuelos: Que el Señor acá en la tierra es un Dios oculto, que quanto mas quiere unir á sí á una alma por medio de una fé viva y fervorosa, mas la priva de consuelos humanos, para que se le haga mas insufrible este destierro, y para avivar mas cada dia en ella el deseo de aquella patria inmortal, en donde llenos del Dios que nos hará felices, no podrán nuestros corazones gustar mas que de este bien inefable; y en donde la verdad, vista claramente, parecerá siempre amable, porque siempre la veremos como es en sí.

Y á la verdad, el estado de la fé en que vivimos no consiste solamente en la sumision del espiritu á las verdades, que aun no se nos manifiestan con luces claras y evidentes, sino tambien en la adherencia del corazon á los bienes invisibles y eternos, cuya hermosura no se nos dexa aun conocer con gustos y deleytes sensibles. La fé, pues, encierra en sí dos privaciones esenciales, una de luz, otra de deleyte; es preciso poder creer lo que no se vé, y amar, por decirlo así, lo que aun no conocemos. El estado de la patria consiste en ver siempre la verdad, y en conocer siempre que es amable; pero es necesario merecer este feliz estado, sacrificando continuamente nuestras propias luces á las luces y á las verdades que no vemos, y los deleytes sensibles que nos rodean, á los placeres invisibles y dignos del corazon, que aun no conocemos.

No quiero decir que el Señor no adelante algunas veces á algunas almas justas y privilegiadas aquellos inefables dones que les están preparados en el cielo: Hay algunas á quienes favorece con luces extraordinarias, y á las que revela, como á Pablo, secretos y Misterios que casi no es permitido al hombre el publicar: Hay otras sobre las cuales derrama abundantemente aquellos pla-

placeres secretos é inexplicables, de que jamás ha gustado el corazón del hombre, y que no pudiendo sufrir la plenitud del Dios de todo consuelo que los llena, se ven obligados á pedirle que suspenda la abundancia de sus dones, ó que los modere. Pero estos favores salen del comun camino de la fé, y aun debe temerse en ellos la ilusion; en nuestro siglo, y en los pasados tenemos bien tristes exemplos de esta verdad. Las singularidades de la piedad degeneran muchas veces en fanatismo; No todo espíritu es de Dios: Muchas veces estas luces extraordinarias que creemos venir del cielo, son relampagos engañosos, producidos de una imaginacion recalentada y engañada, y consagrados por una vanidad oculta; y las Péscilas nos han enseñado á desconfiar de un camino, que baxo el pretexto de conducirnos á la perfeccion, nos guía al precipicio. Muchas veces los gustos sensibles y abundantes que creemos ser frutos de la gracia, son sentimientos humanos, excitados por una natural ternura, que lisongean al apetito sin corregir la virtud, y quando uno cree estar lleno de Dios, está lleno de sí mismo: El camino de las privaciones es siempre el mas seguro, porque es el mas conforme al estado ordinario de la fé: Por eso en vez de desanimarnos con los disgustos que experimentamos en los caminos de Dios, y de persuadirnos á que no le agradan nuestros respetos, porque no hallamos nosotros mismos ningún deleyte en ellos, debemos confiar mas en que quanto mas nos cuestan las obligaciones que le tributamos, mas meritorias son en su presencia, y que los mismos disgustos que ocasionan la pena y la tristeza de nuestra virtud, son al mismo tiempo su seguridad y excelencia.

Estos son los desamparos que experimentó Maria en la tierra; era, pues, justo que la presencia de Jesu-Christo fuese el primer consuelo de su muerte: Que asistiese el Señor á este ultimo combate; que viniese á confortarla en esta ultima hora, que ella hiciese entre sus bra-

zos el sacrificio de su vida; que él mismo fuese su Angel consolador, y que se diese tanta mas prisa á manifestarse á esta alma, impaciente de reunirse á él, quanto mas habia manifestado negarse y ocultarse á ella, por decirlo así, en la tierra.

La segunda amargura que advierto en la vida de la Santissima Virgen es una amargura de zelo: Con qué dolor no miraba la inutilidad de los prodigios, de las instrucciones, y de todo el ministerio de Jesu-Christo en Judéa, las asechanzas que los Escribas y Fariseos ponían á su inocencia, la desercion de sus discipulos, su muerte ignominiosa y cruel, la ingratitud y obstinacion de un pueblo que le arrojaba de sí, todas las promesas hechas á sus Padres, todos los cuidados que en otro tiempo habia tenido el Señor de Jerusalén, finalizados con su reprobacion y su pérdida! La desgracia de sus hermanos segun la carne era su ocupacion mas triste y mas comun; ofrecia continuamente por ellos las virtudes de sus antepasados, de Abraham, de David, de los Profetas, para aplacar la ira de Dios, y mitigar con la memoria de estos hombres fieles los delitos de sus descendientes. Por eso todo el Evangelio nos la representa recogida, ocupada en las desgracias de Jerusalén, y en la indignacion que el Señor iba á explicar sobre esta ciudad infiel.

Era preciso que enseñase á las almas justas, y á las que un santo retiro defiende de los peligros del mundo, á ocuparse continuamente á los pies de los Altares en los males y necesidades de la Iglesia; en gemir por los escandalos que la afrentan; y en solicitar las gracias del cielo para sus hermanos segun la carne, que se dexan arrebatar del torrente de los deleytes y de las tentaciones; y viven en un entero olvido de las cosas del cielo.

Este fue uno de los principales motivos que determi-

nó al Santo Fundador de las fervorosas Virgenes que me oyen, (*) á edificar estos piadosos asilos, en donde hoy derraman con tanta edificacion sobre toda la Iglesia el buen olor de Jesu Christo; quiso juntar baxo las mismas leyes de la caridad y de la abnegacion religiosa unas almas inocentes, que escondidas en lo interior del Santuario, puedan gemir como la paloma por los males que afligen á la Iglesia; pedir todos los dias al Señor Pastores vigilantes que la gobiernen; Doctores ilustrados que la defiendan; Sacerdotes irreprehensibles y zelosos que la edifiquen; Principes religiosos que la protexan y dilaten; pedir la extirpacion de los scismas y errores; el triunfo de la verdad; que cesen las contiendas y turbaciones; el establecimiento de la paz y de la caridad; pedir luces y poderosos auxilios para los Ministros de la Divina palabra, que están encargados de la obra de Dios, y que trabajan en llamar á los pecadores de sus extraviados caminos; y finalmente, ser con el Señor medianeras continuas por los fieles, alivio de los males de la Iglesia, víctimas de los pecados ajenos, y tomar sobre sí mismas, en las lágrimas y mortificaciones de su retiro, las iniquidades de sus hermanos. Este zelo de la gloria de Dios, del progreso de la fé y de la piedad; este deseo de la conversion de los pecadores, y del aumento del Reyno de Jesu Christo en la tierra, es como el alma y caracter particular de este santo instituto; otras se entregan á los santos rigores, y á las maceraciones continuas de la penitencia; estas están consagradas á los gemidos de la oracion, y á las santas amarguras del zelo y de la caridad.

Esta amargura de zelo y de dolor fue la que ocu-

(*) *Las Religiosas de la Visitacion de Chayllat, donde estaba la Reyna de Inglaterra.*

ocupó el corazon de Maria en todos los estados de su vida mortal; en nada tenía su propia gloria, su elevacion de gracia, de luz, y de dignidad, mientras veía blasfemado el nombre de su Hijo por su propio pueblo, despreciado su ministerio, tenidos por impostura sus prodigios, perseguidos sus Discipulos, y que Israel pecaría sin remedio: Porque el amor, quando es perfecto, se mueve, menos por sus propios intereses, que por los del objeto amado. Virgenes Santas, bien conocéis por estas señas el ardiente zelo de la piadosa Princesa (a) que aqui os anima con su exemplo; el desorden é incredulidad de sus pueblos la mueven mas que su rebellion; mas llora por la pérdida de su fé, que por la de su Corona.

Era, pues, preciso que el zelo de amargura y de dolor que habia llenado todo el curso de la vida de la Virgen, se mudase al tiempo de su muerte en un consuelo de paz y de alegria: Entonces, disipadas yá las nubes de su mortalidad, y entrando su Alma Santa en la luz inaccesible de los consejos de Dios, vé claramente las razones profundas y adorables de la Sabiduría Divina en orden á los sucesos de su vida, que tanto habian contristado su zelo y su tierno amor; vé la utilidad que habia de resultar á los hombres de los oprobrios de su Hijo, y de la obstinacion de los Judíos; los grandes bienes que la Iglesia habia de sacar del aborrecimiento de estos á Jesu Christo; el infinito numero de Martyres que habian de glorificar á Dios con sus tormentos, y con su paciencia; la multitud de fieles que reemplazaría abundantemente la Jerusalem incredula, y que crecería con la misma sangre de los Martyres; vé los Tyranos desarmados por la flaqueza del Evangelio; los Cesares convertidos por el oprobrio de Jesu-Christo; los Philosophos atraídos por

(a) *La Reyna de Inglaterra.*

la locura de la Cruz; vé suceder la pompa y magnificencia de la Iglesia á la obscuridad de sus tristes principios; ceder en gloria propia suya la gloria de su Hijo; y ser su culto el recurso de mayor consuelo á la piedad de los fieles.

Del mismo modo, una alma justa que está para morir, descubrirá con consuelo todas las razones de la Divina Sabiduría en orden á los sucesos de su vida; entonces empezará á vér las secretas conexiones que aquellas desgracias, aquellas aflicciones, aquellas circunstancias molestas en que casi siempre vivió, tenían con su santificación eterna; entonces manifestandose la anticipadamente el orden de los Eternos Decretos para con ella, verá que en todo habia sus razones y sus utilidades en los caminos por donde la mano de Dios la habia guiado; que sin saberlo ella, todo cooperaba á su salvacion; que aún las contradicciones que oponian á su piedad eran misericordias de Dios para con ella; que la malicia y perfidia que habia experimentado de parte de aquellos mismos que la debian una inviolable fidelidad, no era mas que un medio de que se valia Dios para purificar su fé; que aquellos sucesos tan tristes, que al mismo tiempo que trastornaban su fortuna, parecian ser tan funestos á la religion, no eran mas que caminos secretos y seguros, por donde Dios queria santificarla; que la Divina Justicia sacrificaba pueblos y reynos enteros; que los entregaba á un espíritu de error y de rebelion; que los sacrificaba, vuelvo á decir, á su seguridad y á su santificación particular; verá que la propagacion del scisma y del error, que tanto habia contristado su zelo y su piedad, servia para fortalecer en la fé á un corto numero de almas justas, que vivian en medio del contagio sin inficionarse; que los males de la Iglesia, por los que ella lloraba, contribuian á su gloria y á su triunfo; y finalmente, que quando parecia que no oia el

Señor los deseos de su corazon, los cumplia de un modo mas glorioso para la fé, y mas util para su salvacion.

Pero, ¡ah, Católicos! miramos al presente la obscuridad en que viven las almas justas, su separacion del mundo, de sus ideas, de sus pretensiones, de sus esperanzas, y de todo lo que aviva las pasiones humanas, lo miramos como una vida abatida, inutil, y ociosa; miramos las obras de misericordia y los santos cuidados, que son sus mas importantes ocupaciones, como piadosas inquietudes, consagradas por la viveza, ó simplicidad de su zelo: Pero en aquel ultimo instante, quanto hubieremos hecho mas sobresaliente por el mundo nos parecerá locura y puerilidad; las acciones célebres, que tanto habian admirado los hombres, las empresas gobernadas con tanto secreto y prudencia, las victorias, los sucesos felices, los talentos eminentes, que nos hicieron representar tan gran papel en las historias, todo esto lo miraremos entonces como unas pueriles scenas, y como juegos de niños; toda nuestra vida nos parecerá una continua niñez; quanto hemos padecido por el mundo, los cuidados en adquirir una vana reputacion, los esfuerzos para llegar á ella, las condescendencias, los abatimientos que tanto costaron á nuestra soberbia, los respetos á nuestros Gefes; que tan pocos gastaban con nosotros; de todos estos trabajos no nos quedará mas que el inutil pesar de haberlos perdido. Veremos que todos nuestros deseos y cuidados no tenian mas objetos que unas fantasmas; que corriamos como locos tras un humo que se desvanecia; y que aún el cumplimiento de nuestros deseos hubiera sido la mas terrible de nuestras desgracias: Entonces nos diremos á nosotros mismos: ¿Era menester fatigarnos tanto para no hacer nada! Ah! ¿Era menester pasar una vida tan penosa, para no hallar al fin mas que el pesar de haberse engañado, y parecerse á los que

con grandes fatigas han seguido un camino errado, y solo lo advierten quando les faltan las fuerzas, y no tienen tiempo para buscar otro nuevo? ¿Por qué no emplearíamos mejor nuestros cuidados y fatigas? Los favores de la tierra se han alejado de nosotros á proporcion que corramos tras ellos; para conseguir los favores del cielo y los bienes eternos, bastaba el desearlos.

La ultima amargura de la vida de Maria en la tierra fue una amargura de deseo: Principalmente despues que su amado Hijo dejó al mundo, todos los deseos de su corazon le siguieron en la morada de la eternidad; no volvió á mirar esta vida mortal, sino como un largo y triste destierro; y separada del unico objeto de su amor, todas sus ansias, todos sus pensamientos, todo su corazon estuvieron en el cielo. De este modo, estrangera en la tierra, oculta á la vista de los hombres, desconocida del mundo, decia continuamente como la Esposa: O tú, querido de mi corazon, manifestame donde está el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos. Continuamente, como el Profeta, se quejaba de lo que duraba su peregrinacion; sin cesar decia como él: ¿Quando iré, ó Dios mio; á vuestra eterna morada, y quando me presentaré delante de la cara de mi Señor? Muerta á todas las criaturas, mas unida á su Hijo con los continuos y vivos esfuerzos de un corazon que sin cesar se elevaba hácia el cielo, que á la tierra con los debiles lazos que aún la detenian en ella; despedazada, por decirlo así, con el rápido movimiento que continuamente llevaba su alma hácia su Señor, y por el peso de un cuerpo terrestre, que aún la detenia en este mundo, moria todos los días de amor y de tristeza; y la vehemencia de sus deseos, que era la mas perfecta de sus virtudes, era tambien la mas viva de sus amarguras.

Nosotros no conocemos hasta donde puede llegar el exceso de esta pena, porque aún estamos ligados á la tier-

tierra con mil diferentes lazos; porque aún estamos unidos á todo lo que nos rodea, al mundo, á nuestros bienes, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á nuestras dignidades, á nuestra fortuna, y á nosotros mismos. No conocemos quanto padece una alma que nada ama acá en la tierra, que solo vive para su Dios, y que se vé obligada á vivir lejos de él en este lugar de lagrimas y tentaciones, expuesta continuamente á perderle, y nunca segura de poseerle. Los disgustos de nuestra vida son disgustos de nuestras pasiones, son secretas inquietudes de nuestros deliros, enfados de un mundo que nos ha engañado, un fastidio de todas las criaturas de que hemos abusado, y un continuo buscarnos á nosotros mismos; nos cansamos de no hallar acá en la tierra nada que pueda hacernos felices, y quisieramos encontrar entre los objetos sensibles que nos rodean alguno en quien pudiera descansar nuestro corazon, y que fuese capaz de fijarle y satisfacerle.

Aún entre las almas consagradas al Señor hay pocas que sientan la tristeza de este destierro, y la distancia en que en él vivimos de Dios; sentimos la dureza de la cruz que es necesario llevar para ser discipulos de Jesu Christo; sentimos las tristezas y amarguras de la virtud, pero no sentimos la privacion de los inefables bienes que ha preparado Dios á los que le aman; no sentimos las tinieblas de una razon degradada de su dignidad, envuelta toda en los sentidos, y que no vé sino confusamente las luces eternas de la verdad, en la que consiste toda su dicha y excelencia; no conocemos la flaqueza é impotencia de una voluntad nacida para gozar de Dios, y que necesita de violentarse continuamente para defenderse del amor injusto de las criaturas, y amar al Sér Supremo: En una palabra, no conocemos la oposicion de los deseos entre la ley de la carne y la del espiritu, que hace que la servidumbre del cuerpo sea tan molesta é insufrible á el alma
fiel;

fiel; no cuenta nuestra piedad con aquellos sublimes principios de lagrimas y tristezas de los Santos en la tierra, que forman propiamente el estado y vida de la fé; y es la razon, porque con el nombre y apariencias de virtud están aún nuestros corazones unidos á la tierra: Nos ocupan aún mil cuidados estraños; mil conexiones frivolas dividen y debilitan aún el amor que á Dios debemos; mil errores que nacen de la flaqueza de nuestra fé, nos hacen perder de vista las verdades eternas; y lo peor es, que ahogada muchas veces la caridad con la multitud de amores injustos, apagado absolutamente el deseo de los bienes eternos entre tantos objetos de los sentidos que nos ocupan, y á que estamos unidos, perdemos la gracia sin saberlo; estamos muertos en la presencia de Dios, creyendonos aún vivos; y se ha entrado la muerte en nuestra alma, sin que sepamos por donde.

Pero el Alma santa de Maria nada hallaba en sí que no viniese de la gracia: no tenia mas deseos que los del cielo; mas movimiento que para su Dios; mas alegría que en la esperanza de vér á su querido. Esta Alma pura, cuyo corazon no estaba derramado, como el nuestro, en mil objetos vanos é injustos, y que estaba toda recogida en la caridad, sentia toda la desolacion que inspira un amor violento quando está separado de lo que ama. Por eso su muerte no es mas que el termino de sus suspiros, el consuelo de sus tiernos afectos, y el fin de todos sus deseos; halla lo que miraba como perdido; vá á unirse con aquel querido Hijo, á quien la malicia de los hombres, ó por mejor decir, las rigurosas ordenes de su padre habian separado de ella; pero no solamente su corazon vá unirse con su amado, sino que no le queda nada que desear á su amor; su felicidad es entera y cumplida; su cuerpo no se queda esperando la redempcion perfecta bajo el imperio de la muerte; adelantasela aquel feliz momento

to de libertad que está señalado para los escogidos en el dia de la revelacion, y vá á vér con su carne á su Salvador, que era su casto fruto. ¡Quáles serian los consuelos de esta union deseada por tanto tiempo! ¡X quién podrá explicar aqui los excesos amorosos del corazon de Maria á vista de su Hijo glorioso é immortal, adorado de los Angeles y de los Santos, que la manifiesta las incomprendibles riquezas de su Divinidad y de su Gloria! Pero estos son unos secretos que jamás vieron los ojos, y que no puede explicar suficientemente la lengua del hombre.

Lo que debemos contemplar, Católicos, es, que la muerte nada tiene en sí que no sirva de consuelo á una alma justa; solo la separa de lo que nunca habia amado; de un mundo que siempre la habia parecido lleno de molestias y lazos; de una tierra en que siempre habia vivido como estrangera; de un cuerpo á quien siempre habia aborrecido, combatido, crucificado, y que habia sido la materia de todas sus tentaciones, y el motivo de todas sus penas; de todas las criaturas, que al mismo tiempo que aliviaban sus necesidades, las multiplicaban, y agravaban su servidumbre; se dá la enhorabuena de haber despreciado unos bienes que ván á desaparecer; de no haber puesto su confianza en los hombres que nada pueden hacer por ella; de no haberse edificado una ciudad permanente en un mundo que vá á perecer; y de no haber tomado mas medidas que para otra vida, en donde no se mudara de condicion; toca por ultimo á aquel feliz momento que vá á restituirla su Señor, en quien solamente habia siempre puesto su confianza; á aquel momento que vá á poner fin á una vida triste, mortificada, peligrosa, y turgubre, y á dar principio al dia secreto de la Eternidad. Si el Católico, el verdadero secreto para hacer que la muerte nos sea suave, y nos sirva de consuelo, es el desprenderse anticipadamente de todo lo que ella nos

ha

ha de quitar ; el morir todos los dias á cada uno de estos lazos que ella ha de romper ; el acostumbrarse á vivir solamente con Dios en medio de todas las criaturas que nos cercan , pues la muerte no es otra cosa mas que una eterna soledad del alma con Dios. Mucho mas muere el pecador , por decirlo así , que el justo ; aquel muere á todo lo que le rodea , porque á todo estaba unido ; Quantos lazos tiene necesidad de romper , son otras tantas muertes particulares que padece ; muere á su cuerpo en quien siempre habia idolatrado ; muere á sus bienes y á sus puestos que habian sido el unico objeto de sus cuidados y deseos ; muere á sus placeres , de quienes habia sido esclavo ; á sus esperanzas , en las que confiaba ; á sus soberbios edificios , en los que creía haberse fabricado una eterna morada ; á todas las criaturas , pues todas servian á sus pasiones. ¿Qué dolor padecerá quando le sea preciso romper de un golpe todos estos injustos lazos , que aún la ligaban á la tierra ! Padece mil muertes en una sola muerte ; cada una de estas separaciones lleva en su alma su nombre particular ; y con razon dice el Profeta que la muerte del pecador es la mas dolorosa y mas amarga de todas.

Felíz , pues , el alma que como Maria , muerta á todo desde mucho tiempo antes , no experimenta entonces otra cosa nueva mas que el placer de no tener ya que sacrificar á su Celestial Esposo , y que habiéndose ya con el corazon en el cielo , no deja en la tierra mas que los exemplos de una santa vida , y la memoria de una preciosa muerte. Pero si la muerte de Maria fue toda llena de consuelos , que la recompensaron de las amarguras que habia experimentado durante su vida , tambien fue acompañada de una gloria que reparó los abatimientos que habia padecido en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Quanto mas quiere el Señor elevar una alma á un grado sublime de gracia , de luz , y de dignidad , tanto mas la abate y envilece á los ojos de los hombres ; y como si tuviera envidia de que sus siervos brillasen con otro resplandor que el suyo , parece que solo pone su cuidado en despojarlos de la grandeza que dá el mundo , para hacerlos mas dignos de la verdadera grandeza , que solo es fruto de la justicia y de la santidad.

Los abatimientos que sufrió Maria en la tierra son prueba de esta verdad. Como los designios de Dios para con la Señora la preparaban la mas alta elevacion á que puede llegar una pura criatura , los caminos por donde la conduxo á ella son caminos de abatimiento y obscuridad. Noto , pues , tres generos de abatimiento en la vida de la Santa Virgen ; uno de privacion ; otro de dependencia ; y otro de confusion y desprecio ; y digo que su Asumpcion al cielo la dá hoy una gloria triplicada , y proporcionada á los abatimientos de su vida mortal ; una gloria de elevacion y excelencia ; una gloria de poder y autoridad ; y una gloria de veneracion y respeto : continuad vuestra atencion.

Quanto mas se considera la vida de la Santa Virgen en la tierra , mas se descubre en ella una serie continuada de privaciones que la mortifican y humillan ; primer genero de abatimiento. Ninguna criatura habia hasta entonces recibido del cielo titulos mas augustos y sublimes que esta Santa hija de Judá ; habia nacido de la sangre de David ; el privilegio de su gracia se habia anticipado aún á el de su nacimiento ; era Virgen siendo fecunda ; finalmente , la augusta qualidad de Madre de Dios realzaba en ella todos los demás titulos que tenia por el nacimiento , y por la gracia ; y con todo eso , nin-

guno de todos estos pomposos títulos se manifestó en ella mientras vivió en la tierra: Su nacimiento estuvo siempre obscurecido con su pobreza; la excelencia de su gracia siempre estuvo oculta bajo una vida simple y común: la elevación de su dignidad, y el augusto título de Madre de Dios, estuvo como desmentido por la semejanza con los demás hombres que había tomado su hijo: la Judea la miró simplemente como á la Madre de Jesus Nazareno: en nada se distinguía de las otras Madres de Judá: deja á los hombres en la ignorancia de los grandes prodigios que en ella había obrado el Señor: no cuida de desengañarlos y de descubrir las maravillas de Dios: sufre la privación de su mayor excelencia, y de la mayor gloria que puede comunicarse á una pura criatura: lleva con alegría esta privación: no se la oye una palabra, ni se vé una señal que pueda descubrir el secreto de su humildad; y contenta con vivir en esta privación, solamente desea que sea conocida la gloria de su Hijo, y que se establezca su reyno en la tierra.

De este modo con continuas privaciones preparaba la Sabiduría Divina á esta Alma Celestial para la gloria á que hoy se vé elevada; todo su cuidado había sido el ocultarse á la vista de los hombres, y confundirse con las demás madres de Israel, y parece que el unico cuidado de Dios es glorificarla en el día de su muerte, y distinguirla con un privilegio singular, que había de dar testimonio en todos los siglos de su augusta qualidad de Madre de Dios; su cuerpo puro y sagrado, como el de su Hijo, no vé la corrupción; la virtud del Padre la saca de entre los muertos; los cielos se abren para recibirla triunfante y gloriosa como á Jesu-Christo; sale del sepulcro rodeada de luz para tomar posesion de su gloria á la diestra de su Hijo, con la misma carne que ella le había dado para abrir el cielo á los hombres; es colocada sobre todos los Principados y Potestades; es aquella

Ar-

Arca de Israel, dice el Santo Obispo de Ginebra, que despues de haber estado algun tiempo en el desierto debajo de tiendas, esto es, en un estado obscuro y poco digno de ella, es por ultimo introducida con pompa y magnificencia por el verdadero David en la Jerusalem Celestial.

A la verdad, parece que Jesu-Christo no hubiera resucitado todo entero, si una porcion de su carne adorable hubiera quedado sujeta á la corrupcion en la Santa Virgen Maria, y si no hubiera esta Señora participado del privilegio de su Resurreccion gloriosa. ¿Cómo podia ser conveniente que quedase bajo el Imperio de la muerte la Madre de aquel que era la resurreccion y la vida? ¿Sería justo que una carne, de la qual se había formado la víctima que venia á abrir el cielo á los hombres, no fuese introducida en él inmediatamente? ¿Que un cuerpo, preservado por una gracia singular de la mancha inevitable á los hijos de Adán, participase de su maldicion, y fuese presa de los gusanos y podredumbre? ¿Que un cuerpo que había sido en la tierra el vivo Santuario del Verbo Encarnado, no fuese recibido al instante en el Santuario eterno? Para honrar, pues, esta muerte y esta resurreccion milagrosa, y para satisfacer á la piedad de los fieles, há ya mucho tiempo que instituyó la Iglesia nuestra Madre la fiesta que hoy celebramos. Este es el premio que la magnificencia de Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de Maria. Sufriendo con alegría el que los hombres ignorasen, hasta su muerte, las grandezas que había obrado en ella la gracia, la hace brillar el Señor con un privilegio, que una tradicion santa ha hecho venerable en toda la Iglesia, y que ha derivado hasta nosotros la piedad de nuestros Padres, como prenda inmortal de su zelo y respeto á Maria.

Pero nosotros, Católicos, estamos tan lejos de sufrir con alegría las privaciones que nos humillan, y que hacen que los hombres ignoren lo que somos, que todo nues-

Dd 2

tro

tro cuidado consiste en darnos á conocer ; toda nuestra vida es un estudio de vanidad con el que nos dejamos ver siempre por aquella parte por donde creemos distinguirnos y agradar ; aún quando tocados de Dios , y arrepentidos de nuestros desordenes nos dedicamos á una vida christiana , queremos que el mundo conserve la memoria de los desgraciados talentos y vanas prendas que hemos sacrificado al tiempo de romper con él : nos agrada el que en esta parte se aplauda continuamente nuestro sacrificio , y que nos honren con lo que nosotros mismos hemos juzgado digno de desprecio ; interiormente nos ensalzamos sobre los demás , como si hubieramos dado mas á Dios ; como si quanto mas á proposito eramos para el mundo , y para los deleytes , no hubiera sido necesario que fuese mas fuerte y abundante la gracia que nos ha causado su disgusto ; como si las misericordias del Señor para con nosotros pudieran servir de titulos á nuestra ingratitud , y hacernos olvidar de nuestras miserias ; y asi lo que fue ocasion de nuestras caidas y desgracias viene á ser muchas veces , aún en el estado de piedad , motivo de nuestra vanidad deplorable ; lo que debiera hacernos mas despreciables á nuestra vista solo sirve las mas veces de inspirarnos desprecio de nuestros proximos . Por eso queremos participar á un mismo tiempo de la gloria del mundo , y de la de la virtud ; queremos que se alaben en nosotros las maravillas de la gracia , y los talentos de la vanidad ; y en vez de ocultar como Maria á la vista de los hombres lo que somos , queremos que aún se vea en nosotros lo que estamos pesarosos de haber sido .

Sí , Católicos , no hay cosa mas rara que querer con sinceridad que se olviden los hombres de lo que puede honrarnos en su memoria . Miramos este olvido como una injuria ; quisieramos que todo el mundo leyese en nuestra frente , por decirlo asi , nuestros talentos , nuestras virtudes , nuestra clase , nuestro nacimiento , y aún hasta en los santos retiros , en donde se arrojan al pie

de los Altares los despojos del mundo y de toda su gloria , se vuelve muchas veces á recoger con una mano todo aquel vano esplendor que parecia haberse sacrificado con la otra . Aún se manifiesta , bajo la obscuridad del velo santo , el falso resplendor del mundo y del nacimiento ; aún hay quien vuelva á subirse sobre un barro despreciable , que antes habia pisado ; hay quien quiera hallar en el lugar de la humildad las distinciones que habia despreciado en el mundo ; y aún en el mismo Santuario del Esposo hay quien haga caso de otros titulos mas que del sublime de Esposa suya .

Pero si sucede rara vez el sufrir con fé este abatimiento de privacion , de que nos dá exemplo Maria , aún es mucho mas raro el sufrir con valor el abatimiento de dependencia en que vivió ; siempre sujeta en la tierra , y en todos los estados de su vida mortal , respetó siempre este camino de dependencia , como que era por donde la gracia queria guiarla ; yá viviendo enteramente subordinada á la voluntad de Joseph ; yá inseparable de las ordenes y de la suerte de su Hijo ; yá confiada al discipulo amado , y mirandole como á dueño de sus acciones , y arbitro de su conducta ; yá finalmente yendo en seguimiento de los discipulos despues de la muerte de Jesu-Christo , como una de las demás mugeres fieles , sin manifestar mezclarse en nada , sin atribuirse nada , no queriendo que dividiesen con ella los Apostoles el gobierno de la Iglesia que nacia ; sujetandose á sus leyes y á su autoridad ; no afectando preeminencia alguna en aquella santa congregacion , tratandose en ella todas las cosas sin hacer mencion de la Señora , sin que ella afectase autoridad alguna , y portandose como una simple Hija de la Iglesia , la que era su Protectora y Madre . Sí , Católicos , Maria adornada de todos los dones , y de todas las luces ; revestida de la eminente dignidad á que nunca pudo aspirar ninguna criatura ; el mas firme apoyo en la tierra , despues de la muerte de su Hijo ,

de la Iglesia que nacia, deja todo el cuidado á los Apóstoles, sin reservarse mas gloria que la de sujetarse la primera á sus decisiones. ¡Qué leccion para reprimir la soberbia é inquietud de los fieles, que sin participar de la eminencia de sus dones y de sus luces, no pueden imitar su sumision y dependencia!

Por lo que toca á nosotros, Católicos, no es la sumision á la Iglesia lo que nos cuesta trabajo; esta sumision no ofende ni nuestra soberbia, ni nuestras inclinaciones, ni nuestra ambicion, ni nuestra fortuna; lo que sí nos ofende es el depender de aquellos que juzgamos ser mucho menos que nosotros; el sufrir el peso de una autoridad, que juzgamos estar mal colocada; nos consolamos, aún en las mas inevitables dependencias de nuestro estado, con el interior desprecio que hacemos de aquellos de quienes dependemos; nos vengamos de su elevacion con nuestras murmuraciones; nuestra soberbia, forzada á obedecerlos, se consuela con despreciarlos; sus ordenes nos hacen ingeniosos para descubrir sus defectos; y rara vez sucede que nuestros Superiores y Gefes tengan sobre nuestro corazon la misma autoridad que sobre nuestra persona.

El segundo caracter de la gloria á que hoy es elevada Maria, opuesto el caracter de dependencia que tanto amó, es una gloria de autoridad y de imperio; hoy toma en el cielo, á la diestra de su Hijo, aquel poder que no quiso exercer en la tierra; vuelve á entrar en todos sus derechos: queda constituida para con Jesu-Christo medianera de los fieles, canal de las gracias, esperanza y consuelo de la Iglesia, asilo de los pecadores, protectora de los justos, recurso de los pueblos y de los Imperios, y Reyna del cielo y de la tierra. Sí, Católicos, el poder de Maria no tiene mas límites que los del amor de su Hijo á esta Señora. El, por decirlo así, divide con ella su autoridad, la hace distribuidora de sus gracias, quiere que nosotros nos dirijamos á ella, si que-

re-

remos alcanzar de él todas las cosas; y no hay cosa que mas diste del espíritu de la fé, que el creer que se honra el poder de Jesu-Christo, disminuyendo el de su Santa Madre. En ella le honramos á él; exaltamos sus dones quando exaltamos los dones inefables de su Santísima Madre; invocamos la eficacia de su poder quando invocamos el de su Santa Madre; esta Señora y nosotros somos lo que somos, solo por él; y nuestra confianza en Maria tiene su principio en las maravillas que Jesu-Christo se digna obrar por su intercesion.

No quiero decir, Católicos, que basta el ponerse bajo la proteccion de Maria, y tributarla algunos respetos para asegurarse la salvacion. La salud eterna solamente es premio de la observancia de la Ley de Dios. El que ama al mundo, el que se entrega á los deseos de la carne, el que no vence sus desordenadas pasiones, por mas que se declare siervo de Maria no la conoce; la Señora le mira como á enemigo de su Hijo; detesta la confianza que pone en ella, como injuriosa á la religion, y particularmente á la gloria de Jesu-Christo; ayuda con su intercesion á los pecadores que quieren salir de sus desordenes, pero tambien solicita ella misma el castigo para los que hacen de su intercesion seguridad y motivo para perseverar en ellos.

Y á la verdad, Católicos, ¿si el mismo Jesu-Christo no reconoce por su Madre y hermanos sino á los que hacen la voluntad de su Padre Celestial, reconocerá Maria por hijos suyos á los transgresores de esta voluntad santa, y á los enemigos de la doctrina, y de la Cruz de su Hijo? ¿Si Jesu-Christo, no obstante las aclamaciones populares de las mugeres de Judá, no quiere que consista la felicidad de Maria en la honra que tuvo de tenerle en su casto seno, sino en su fidelidad en oír las palabras de vida, y en observar las santas máximas, nos tendremos nosotros por felices solo por traer sobre nuestros cuerpos unas señales consagra-

das

das al culto de Maria, sin tener grabado en nuestro corazon el amor á Jesu-Christo y á su verdad? ¿No sería Maria en este caso protectora de las pasiones que condena su Hijo? Su poder trastornaría la obra del Evangelio, y abriría á los hombres otro camino de salvacion mas que el que el mismo Jesu-Christo les habia manifestado. ¿Qué ilusion, Católicos, el tomar motivo para vivir con seguridad en la culpa, del respeto que nos inspira la Iglesia para con Maria, y persuadirnos á que basta el fiarnos de su proteccion para alcanzar despues de una vida tan llena de delitos y pasiones, la gracia del arrepentimiento y del perdón en la muerte! ¿Es posible que siendo, como sería, vana nuestra confianza en Jesu-Christo, que es el autor de la vida y de la salvacion, si no viéramos como discipulos suyos, habia de ser mas poderosa nuestra confianza en Maria, aunque siguiéramos las sendas del mundo y de las pasiones? No todos los que dicen á Jesu-Christo, Señor, Señor, han de entrar por eso en el reyno de los cielos; y todos los que llamasen á Maria nuestra Reyna, nuestro Refugio, nuestra Esperanza, habian de ser admitidos á la Gloria que solamente ha prometido Jesu-Christo á los que observen su Santa Ley: No todos los que han publicado la gloria de Jesu-Christo en la tierra, que han profetizado en su nombre, que han anunciado la doctrina, y estendido su reyno, serán por eso contados entre los obreros fieles á quienes dará la corona de justicia, si no ha acompañado la santidad de sus costumbres á la de su ministerio, ¿y hemos de creer nosotros que todos los que han publicado la gloria de Maria, que se han manifestado zelosos de su culto, que han aumentado el esplendor y magnificencia, y acaso cargado sus Altares con dones y ofrendas, han de ser contados entre los siervos vigilantes á quienes está prometida la recompensa de los justos, si la inocencia

de

de su vida, y la pureza de su corazon no ha santificado la pompa de sus respetos? No, Católicos, la Iglesia siempre ha mirado á Maria como apoyo de nuestra flaqueza, y no como asilo de nuestras pasiones; como remedio de nuestras necesidades, y no como protectora de nuestros delitos; Maria no cuenta por suyos sino á los que son de Jesu-Christo; no mira en los respetos que se la tributan sino la pureza y fidelidad del corazon que se los ofrece; y no ama en sus siervos mas que la inocencia, la fé, la caridad, y todas las virtudes que á ella misma la hicieron grata á los ojos de Dios. Por eso su poder y autoridad en el cielo corona hoy el abatimiento de dependencia en que siempre vivió en la tierra.

Finalmente, el ultimo abatimiento de Maria, mientras duró su vida mortal, fue un abatimiento de desprecio y de confusion; sospechando de ella San Josef, sufrió con silencio toda la verguenza de una sospecha tan infame; adoraba interiormente las ordenes del Señor para con ella, y sin descubrir á Josef el inefable Mysterio que acababa de obrarse en su seno, dexaba á la sabiduría del Altísimo el cuidado de manifestar la inocencia de su sierva; unía esta humillacion á la que empezaba á padecer el Verbo Encarnando en sus purisimas entrañas; se sujetaba, como él, á llevar sobre sí, por algun tiempo, la semejanza del pecado, á sacrificar su inocencia á las ordenes incognitas y adorables de la Divina sabiduría, y aun á regocijarse anticipadamente de la utilidad que de su humillacion y oprobrio sabría Dios sacar para el cumplimiento de sus eternos fines.

Esta era la disposicion de Maria, y por eso se siguió á su muerte una gloria de veneracion y respeto. Ultimo carácter: Todos los pueblos, y todas las naciones han oído hablar de las maravillas que Dios obró en la Señora. En todas las partes en donde la gloria de

Tomo II.

Ee

Je

Jesu-Christo ha hallado adoradores, ha hallado tambien la suya honores y respetos; apenas desapareció de la tierra, quando los hombres Apostolicos la dirigieron sus votos; aquellos felices siglos de tanto honor para la fé, fueron los primeros depositarios del respeto de los fieles á Maria; era preciso que la Iglesia, aun recién nacida, tributase ya solemnes honras á esta Reyna del cielo, pues desde entonces se levantaron entre los fieles algunos hombres ignorantes y supersticiosos, que heridos con la eminencia de su gloria y de su dignidad, mudaron la piedad en supersticion é idolatria; la ofrecieron sacrificios, y la tributaron honores que solo son debidos al Sér eterno. De este modo á proporcion que se extendía la fé, se fue estableciendo el culto de Maria en la tierra; á proporcion que la Iglesia, favorecida de los Cesares, vió el esplendor y la magnificencia acompañar á la santidad de sus Mysterios, se hicieron tambien mas suntuosos y solemnes los respetos que se tributan á Maria. En vano se manifestaron entonces algunos espíritus inquietos y soberbios, que se atrevieron á disputarla la augusta qualidad de Madre de Dios; sus blasfemias no sirvieron mas que de avivar la piedad de los fieles; en todas partes se levantaron Altares y Templos magníficos, consagrados á la gloria de su Hijo baxo la proteccion de su nombre. La Religion de los pueblos opuso monumentos públicos, levantados en honor de Maria, á las secretas empresas de sus enemigos: Los Concilios se juntaron para conservar la sus augustos derechos, y dexar á la posteridad en sus decisiones los venerables titulos de su respeto, y de el de sus Padres á Maria; y el error solo consiguió, como sucede siempre, establecer la verdad con mayor lustre.

Pero, ¿qué digo, Católicos! Las ciudades y los Imperios se pusieron baxo su poderosa proteccion; en todas partes se juntaron santas Hermandades baxo su nom-

nombre, y dedicadas á su culto; cesaron las plagas públicas por los votos y respetos que se la tributaban; nuestras ciudades, y nuestras Provincias, heridas por la manó de Dios, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba; y uno de nuestros Reyes, cuya memoria siempre nos será amable, porque fue Rey justo y clemente, para inmortalizar la memoria de un tan señalado beneficio, hizo un voto público á esta Reyna de los cielos, de todo su Reyno, al que acababa de conservar y libertar de la calamidad que parecia anunciar su desolacion y su ruina.

La misma Inglaterra, antes que el desgraciado scisma introduxese la turbacion y el error en este Reyno, se señaló en su piedad para con Maria; sus Reyes la miraron como á protectora de sus estados; sus mas Santos Obispos fueron los mas zelosos defensores de su culto; esto era un deposito sagrado que habian recibido de aquellos hombres Apostolicos, que baxo las ordenes del gran Pontifice San Gregorio fueron á establecer en aquella famosa Isla la fé de Jesu-Christo sobre las ruinas de la Idolatria. La ciencia con que muy en breve se distinguió aquella floriente Iglesia, lejos de resfriar su zelo para con Maria, le hizo mas fervoroso y mas solemne; su piedad se aumentó con sus luces; solamente la soberbia y las pasiones destruyeron lo que una fé humilde é ilustrada habia edificado en el principio; el Señor ha retirado su espíritu de aquella Iglesia infiel, y la ha entregado á un espíritu de mentira y rebellion; pero nunca son sus castigos sin misericordia; ha querido castigarla, pero no quiere abandonarla ni perderla; aun se ha reservado para sí en medio de ella un corto numero de fieles Israelitas, á quienes no ha inficionado el universal contagio, y que no han doblado la rodilla delante de Baal; esta santa semilla, que aun mantiene la bondad Divina en medio de aquellas ciudades rebeldes, dará fruto á su

tiempo, y estorvará el que experimenten la misma suerte que Sodoma y Gomorra; y tambien una gran Reyna, mas ilustre por las coronas que ha sacrificado á la constancia de su fé, que por el poder y grandes qualidades que se las pusieron sobre su cabeza, halla aqui todos los dias á los pies de Maria el mas suave consuelo de sus penas; ofrecela continuamente un Reyno á quien ha inficionado la heregía; unos vasallos engañados con el espíritu de rebelion, siempre inseparable del de la heregía; adelanta al pie de los Altares los momentos de misericordia, y contribuye á la conversion de sus pueblos, y al restablecimiento de la dignidad Real, indignamente violada, con los fervorosos suspiros que no cesa de derramar en lo intimo del Santuario, mas que pudieran contribuir todas las Potencias de la tierra con la prudencia de sus consejos, y con la fuerza de sus armas.

Este, Católicos, es el cumulo de gloria á que elevaron á Maria unos abatimientos transitorios, y esta es casi siempre la suerte de los justos que han experimentado rebeses y abatimientos en la tierra; cada siglo nos ofrece exemplos de esta verdad; y aun hoy un Rey destronado, (*) expuesto toda su vida á la censura de los locos, que habia visto ser motejada su fé de flaqueza, su zelo de imprudencia, y que á él solo se le imputaban sus desgracias, vuelve á adquirir despues de su muerte el derecho que tenia en la estimacion y veneracion pública, y se grangea unos respetos mil veces mas brillantes que los que habian rodeado su Trono.

El usurpador que se ha ensalzado por caminos injustos, que ha despojado al inocente, y arrojado al heredero legitimo para ocupar su lugar, y vestirse con sus

(*) *Jacobo II. Rey de Inglaterra.*

sus despojos; Ah! Su gloria será sepultada con él en el sepulcro; su muerte descubrirá la verguenza de su vida; entonces, quitado el freno que sus felicidades y poder oponian á los públicos discursos, se vengarán en su memoria de las falsas alabanzas que por fuerza tributaban á su persona; entonces, no subsistiendo ya los grandes motivos de temor y de esperanza, se quitará el velo que cubria las mas vergonzosas circunstancias de su vida, y se descubrirá el secreto motivo de sus gloriosas empresas, tan exaltadas por la adulacion, y se manifestará su indignidad y su baxeza; se verán de cerca aquellas heroicas virtudes, que sólo se conocian por la buena fé de los elogios públicos, y se hallarán pisados los mas sagrados derechos de la naturaleza y de la sociedad; entonces será despojado de aquella gloria bárbara é injusta que habia gozado; se publicará la infamia y mala fé de sus empresas, que antes se habia tenido oculta; y lejos de compararle con los heroes, le llamarán hijo desnaturalizado, uno de aquellos hombres, de quienes habla San Pablo, sin culto, sin afecto, y sin principio; su falsa gloria no habrá durado mas que un instante, y su opróbrio sólo se acabará con los siglos; la ultima posteridad solamente le conocerá por sus delitos, por la piedad filial pisada en presencia de los Reyes y de las Naciones que tuvieron la cobardia de aplaudir su usurpacion; y finalmente, por el atentado que le hizo destronar á un Padre, y á un Rey justo, por ocupar su lugar; las historias, fieles depositos de la verdad, conservarán hasta el fin su nombre con verguenza; y el puesto á que ha sido elevado á costa de las leyes del honor y la probidad, dandole lugar en la scena del Universo, no servirá mas que de inmortalizar su ambicion y su ignominia en la tierra.

¿Qué otra instruccion podria daros, Católicos, al acabar este elogio de la muerte y exaltacion de Maria,

sino el contraponerla á la muerte del pecador? Si, Católicos, la muerte acaba toda la gloria del hombre que ha olvidado á Dios en el tiempo de su vida; la muerte le priva de todo; le despoja de todo; le aniquila en todo quanto tiene de grande á la vista de los hombres; le dexa solo, sin fuerzas, sin arrimo, sin remedio entre las manos de un Dios terrible; aquel numero de amigos, de aduladores, de esclavos, de vasallos, entre los quales se creia inmortal, nada puede hacer por él semejantes á los que desde lejos ven perecer á un hombre entre las olas, que solo pueden socorrer su desgracia con sus lágrimas, ó con hacer inútiles súplicas por su libertad. De este modo, luchando él solo con la muerte, alarga inutilmente las manos á todas las criaturas que se le huyen; lo pasado le parece un instante fugitivo, que no ha hecho mas que relucir y desaparecer; lo futuro es un abismo inmenso, en donde no ve ni fin ni salida, y en el que va á perderse y sepultarse para siempre sin saber su destino; el mundo, á quien creia eterno, no es mas que una fantasma que se disipa; la eternidad, á quien tenia por chimera, es un terrible objeto que tiene ya á la vista, y que toca con sus manos; quanto juzgó ser verdadero y sólido se desaparece; quanto le habia parecido frívolo y chimerico, se manifiesta como real y verdadero; y su desgracia le da nuevas luces, pero no nuevas inclinaciones, ni nuevo corazón; muere desengañado sin morir convertido; muere desesperado, y no penitente.

Pero el alma justa, ¡ah! entonces ve la eternidad con los mismos ojos que la habia mirado siempre; nada se muda, nada se acaba para ella en este ultimo instante, sino sus abatimientos y trabajos. De este modo, libre de todas las conexiones del mundo y de la vanidad, llena de buenas obras, defendida con la fé de

de las promesas, dispuesta ya para el cielo, cierra los ojos sin pena á todos los vanos objetos que nunca habia mirado sin molestia: Vuela al Seno de Dios de donde habia salido, y en el que siempre habitó con sus deseos, y entra con paz y confianza en la bien-aventurada Eternidad. *Amen.*

PARA LA FIESTA

DE LA VISITACION



UNIVERSIDAD
 UNIDAD AUTÓNOMA DE BILBAO
 AL DE BIBLIOTECAS

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA VISITACION

DE NUESTRA SEÑORA.

Exurgens autem Maria in diebus illis, abiit in montana cum festinatione in Civitatem Juda.

Poco despues parte Maria con prontitud, y vá á las montañas de Judéa, á una Ciudad de la Tribu de Judá: *Luc. I. v. 39.*

¿Qué nuevo prodigio es este, Católicos? Una doncella tímida, flaca, criada hasta entonces, dice San Ambrosio, en la tranquilidad y en la verguenza del retiro, que poco antes no podia sufrir sin turbacion la presencia de un Angel, es manifesta hoy al público, se expone hoy á la vista de los hombres, sin hacer caso de los sustos y peligros de un largo y penoso viage.

¿Sería acaso porque incredula quiere tener por prueba de su Maternidad el milagro de fecundidad de Isabel,

ó porque incierta y dudosa vá á confiarla el secreto de la embaxada del Angel, para saber lo que ha de creer; ó porque soberbia con su nueva dignidad se dá prisa, por una de aquellas secretas ansias que la inspira la alegría, para á ir anunciar la nueva á su prima?

¡Ah! exclama San Ambrosio; en este Mysterio todo está publicando la fé y la humildad de Maria; convencida de que el Omnipotente se agrada de obrar grandes maravillas, sabe que no le es mas difícil el unir la fecundidad con la Virginidad, que con una esterilidad vergonzosa: Empieza á descubrir que la historia de las Sarras y las Anas no habia sido mas que un prelude de lo que está pasando á su vista; pone los ojos en su nada, á proporcion que el Señor mas se acerca á ella para ensalzarla; y hallandose Madre del Salvador de Sion, á quien tantos siglos habian prometido, á quien tantos justos habian anunciado, y deseado tantos Reyes y Profetas, vá á tributar á Isabel los mismos respetos que su Hijo habia de tributar algun dia al Bautista, y se cree, como él, obligada á cumplir toda la justicia: *Sic enim decet nos implere omnem justitiam. (a)*

Ni la verguenza, continúa este Santo Padre, en la que es tan delicado este sexo, que muchas veces tiene en él lugar de virtud, ni la dificultad de los caminos, ni lo largo del viage asustan su delicadeza: sin reflexionar en los obstáculos que el amor propio aumenta y multiplica siempre con tanto arte y eficacia, se entrega al divino impulso que la arrastra, y sigue sin detenerse las impresiones del Dios que lleva en su pecho: *Non à publico virginitatis pudor, non à studio asperitas montium, non ab officio prolixitas itineris retardavit. (b)*

Permitidme, Señores, que me cña á estas tres reflexio-

(a) *Matth. 3. v. 15.* (b) *S. Amb.*
Tom. II. Ff

xiones. Si no examino la profundidad del Misterio es porque tenemos mas necesidad de ser movidos que instruidos. Estos milagrosos hechos en que se funda la religion consuelan verdaderamente, la razon, y la ponen casi de acuerdo con la fè, pero comunmente dexan al corazon toda su tranquilidad; son unos relampagos que nos regocijan por un instante, segun la expresion del Evangelio, pero casi nunca llegan à abrasarnos; apliquemos, pues, todas las circunstancias de este Misterio à la edificacion de nuestras costumbres.

¿Quales son los obstáculos que nuestro amor propio opone casi siempre à la gracia? Primeramente, una falsa verguenza que nos hace usar de respetos con el mundo, y nos impide el que nos declaremos abiertamente por Jesu-Christo; en segundo lugar, lo difícil de la virtud que nos acobarda; finalmente, la aspereza del camino que entibia nuestro zelo, y nos persuade à que podemos usar de mitigaciones, y buscar rodeos acomodados à nuestra flaqueza: Maria, pues, emprendiendo sola este viage confunde aquellas infinitas razones de nuestra verguenza, que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo; esta es la primera reflexion. Maria, no obstante lo delicado de su edad y de su sexo, yendo à buscar à Isabél, atravesando las montañas y mas asperos caminos, condena nuestra flojedad que se acobarda con la dificultad de la virtud, y se detiene en el vicio; esta es la segunda; finalmente, Maria dandose siempre priesa, no obstante lo largo del viage, nos enseña à no usar de rodeos, ni mitigar con nuestras lentitudes y temores los rigores de la vida Evangelica. Esta será la última: Ved aquí todo el objeto de este discurso. Pidamos al Espiritu Santo sus luces por la intercesion de esta Santa Virgen.

Ave Maria.

PRIMERA PARTE.

Entre todos los errores que hoy corren en el mundo, no hay otro menos contagioso que el que atribuye gloria al vicio, y verguenza à la virtud: Bien lo sé, Católicos, y yo no quiero atribuir aquí al siglo excesos imaginarios. La iniquidad, no obstante el desorden del corazon humano, no ha podido hallar aun entre nosotros una proteccion pública; apenas se ven ya aquellas almas desesperadas que se glorian de su confusion, como dice el Apostol, y que ponen su gloria en su infamia. El pecado trae siempre consigo cierta indignidad, cuyo espectáculo todos quisieran ocultar al público; y no sé por qué reliquias de rectitud, el mismo siglo no puede menos de condenar en público lo que su corrupcion le hace aprobar en secreto.

Pero hay vicios menos odiosos, desordenes mas felices, pecados agraciados, si es licito decirlo así, que parece haber prescrito contra el Evangelio; que los coloca el siglo honrosamente entre las virtudes; y que no manifestando à primera vista fealdad alguna, retienen toda la malicia de vicio, sin retener su verguenza y sus horrores.

Digo, pues, que de la engañosa idea que se atribuye à estas falsas virtudes, que son vicios verdaderos, nacen aquellos respetos tan poco christianos, y aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesu-Christo; digo que de aquí proviene que hagamos tantas acciones contra el interior aviso de la conciencia; que omitamos otras muchas, cuya necesidad conocemos interiormente, y todo por no dar que decir al mundo. ¿Cómo no nos hemos de conformar, decimos, con unas costumbres que ya han prevalecido? ¿Por qué he de ser yo singular, quando el comun no hace escrupulo? Es cons-

tante que el mundo no reprueba tal cosa, pero tambien lo es que la reprueba el Evangelio. ¿Debo yo, pues, condenar á todo el mundo con mis singularidades? Por eso sucede, que la piedad acobardada y tímida busca las tinieblas, ó se ve precisada á conformarse con las costumbres de los mundanos, ó á fingir como David en la Corte del Rey Achis: Casi nunca se atreve á manifestar todo lo que ella es; quando al contrario, el vicio aplaudido obsteña lucimiento en vez de temer manifestarse. ¡Ah! ¿No bastaba que la flaqueza y corrupcion de nuestro corazon nos hiciera penosa y amarga la virtud? ¿Era menester que el desorden del espiritu la añadiese tambien la verguenza y el desprecio?

Hoy en la conducta de Maria tenemos con qué vencer al mundo en un punto de tanta importancia. ¿Cuál es el motivo que la saca de Nazareth? Un Angel viene á anunciarla que Isabel, no obstante su edad y su esterilidad, era fecunda; que la misma Señora habia sido llena de la virtud del Altísimo, y que el *Emanuel* tantos siglos antes prometido, habiendo descendido á su seno, iba por ultimo á ser la luz de las naciones, y la gloria de Israel. Pero el público ignora esta embaxada tan extraordinaria y augusta. ¿Cómo puede, pues, contar el que la han de creer sobre su palabra? ¿No es mas regular el verse expuesta á las murmuraciones de los insensatos, y á las burlas de los espíritus que se precian de discretos?

Por otra parte; descendiente de la sangre de los Reyes de Judá, y poco antes ilustrada con la qualidad de Madre de Dios, ¿no parece que con esta accion se opone al bien parecer, y que abate demasiado su nueva dignidad, yendo á exercitarse en los mas viles oficios con una muger que tan inferior era á ella? Finalmente, ¿pueden acomodarse bien las leyes de un riguroso pudor con los contratiempos y casualidades que son inevitables en un largo viage?

De

De este modo se engaña, ¡oh Dios mio! una razon enferma; de este modo las almas flacas, demasiado ingeniosas para engañarse, se glorían continuamente de que tienen la fé suficiente para desear llegar á aquellas montañas santas de la Tribu de Judá, pero que no tienen la necesaria para seguir los caminos que pueden conducir las á ellas.

¿Qué de razones no nos proponemos para cegarnos? ¿Quántos falsos pretextos no nos subministra el amor propio?

Un Grande gime por la multitud que le rodea, y entregado á los cuidados de su fortuna, á las obligaciones de su empleo, y á los cumplimientos de su estado, opone estas debiles razones á la voz del cielo que le llama: Quiere interesar á Dios en sus flaquezas, y cree que la sujecion á las leyes que ha inventado el capricho, ó la vanidad de los hombres, es una razon justa en la presencia de Dios para dispensarle de las divinas leyes del Evangelio.

Yo no puedo hacer demostraciones de singularidad, ni condenarme á un eterno retiro, os dirá una muger Christiana; yo bien quisiera que el uso autorizase una vida mas obscura y retirada en las personas de mi clase, y que el mundo no hubiera hecho una ley de ciertas vagatelas de que yo me abstendria sin mucho trabajo, ¿pero he de pasar plaza de ridicula con la singularidad de mi modo de proceder? ¿Me he de hacer extraordinaria por parecer devota?

Pero ¡oh, Dios mio! en el dia terrible de vuestras venganzas ¿no habeis de juzgar á los grandes y al pueblo por un mismo Evangelio? La falsa verguenza que sofoca en tantos corazones las semillas de la gracia que en ellos arrojaís, aquella ley del siglo, aquel Evangelio de los mundanos, ¿podrán formar alguna excepcion en las máximas generales del Evangelio de Jesu-Christo? Y si vuestra justicia pudiera sufrir mitigaciones en una ley que

man-

mandais observar hasta su ultimo punto, ¿ la relajariais acaso en favor de los poderosos del mundo, que os disputan hasta la mas leve mortificacion, y que jamás han sabido privarse de un solo deleyte por vuestro amor, ó en favor de aquellos infelices, que por los secretos fines de vuestra Providencia estan acá en la tierra entregados á la hambre, á la sed, y á otras muchas calamidades, y que agoviados con el peso del yugo, no han podido siempre poseer sus almas en su paciencia?

¿ Qué egeñidad es la nuestra, Católicos, en este punto? No queremos abrazar una piedad que nos haga reparables, y pasar por hombres extraordinarios: Pero si es universal el contagio ¿ cómo podreis salvaros sin ser singular? Si todos van por camino ancho, ¿ cómo quereis seguir la senda del Evangelio sin ser notados? ¿ Acaso Noé, por ser universal la inundacion, no debia edificar el Arca, y salvarse en ella con su familia? ¿ Debió Loth, por evitar la singularidad, esperar tranquilamente el incendio de Sodoma? Desengañaos, amados oyentes míos; los Santos siempre han sido tenidos por hombres extraordinarios: Estamos hechos, decia antiguamente San Pablo, un espectáculo de los Angeles y de los hombres: La vida mas comun no puede ser vida christiana, y tenemos segura la condenacion quando no queremos salvarnos sino con la multitud, porque esta no reconoce ni frequenta mas camino que el ancho y espacioso que guía á la perdicion. Y vosotros, Católicos, si estais de buena fé en este asunto, ¿ no conoceis las ilusiones de las criaturas? ¿ Pueden estas tener siempre razones para ofender á su Dios, y vivir para el mundo, á quien debemos aborrecer y detestar como nuestro mas cruel enemigo? ¿ No se han de volver nunca, ni han de servir á este Dios tan bueno, tan amante de nosotros, y tan bienhechor, al mismo tiempo que todas las cosas nos estan gritando, que habiendo sido criados solamente para Dios, solo debemos vivir para Dios? ¿ Ha de haber en todas

das las edades, en todos los estados unos cumplimientos incompatibles con el Evangelio? ¿ A uno le ha de servir de pretexto el ser demasiado joven, á otro la vejez flaca y enferma? Si las cosas nos suceden prosperamente, nos escusamos con el tumulto y embarazo de la fortuna; si el Señor carga su mano sobre nosotros, mas cuidadosos de nuestras desgracias, que de los delitos que dán motivo á ellas, dilatamos la conversion para el tiempo de mas calma y tranquilidad; si gozamos de una perfecta salud es necesario atender á mil cuidados, á los cumplimientos y distracciones de nuestro puesto y estado; si nos hallamos heridos con una enfermedad que nos priva del comercio del mundo, todos son cuidados y medidas para recobrar la salud; el negocio de la eternidad, solemos decir, pide demasiada atencion, y no nos hallamos en estado de poder hacer nada; tenemos sobre nuestra conciencia unos abismos que jamás hemos penetrado bien, y que piden tiempo y libertad de espíritu; finalmente, tememos empeorar nuestros males con las mismas reflexiones que debieran servir para aliviarlos.

De este modo se nos pasan todos los momentos de la gracia; y de este modo apartamos nosotros mismos la mano saludable que llama á la puerta de nuestro corazon, al mismo tiempo que somos tan ingeniosos en lo temporal para no perder aquellas favorables coyunturas, que nos ofrecen esperanzas de fortuna y establecimiento. Los grandes tienen sus instantes, solemos decir, y la habilidad consiste en saber aprovecharse de ellos; ¿ pero no tiene también los suyos la Divina Clemencia? ¿ Creemos acaso, Católicos, que nuestro Dios es un Dios de todas las horas; que distribuye sus gracias segun nuestros caprichos; y que despreciado mil veces, quando se nos ofrece, no se ha de cansar por ultimo de nuestras dilaciones y desprecios? Ah! digamoslo para nuestra confusion; los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz; los primeros no pierden ocasion alguna, porque su deseo

es vivo y eficaz, y nosotros dexamos perder las mas favorables ocasiones, porque nuestra caridad es debil y tibia.

¡Oh Dios mio! ¿Quántas veces me habeis advertido, solicitado, importunado para que éntre en vuestros caminos? ¿Quántas veces, aun al tiempo de salir del delito, en vez de arrojar sobre mí los rayos de vuestra justicia, me habeis alargado una mano favorable, y os habeis aprovechado del momento en que satisfecha la pasion, y ya mas sosegada, dexaba libertad á la razon para reflexionar, para exponerme las terribles resultas de una vida delincuente? ¡Ah! ¿El hombre mas bárbaro se enterneceria, si al mismo tiempo que nos atravesára un puñal por el pecho, cuidasemos de su seguridad; y mi alma siempre rebelde, y siempre favorecida ha podido hasta ahora resistir á todos los esfuerzos de vuestro amor?

¿Pero no os cansareis por ultimo de vuestros favores, y de mis desprecios? ¿Estareis siempre á la puerta de mi corazon solicitando la entrada? ¿Mi conversion depende de vos, ó de mí? ¿Podré yo volver á tomar, quando me agrada, las gracias que me habeis ofrecido, y yo he reusado? ¿No me avisais Vos de que vendrá tiempo en que yo os buscaré, y no os hallaré; y que acabandose mis delitos con una muerte funesta, empezará entonces mi eterno suplicio?

Pero aun mas: Dime, oh hombre tan ilustrado en las máximas del bien parecer, quando con tus desordenes y licenciosa vida eras el escandalo de la ciudad, ¿servia la verguenza de freno para contenerte? Dime, Ministro del Señor, quando olvidado de tu caracter baxas del Sagrado Altar para parecer en público, violando tú mismo las leyes de que eres depositario y protector, ¿te has abstenido jamás de una sola diversion por miedo de las murmuraciones públicas? Quando aquella muger, á quien su excesivo porte, y la irregularidad de su conducta hacian que fuese la fábula de su barrio, y la ver-

guen-

guenza de su familia, á quien los amigos y parientes hacian unòs cargos tan fuertes, contra quien se enfurecia su marido justamente irritado, porque aniquilaba manifiestamente su casa; ¿corrigió acaso sus excesos con las rigidas y austeras leyes del bien parecer? Ah! Entonces siendo la pasion mas fuerte, la hacia insensible á todo; solamente con Vos ¡ó Dios mio! somos timidos y circunspectos: solo nos excedemos en precauciones quando se trata de servirlos; para esto reparamos en todo; todo nos lo impide, y aun abultamos vanas sombras, y temblamos á vista de unas fantasmás que nos formamos nosotros mismos.

Pero ¡oh Señor! ya conozco lo injusto de mi conducta en este punto. Quando se trataba de ofenderos hacia gala de mis desordenes: á cara descubierta, y de ser pecador declarado; tranquilo entonces acerca de los intereses de mi honor, de mi fortuna, de mi conciencia, y de la amistad, sacrificaba sin escrupulo mi reputacion, mis bienes, mis amigos, y mi salud: Pero si me he de volver á Vos, si he de pasar de esta region de tinieblas á la de la luz, me abandona mi fuerza; y eo espirar al primer obstaculo todos mis proyectos de conversion; me parece, como á Pedro, que me anego, al mismo tiempo que vos me teneis por la mano; y esto consiste en que no domina en mi corazon vuestro amor, como entonces dominaba la pasion; quando este sagrado amor ha llegado á establecer su Imperio en un corazon, no hay dificultad que le acobardé; aun los trabajos le son deliciosos; y santamente engañado con el divino atractivo de la gracia, lejos de aumentarse á sí mismo los obstaculos, se hace ingenioso el corazon para minorárselos. Este es el exemplo que hoy nos dá Maria; no la detienen las vanas razones de la carne y de la sangre: *Exurgens, abiit.* Ni la dificultad de los caminos, ni las mas inaccesibles montañas asustan su fé: Segunda instruccion para aquellos á quienes la di-

Tomo II.

Gg

fi.

ficultad de la salvacion sirve de estorvo para seguir el camino del Evangelio: Esta es la segunda reflexion.

SEGUNDA PARTE.

REynan en el siglo dos errores muy opuestos, aunque igualmente peligrosos, acerca de la dificultad de la salvacion; y á estos dos errores deben atribuirse los vicios y falsas virtudes de los Christianos.

El primero, que es el que ahora voy á impugnar, es el de los que asustados con la idea que forman de la perfeccion christiana, y acobardados con solo el aspecto de la montaña evangelica, creen sea inaccesible el camino; y sin acordarse de que lo que es imposible para los hombres no lo es para Dios, solamente envejecen en la iniquidad, porque juzgan no poder llegar jamás á la verdadera justicia; ilusion peligrosa que ultraja á la gracia del Salvador.

La conducta, pues, de Maria nos ofrece hoy con que poder desengañar al siglo de esta primera ilusion. Inspirada por el Altisimo del camino que debia seguir, no acobardan su flaqueza las mas inaccesibles montañas: *Abit in montana.* ¿Y qué otro camino podia seguir, dice San Ambrosio? La gracia siempre inclina nuestro corazon á aquellas montañas eternas, en donde se halla nuestro tesoro: *¿Quò enim, jam Deo plena, nisi ad superiora conscenderet?* Esta es la instruccion que doy á los que, fiando poco de la gracia, desconfian de poder llegar jamás á aquella santa Ciudad, situada sobre la montaña.

Acaso me dirá alguno: yo bien conozco mi flaqueza, tengo horror al pecado, no quisiera haber perjudicado á mi proximo; pero hay mil cosas acerca de las cuales todos los dias me está el Predicador exortando desde el Pulpito, y yo no las puedo executar; yo convengo en que si hemos de vivir segun manda el

Evan-

Evangelio, es preciso tomar otras medidas: Bien sé que Jesu-Christo amenaza con una eternidad de penas á los que no padecen en la tierra; que los que aman desordenadamente á su alma, la pierden; que es preciso llevar su cruz, y negarse á sí mismo para ser su discípulo; que la vida christiana es una pública profesion de penitencia; y que así como no podemos llegar á Dios sin estar incorporados con Jesu-Christo, no podemos incorporarnos con Jesu-Christo sin ser crucificados con él; bien lo sé, y esto es precisamente lo que me hace desconfiar de no poder ser nunca virtuoso; yo procedo con buena fé, no estoy engañado en este punto; conozco hasta donde se estienden mis obligaciones; y si abrazara el camino de la virtud le abrazaria enteramente; no sería como otros muchos que quieren juntar á Dios con el mundo, al Evangelio con los deleytes, y que por querer vivir con el mundo y con Jesu-Christo, no agradan á uno ni á otro.

Pero ¡ó hombre! y qué grande es tu desorden en este asunto! Conoces tu flaqueza y tu imposibilidad, pero ignoras que la gracia es el remedio de la flaqueza. ¿No oyes las palabras consoladoras del Salvador de los hombres? Venid á mí todos los que estais debiles y cansados, y yo os aliviare; es verdad que nos declara que sin él nada podemos hacer, pero nos asegura al mismo tiempo que con él no hay cosa que nos sea imposible; que no hay obstaculos que no venza su gracia, ni enfermedad que no cure; aqui es, ó hombre, donde debes buscar la fuerza que te falta: ¿Qué pensariamos de un enfermo, que padeciendo una enfermedad peligrosa no quisiera tomar las medidas para su salud, solamente por haber conocido que estaba enfermo? La misma enfermedad nos avisa que es preciso recurrir al arte y á los remedios.

¿Os detiene la dificultad de la empresa, Católicos? Ah! si fuera menester, como en otro tiempo, exponer-

Gg 2

ros

ros al furor de los Tiranos, padecer la pérdida de los bienes, de la honra, y de la vida por la fé de Jesu-Christo, tendríais algún motivo para temblar, considerando vuestra flaqueza; aunque entonces debierais decir con el Apostol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*. Pero Dios no pide tanto; podeis vivir tranquilos entre vuestros parientes y amigos, sin tener que temer, ni en orden á vuestra fortuna, ni á vuestra vida; lo que solamente se os pide es el sacrificio de vuestras pasiones, el que os apartéis del vicio, que aborrezcais al mundo y á sus máximas, y que os exerciteis en las virtudes evangelicas; algo mas de exercicio en la oracion, mas amor al retiro, mas fervor en frequentar los Sacramentos, un aprovechamiento mas christiano del tiempo, mas cuidado con vosotros mismos, menos horror á la Cruz de Jesu-Christo; y por eso solo os asustais, os acobardais, y no os atreveis á intentar esta empresa? Y sacrificais locamente las esperanzas de una eterna felicidad á vuestra delicadeza y cobardía?

O generosos fieles de los primeros siglos! Los mas crueles tormentos no pudieron separaros de la caridad de Jesu-Christo; hubierais rezelado de vuestra virtud, hubierais dudado de vuestro amor á Jesu-Christo si este amor no os hubiera costado vuestra sangre; os miraban como á la cosa mas infame de la tierra, y vuestro mas suave consuelo era el no poseer nada en ella, y ser tenidos por dignos de padecer oprobrios por el Salvador. En estos ultimos tiempos nos persuadimos á que cuesta mucho trabajo el ser Christianos, quando tenemos que privarnos de un solo placer; el cielo nos parece muy caro á tanta costa. ¿Somos nosotros los sucesores de vuestra fé? ¿Es nuestra esperanza diferente de la vuestra? ¿O el Dios que nosotros adoramos es menos digno de nuestras ansias?

Por otra parte, Católicos, os figurais amarguras en el partido de la virtud, pero sin hablar aqui de

los divinos consuelos que Dios prepara, aún en la tierra, á los que le aman; sin hablar de aquella paz interior, fruto de la buena conciencia, á quien al mismo tiempo podemos llamar gusto anticipado, y prenda de la felicidad que está reservada en el cielo á las almas fieles; sin deciros con el Apostol, que quanto se puede padecer en la tierra no es digno de compararse con la recompensa que nos espera; si procedierais de buena fé, y quisierais manifestarnos aqui con sinceridad los disgustos que acompañan á la vida del siglo, ¿qué cosas nõ diríais? ¿Y qué cosas no se dicen en el mismo siglo acerca de esto? *Beata que credidisti!* Exclaman como en otro tiempo Isabel, quando vén á una alma desengañada del mundo? ¿Qué feliz es aquel que sabe pasarse sin lo que la religion nos manda aborrecer! Es prudente; piensa en otra vida; lescoje la mejor parte; ¿por qué no hemos de tener nosotros valor para hacer lo que él hace? Aquello es lo mas sólido, lo demás es un engaño; y no hallamos en ellos placer alguno que no sea preciso comprarle á costa de mil pesares.

Y á la verdad, ¿qué furores no trae consigo un matrimonio que salió mal, una passion despreciada, un juego desgraciado, un negocio que se pierde, una amistad engañada, un puesto perdido, una reputacion manchada, un pleyto dudoso, un grande infortunio que nos arruina, una allanza que nos afrenta, un nombre que vá á extinguirse, una muerte que nos quita una persona, ó querida, ó necesaria, una familia mal educada; una desgracia ó una preferencia injusta?

Pero aún quando hubierais evitado todos estos contratiempos, no pudierais libraros de vosotros mismos; porque por ultimo, Dios mio, por más que un pecador se ciegue, las reliquias de una educacion christiana pleytean siempre á favor vuestro en lo intimo de su corazon, y emponzoñan sus dulces alegrías; conocemos

la nada del deleyte; tenemos algunos instantes de reflexi6n que nos matan; el corazon criado para una mas s6lida felicidad se divierte, pero no se satisface; d6 vueltas al rededor de las criaturas sin poder fijarse; lleva consigo 6 todas partes un peso de iniquidad y de tristeza, que le despierta en medio de las alegrías y diversiones; finalmente hallamos nuestro remedio en el mismo mal, el disgusto en la alegría, y solo experimentamos vivo deseo del deleyte en el instante que le precede.

Sobre este pie gira el mundo: Lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso le amamos; nos familiarizamos con los pesares en que no podemos hallar alivio alguno; nos asustamos con sola la memoria de los santos rigores del Evangelio, en los que nos consuela la fé, nos mantiene la esperanza, y 6 los que suaviza la caridad. ¡ Ah! ¡ Si pudiera yo, Cat6licos exponeros aqui el corazon de un justo, y haceros ver aquellas castas delicias, aquella tranquila felicidad que acompa1a 6 la inocencia? ¡ Qué secretos placeres no experimenta viviendo de la fé, mirandose como un extranjero en la tierra, y suspirando continuamente por su patria! ¡ Qué excesos de amor durante el curso de aquellas fervorosas oraciones, en que contemplando la fé con mas viveza, se acuerda de la eternidad, sin vér mas que de lejos la figura del mundo! ¡ Qué disgusto siente al salir de allí para asistir 6 las vanas alegrías de los mundanos! llora, se lastima de su desorden, los mira como 6 freneticos que se rien estando para morir, y como 6 reos destinados al suplicio, y que sin saberlo se regocijan quando los conducen 6 él.

Pero vosotras, Virgenes santas que me escuchais, ¡ cómo pudierais explicar esta doctrina mejor que yo! Vosotras que estais instruidas en las castas delicias que acompa1an 6 la inocencia y 6 la piedad, ¡ qué maravillas no descubririais de la gracia? ¡ Qué podria oponer

ner el siglo 6 un exemplar de tanto consuelo? ¿ Que-darian confundidos los frivolos pretextos que tantas veces se alegan de la edad, del sexo, del nacimiento, pues vemos aqui la edad mas tierna, el sexo mas delicado, el mas distinguido nacimiento, a1adir rigores 6 los rigores del Evangelio, y hallar en el santo ejercicio de las religiosas virtudes, dulzuras mas verdaderas que las que puede 6frecer todo el mundo 6 sus mas declarados partidarios.

Ahora es quando yo quiero confundir la iniquidad con la iniquidad misma: ¡ Un hombre entregado 6 la ambicion se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Parece otro hombre, se transforma, fuerza su natural, y le sujeta 6 su pasi6n; aunque sea de un natural vano y soberbio, se le vé con ademanes de timidez y sumision; sufre los caprichos de un Ministro, procura merecer con mil ruindades la proteccion de un subalterno de manejo, y se degrada hasta querer ser deudor de su fortuna 6 la vanidad de un criado, 6 6 la avaricia de un esclavo; aunque sea vivo y amante de las diversiones, gasta enfadosamente en las antesalas, y en seguir 6 los grandes, el tiempo que en otra parte le prometia mil placeres; aunque sea enemigo del trabajo y de la molestia, cumple con empleos penosos; se priva, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sue1o y de su salud por cumplir con ellos; finalmente, aunque sea miserable, se hace liberal, y a1un pr6digo; todo lo inunda con sus dadas, y paga con sus liberalidades hasta la afabilidad y miradas de un criado.

Un hombre entregado 6 una amistad profana, bien lo sabeis, en nada halla obstaculo; nada le cuesta trabajo quando se trata de satisfacer su pasi6n; las mismas dificultades le sirven de gusto, le estimulan y avivan; solamente en el negocio de la salvacion es en el que nos acordamos de que somos flacos, y en el que

que hallamos montañas inaccesibles.

¡Ah Católicos! el sensual, el ambicioso se levantarán contra nosotros en el día del Señor, y con la memoria de los trabajos que padecieron por satisfacer su antojo, non confundirán en el Tribunal de Jesu Christo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza.

Digamonos, pues, desde ahora á nosotros mismos lo que aquella voz del cielo decia en otro tiempo á San Agustin, acobardado como nosotros con la dificultad de su salvacion: *¿Tu non poteris quod isti. & ista?* ¿Por qué no he de poder yo hacer lo que otros muchos antes de mí han hecho, y aún están haciendo todos los días? ¿Me he de quedar yo, ó Dios mio, aprisionado en el mundo, y dejándome arrebatado de la corriente, quando á mi presencia veo á algunos que se libertan del naufragio, y caminan con felicidad ácia el puerto? ¿No sois Vos mi Dios como el suyo? ¿No salió mi alma de vuestras manos, y fue lavada con la sangre de vuestro Hijo? ¿No tengo yo la misma esperanza? ¿No soy yo llamado á la misma herencia? ¡Ah! solamente mi cobardía es quien me impide el que os siga; mil veces vuestra gracia me ha hecho dar el primer paso, pero deteniendome por leves obstaculos, me he vuelto á mis caminos. Mandadme, Señor, otra vez que vuelva á Vos, pero mandadme con aquella voz fuerte y poderosa á que no resiste la dureza de un corazon; y como Pedro, despojandome de todos estos vestidos que me estorvan y detienen, libre y desembarazado, iré á juntarme con Vos, aunque sea atravesando las olas del mar: Sí, Señor, iré atravesando las borrascas del siglo, en donde son tan resbaladizos los escollos, tan frequentes los naufragios, y tan difícil la salvacion.

TERCERA PARTE.

EL mundo está sujeto á otro error en orden á la dificultad de la salvacion, muy distinto del que acabo de impugnar; y este error, aunque mas disimulado, es no obstante mas universal, y menos facil de corregir; y consiste en que, aunque hay sugetos á quienes asusta la severidad de las leyes del Evangelio, y les impide el que entren en el camino que conduce á la vida; como acabamos de ver, hay tambien algunos que quieren persuadirse á que la salvacion no encierra tan grandes dificultades; estos sugetos, habiendo nacido con un genio pacífico é igual, no creen hallar en el Evangelio nada que se oponga demasiado al amor propio: forman un plan de virtud en el que, con nombres disfrazados, entran la ambicion, el luxo, el regalo, la vanidad, y otras pasiones aun mas delicadas; su buena conducta consiste mas en huir del mal, que en practicar el bien; y viviendo tranquilos acerca de su salvacion, lloran el desorden de los pecadores que reusan el salvarse casi á menos costa que otros se condenan; ilusion bárbara, injuriosa á la Cruz de Jesu-Christo, y que voy á confundir tambien con el exemplo de Maria.

No examina la Señora si se puede llegar á la ciudad de Judá por caminos menos asperos y fatigosos; escoge, sin detenerse, el mas penoso, y en las mismas dificultades halla su seguridad; esta es la instruccion que dá Maria con su exemplo á los que quieren llegar á la celestial Jerusalem por caminos comodos y llanos, sin pasar por las montañas santas sobre que está fundada. Desengañémonos, Católicos, es necesario, que el salvarnos nos cueste trabajo, y el reyno de los cielos solo será premio de las continuas violencias que exercitemos con nosotros mismos. No obstan-

te, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religion. La austeridad de los claustros es santa, dicen algunos, pero no sería razon obligar á ella á los que no llama el cielo por este camino; en la casa del Padre Celestial hay muchas moradas, y de no merecer las primeras no se sigue que debamos ser excluidos de todas las demás, pues finalmente hay algunos honestos placeres que no nos prohíbe el Evangelio.

Y fundada en este principio una muger que no viola la fé conyugal, que no juega juegos excesivos, que se abstiene de ciertos excesos que son reparables entre la gente bien criada, que en sus conversaciones no excede los límites de aquella vergüenza que tan bien parece en su sexo, que asiste al Templo los dias festivos para participar en él de la Sagrada Carne del Cordero, que exerce algunas liberalidades en alivio de los miembros de Jesu-Christo, ya vive tranquila en orden á su salvacion, ya no tiene que reprehenderla el Confesor, y por mas revestido que esté de la autoridad de Jesu-Christo, no sería bien recibido si quisiera desconcertar este método de vida: Pero esta misma muger es delicadísima en punto de los honores que se deben á su clase, y nada perdona en esta materia; gusta de la pompa y del fausto; cultiva amistades tiernas; mantiene conversaciones vivas; muestra complacencia en oír los equívocos impuros de un hombre profano, y por alabar su talento favorece la corrupcion de su corazón; es extremadamente delicada en orden á su hermosura; emplea en su adorno unos cuidados que si los empleara en adornar su alma con virtudes celestiales, las pagaría, Dios mio, con una eternidad de bienaventuranza: Pero la abnegacion de sí misma es un nombre que no conoce; acaso en toda su vida no se ha privado de un solo deseo por Jesu-Christo; y finalmente, toda su religion se reduce á los intereses de su

ho-

honor, y á cuidar de este cuerpo de barro en quien idolátra. O el Evangelio es una ley cruel, ó esta muger no es Christiana: Porque, ¿qué cosa hay menos compatible con el Evangelio, y por consiguiente con el Christianismo, que aquel regalo, aquella soberbia, aquel amor propio, aquella delicadeza de que no hace escrupulo? Pero no importa; el uso la asegura, y la hace creer que va por buen camino, porque aun no se halla en lo profundo del precipicio.

Este es hoy el capricho del mundo; se forma planes de religion; idea una moral acomodada, que reconcilia á Jesu-Christo con Belial, que ingerta en una raiz christiana las mas puras máximas del Paganismo; mantiene del mundo los placeres, la inutilidad, el regalo y ambicion; y del Evangelio una fé muerta é inutil; esto es, por una parte separa los pecados, y por otra las virtudes.

Acerca de esto se vive con tranquilidad en el mundo, y se espera sin temor, ¡ó Dios mio! vuestro terrible juicio, quando al mismo tiempo el Justo, retirado en un obscuro rincón, con el rostro pálido y deshecho, con el cuerpo flaco y extenuado con los trabajos de una larga penitencia, con el corazón purificado con el fervor de las oraciones, os pide con el Profeta que no entreis con él en juicio; repasa en la amargura de su corazón algunas faltas leves que le aumenta su piedad, y que solo han sido efecto de la inadvertencia de su flaqueza, y no se atreve á tener seguridad ni en el tesoro infinito de vuestras misericordias, ni en el penoso cumulo de obras santas, en que su fé descubre manchas: *Quid ista coecitate tenebrosius*; exclama San Juan Chrysostomo; el pecado algunas veces conduce al arrepentimiento, pero esta vida mundana siempre viene á parar en una triste y funesta impenitencia.

¿En qué no podrá engañarse el espíritu humano, pues se engaña en esto? ¿Qué precauciones podrán añadir-

Hh 2

dir-

dirse, ó Dios mio, á las que habia tomado vuestra Sabiduría para dar á conocer á los hombres que la cruz y los trabajos les son tan indispensables como el Sacramento que los reengendra; y que es tan imposible el ser verdadero Christiano sin padecer, como el ser Christiano sin estar bautizado? ¿A qué se reduce todo el Evangelio sino á esta verdad? ¿Quántas veces se repite en él? ¿Y en quántas parabras bien claras la habeis comprendido?

Además de esto; la religion, dicen algunos, no prohibe todos los placeres; pero, Católicos, executad todas las austeridades que ella manda, y se os permitirán los placeres que no prohibe; subid á la montaña como Maria; y supuesto que sin penitencia y mortificacion no hay salud eterna, ¿Os sacais acaso aquel ojo que os escandaliza? ¿Llevais aquella cruz que os oprime? ¿Rompeis la propia voluntad que os tyrantiza? ¿Castigais la carne á quien tanto amais? ¿Bebeis de aquel caliz de que es preciso beber para sentarse á la diestra de Jesu-Christo?

Pero yo no me admiro de que el siglo se engañe en este punto; en él todo camina sobre el pié del error y de la mentira, y siempre ha estado en posesion de juzgar falsamente de lo que concierne á la salvacion; pero esta ilusion halla partidarios aun entre aquellos que hacen profesion de la piedad, y aun puede decirse, que si fuera posible, casi caerian en este error los escogidos.

Hay algunos que despues de una conversion ruidosa, viven tranquilos en su buena fama de piedad, aunque entregados todavia á todos sus defectos, altivos, coléricos, vanos, apasionados, sin tener mas virtud que un método de vida mezclada de flaquezas, y de buenas obras; de tibieza, y de devocion; de gracia, y de amor propio; de Sacramentos, y de recaídas.

Algunas creen haber renunciado al mundo y á sus pompas, sin haber renunciado mas que á la confusion

y

y á los estorvos; se privan de las concurrencias ruidosas, pero frequentan todos los dias otras menos públicas, y mas delicadas; no se entregan ya al público, ni se franquean á todos los importunos, pero entre personas escogidas gozan de todo el deleyte de la conversacion sin padecer sus molestias; han abandonado el juego excesivo, pero no la ociosidad y pérdida del tiempo; no tienen aquellas profanas ansias por hacerse amar, pero no las disgusta el ser queridas; finalmente, el solo nombre de pasion asusta su virtud, pero acaso solo se asustan del nombre.

Otra cree tener ya el cielo en prendas, sin poder contar entre sus virtudes mas que tener un director por vanidad, algunas confesiones arregladas, y estar escrito su nombre en todas las devotas Congregaciones de la ciudad.

Finalmente, otra se figura caminar con pasos agigantados en el camino de la justicia, no gobernandose sino por su antojo; interrumpe apresuradamente su método de vida, ya con la limosna, ya con alguna austeridad, y otras veces con el retiro; Dios tiene sus intervalos, si es licito decirlo así, y el mundo el corazón. Parece que vuestra Ley, ó Dios mio, mas durable que el cielo y que la tierra, es una ley incierta y variable; quitamos y ponemos en ella á nuestro gusto; la ajustamos al genio, á la edad, y al estado; en una palabra, cada uno se forma un Evangelio á parte, en el que halla el secreto de introducir sus flaquezas.

Sí, Católicos, el espíritu de la religion es poco conocido aun de aquellos que parece practican sus máximas; y aun hoy podemos reconvenir, como en otro tiempo reconvenia Jesu-Christo á sus Apostoles, á la mayor parte de los que hacen profesion de seguirla: *Nescitis cujus spiritus estis (a)*, no sabeis á que espíritu habeis sido llamados.

Aprenda
(a) *Luc. 9. v. 55.*

Aprendamos, pues, con el exemplo de Maria, y enseñenos su fidelidad, que Dios no solamente nos pide una parte de nosotros mismos, los intervalos de tiempo, y algunas expresiones de fervor, sino todo nuestro corazon; todos nuestros deseos, todas nuestras acciones; en una palabra, una entera conformidad con el Evangelio, que debe ser nuestra regla en este mundo, pues el ha de ser nuestro juez en el otro: Sí, Católicos; seamos fieles á Dios, y despues de esto todo lo podemos esperar de su misericordia; contemplad quantas bendiciones siguen á la fidelidad de Maria. El Verbo empieza su ministerio, y santifica al Bautista; el Precursor salta antes de nacer; Isabél profetiza; aun la misma Señora, que hasta entonces habia ocultado las maravillas que el Señor habia obrado en ella, las descubre por un santo exceso de alegría, y exalta el poder y misericordia del Señor.

¿Quando llegará el tiempo, ó Dios mio, de que atravesando á su exemplo estas fatales montañas que me separan de Vos, yo pueda, como ella, celebrar las maravillas de vuestra gracia? Avergonzado de mi tibieza, y de mi negligencia, hago vanos esfuerzos para acercarme á Vos; pero ¡ah! apenas he vencido una flaqueza, quando debilitado con la misma victoria, vuelvo á caer por mi propio peso, y me dexo arrastrar de otra; cansado de pelear continuamente conmigo mismo, me doy por ultimo á partido con mi amor propio; y para vivir tranquilo en mis pasiones, solo las niego el pecado, y las cedo todo lo demás.

Pero, Señor, ¿esta oposicion que conservo al pecado proviene de vuestra gracia? ¡Ah! si la memoria del deleyte profano pudiera parecer con el mismo deleyte; si yo pudiera vencerme en orden á los crueles remordimientos que trae consigo la culpa mortal, y vivir tranquilamente siendo pecador, ¿qué se yo lo que pudiera una ocasion con mi flaqueza? ¿Qué se yo si todos mis

mis proyectos de virtud tendrian un triste fin? No, yo no aborrezco al pecado; amo sí mi tranquilidad; si vuestra Gloria fuera el sagrado principio de mi aborrecimiento, aborreciera todo quanto os desagrada; no se me veria caer todos los dias con tanta reflexion en unas infidelidades que tanto ofenden á vuestro amor; no se me oiria informarme tan amenudo de si es pecado mortal el usar de tal placer; bastariame el saber que os desagrada: Yo, á la verdad, no busco la inocencia, huyo sí de la inquietud; dichoso yo si de esta falsa paz no paso á una confusion eterna, desterrado para siempre de la paz verdadera que acompaña á la felicidad de vuestros Santos: Esta es la que os deseo. Amen.



DISCURSO
SOBRE LAS OBRAS
DE MISERICORDIA,

PREDICADO Á UNA CONGREGACION
 de Caridad de Señoras mugeres.

Con qué espíritu se deben practicar estas obras. *Si spiritu vivimus, spiritu, & ambulemus.*

Si vivimos por el espíritu, gobernemonos por el espíritu. *Gal. 5. v. 25.*

NO vengo aquí solamente, Señoras, á exortaros á misericordia, y exponeros las obligaciones de la piedad christiana en orden á esta virtud; parece-me cosa inutil el ceñir el fruto de este discurso á establecer una obligacion que ya cumplis, y anunciar la ley de la caridad á unas personas á quienes la misma caridad junta en este lugar.

Quando se habla con el comun de los fieles, podemos hacerlos ver en los libros santos aquellas máximas decisivas que nos mandan socorrer á nuestros hermanos afligidos, porque la mayor parte de ellos las ignoran: Podemos repetirles aquellas terribles anathemas que en ellos pronuncia el espíritu de Dios contra los que

que en su abundancia no socorren á los necesitados; porque hay algunos tan duros y crueles, que es preciso atemorizarlos con estas espantosas verdades: podemos abrirles el Seno de la gloria, y manifestandoles un Reyno eterno, que es la recompensa de un vaso de agua fria, hacerles ver el excesivo precio del mas leve oficio de misericordia, porque entre los que nos escuchan hay siempre algunos, cuya caridad tibia é insensible necesita de ser animada.

Pero aquí, Señoras, en donde la caridad es una virtud comun, sería cosa inutil el intentar inspirarla: aquí en donde se hallan unos corazones que se compadecen de las calamidades de nuestros proximos, vendrian mal aquellas terribles máximas de los libros santos contra la inhumanidad con los pobres; aquí finalmente en donde se mantiene la caridad con una hermandad zelosa, y se anima con los santos exemplos, podemos escusar el alentarla, y solo hay necesidad de instruirla.

Hoy, pues, intento, Señoras, manifestaros el espíritu de la fé en el ejercicio de las obras de misericordia, porque estoy persuadido á que estas obras en la mayor parte de las almas no siempre son frutos de aquella caridad que no obra jamás en vano; que los engaños del amor propio destruyen muchas veces, sin que lo advirtamos, lo que edifica la piedad; que la obra del Señor en las manos del hombre, participa, mas frecuentemente de lo que nos parece, un no sé qué de humano y defectuoso, capaz de aniquilar todo el merito; y que sucede muchas veces, por desgracia, que nuestras flaquezas tienen la mayor parte en nuestras virtudes.

Voy, pues, á reducir á tres reglas principales todo el espíritu de la piedad christiana en los oficios de misericordia; y oponiendo estas reglas evangelicas á los abusos que con ellas mezcla el amor propio, á separar el oro de la paja, lo que el hombre pone en ellas

de suyo, de lo que solo procede de la caridad, y á establecer señales infalibles para que no podamos engañarnos.

Primera regla. La primera regla en orden al espíritu con que deben practicarse las obras de misericordia, es el que debemos mirarlas como obligaciones que cumplimos.

A la verdad, Señoras, entre las personas dedicadas á las obras santas hay un engaño bastante comun, y es el figurarse que estas piadosas ocupaciones no son parte de nuestra obligacion; y por eso las miran mas como ejercicios laudables, abrazados de una caridad abundante, que como obligaciones verdaderas que nos impone una ley indispensable. El amor propio favorece tanto mas este error, quanto el solo cumplimiento de la ley nada tiene que nos lisongee, porque en nada nos distingue; pero las obras de supererogacion, como ponen en nosotros alguna singularidad, nos dejan tambien mas complacencia; gustamos de decirnos á nosotros mismos, que el Justo no limita su fidelidad á solos los preceptos de la ley; que su zelo debe pasar mas adelante, y que estos imperfectos limites solo están puestos, como dice el Apostol, para la flaqueza del hombre aún carnal. De este modo nos persuadimos haber llegado á la perfeccion de los consejos, y nos lisongeamos interiormente como si hicieramos mas de lo que se nos pide.

No obstante, Señoras, la fé no pone los oficios de caridad que hacemos con nuestros hermanos en la clase de aquellas obras arbitrarias, que deja la religion al arbitrio de los fieles; y entre todas las obligaciones de vuestro estado, casi no conoce la Doctrina de Jesu-Christo otras mas sagradas, y mas inviolables.

Porque primeramente, no ignorais que á todo Christiano se le encarga que cuide de su proximo afligido, y que la ley que nos manda que le amemos, nos manda al mismo tiempo que le socorramos, pues es imposi-

ble

ble amar sin sentir las desgracias del objeto amado. A la verdad, Señoras, el precepto de amar al proximo tan solemne en el Evangelio, tan esencial á la fé, tan inseparable de la piedad christiana, no se limita á prohibirnos solamente el que le quitemos lo que es suyo, que ofendamos su honor, perjudiquemos su fortuna, ó su persona, ni turbemos su tranquilidad: Los Paganos, y los mas barbaros pueblos tuvieron leyes que les obligaban á no ser injustos, robadores, falsos, ni crueles; estas son unas obligaciones inspiradas por la misma naturaleza, y aunque cumplais con ellas, no por eso sois todavia Christianas.

La ley de caridad, pues, que es propia de la Religion de Jesu-Christo, aún se estiende á mas. De nada la sirve el que no aborrezcamos, es necesario que amemos; no se contenta con que no dañemos, quiere que ayudemos; la parece poco el que nuestras manos no estén contaminadas con los bienes agenos, quiere que demos los propios; es decir, que eres injusto, si no eres compasivo, que aborreces á tu proximo afligido, si no le alivias pudiendo hacerlo; que eres el autor de su desgracia, si no le socorres; en una palabra, que le usurpas lo que es suyo, si le niegas tus propios bienes.

Y esto no es obra de supererogacion de que pueda lisongearse el zelo, sino una ley comun que está impuesta á todas las almas fieles: Porque, Señoras, la gracia que en el Bautismo nos unió á la sociedad de los Santos, nos hizo á todos miembros de un mismo cuerpo, é hijos de un mismo Padre; Desde entonces contraximos una conexion intima, y sagrada con todos los fieles; desde entonces, ni ellos son estraños para nosotros, ni nosotros para ellos; desde entonces no son para nosotros, ni esclavos, ni nobles, ni plebeyos, ni pobres, ni ricos, sino solamente nuestros hermanos; desde entonces sus calamidades se hicieron nuestras, y sus necesidades son nuestras necesidades; desde entonces la augusta qualidad de Christiano que nos une á ellos der-

li 2

ri

ribó aquel soberbio muro de separacion, y aquellas vanas diferencias de clase, de títulos, de nacimiento, que entre ellos, y nosotros habían puesto la naturaleza, y las leyes del siglo. Quanto sucede desde entonces en el sagrado cuerpo de los fieles es negocio propio nuestro; desde entonces, si padece un miembro, debemos tambien padecer nosotros, y no rompiendo este divino lazo que nos une á todos bajo Jesu-Christo nuestra cabeza, que es todo el fundamento de nuestra esperanza, y de nuestro derecho á las eternas promesas, no podemos negar nuestro cuidado, nuestra atencion, nuestro ministerio á las necesidades comunes. Por eso los primeros fieles nada poseyeron en el principio en particular, porque no teniendo mas que un corazon, y una alma despues de su vocacion al Evangelio, les pareció cosa inutil el poseer en particular unos bienes que ya eran de sus hermanos, y cuyo uso debia reglarse solamente por la necesidad.

En segundo lugar digo, que quanto mayor sea vuestra grandeza en el siglo, tanto mas rigurosa es vuestra obligacion en este particular; y sin detenerme á averiguar las poderosas razones en que se funda esta maxima, permitidme que yo haga aqui una sola reflexion. La prosperidad, y abundancia de los bienes de la tierra no nos dispensan, ni de la frugalidad, ni de la simplicidad, ni de la mortificacion Evangelica; aunque cojamos como los Israelitas, mas Manná que nuestros hermanos, solo podemos guardar para nuestro uso la medida señalada por ley: *Qui multum, non abundavit.* (a) Si esto no fuera asi, Jesu-Christo solamente hubiera prohibido el regalo, el luxo, y los deleytes á los pobres é infelices, á quienes la desgracia de su estado inutilizaria esta prohibicion.

Supuesta, pues, Señoras, esta gran verdad, si segun la regla del Evangelio no os es permitido hacer que

(a) 2. Corinth. 8. v. 15.

sirvan vuestras riquezas á la felicidad de vuestros sentidos, ni el gozar de vuestra abundancia; si el rico está obligado á llevar su Cruz sin buscar consuelo en este mundo, y á negarse continuamente á sí mismo como el pobre, ¿quál pudo ser el fin de la Providencia en derramar sobre vosotras los bienes de la tierra? ¿Y qué utilidad es la que podeis sacar de ellos? ¿Será acaso para que fomentéis las desordenadas pasiones? No, porque no debéis atender á la carne para vivir segun la carne; ¿Será para que mantengais la vanidad de vuestra clase y nacimiento? No, porque vuestra vida debe estar escondida en Dios con Jesu-Christo; ¿Será para que los junteis para vuestros descendientes? No, porque solo debéis juntar tesoros para el Cielo; ¿Será para que paseis vuestra vida con mas tranquilidad y descuido? No, porque si no llorais, sino padeceis, sino peleais, perecereis; ¿Será para que vivais con mas apego á la tierra? No, porque el Christiano no es de este mundo, sino Ciudadano del siglo venidero; ¿Será para que adornéis mas soberviamente vuestros Palacios? No, porque esta vana magnificencia está reprobada en el rico del Evangelio; ¿Será para que abunden en vuestras mesas los mas exquisitos manjares? No, porque la carne, y la sangre no han de poseer el Reyno de los cielos, y si no haceis penitencia perecereis; ¿Será para que adquirais nuevas dignidades en el mundo? No, porque esta elevacion, segun las maximas de la fé, no es mas que la altura de un precipicio; ¿Será para que estendais vuestras posesiones y estados? No, porque en esto no hariais mas que estender el lugar de vuestro destierro, y aunque adquirierais todo el mundo os sería inutil si perdiais vuestra alma. Registrad todas quantas utilidades podeis sacar, segun el mundo, de vuestra prosperidad, casi todas os están prohibidas por la ley de Dios.

Y Luego no fue su intento el daroslas para vuestra comodidad, quando quiso que nacieseis con riquezas; no

nacisteis grandes para vosotras mismas. El Señor, como decia el prudente Mardocheo á la piadosa Esthér, no te ha elevado á el punto de grandeza en que te hallas para tí, sino para tus hermanos, para su pueblo afligido, para que seas protectora de los desgraciados: *Et quis novit, utrum idcirco ad regnum veneris, ut in tali tempore parareris?* (a) Si no correspondes á los designios de Dios, se valdrá su Magestad de otra que le sea mas fiel; transferirá la gloria y la corona que te estaba preparada, y sabrá muy bien disponer por otro camino la libertad de su pueblo, porque no permite que perezcan los suyos; pero perecerás tú, y la casa de tu Padre: *Per aliam occasionem liberabuntur Judæi, & tu, & domus patris tui peribitis.* (b) No sois, pues mas, segun los juicios de Dios, que instrumentos de su providencia en orden á las criaturas que padecen; vuestras grandes riquezas no son mas que sagrados depositos que su bondad ha puesto en vuestras manos, para que así estén mas defendidos de la usurpacion y de la violencia, y se conserven con mas seguridad para la viuda, y el huérfano; vuestra abundancia no es mas que por la porcion que toca á vuestros hermanos; vuestra elevacion segun el orden de la eterna Sabiduría, solo está destinada á servirles de asilo; vuestra autoridad á protegerlos; vuestras dignidades á vengar sus intereses; el resplandor de vuestro nombre á consolarlos con vuestros oficios; vuestra clase á suavizar la condicion, y la desgracia de su suerte, abatiendoos hasta servirlos en los mas viles ministerios; vuestros exemplos á confirmarlos en la fé, y en la sumision al Dios que los aflige; en una palabra, quanto sois lo sois para ellos. No sería vuestra grandeza obra de Dios, y os hubiera reprobado derramando sobre vosotras los bienes de la tierra, si os los hubiera dado para otro uso.

(a) *Esth. 4. v. 14.* (b) *Ibid.*

Y á la verdad, Señoras, quando los infelices ven á una alma fiel, no obstante su nacimiento, sus riquezas, su credito, y no obstante las dignidades con que se halla distinguida, renunciar los placeres que hacen tan envidiable su prosperidad, huir del mundo que la busca, ocultarse á los honores que la cercan, entrar hasta los mas oscuros retiros, y formarse de su propia lepra un espectáculo agradable á su vista, llevar sus caritativas manos hasta sus mas molestas miserias, derramar el aceyte sobre sus heridas, respetar su carne podrida como Templo del Espiritu Santo, aliviar su dolor con palabras de consuelo, calmar su impaciencia con las maximas de la fé, prevenir su verguenza, y sus necesidades con santos artificios, sacarlos de la ocasion y del peligro con prudentes arbitrios, finalmente padecer infinito, ó por mitigar sus penas, ó por asegurar su salud; entonces ellos levantan los ojos al cielo, reconocen un Dios Sabio, dispensador de las cosas de la tierra, y Padre comun del pobre como del rico; entonces publican las maravillas de su providencia. ¡Qué rico sois en misericordia Señor! le dicen; nunca abandonais á los que esperan en Vos; vuestros ojos atentos siempre á las necesidades de vuestras criaturas, jamás permiten que padezcan sobre sus fuerzas; entonces miran su infortunio con ojos christianos, y empiezan á conocer quan grande es Dios, y quan digno de ser servido, pues puede formarse, aún en medio de la corrupcion del mundo, y de los peligros de la prosperidad, unos siervos tan fieles. De esto deben servir, Señoras, las riquezas, y la prosperidad; solo sois poderosas en la tierra para hacer que los que padecen bendigan la bondad de Dios, y las riquezas de su misericordia, que les ha dispuesto en vuestra abundancia unos alivios de tanto consuelo.

Pero dejo estas maximas generales, porque creo se habrán repetido muchas veces en este puesto; y digo en

tercer lugar, que aún quando no atendierais á las obligaciones comunes, que en orden á esto impone la Religion, y á la clase que ocupais en el mundo, las santas ocupaciones de la misericordia, y la particular atencion á la obra que aqui nos junta, no serian menos indispensables obligaciones para vosotras, Señoras, que me estais oyendo; suplicoos que renoveis vuestra atencion.

Porque primeramente, seais quien fuereis, vosotras que hoy caminais por los caminos de la virtud, y que desengañadas de los errores del mundo y de las pasiones, no conoceis cosa mas sólida que el temor del Señor, y la gloria de servirle; ¿habeis reglado siempre vuestras costumbres con la ley? ¿Vuestro exemplo no fue en otro tiempo un modelo del luxo, de los placeres, y del regalo? Si volveis la vista á vuestros días de tinieblas, y á aquellos primeros años en que aún no conociais el don de Dios, no hallareis en ellos que reprehenderos los cuidados de una vana hermosura, la deplorable atencion á corromper los corazones, las indecencias del adorno, que entonces hacia gemir á las almas justas, por las libertades que autoriza el mundo, y en las que vuestros proximos hallaron muchas veces el escollo de su inocencia, y aun tambien las flaquezas que hoy son el motivo de que suspireis en la presencia de Dios, y la materia de vuestra penitencia? ¿No han parecido mil veces á vuestra vista vuestros conciudadanos, vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros criados? ¿Vuestra clase no autorizaba vuestras pasiones, y vuestro exemplo? Quando seguiais los injustos caminos, ¿á cuántas almas llevasteis con vosotras al precipicio sin conocerlo?

¿No debeis, pues, hoy con exemplos contrarios reparar el pasado escandalo? ¿No debeis ser un olor de vida para vuestros proximos, asi como fuisteis para ellos un olor de muerte? ¿No debeis levantar sin temor el

es-

estandarte de la piedad, asi como en otro tiempo levantasteis el del mundo y el de los deleytes? ¿Podrá acaso una virtud obscura y privada equivale á unos perjuicios públicos? ¿Y aún quando los officios de una caridad pública fuesen para otros exercicios arbitrarios de una piedad edificante, no deben ser para vosotras obligaciones indispensables?

En segundo lugar. Antiguamente, quando no conociais cosa mayor que el mundo y sus vanidades, ¿no os burlasteis alguna vez de la piedad? ¿No mirabais los exercicios públicos de misericordia como indiscreciones del zelo, ó deseos de la vanidad! En vez de respetar á las personas que estaban dedicadas á ellos, ¿no haciais de ellas regularmente el objeto de vuestras murmuraciones? ¿No deciais de ellas lo que en otro tiempo decia Pharaon de los Israelitas que querian ir á sacrificar al Desierto, que el motivo que tenían para buscar este genero de ocupaciones y diversiones piadosas era solamente el ocio, y una vida inutil? *Vacatis ocio, & idcirco dicitis: Eamus, & sacrificemus Domino?* (a) ¿No deciais como los Gobernadores de las Provincias vecinas á Jerusalém, quando veían á Nehemías y á los principales del pueblo de Dios ocupados en reedificar el Templo: ¿Cómo se divierten los infelices Judíos! *Quid Judæi faciunt imbecilles!* (b) ¿Cómo les ha de dejar el mundo en paz, y no se ha de hablar de una conducta tan estraña y singular? *Num dimittent eos gentes?* (c) ¿Quieren hacerlo todo de una vez, y ganar el cielo en un solo día? *Num sacrificabunt, & complebunt in una die?* (d) ¿Quieren que las cenizas de su ciudad se muden de repente en edificios soberbios, y pasar en un instante de un extremo á otro? *Num-*

(a) *Exod. 5. v. 27.* (b) *Esdr. 4. v. 2.*(c) *Ibid.* (d) *Ibid.*

¿ *Numquid edificare poterunt lapides de acervis pulveris qui combusti sunt?* (a) Estos son aún hoy, ó Dios mio, los vanos discursos del mundo contra la virtud. ¿ No hablabais tambien vosotras en otro tiempo del mismo modo? Es preciso, pues, que vuestras obras públicas restituyan á la piedad el honor que la quitasteis con vuestras burlas públicas; es preciso que practiqueis vosotras mismas lo que tan injustamente habeis vituperado en otras fieles; es necesario que desaprobeis la temeridad de vuestras censuras, exponiendoos vosotras mismas á las del mundo, y que reparéis el agravio que hicisteis á la virtud, dando muy ciertas señales de lo que la venerais.

En tercer lugar. ¿ En qué empleabais antiguamente vuestras riquezas? ¿ Alcanzaban vuestros inmensos bienes para el juego, para el lujo, para los antojos, y para las pasiones? Haciais que los dones de Dios sirviesen á la iniquidad, pues quanto gastabais en usos injustos, lo usurpabais al pobre y al afligido; ¿ y cómo quereis reparar esta injusticia, sinó con santas profusiones, y con mas abundantes liberalidades?

Finalmente, en quarto lugar. Habeis pasado la primera estacion de vuestra vida, consagrandola al mundo, y á sus errores, entre los placeres de una vida ociosa y regalada; entonces vuestra unica ocupacion era la felicidad de vuestros sentidos; solo cuidabais de avivar continuamente con nuevos artificios el apetito cansado con el disgusto y saciedad, que son inseparables de todo lo que puede agradar no siendo Dios; solo viviais para vuestro cuerpo.

Una virtud, pues, facil, suave, y ociosa, no sería para vosotras mas que una peligrosa ilusion. Proporcionasteis á vuestros sentidos todo lo que podia alhagarlos,

(a) *Ibid.*

es preciso, pues, que os dediqueis á crucificarlos; que vayais á aquellos lugares de misericordia adonde llama la piedad á tantas almas santas; que os acerqueis á los Lazaros fetidos y cubiertos de heridas; que no negueis vuestro ministerio y el socorro de vuestras manos á sus necesidades extremas; y que no obstante la secreta repugnancia de la naturaleza, acostumbreis vuestra delicadez á estas obras de religion, y venzais con vuestra fé, y con el fervor de vuestro amor, la flaqueza de una carne que tantas veces ha triunfado de vosotras; os parece que por estar dedicadas á los ejercicios de la caridad os excedeis en el cumplimiento de vuestras obligaciones, pero bien veis que aún no dáis uno por mil, y que es necesario que la compensacion sea igual.

Lo que os engaña en este punto, Señoras, á quienes la misericordia de Jesu-Christo ha desengañado del mundo, y llamado á su servicio, y lo que hace que confiéis tanto en el mérito de vuestras santas obras es, primeramente, que por un secreto y sutil error de la vanidad os persuadís á que los títulos que os distinguen, dán un nuevo mérito en la presencia de Dios á vuestras obras de religion; á que su precio se aumenta á proporcion de vuestras clases; y á que las mas leves acciones de piedad se ilustran, por decirlo así, en la presencia del Señor con el resplandor que os rodea: Descansais sobre esta vana complacencia, la que se mantiene con injustas adulaciones; haceis que tenga parte en la idea que formais de vuestras obras, la que tambien teneis formada de vosotras mismas y os persuadís á que los que no son de tan ilustre nacimiento, aunque hagan mucho mas que vosotras, nunca merecen tanto; como si no fuera la caridad quien solamente discierne nuestros meritos; como si en Dios hubiera acepcion de personas; y como si no se pidiera mas á los que han

recibido más. En segundo lugar: Porque nunca reflexionéis lo que sois, sino contraponiendolos á las personas mundanas de vuestra clase y estado, que viven entregadas á los placeres, á las locas pasiones, y á sus propios desordenes, y que absolutamente abandonan el cuidado de su salvacion. Este paralelo aumenta vuestro merito á vuestra vista; vuestras obras, comparadas con sus inutilidades y placeres, os parecen superabundancias de justicia; todo quanto haceis mas que ellas por la salvacion, os parece que es hacer mas de lo que debeis; y la tibieza en que vivís, opuesta á su desorden, se muda á vuestra vista en una virtud heroyca: Semejantes en esto á aquel Obispo del Apocalypsis, que no obstante la tibieza y negligencia de sus costumbres, se tenia por rico en buenas obras, porque juzgaba sin duda de su virtud por la caída y los excesos de los falsos Doctores, que enseñaban la doctrina de Balaam, y seguían sus vergonzosos caminos, siendo á la vista del que es testigo fiel y verdadero, pobre, miserable, desnudo, y á pique de ser arrojado de su boca.

Esta regla, pues, es peligrosa. No debemos medir lo que somos en la presencia de Dios con estos paralelos engañosos, sino con la santidad de la ley; con lo sublime de nuestras obligaciones; con la excelencia de nuestra vocacion; con la grandeza del Señor á quien servimos; con la multitud de iniquidades que tenemos que expiar; con las continuas flaquezas que nuestra tibieza vé multiplicarse todos los dias sin enmienda; en una palabra, no debemos honrar nuestra debil virtud comparandonos con los pecadores, sino con los santos que nos han precedido; con las almas justas que caminan á nuestra vista, y nos dejan muy atrás: Con estos exemplos debemos confundir nuestra tibieza é impenitencia. Si la pecadora de Jerusalén hubiera juzgado de la profusion de sus perfumes, y de la abundancia de

sus lagrimas por la insensibilidad de otras mugeres mundanas de Palestina, no hubiera tenido tanta verguenza de presentarse delante del Salvador, y no hubiera escogido sus pies, como para ocultar á sus ojos los santos ministerios de su caridad, que la parecían tan desproporcionados á los desordenes de su vida. Si la muger Cananéa hubiera comparado su conducta, tan llena de fé, con la ceguedad de las demás mugeres de Tyro, sin duda que nunca se hubiera comparado á un vil animal. Si David hubiera juzgado de su penitencia, de sus ayunos, de sus lagrimas, de sus maceraciones, por el luxo de las otras Cortes, y por el exemplo de los Reyes sus vecinos, mas que por sus delitos, no hubiera suplicado al Señor que no entrase en juicio con él. Los desordenes, pues, de nuestros proximos nada añaden al merito de nuestras obras, y muy bien podemos ser mas justos que el mundo sin estar suficientemente justificados con Jesu Christo.

Segunda regla. La segunda regla que se ha de observar en la práctica de las obras de misericordia es, que no solo las hemos de mirar como obligaciones que cumplimos, sino tambien valernos de ellas como de remedios diarios contra nuestras continuas flaquezas. Me explicaré: Bien sabeis, Señoras, que las obras exteriores de piedad no tienen mas merito en la presencia del Señor, que en quanto sirven de perfeccionar al hombre interior; porque el reyno de Dios está dentro de nosotros, y quanto hacemos por la salvacion es inutil, si no se ordena á arreglar el corazon, y á la entera mortificacion de los vicios y de los deseos que dentro del nosotros sirven aún de obstaculo á la gracia de nuestra perfecta libertad: Supuesta, pues, está maxima de la fé, el socorrer á nuestros proximos, vestirlos, visitarlos, consolarlos, y aún servirlos no es todavia mas que el cuerpo de la piedad: Estos son los officios del Christiano, pero no es el Christiano mismo: Es

preciso, pues, que la virtud se aumente y se purifique con estas públicas obligaciones de misericordia; que nuestras imperfecciones hallen en ellas su remedio, y que cada obra santa sirva de debilitar en nosotros alguna de nuestras pasiones: Es decir, Señoras, que para participar del espíritu de la fe en la práctica de las obras de caridad, es necesario antes de empeñarse en ellas, poner nuestra alma en nuestras manos, contemplarla á los pies de Jesu-Christo, y examinar en su presencia, con la luz de su gracia, quales son aún nuestras desordenadas inclinaciones, y elegir los oficios de misericordia que las son mas opuestos, y que parecen mas á proposito para desarraigarlas de nuestro corazón.

Y así, si aún gustais del mundo, de los placeres, de las distracciones del juego, y de las concurrencias; preferid las obras que mas os separen de estas cosas, y que mas á menudo os encierren en la oracion, en el silencio, y en el retiro. Si sois naturalmente tan inclinadas al regalo, y á la ociosidad, que en esto no os podeis vencer; si vuestra virtud consiste solamente en un natural retiro del bullicio, y de las agitaciones del mundo, que no os gustan, y en una vida mas tranquila y ociosa, que la que regularmente se vive en el siglo, entonces os corresponden las obras mas difíciles y mas penosas de misericordia, los cuidados mas fastidiosos, y las miserias mas asquerosas. Amais en la virtud lo que brilla, lo que distingue, lo que llama la atención del público; elegid las obras mas obscuras, las que mas os confundan con el pueblo, las mas expuestas á la burla de los locos; dejad para otros el primer puesto, y todo el honor de las grandes empresas de piedad, y reservad para vosotras los cuidados, y las fatigas; caeis con frecuencia en las mismas impaciencias; todo os enfada, todo os altera, y desacreditais la virtud en el juicio de los que os tratan con flaquezas que son propias vuestras; escoged aquellas obras

en

en que se necesita de mas agrado, de mas paciencia, de ser responsables á los sabios y á los necios, y aún de sufrir las quejas, los enfados, los genios, y aún los ultrages de aquellos mismos á quienes se socorre. Experimentais unos injustos desvios, y unas secretas antipatías, en las quales sois demasiado indulgentes con vuestro corazón, limitando casi toda vuestra virtud á huir de lo que no podeis amar; buscad las obras que os junten y os proporcionen nuevas conexiones con las personas que por su sola piedad debierais amar, y acostumbraos así vuestros corazones á que vean con gusto lo que deben amar sin ficcion. Finalmente, haced de vuestras obras de misericordia los ejercicios de las virtudes que os faltan.

Zachéo despues de haber reparado sus injusticias, hizo abundantes liberalidades, y su misma casa sirvió de asilo á su libertador: ¿pero qué intentaba con estas profusiones? acabar de apagar en su corazón aquella insaciable sed de riquezas que hasta entonces le habia tiranizado, y que no se apaga de repente. La Magdalena derramó perfumes, y limpió con sus cabellos los Sagrados pies de su Maestro, y era porque sin duda sentia aún algunas reliquias de apego á los deplorables instrumentos de sus vanidades y placeres, y se daba priesa su amor á perfeccionar el Sacrificio. Las mugeres de los Israelitas ofrecieron para la construccion del Tabernaculo lo mas precioso que tenían; pero era porque aquellos despojos de Pharaon con que las habia adornado el Señor, servian de escollo á su flaqueza, y las hacian aún echar menos continuamente la pompa y los tesoros de Egypto.

Las obras exteriores de la piedad solamente son santas, Señoras, quando nos santifican, y solo nos santifican en quanto nos corrigen: Porque si Jesu-Christo es el fin de la ley, todas las obligaciones que esta nos impone solo se dirigen á formar á Jesu-Christo dentro de nosotros mismos; debe, pues, el cumplimiento de cada pre-

precepto añadir como un nuevo rasgo á este hombre espiritual; nuestras obras solo se cuentan por los progresos de esta divina obra; si esta no crece, en vano vestimos, visitamos, y consolamos á nuestros hermanos; nada hacemos en la presencia de Dios, porque él solo mira en nosotros la semejanza con su Hijo, y solo en Jesu-Christo somos dignos de que nos mire; lo que no perfecciona esta semejanza, nada añade á nuestro merito: Jesu-Christo, pues, solo crece en nosotros sobre las ruinas del viejo Adán; es preciso que el uno se disminuya para que el otro crezca; solamente lo que mortifica las inclinaciones de la carne aumenta la vida del espíritu; solamente lo que contradice á la naturaleza corrompida conduce á la perfeccion del ser Christiano; solamente lo que debilita aquellas infinitas inclinaciones, que aún se oponen en nosotros á la ley de Dios, dá nuevas fuerzas á las inclinaciones de la gracia; casi todo es Sacrificio en la vida del Christiano, Señoras, porque este vive de la fé, y todo quanto nace de la fé cuesta violencia, porque siempre se opone á la vista de los sentidos: Por eso las obras de misericordia deben ser como sacrificios diarios del alma fiel. El mismo Apostol no las dá otro nombre; con tales sacrificios, dice exortando á los fieles á los piadosos oficios de caridad para con sus hermanos, nos hacemos á Dios favorable: *Talibus enim hostis promeretur Deus.* (a)

A esta regla de piedad se falta de dos modos: Primeramente; entre las obras de misericordia casi siempre escogemos las mas conformes á nuestro gusto, á nuestro genio, y á nuestras inclinaciones; el que es vivo, activo, eficaz, enemigo del reposo, del recogimiento, y del retiro, se mezcla en todos los ejercicios de piedad; en todo quiere tener parte, abraza toda especie de cui-

(a) Heb. 13. v. 16.

dados, no vive para sí ni un solo instante, sin advertir que necesita retirarse en su interior mas á menudo, puesto á los pies de Jesu Christo para reparar allí las pérdidas, inseparables de los ministerios exteriores, y renovar las fuerzas que no dexan de debilitarse aun con las mas santas ocupaciones.

El que nació con un corazon compasivo y misericordioso gusta de aliviar á los que padecen, con una compasion absolutamente humana; el que es de un natural melancolico, austero, é imperioso, abraza los ministerios que le colocan sobre los demás, y que le hacen arbitro de su conducta, proporcionando al amor propio ocasion de satisfacer esta inclinacion natural que tiene de corregir y reprehender; el que tiene inclinacion á una obra, ó á un ejercicio, es insensible á todos los demás. Finalmente, por no molestar, si nos examinamos de cerca, veremos que nuestras desordenadas inclinaciones nunca padecen en estos religiosos ejercicios; que hasta en la piedad huimos de lo que nos desagrada y molesta; que no hacemos mas que nuestro gusto, aun quando pensamos que nos ejercitamos en obras de salud; y que no somos mas que hombres, aun quando juzgamos que somos Christianos.

No quiero decir que debemos resistir á las inclinaciones de nuestra alma á la misericordia, ni que no merezcamos en estas piadosas ocupaciones, quando cumplimos con ellas sin repugnancia. No, Señoras, la fé sabe hacer que la naturaleza sirva á la gracia, y estas favorables disposiciones para la virtud, con que nacemos, son dones del Criador, los que en los designios de su misericordia para con nosotros deben ser como las primicias de nuestra santificacion. Pero es menester que cuidemos de no ceñir á esto todos nuestros esfuerzos; la piedad pasa mas allá de la naturaleza. Bien puede seguirse todo lo que nos inspiran nuestras inclinaciones quando es laudable, pero si paraís aquí, nada habeis he-

cho, aun estais al principio del camino, porque este es aspero y difícil, y por muy felices que sean vuestras inclinaciones, nunca pasareis mas adelante mientras no hagais mas que obedecerlas y seguirlas: Con todo eso en solo el temperamento consiste casi toda la virtud de la mayor parte de los que hacen profesion de seguirlas. La regla, pues, es que los oficios exteriores de piedad, que nos dexan siempre tan sensuales, tan poco mortificados, y tan imperfectos como antes, solo tienen la apariencia, y no pueden tener la fuerza de la virtud.

Aun es mas culpable el segundo modo con que violamos esta regla. No solamente nos ceñimos á una virtud puramente natural, y escogemos entre las obras de misericordia aquellas que nada cuestan al amor propio, y nunca enmiendan nuestras flaquezas, sino que muchas veces suelen servir estas obras para mantenernos en ellas.

Efectivamente, ¿quántas de estas almas engañadas, en medio de una vida mundana, profana, y sensual, viven tranquilas, fiadas en algunos ejercicios de misericordia, y en la abundancia de sus liberalidades? Son como aquellas doncellas de Tyro, de quienes habla el Profeta, que viviendo en la infidelidad creían aplacar la justicia del gran Rey, mezclando con sus deleites algunos piadosos oficios de caridad, y el merito de algunas liberalidades y ofrendas: *Filiæ Tyri in muneribus virtutum tuum deprecabuntur.* (a) Vivimos persuadidos á que la misericordia lo suple todo: Que la oracion, el retiro, la negacion de sí mismo, el aborrecimiento del mundo, el huir de los placeres, el guardar los sentidos, y todas las mas inviolables máximas de la vida Christiana son obligaciones que pueden rescatare, por decirlo así, á precio de dinero: Que la fe conoce este genero de compensaciones, y que una ociosidad misericordiosa

(a) Psalm. 44. v. 13.

no será distinguida de la virtud, y de la justicia. Pero ¡ó Dios mio! ¡Qué suave sería vuestra Cruz! ¡Qué favorable sería vuestra doctrina á los sentidos! ¡Qué facil sería el camino que conduce á la vida! ¡Y cómo sería la corona de la inmortalidad un premio prometido á cortos trabajos, si para obtenerla no se necesitara mas que de algunas liberalidades, en que nuestros placeres, nuestras pasiones, nuestro luxo, y nuestra sensualidad nada padecen.

Pero, Señoras, Dios no necesita de nuestros bienes, lo que pide es nuestro corazon. Es verdad que la misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos, pero no justifica los que amamos; bien sé que es el socorro de la penitencia, pero no es excusa de la sensualidad; la fe nos enseña que suple á los débiles esfuerzos del pecador que se convierte á Dios, pero no pone en seguridad al alma mundana que reusa el convertirse á él; en una palabra, es el fruto de la virtud, pero no el remedio del vicio; y lo que en este caso hay mas digno de lastima es, que unas costumbres que nos parecerian peligrosas, si no estuvieran acompañadas de algunos oficios de piedad, pierden á nuestra vista todas las dudas y peligros luego que están defendidas con estas obras exteriores: Y si alguna vez, ó por oír las verdades eternas, ó por alguna gracia mas eficaz se turba esta paz falsa, y se excitan temores en la conciencia, entonces la desnudez cubierta, el hambre socorrida, la miseria consolada, y la inocencia protegida, se presentan al instante á la memoria, y calman esta feliz borrasca. Estas son las señales de paz que disipan al instante nuestros sustos; este es aquel arco engañador de que habla el Profeta: *Arcus dolosus*, (a) del que en medio de los nublados y felices tempestades que el dedo de Dios

(a) Oseas 7. v. 16.

empezaba á mover en el corazon, sale á prometernos una falsa serenidad, y apartar de nuestro espíritu la imagen presente del peligro. Nos dormimos con estas tristes reliquias de religion, por decirlo así, como si ellas pudieran salvarnos del naufragio; y las obras Christianas que debieran ser la prenda de nuestra salud, vienen á ser motivo de nuestra eterna perdicion.

Oh Señor! ilustrad á estas almas engañadas, si es que entre las piadosas personas que me escuchan hay algunas de este carácter: No permitais que la misericordia que liberta, que salva, que purifica, se mude nunca para nosotros en camino de perdicion y de escandalo. Defended Vos mismo de las ilusiones de la concupiscencia á una virtud, que tan amable nos han hecho vuestros santos libros; y al mismo tiempo que nos dais un corazon misericordioso y compasivo de las miserias de nuestros proximos, dadnos tambien un corazon christiano, que no sepa, ni disimular, ni perdonar sus propios miserias.

No quiero hablar de la tercera regla, que consiste en cuidar de que no se halle ningun fin humano en la intencion, y que el fin de los hombres, oculto en lo intimo de nuestros corazones, y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder en la presencia de Dios todo el merito de la misericordia.

Acabo solamente con decirlos con San Agustin: Aqui estais en la presencia de Dios, preguntad á vuestro corazon: *Ante Deum es, interroga cor tuum.* (a) No os pareis en la superficie de vuestros deseos, que os engaña no presentandoos cosa que no sea digna de alabanza; llegad á la raiz, sondead los caminos mas secretos, *intus vide,* (b) y mirad alli lo que hasta ahora habeis hecho, y quales han sido los verdaderos motivos,

(a) S. August. (b) Ibid.

por mas ocultos que estén en el corazon: *Vide quid fecisti, & quid appetisti.* (a) Mirad si las obras ocultas, que no tienen mas testigo que la invisible vista del Padre Celestial, despiertan tan vivamente vuestro zelo, como las públicas que están expuestas á la vista y alabanzas de los hombres: *Vide, &c.* Mirad si en aquellas cuyo resplandor es inevitable, os contentais con que se olviden de vosotras, con que os confundan con la multitud de las personas que en ellas se exercitan, y si se resfia vuestra caridad quando no os tributan los primeros honores: *Vide, &c.* Mirad si los piadosos ejercicios que el mundo reprueba os hallan con alguna indiferencia, y si apreciáis menos las obras que no tienen la aprobacion de los hombres: *Vide, &c.* Mirad si os mueve la felicidad que de ellas resulta; y si os valeis de vuestro ingenio para atribuir la gloria á los otros: *Vide, &c.* Mirad, finalmente, si solo teneis presente á Dios en vuestras acciones, si en estas no haceis caso de los hombres, si estais igualmente contentas con que Dios sea glorificado, tanto con los oprobrios que padecéis, como con la fama que adquirís; si buscáis vuestra salvacion, ó una gloria vana: *Vide quid fecisti, & quid appetisti, salutem tuam, an laudem humanam.*

Gran Dios, exclama este Santo Padre, ¿quántas obras santas, con las que contabamos acá en la tierra, serán despreciadas algun dia, quando venga el Señor á juzgar las justicias? Quando creíamos parecer en su presencia con las manos llenas, ¿quántos frutos de caridad se hallarán inficionados por el oculto gusano de una vana complacencia? ¿Y qué poco será lo que nos quede, quando dexandonos el Juez de nuestras obras por propias nuestras para toda la eternidad solamente las que hayan sido frutos y dones de su gracia, nos des-

(a) Ibid.

poje de todas aquellas que le pertenecen al parecer, pero que eran puramente de nosotros mismos? No creais, Señoras, que las reglas de la fé en orden á los officios de caridad, que acabo de exponer, y que al parecer piden precauciones tan penosas, sean capaces de disgustar á las almas fieles de estos piadosos exercicios. Al contrario, no hay cosa mas propia para mantener la virtud, avivar el zelo, y consolar la piedad y la misericordia; porque lo que yo digo es, que estos exercicios santos son obligaciones: que no debeis mirarlos como obras de supererogacion; y que la misericordia es la virtud mas necesaria para los que nacen entre las riquezas: ¿Qué cosa mas persuasiva para animaros á que la ameis? ¿Por ser precepto de Jesu-Christo puede perder algo de su hermosura? ¿Puede ser menos amable á sus discipulos por haber sido la mas amada de su Maestro?

Lo que yo he dicho es, que las obras de misericordia deben ser los remedios diarios de vuestras quotidianas flaquezas: ¿qué cosa de mas consuelo se os puede decir, que el descubriros en estos religiosos officios un nuevo manantial de merito, y unos tesoros ocultos que no buscan en ellos la mayor parte de los fieles? ¿Qué cosa mas feliz se os puede manifestar, que el enseñaros que estos officios pueden servir de exercicio á todas las virtudes que os faltan; que todos vuestros males pueden hallar en ellos su remedio; que la paciencia, la vergüenza, la humildad, la benignidad, el amor de la oracion y del retiro, si quereis, nacerán de la misericordia, y que en una sola obligacion de piedad recogeréis todo el merito de las demás?

Lo que digo por ultimo es, que es necesario tener presente á solo Dios en nuestras acciones, y no hacer caso de la aprobacion ó censura de los hombres. ¿Pero qué son respecto de Dios todos los hombres juntos para que el alma fiel haga caso de ellos? La estimacion de un

mun-

mundo que desprecia, de quien huye, á quien ha renunciado, ¿podrá parecerla digno premio de las acciones que pueden valerla una felicidad eterna? ¿Es acaso entibiar su caridad el enseñarla que el mundo entero no es digno de ella? ¿Que solo Dios merece ser testigo de las obras que él solo puede recompensar? ¿Y que para asegurarlas basta no buscar mas gloria que la que nunca ha de perecer? El espíritu de la ley no se opone á la ley misma. Quanto mas se adelanta en la verdad, mas se crece en la caridad: Quanto mas se conoce la ley del amor, mas se ama: el error pierde infaliblemente quando se le conoce bien, pero la verdad siempre manifiesta nuevos encantos: Quando la veamos como es en sí la amaremos sin tibieza, sin mezcla, sin rodeo, y sin inconstancia. Amen.



DIS-

DISCURSO

DICHO EN LA CEREMONIA DE LA ABSOLUCION,

HACIENDO PRESENTE EL FERVOR
de los primeros Christianos.

Rememoramini autem pristinos dies.

Acordaos de los primeros tiempos. *Heb. 10.*
v. 32.

NO sucedió en el nacimiento de la Iglesia, Católicos, lo que en el de las supersticiones y sectas. El origen de estas siempre tuvo en sí alguna cosa vergonzosa; como sus primeros principios fueron la soberbia y libertad, es preciso quitar el velo á aquellos primeros tiempos en que se establecieron entre los hombres; en ellas vemos presidir las mas vergonzosas pasiones al nacimiento de aquellas obras de tinieblas, darlas su forma, su aumento, y sus progresos; y semejantes á aquellos hijos desgraciados, que son el triste fruto del delito de sus padres, basta para cubrir las de confusion el acordarlas su origen!

Pe-

Pero nosotros, Católicos, nosotros podemos decir con confianza; acordaos de los dias antiguos: *Rememoramini autem pristinos dies.* Las primeras edades de la Iglesia son las edades de su fervor, y de su gloria.

Acordaos de aquellos felices tiempos en que la fé, aun recién nacida, formaba tantos valerosos Martyres, tantos Penitentes austéros, tantas Virgenes puras, tantos Pastores fieles, tantos Ministros irreprehensibles: *Rememoramini autem, &c.*

Acordaos de aquellos siglos de oro, en que la Iglesia, animada aun con las primicias del espíritu que acababa de formarla, se manifestaba sin mancha y sin arruga; baxo unas exterioridades tristes y oscuras, brillaba con un resplandor celestial y divino; sacaba toda su magestad de sus oprobrios y trabajos; y aunque pisada de sus perseguidores, era con todo eso un espectáculo digno de los Angeles, y de los hombres: *Rememoramini, &c.*

Acordaos de aquellos gloriosos dias en que el Christianismo no contaba sino santos en el numero de sus hijos; en que sus mas fragiles vasos eran mas fuertes que toda la fortaleza de un siglo profano; y en que la fé entre los simples é ignorantes, formaba aquellos sabios y aquellos heroes que la Filosofia hasta entonces no habia hecho mas que idear ó prometer: *Rememoramini autem pristinos dies, &c.*

Acordaos de aquel primitivo fervor, en que la inocencia de las costumbres era, digamoslo así, el delito por donde eran conocidos los Christianos; en que solo eran sospechosos á los Tyranos, por parecer poco conformes con el mundo corrompido; y en que el huir de los públicos placeres era el solo indicio de que se valian para renunciar á los fieles: *Rememoramini autem pristinos dies, &c.*

Acordaos de aquel rigor de disciplina, en que las

DISCURSO

DICHO EN LA CEREMONIA DE LA ABSOLUCION,

HACIENDO PRESENTE EL FERVOR
de los primeros Christianos.

Rememoramini autem pristinos dies.

Acordaos de los primeros tiempos. *Heb. 10.*
v. 32.

NO sucedió en el nacimiento de la Iglesia, Católicos, lo que en el de las supersticiones y sectas. El origen de estas siempre tuvo en sí alguna cosa vergonzosa; como sus primeros principios fueron la soberbia y libertad, es preciso quitar el velo á aquellos primeros tiempos en que se establecieron entre los hombres; en ellas vemos presidir las mas vergonzosas pasiones al nacimiento de aquellas obras de tinieblas, darlas su forma, su aumento, y sus progresos; y semejantes á aquellos hijos desgraciados, que son el triste fruto del delito de sus padres, basta para cubrir las de confusion el acordarlas su origen!

Pe-

Pero nosotros, Católicos, nosotros podemos decir con confianza; acordaos de los dias antiguos: *Rememoramini autem pristinos dies.* Las primeras edades de la Iglesia son las edades de su fervor, y de su gloria.

Acordaos de aquellos felices tiempos en que la fé, aun recién nacida, formaba tantos valerosos Martyres, tantos Penitentes austéros, tantas Virgenes puras, tantos Pastores fieles, tantos Ministros irreprehensibles: *Rememoramini autem, &c.*

Acordaos de aquellos siglos de oro, en que la Iglesia, animada aun con las primicias del espíritu que acababa de formarla, se manifestaba sin mancha y sin arruga; baxo unas exterioridades tristes y oscuras, brillaba con un resplandor celestial y divino; sacaba toda su magestad de sus oprobrios y trabajos; y aunque pisada de sus perseguidores, era con todo eso un espectáculo digno de los Angeles, y de los hombres: *Rememoramini, &c.*

Acordaos de aquellos gloriosos dias en que el Christianismo no contaba sino santos en el numero de sus hijos; en que sus mas fragiles vasos eran mas fuertes que toda la fortaleza de un siglo profano; y en que la fé entre los simples é ignorantes, formaba aquellos sabios y aquellos heroes que la Filosofia hasta entonces no habia hecho mas que idear ó prometer: *Rememoramini autem pristinos dies, &c.*

Acordaos de aquel primitivo fervor, en que la inocencia de las costumbres era, digamoslo así, el delito por donde eran conocidos los Christianos; en que solo eran sospechosos á los Tyranos, por parecer poco conformes con el mundo corrompido; y en que el huir de los públicos placeres era el solo indicio de que se valian para renunciar á los fieles: *Rememoramini autem pristinos dies, &c.*

Acordaos de aquel rigor de disciplina, en que las

caídas públicas no se expiaban sino con públicos castigos; en que el espectáculo de la penitencia borraba el escandalo del delito; en que aun lo largo y severo de las expiaciones parecia indulgencia en la remision de las faltas; en que los pecadores miraban la mas rigurosa penitencia como una gracia; en que ellos mismos solicitaban el derecho de castigar y de llorar sus delitos; y en que postrados á las puertas de nuestros Templos, cubiertos de ceniza y de cilicio, separados del Altar santo, despues de haber gemido mucho tiempo en este estado de humillacion y de pena, recibian el beneficio de la paz y de la reconciliacion, no como premio de sus largos trabajos, sino como fruto de la caridad y clemencia de la Iglesia: *Rememora mini, &c.*

Acordaos de aquellos felices dias á vista de estos débiles vestigios, que la ceremonia de hoy nos representa; á vista de la gran desproporcion que hallamos entre nuestros Padres y nosotros, entre su fervor y nuestro letargo, su inocencia y nuestros desordenes, sus austeridades y nuestras sensuales costumbres, las lágrimas y las expiaciones de su penitencia, y los tardos pasos de la nuestra. ¡Qué terror y confusion no debe sobrecogernos! Esta es la reflexion mas natural que hoy nos ofrece esta ceremonia, y la que sola será objeto de mi Discurso.

Es verdad que ya no pide la Iglesia aquellas pruebas largas y públicas, por las que era preciso pasar para conseguir el perdon de las faltas: Ya no vemos aquellos diferentes grados de penitentes, separados de los demás fieles, y admitidos sucesiva y publicamente á la paz y reconciliación á medida de su fervor ó de la duracion de su penitencia. La disciplina exterior se ha mudado; aumentandose el numero de los pecadores con el de los fieles, era ya imposible el separarlos todos, y sujetarlos á las penas Canonicas. ¡Ah Cató-

li-

licos! ¿Quántos quedarian en esta santa asamblea, si aun se separáran, como antiguamente, los inmundos, los fornicarios, los adulteros, los ladrones, y todos los pecadores sujetos entonces á la penitencia pública?

Pero, Católicos, las mutaciones sucedidas en la disciplina de la Iglesia, nada han mudado de su espíritu. Pudo minorarse el fervor de los fieles; la multitud de los culpados pudo hacer imposible la duracion y publicidad de las penas; la necesidad de los tiempos pudo suspender unas leyes que habia establecido la necesidad en el principio; en una palabra, la prudencia pudo mudar en lo exterior lo que en el principio habia establecido el primer zelo; pero hay una ley superior, fija, é invisible que no se muda; una obligacion de penitencia inseparable del Evangelio, que como él es para todos los tiempos y para todos los lugares, y que en vez de debilitarse con la relajacion de las costumbres, se hace con ella mas indispensable.

Todo Christiano debe crucificar su carne con sus deseos; todo pecador debe ser castigado; ya sea que mireis lo que debeis á la santidad de la fé por vuestro Bautismo, ó á la Justicia de Dios por vuestros delitos, la penitencia es siempre el unico camino para la salvacion; si no os negais continuamente á vosotros mismos, no sois discipulos de Jesu-Christo; si no lavais con la sangre de la penitencia la vestidura de justicia que habeis manchado, no entrareis en el Reyno de Dios; estas son dos verdades infalibles; en una palabra, sin la penitencia todos perecereis: este es un decreto que á nadie exceptúa, y del que á nadie se le permite apelar. Veamos ahora qual es esta penitencia.

Si la medís por el Evangelio, negaos continuamente á vosotros mismos; llevad siempre vuestra cruz; llamad felices á los que lloran y están afligidos; no busqueis vuestro consuelo en este mundo; perded vuestra alma por salvarla; sacaos el ojo que os escandaliza; no

Mm 2

ha.

hagais caso de vuestro cuerpo; no esperéis el Reyno de Dios, sino de la violencia; mirad á vuestra carne, como al mas peligroso enemigo de vuestra salvacion; amad á los que os aborrecen; acordaos de que los desprecios y oprobrios son el caracter de los hijos de Dios; aplicad la segur á la raiz de vuestras pasiones, y cortad hasta lo vivo todo lo que ocupa en vano la tierra de vuestro corazon, y haciendo esto vivireis.

Esta es la penitencia que os impone el solo titulo de Christiano. A este titulo habeis añadido el de pecador, luego ya no se trata de combatir y haceros violencia por no perder la gracia, esta es una obligacion de qualquiera alma fiel, es la penitencia de los inocentes; tratase de expiar vuestros pasados delitos, de llorar innumerables caídas, y de desarraigar las pasiones inveteradas; nuevo genero de penitencia que os corresponde; la penitencia de los pecadores. Estas son unas reglas, que no ha alterado la mudanza de los tiempos.

Pero hacednos ver en vuestras costumbres la penitencia, aun de los inocentes: supongo que no teneis excesos que llorar, ni profanos antojos que expiar; pero sois discipulos de Jesu-Christo, y esto basta. ¿ Vivís conforme á su Evangelio? ¿ Renunciáis todo lo que lisonjea los sentidos? ¿ Os absteneis ni aun de una palabra ociosa? ¿ Miráis las aflicciones como gracias? ¿ Sois manso y humilde de corazon? ¿ Amáis á los que os calumnian? ¿ Lleváis sobre vuestra carne la mortificacion de Jesu-Christo? ¿ Aborreceis al mundo como á enemigo de Dios? ¿ Veláis y oráis sin intermision? ¿ Escogéis el ultimo lugar, y despreciáis lo que los hombres ensalzan?

Esta es la penitencia de los inocentes; sin ella, sin esta conformidad con el Evangelio, aunque fuerais mas castos que Susana, mas irreprehensibles que Judith, mas caritativos que Cornelio, estais perdidos.

Y no obstante, Católicos, vosotros no habeis sido,

ni

ni castos, ni templados, ni irreprehensibles; sois pecadores, lo sabeis, no os alcanza la penitencia de los inocentes, debeis infinitas reparaciones á la Divina Justicia. ¡ Quántos injustos y vergonzosos placeres que expiar! ¡ Quántos escandalos que reparar! ¡ Qué de errores que borrar! ¡ Qué monstruosa conciencia que purificar! Necesitais tambien de la penitencia de los pecadores, ¿ pero en qué consiste esta penitencia?

Si la regulais por la Justicia de Dios, que es quien os la pide, mirad la Santidad y Magestad de aquel á quien habeis ultrajado: mirad lo terrible de sus juicios executados en otro tiempo, por unas prevaricaciones que apenas contariais vosotros entre vuestras faltas; mirad al Universo anegado en el diluvio; las ciudades delinquentes entregadas á un fuego vengador; los murmuradores tragados de la tierra; una simple transgresion del Sabado castigada de muerte; una leve desconfianza de Moyses, castigada con la exclusion de la tierra prometida; mirad á su propio Hijo hecho víctima de nuestros pecados, y los castigos que pidió su Justicia en aquel en quien puso toda su complacencia; mirad y obrad segun este modelo.

Si juzgais por las reglas que la Iglesia observaba con los pecadores, á quienes sujetaba á la penitencia pública; venid acá ilustres penitentes, que en otro tiempo gemiais años enteros á la puerta del Templo, cubiertos de ceniza y de cilicio; y en todo aquello que entonces os pedia la Iglesia, en los ayunos, en las maceraciones, en las privaciones, en las oraciones, enseñad á los fieles que me oyen lo que aun hoy ella les pediria, si la Santidad de su espiritu hubiera de decidir de la severidad de sus reglas.

Esta era la penitencia de aquellos pecadores; la Iglesia no usa ya de esta pública penitencia, pero no por eso la Divina Justicia, que es inmutable, os dispensa la penitencia secreta. La misma Iglesia, que con sen-

sentimiento bastante ha aflojado en la disciplina exterior, conserva siempre su espíritu; os encarga aun, que os impongais en secreto las penas proporcionadas á vuestras faltas, y que seais vos mismo vuestro Juez.

Y á la verdad, Señores, ¿por qué habeis de persuadirnos á que en orden á la penitencia es mas favorable vuestra condicion, que la de los primeros fieles?

¿Acaso la Divina Justicia ha mudado sus reglas? Bien sabeis que en Dios no hay mudanza ni variedad; que fuera de él todo se muda, pero que él, siempre permanece el mismo.

¿Acaso son menos enormes vuestros delitos que los de los primeros fieles? ¡Ah! que ellos ni aun noticia tenían de los errores, que vosotros bebeis como agua. Por una sola caída se hacian algunas veces penitencias públicas, y vosotros despues de una vida llena de manchas, é iniquidades, quereis no tener tanta obligacion como ellos de expiarla con la penitencia?

¿Acaso en aquellos primeros tiempos tenían menos excusas, y por eso merecian penas mas rigurosas? La idolatría, de la que se convertian aquellos primeros discipulos; las disoluciones del Paganismo en que se habían criado; los excesos autorizados por la misma religion que habían mamado en la leche, todo parece contribuía á que las caídas que padecian despues de su conversion fuesen mas dignas de indulgencia y de gracia: Pero vosotros, alimentados con las palabras de la fé, lavados con la gracia de la regeneracion al salir del seno de vuestras madres, criados con una disciplina santa, fortalecidos contra el horror del delito con los socorros de la religion y con los exemplos de los Justos, no podeis justificar vuestras caídas, como no sea por un exceso de ingratitud y de corrupcion, que las hace mas culpables y dignas de un castigo mas largo y mas severo.

¿Acaso por haber prevalecido la malicia, y haberse he-

hecho mas comunes los delitos, son por eso mas dignos de perdon? la multitud de culpados, nada muda á la naturaleza de los delitos. Todos los hombres que habían corrompido sus caminos en tiempo de Noé, fueron castigados de Dios y sumergidos en las aguas, del mismo modo que el desgraciado Achan, que cargado contra la orden del cielo de algunos despojos de Jericó, se halló él solo anathema en medio de Israel; y por otra parte, el mayor numero de delinquentes irrita tambien mas la Divina venganza; y es locura pretender que Dios á proporcion que es mas ultrajado, sea mas indulgente y favorable.

Finalmente, ¿acaso, porque el fervor de aquellos primeros tiempos era causa de que los fieles estuviesen mas dispuestos para sufrir los rigores de aquella pública penitencia, y nosotros por haber nacido en siglos mas relajados, no nos hallamos en disposicion de sufrirlos, ni la Iglesia tiene derecho para pretenderlos de nuestra flaqueza?

¿Os parece, Católicos, que el fervor de los primeros fieles habia de ser motivo para que la Iglesia se armase contra ellos de rigor y severidad, reservando para nuestra relajacion, y nuestros desordenes su indulgencia y sus gracias? ¿Habia de haber sido en los primeros tiempos madre rigurosa para con unos hijos zelosos y fieles, y en nuestros tiempos para unos hijos rebeldes, y perdidos una madre condescendente y facil? ¿Habian de estar reservados sus castigos para unos siglos en que era tan vivo el arrepentimiento de los delitos, y para los penitentes tibios de nuestro tiempo no habia de tener mas que favores y recompensas? Gran desgracia hubiera sido para aquellos primeros discipulos de la fé la abundancia de su compuncion, pues les grangeaba una multitud de penas: con que su fervor, en el qual consistia todo su merito, habia de haber sido la causa de toda su desgracia: ¿y nuestra floxedad en

en la que consiste todo nuestro pecado, habia de ser motivo de nuestra felicidad? ¿Desde quando se ha hecho la virtud titulo oneroso, y el vicio privilegio favorable?

No, Católicos, comparaos de buena fé con aquellos primeros discípulos; comparad vuestros delitos con los suyos, y su penitencia con la vuestra. La religion no se muda; el espíritu de la Iglesia aun es el mismo; Dios siempre mira con los mismos ojos al pecado; su Justicia siempre pide las mismas reparaciones; el Evangelio aun nos propone las mismas máximas; la mutacion de los tiempos no muda las reglas y las obligaciones: ¿En qué podeis fundaros para creer que en la presencia de Dios os habeis de descargar de vuestros delitos á menos costa que aquellos primeros fieles? Si alguna diferencia hubiera, bien veis que sería contra vosotros.

Y no obstante esto, comparad vuestra penitencia con la suya; bien sabeis hasta donde se estiende la medida de vuestros delitos: ¿qué haceis para expiarlos? ¿Creéis que unas cortas oraciones, impuestas por un Ministro poco instruido, ó demasiado indulgente, borrarán en la presencia de Dios el caos de iniquidades, en que vuestra alma ha estado casi siempre sumergida? ¿Creéis que el confesar simplemente los delitos á los pies del Sacerdote, es castigarlos? ¿Y que unos defectos que en otro tiempo no se expiaban sino con años enteros de gemidos y de maceraciones, se han de expiar hoy con solo declarar que somos culpados? ¿Creéis que toda una vida licenciosa se ha de purificar con la simple absolucion del Sacerdote, concedida con demasiada facilidad, quando en otro tiempo una sola caída pedía una vida entera de lágrimas y penitencia? ¿Creéis que el camino era estrecho para los primeros fieles, y que para vosotros se ha hecho espacioso y cómodo? ¿Que el Reyno de los cielos para ellos solamente era pre-

premio de la violencia, y que para vosotros lo es de los placeres y de la pereza? ¿Qué el Señor les pidió á ellos hasta la ultima dragma, y que á vosotros os ha de perdonar toda la deuda? En una palabra, ¿qué sus delitos; raros y poco frecuentes, expiados con la ceniza y el cilicio, llorados con una fé viva, y una continua compuncion, irritaron la Justicia de Dios, y que los vuestros siendo innumerables, y mas vergonzosos, sin ser castigados ni expiados, os han de engrangear su misericordia, y han de ser prendas de su bondad y clemencia?

Y no obstante esto, ¿dónde están vuestras lágrimas, vuestras maceraciones, vuestros ayunos, vuestras privaciones, y la perseverancia de vuestra oracion? ¿Dónde está aquel espíritu de compuncion y humildad que imprime en todas vuestras acciones un caracter de penitencia? ¿Qué es lo que padeceis? ¿De qué os privais para mantener el titulo de penitentes, que es el unico titulo que os queda para poder aspirar á la salvacion?

¿Pero qué es lo que digo, Católicos? No hablemos de penitencia, ¿sois Christianos? Quando no tuvierais que cumplir mas que con las obligaciones comunes del Evangelio, sin tener culpas que expiar; ¿os parece que no tendríais motivo para temer la Divina Justicia? ¿Qué vida es la vuestra? ¿Cuáles son vuestras costumbres? ¿En qué siglo ha llegado á tan alto punto el fausto, los placeres, el ocio, el regalo, y la extravagancia de la profusion y de las modas como en el nuestro? ¿Quando ha habido tiempos mas desgraciados, ni en que, con todo eso, haya habido tanto exceso en las cosas que hacen la felicidad de los sentidos, y la alegría de los hijos del siglo? Escoged entre vosotros á los mas justos; á aquellos hombres virtuosos á quienes canoniza el mundo; á aquellas mugeres regulares á quienes aprueba la multitud; á aquellos escogidos del siglo, como habla San Agustín, cu-

ya conducta en lo interior es irreprehensible, y ved si en sus costumbres hallais ni reliquias siquiera de la primera santidad de los Christianos; ved si hallais en ellos una de aquellas señales de la vida evangelica que constituyen el caracter de los hijos de Dios; ved si en su vida cumplen ni aún con una sola de las obligaciones del Bautismo, si conoceis en ellos á los discípulos de Jesu-Christo, á los hijos de la fé, á los ciudadanos del cielo, á los enemigos del mundo, á unos hombres crucificados, extranjeros en la tierra, y si aún juntado el corto numero de hombres que mas aprueba el mundo, podreis formar ni un solo Christiano.

Y así nuestras obligaciones son aún las mismas que antes, y solo se han mudado las costumbres; la religion aún subsiste para juzgarnos, y la fé que nos debiera salvar se ha apagado; el Evangelio ha pasado de nuestros Padres á nosotros, y no nos sirve mas que de condenacion, despues de haberles servido á ellos de regla. El cuerpo del Christianismo se mantiene, y el espíritu que vivifica está apagado en nuestros corazones; y solo nos aventajamos á los Infieles, en que habiendo salido de una raíz santa hemos degenerado en ramos silvestres; y en que hemos ingertado en la buena oliva el ramo de la infidelidad, y las corrompidas costumbres del Pagano, y del Idolatra.

No mireis, pues, Católicos á las costumbres públicas como título que os asegura; este es el fruto de esta instruccion. Acordaos continuamente de las reglas y de las obligaciones: no os tengais por seguros por estar con la multitud, como si vuestra conformidad con el mundo, que es el caracter de los reprobos, pudiera servir de título á vuestra inocencia.

Y vosotros, Católicos, los que habiendo salido de las locas pasiones, ha mucho tiempo que entrasteis en los caminos de la compuncion y de la salud, comparad los debiles esfuerzos de vuestra penitencia con

el zelo, y santa austeridad de aquellos primeros penitentes: en vez de ensoberbeceros con vuestras defectuosas injusticias, que en un siglo tan corrompido parecen singularidades y prodigios de virtud, porque ponen entre vuestras costumbres, y las de los demás hombres, todos perversos y corrompidos, una infinita distancia, humillaos, porque aún os falta que andar para llegar á la penitencia y fervor de los primeros tiempos, y pensad en que aún distais mas de aquellos primeros fieles, que distan de vosotros los demás hombres.

Tiemblen, pues, los pecadores, y animense los justos; salgan los unos de su letargo, y renueven los otros continuamente su fervor; tenganse los primeros horror á sí mismos, y los segundos no se miren con complacencia; en una palabra, asustense los unos con sus delitos, y no confien los otros en sus virtudes, para que todos juntos puedan algun dia reunirse en la Iglesia del cielo, y gozar en ella de la feliz inmortalidad. Amen.



ANALISIS

DE LOS SERMONES

contenidos en este segundo
Tomo.

DIA DE LA PURIFICACION.

DE LA SUMISION A LA VOLUNTAD de Dios.

Division. I. **Q**uales sean las ocultas raices de nuestra oposicion á la voluntad Divina. II. Quales sean las utilidades que acompañan á esta voluntad santa.

I. Parte. Las principales causas de nuestra oposicion á la voluntad de Dios son: 1. Una vana razon que continuamente llama al juicio de sus propias luces las obras del Señor: 2. Un gran caudal de amor propio, que hace que todo nos lo atribuyamos á nosotros mismos: 3. Una falsa virtud, que con pretexto de buscar á Dios se busca á sí misma.

1. Una vana razon: Muchas dudas podia oponer Maria á la orden de Dios que la obligaba á ir al Templo á purificarse; no obstante obedece, y de este modo nos enseña que al Señor corresponde el querer, y á la criatura el sujetarse: Pero nosotros siempre queremos que Dios nos dé cuenta de su conducta; si se trata de sus fines generales en orden á la salud eterna de todos los hom-

hombres, no se oyen en el mundo sino reflexiones insensatas en este punto: ¿Por qué no se salvan todos los hombres? ¿Por qué ha hecho Dios tan difícil la salvacion? ¿Por qué ha hecho á los hombres tan flacos? &c. Pero si en el Consejo de los Soberanos hay necesariamente mysterios incomprendibles para los demás vasallos, ¿por qué no los ha de haber en el Consejo de Dios? Y si, como dice la Escritura, debe ser respetado el secreto de los Reyes en orden al gobierno de los pueblos, ¿por qué no lo ha de ser el del Rey de los Reyes en la distribucion de las cosas humanas? Si lo que conocemos de sus obras nos parece tan divino y admirable, debemos inferir que tambien lo es lo que no conocemos: Pero aún mas: Si se trata de los eternos designios de Dios en orden á nuestros particulares destinos, reprobamos su conducta para con nosotros; nos quejamos de su Providencia, porque nos puso en ciertas circunstancias en que nuestra flaqueza halla escollos inevitables; y no pensamos en que Dios proporciona las gracias á los estados; que todos aquellos en que nos coloca, lejos de ser escollos, pueden servirnos de medios para nuestra salvacion; y que la mayor parte de los peligros y ocasiones de que nos quejamos, mas están en nuestras pasiones que en nuestro estado.

2. Un amor excesivo y desordenado de nosotros mismos: Tambien aqui nos dá exemplo Maria de su sumision á la voluntad de Dios: Si no consultara mas que los dictámenes humanos, en todos hubiera hallado pretextos para escusarse, y no ir al Templo á sujetarse á la ley de la Purificacion: Los intereses de su Divina Magestad; el prodigio de su parto; la misma verguenza de su pobreza; y lo corto de su ofrenda: Pero no escucha la voz de la carne y de la sangre, porque está persuadida á que el primer sacrificio que Dios nos pide es el de nosotros mismos: Pero nosotros, como todo nos lo atribuimos á nosotros mismos, y vivimos como si

todo el Universo no se hubiera hecho mas que para nosotros solos, quisiéramos que Dios cuidase solamente de nosotros; que siguiese el plan de nuestro amor propio; y que en vez de ser el gobernador de todo el Universo, y el Dios de todas las criaturas, no fuese mas que el Dios de nuestras pasiones y de nuestros caprichos. Por eso, 1. no estamos mas sujetos á Dios en la aflicción que en la prosperidad; y lo que turba un solo instante nuestros deleites, nuestra soberbia, y nuestros proyectos, nos indispone y enfada: Por eso, 2. como nos amamos excesivamente á nosotros mismos, y no ponemos limites á nuestros deseos, nunca estamos contentos con nuestro estado, con nuestra elevacion, con nuestros puestos, y en nada estimamos lo que poseemos, porque no tenemos todo lo que deseamos: Por eso: 3. como miramos todo lo que deseamos como cosa que nos pertenece, los puestos y los honores que se escapan de nuestra codicia, y que se reparten entre otros, nos parece que es una hacienda que nos usurpan injustamente: Por eso, 4. como creemos que á nosotros solos nos tocó en herencia la sabiduría, reprobamos y censuramos todo lo que no se conforma con nuestras ideas y nuestras luces en la disposicion de las cosas de la tierra: No queremos lo que Dios quiere; nos parece que los puestos y favores se distribuyen con injusticia, con imprudencia, y por antojo; sin pensar en que aún quando suceda que los hombres se engañen y hagan cosas injustas, Dios siempre tiene razon, y se vale de sus engaños para el cumplimiento de los eternos designios de su Providencia.

Pensemos, Católicos, de este modo: En el dia del Señor, el mundo, y el gobierno de los Estados é imperios ofrecerán á nuestra vista un orden, y una Sabiduría admirable, porque veremos allí á un Dios invisible, Soberano gobernador del Universo, sin cuya determinacion no se cae ni un cabello de nuestra cabeza,

con

con cuya voluntad se hace todo, y que con unas inexplicables disposiciones hace que aún la malicia de los hombres sirva á los fines de su misericordia; pero si se para á Dios del espectáculo del Universo; sino contemplais en él la eterna voluntad del Señor, que es el invisible principio del movimiento, el mundo no es mas que un caos, un teatro de confusion y de horror, y en el que no se vé orden alguno, porque solo se vé en él la irregularidad de los movimientos, sin comprender el secreto y el uso de ellos.

3. Una falsa virtud que resiste á Dios con pretexto de buscarle. Ultimo escollo que nos enseña á evitar el exemplo de Maria: á la verdad, si esta no hubiera consultado mas que á su zelo por la gloria de su Hijo, debia, al parecer, haberse eximido de la ley de la Purificacion, que solo parecía á proposito para confirmar la incredulidad de su pueblo, haciendole pasar solamente por Hijo de Maria, y de Joseph: Pero Maria desconfia de un zelo que no es segun el orden de Dios, y nada la parece tan seguro, aún en la virtud, como el conformarse con su santa voluntad; y verdaderamente nada hay bueno para nosotros sino lo que Dios quiere, y toda la piedad que no tiene por fundamento una conformidad continua con su voluntad santa, es una falsa virtud. No obstante, por esta parte es por donde suele faltar casi siempre la piedad, y nunca queremos ir á Dios por los caminos por donde nos guia su mano. 1. Nunca nos gustan las obligaciones de nuestro estado, y hacemos en su lugar otras obras arbitrarias que Dios no nos pide: 2. Si Dios nos pone en un estado de enfermedad habitual, echamos la culpa á este estado de nuestra tibieza, y de nuestras infidelidades en el servicio de Dios: 3. Llevamos con impaciencia nuestras propias imperfecciones; quisiéramos no tener que reprehendernos, y vivir contentos de nosotros mismos: 4. Si los pecadores revestidos de la pública autoridad ponen algun obstaculo

4

á nuestro zelo, no guardamos con ellos las reglas de la Caridad; 5. Los desordenes de nuestros proximos, de nuestros superiores, de nuestros iguales, con quienes tenemos que vivir nos son insufribles, y nos formamos una falsa virtud de censurarlos, de desacreditarlos é irritarlos; quando la verdadera virtud mira á los pecadores en las manos de Dios, los sufre con caridad, porque el mismo Dios los sufre, y los ama tiernamente, porque pueden llegar á ser amigos de Dios, y porque sirven á los fines de su Providencia.

II. Parte. *Las utilidades que acompañan á la sumision á la voluntad de Dios.* Tres fecundas raices de pesares forman todas las desgracias y todas las inquietudes de la vida humana; las vanas ideas de lo por venir; las continuas inquietudes por lo presente; y los inútiles pesares de lo pasado.

1. La sumision á la voluntad de Dios hace que como Maria esperemos lo futuro sin inquietud; ¿Qué sustos no debía introducir en su santa alma la Profecía del viejo Simeon, en orden á la futura suerte de su Hijo? No obstante pone, como el Profeta, todos sus pensamientos, y todos sus sobresaltos en el seno de Dios; y es perfecta su tranquilidad, porque es entera su sumision. Pero en nosotros las inquietudes de lo futuro forman el mas amargo veneno de nuestra vida; y solamente somos desgraciados, porque no sabemos contenernos en el momento presente; nos atormentamos continuamente por el dia de mañana, como si á cada dia no le bastara su malicia; toda nuestra vida no es mas que agitacion, turbaciones, temores, y precauciones: Pero una alma sujeta á Dios no padece estos sobresaltos, estos miedos, estos cuidados que inquietan á los hijos del siglo, porque sabe que lo por venir está determinado en los consejos de su Providencia; y que no pudiendo mudar nuestras inquietudes y cuidados ni aún el color de uno de nuestros cabellos,

llos mucho menos podrán mudar el orden de sus inmutables voluntades; y por otra parte, nada se arriesga en fiarse de él en orden á todo lo que puede suceder. No quiero decir que la Religion autorice la pereza y la imprudencia: El fiel trabaja como si todo dependiera de él, pero vive tranquilo en orden al suceso, porque todo depende de Dios: de este modo la prudencia es comun al fiel y al mundano; pero la paz y la tranquilidad solo es para el fiel; y quando digo que les es comun la prudencia, hablo de solo el nombre, porque hay mucha diferencia entre una prudencia christiana y sujeta á Dios, y una prudencia absolutamente humana. La prudencia del fiel, dice Santiago es, primeramente casta é inocente, solo conoce por legitimas medidas las que permite la conciencia, y aprueba la Religion: Al contrario la del pecador, no hace caso de los delitos con tal que consiga el fin. En segundo lugar, la del fiel es tranquila y amiga de la paz; sus medidas siempre son pacificas, porque siempre están sujetas á la voluntad de Dios; la del pecador, al contrario, siempre está agitada, porque nunca está sujeta. Tercero: La del fiel es modesta; se prohíbe los proyectos ambiciosos, y no tiene mas fines que los que son conformes á su estado; pero la del pecador es insaciable. Quarto: La del fiel es humilde, siempre desconfia de su propio talento; la del pecador, al contrario, está llena de soberbia, y solo cuenta con la habilidad de sus medidas. Quinto: La del fiel no es sospechosa; mas quiere caer en el lazo, que juzgar temerariamente de las intenciones y pensamientos de sus proximos; la prudencia del pecador solo halla su seguridad en sus sospechas y en sus desconfianzas. Sexto: La del fiel no es disimulada; como no intenta engañar á nadie, no tiene porque disfrazarse; la del pecador es un perpetuo doblez. Septimo: Finalmente, la del fiel está lle-

na de misericordia, y de frutos de buenas obras; añade á los medios humanos las prácticas virtuosas, y los socorros de la Oracion; la del pecador, al contrario, mira la piedad como obstáculo para su elevacion.

2. La segunda raiz de nuestras inquietudes es una continua agitacion acerca de lo presente. Casi nunca nos suceden las cosas segun nuestros deseos; pero una alma fiel halla en la entera sumision á las ordenes de Dios, como hoy Maria, un recurso siempre pronto para las aflicciones de su estado presente. En los fines de Dios en orden á Maria, todo era incomprehensible; pero la Divina voluntad era la unica solucion de sus dudas, y el mayor consuelo de sus penas. La causa, pues, de que la sumision á la Divina voluntad sea de tanto consuelo en las más difíciles circunstancias en que nos coloca es: Primeramente: El que es la voluntad de un Dios omnipotente; á quien todo es facil. 2. De un Dios sabio, que nada hace por casualidad; que vé las diferentes utilidades de las circunstancias en que nos coloca. 3. De un Dios bueno, amoroso, y misericordioso, que nos ama y quiere nuestra salvacion.

3. Los pesares acerca de lo pasado son la ultima causa de las inquietudes humanas: No nos acordamos de los desgraciados sucesos de nuestra vida sino con unas amargas reflexiones que emponzoñan la memoria: Continuamente nos argüimos de que nosotros mismos hemos sido los autores de nuestra desgracia. Tambien en esto nos sirve de modelo la sumision de Maria: Como no podia dudar de que hasta entonces la habia guiado la mano del Altisimo, no tiene trabajo en persuadirse á que es la misma quien la guía al Templo, ni en sujetarse al sacrificio y á la humillacion que Dios la pide: Esta es la grande ciencia de la fé: Lo pasado debiera servirnos de continua instruccion, en que debieramos estudiar la adorable voluntad

del Señor en orden al destino de los hombres: No obstante, la memoria de lo pasado, lejos de instruirnos, nos engaña, y no sirve de mas que de despertar en nosotros pasiones injustas. Todo pasa, todo desaparece, todo huye de nuestra vista, y nosotros no vemos á Dios en ninguna parte; no vemos en esto mas que las revoluciones mundanas. Los Patriarcas, muy diferentes de nosotros, veían á Dios en todas partes, y acordandose continuamente de los diferentes caminos por donde los habia conducido su sabiduria, admiraban en ella las disposiciones inefables de su providencia, y el orden de su adorable voluntad; y esta es la grande ciencia que nos enseñan nuestras Divinas escrituras: En las demás historias solo se ven las acciones de los hombres; pero en la historia de los libros Santos Dios solo es quien lo hace todo. Tambien nos enseña á no mirar las diferentes revoluciones que han agitado el Universo, mas que como la historia de los designios y voluntad de Dios para con los hombres; y esta es la instruccion que halla una alma fiel en la memoria de lo pasado, como tambien será de gran consuelo para los justos en el cielo el ver con claridad el orden admirable de la voluntad del Señor en todos los sucesos de su vida pasada; verán con qué bondad, con qué sabiduria hacia Dios que todo sirviese á la santificacion de los suyos; al mismo tiempo que los pecadores se sorprehenderán y desesperarán al ver que creyendo vivir sin yugo y sin Dios en este mundo, estaban, con todo eso, entre las manos de su sabiduria, que se servia de sus desordenes para el cumplimiento de sus eternos fines; Reflexion, que sola ella debiera llamar á todos los hombres á una continua sumision á la voluntad del Señor; pues que se sujeten ó no á su voluntad santa, es indubitable que siempre obran segun su disposicion, y asi aunque se re-

Oo 2

belen contra ella, no mudan los sucesos, ni hacen mas que multiplicar los delitos.

DIA DE LA PURIFICACION.

SEGUNDO SERMON ACERCA

de las disposiciones necesarias para consagrarse á Dios con una nueva vida.

Division. En este *Mysterio* aprendemos las disposiciones con que es necesario entrar para consagrarse á Dios con una vida absolutamente nueva: En él hallamos un espíritu de sacrificio en Jesu-Christo, que se ofrece á su Padre; y un espíritu de fidelidad en Maria, que le ofrece: estas son, pues, las disposiciones que hacen la conversion sincera y durable, y la ofrenda de nuestro corazon agradable á Dios. I. Un espíritu de sacrificio que nada reserve quando se ofrece. II. Un espíritu de fidelidad que en nada se contradiga quando le sirve.

I. Parte. Un espíritu de sacrificio que nada se reserve quando se ofrece. Aunque hoy no sea sacrificado Jesu-Christo en el Templo, el sacrificio que de sí mismo hace á su Padre no es menos verdadero; bien diferente en esto de los otros Primogenitos que ponian entre las manos de los Pontifices, y que presentaban en el Templo, mas para rescatarlos, que para consagrarlos al Señor. Pero Jesu-Christo desde que entra en el Templo, ya acepta y padece anticipadamente quanto ha de padecer algun dia por su Padre. Por eso, aunque lo que pasa hoy en el Templo

NO

no sea mas que una imagen del Calvario, la oblacion no es menos verdadera, dice San Bernardo.

I. Y así la primera condicion de nuestro Sacrificio, quando queremos entregarnos á Dios, ha de ser la realidad de la ofrenda; la Divina Clemencia, que despues del pecado podia pedirnos el Sacrificio de nuestra vida, ha conmutado esta pena; y el sacrificio continuo de la vida de los sentidos ha obtenido el lugar de la ley de muerte, impuesta á todos los fieles; ley que todos hemos aceptado en el Sagrado Bautismo, quando nos llevaron al Templo á ofrecernos al Señor: Esta es la vida del Christiano, una vida de abnegacion y de sacrificio: No obstante, ¿qué cosa es el consagrarse á Dios para la mayor parte de las almas, que apartandose de los desordenes del mundo, quieren servirle? No es otra cosa mas que aparentar un exterior mas religioso, y no vivir enteramente olvidados de Dios y de la religion: Pero si no sois ni menos ambiciosos, ni menos sensuales, ni menos delicados, &c. os ofreceis al Señor como los primogenitos de Israel, que siendo rescatados inmediatamente, no pertenecian á su herencia; es decir, que solo ofreceis á Dios un vil animal, unas obras exteriores, una apariencia de piedad, en lugar de vuestro corazon; y de vosotros mismos. Dios no puede contentarse con este trueque; es necesario que sea real el sacrificio; con todo eso la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los Cortesanos, son de esta calidad, y subsisten aún con todas las pasiones, no tan visibles á la verdad, pero siempre tan verdaderas. Nos hemos vuelto al Señor, pero aún nos agrada todo lo que antes nos agradaba; no hicimos entonces perfecto sacrificio, nos contentamos con quitar la piel de la victima, y con mudar el exterior, pero no hemos llegado á lo demás, y como nos mantenemos frequentando las cosas santas, como vivimos

esen-

belen contra ella, no mudan los sucesos, ni hacen mas que multiplicar los delitos.

DIA DE LA PURIFICACION.

SEGUNDO SERMON ACERCA

de las disposiciones necesarias para consagrarse á Dios con una nueva vida.

Division. En este *Mysterio* aprendemos las disposiciones con que es necesario entrar para consagrarse á Dios con una vida absolutamente nueva: En él hallamos un espíritu de sacrificio en Jesu-Christo, que se ofrece á su Padre; y un espíritu de fidelidad en Maria, que le ofrece: estas son, pues, las disposiciones que hacen la conversion sincera y durable, y la ofrenda de nuestro corazon agradable á Dios. I. Un espíritu de sacrificio que nada reserve quando se ofrece. II. Un espíritu de fidelidad que en nada se contradiga quando le sirve.

I. Parte. Un espíritu de sacrificio que nada se reserve quando se ofrece. Aunque hoy no sea sacrificado Jesu-Christo en el Templo, el sacrificio que de sí mismo hace á su Padre no es menos verdadero; bien diferente en esto de los otros Primogenitos que ponian entre las manos de los Pontifices, y que presentaban en el Templo, mas para rescatarlos, que para consagrarlos al Señor. Pero Jesu-Christo desde que entra en el Templo, ya acepta y padece anticipadamente quanto ha de padecer algun dia por su Padre. Por eso, aunque lo que pasa hoy en el Templo

NO

no sea mas que una imagen del Calvario, la oblacion no es menos verdadera, dice San Bernardo.

I. Y así la primera condicion de nuestro Sacrificio, quando queremos entregarnos á Dios, ha de ser la realidad de la ofrenda; la Divina Clemencia, que despues del pecado podia pedirnos el Sacrificio de nuestra vida, ha conmutado esta pena; y el sacrificio continuo de la vida de los sentidos ha obtenido el lugar de la ley de muerte, impuesta á todos los fieles; ley que todos hemos aceptado en el Sagrado Bautismo, quando nos llevaron al Templo á ofrecernos al Señor: Esta es la vida del Christiano, una vida de abnegacion y de sacrificio: No obstante, ¿qué cosa es el consagrarse á Dios para la mayor parte de las almas, que apartandose de los desordenes del mundo, quieren servirle? No es otra cosa mas que aparentar un exterior mas religioso, y no vivir enteramente olvidados de Dios y de la religion: Pero si no sois ni menos ambiciosos, ni menos sensuales, ni menos delicados, &c. os ofreceis al Señor como los primogenitos de Israel, que siendo rescatados inmediatamente, no pertenecian á su herencia; es decir, que solo ofreceis á Dios un vil animal, unas obras exteriores, una apariencia de piedad, en lugar de vuestro corazon; y de vosotros mismos. Dios no puede contentarse con este trueque; es necesario que sea real el sacrificio; con todo eso la mayor parte de las conversiones, particularmente entre los Cortesanos, son de esta calidad, y subsisten aún con todas las pasiones, no tan visibles á la verdad, pero siempre tan verdaderas. Nos hemos vuelto al Señor, pero aún nos agrada todo lo que antes nos agradaba; no hicimos entonces perfecto sacrificio, nos contentamos con quitar la piel de la victima, y con mudar el exterior, pero no hemos llegado á lo demás, y como nos mantenemos frequentando las cosas santas, como vivimos

esen-

esentos de los delitos grandes, como seguimos casi las mismas pisadas que los justos, falta poco para que creamos que somos justos como ellos; y esto no es por hipocresía, sino que perseveramos en el error con buena fé: Creemos haber hecho á Dios el sacrificio que nos pedía, aunque jamás hayamos hecho sacrificio alguno real y doloroso de nuestros sentidos, de nuestras inclinaciones, de nuestras esperanzas, de nuestras comodidades, de nuestras antipatías, &c. Desengañémonos, el sacrificio que Dios nos pide es el del corazón, y qualquiera otro no es sacrificio real.

2. Pero no basta el que la ofrenda de nuestro corazón sea real; la segunda condicion es que sea universal: Jesu-Christo (dice San Bernardo) sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos, toda su gloria, y aún su misma inocencia; no se queda con nada, dice este Santo Padre, para enseñarnos que por lo comun, todo el merito del sacrificio consiste en su integridad.

Nosotros es verdad que queremos volvernos á Dios, pero no queremos hacer de un golpe divorcio universal con el mundo; nos figuramos que es preciso vencernos en ciertos puntos antes de pasar á otros; pero unos principios tan tibios nunca son felices, ni pasan muy adelante; no sucede en la conversion lo que en los demás negocios de los hombres; quando no es entera, no subsiste. Es verdad que la piedad tiene sus progresos, y que cada dia se vá perfeccionando; pero primeramente debe destruirse en nuestro corazón el mundo, y quanto hay en él pecaminoso; todo lo que es incompatible con la vida Christiana debe arrojarse de un golpe. Jesu-Christo sacrifica hoy á su Padre todos sus títulos; y toda su gloria, siendo como es el verdadero Pontifice y el Redentor de Israel, comprando el derecho de entrar en el Templo, y siendo rescatado como qualquiera otro primogenito. Pero qué pocas veces sucede que usemos nosotros de esta gene-

rosidad, quando se trata de sacrificar al Señor las vanas distinciones que nos ensalzan á la vista de los hombres! Queremos que tengan tambien parte nuestros títulos en quanto hacemos por el Señor, y nunca nos gustan las obras de religion que nos confunden con la multitud.

Jesu-Christo sacrifica hoy á su Padre hasta su misma inocencia, para que nada falte á la integridad de su sacrificio. Parece en el Templo como pecador, y toma sobre sí la verguenza del pecado, de que está esento; y nosotros en los sacrificios que Dios nos pide, siempre queremos salvar una vana reputacion de inocencia y providad que hemos perdido.

3. La tercera condicion de nuestra ofrenda es el que sea voluntaria como la de Jesu-Christo. A la verdad, el sacrificio que hoy hace á su Eterno Padre es un respeto superabundante, por decirlo así, y no obligacion necesaria; pues la obra de la salvacion de los hombres, que le encargó su Padre, podia consumarse sin que añadiese á ella la verguenza de este primer paso; pero quería enseñarnos que una alma, que saliendo de los desordenes del mundo se consagra á Dios, no puede en el principio negarse á sí misma algunos santos excesos, y no cuida de entrar en cuentas con su Señor para saber lo que justamente le debe; y lejos de que la tibieza de su zelo espere siempre la obligacion inevitable para obrar, se forma ella misma una obligacion de todo quanto la inspira un santo zelo.

¿Pero dónde se hallan almas semejantes? Quando movidos de la gracia queremos volvernos á Dios, nuestro primer cuidado es buscar entre todos los modos de servirle el mas suave, y menos molesto á nuestro amor propio: lejos de abrazar los rigores de supererogacion, estudiamos al principio hasta donde puede llegar la condescendencia, para contenernos dentro

tro de estos peligrosos límites. ¡Qué poco amamos á nuestro Dios quando nos podemos señalar la medida del amor! Los principios de la verdadera penitencia no pueden ser, ni tan tibios ni tan mesurados.

II. Parte. *La segunda disposición de una alma que quiere entregarse á Dios debe ser un espíritu de fidelidad, que en nada se contradiga quando le sirve, y esto es lo que Maria Santisima nos enseña con su exemplo.*

Nuestras infidelidades tienen su origen. 1. De una prudencia de la carne, siempre ingeniosa para hallar inconvenientes que oponer á los fines de la gracia para con nuestra alma: 2. De una soberbia y secreta complacencia, que aún en los mismos dones del Espíritu Santo halla el escollo de la virtud: 3. Finalmente, de una peligrosa cobardía, que al ver los males de que está amenazada se consulta demasiado á sí misma, y mide sus obligaciones por su flaqueza: La fidelidad, pues, de Maria en este Misterio nos dá unas prodigiosas reglas para evitar estos escollos.

1. Siendo docil, no disputa: Nada oye de quanto pudiera decirse á sí misma para dispensarse de la ley de la Purificación, en la que publicamente se degradaba del honor de su Divina Maternidad, y ocultaba en su Hijo la gloria de su eterno origen, &c. Había aprendido en su retiro que el razonar demasiado en asunto de los fines de Dios, es un exceso de luz que deslumbra y extravía; y la vida de la fé siempre deja tinieblas y dificultades, para no quitar al alma justa el merito de su docilidad; pero son pocos los que imitan el exemplo de Maria, aún entre aquellos que tenemos por justos. En los intereses de la Gloria de Dios casi siempre nos valemos de pretextos para dispensarnos de su Santa Ley, y hallamos el secreto de disfrazarnos á nosotros mismos nuestras pasiones con el nombre de piedad. En una pa-
la.

labra, siempre que se trata de obrar bien, hallamos infinitos inconvenientes, y no pensamos en que nuestra obligación consiste en cumplir la ley que es clara; y cumplíendola, ya no son de nuestra cuenta los dudosos inconvenientes que nos parece percibir de lejos; esto toca al que nos manda obedecer, y pues los inconvenientes que nos parece divisar no le han obligado á mudar su ley, tampoco deben mudar nada en la fidelidad de nuestra obediencia.

La otra instruccion que aqui nos da la docilidad de Maria es, que elevada al grado mas sublime de la gracia no se desdeña de una ceremonia vulgar, no afecta caminos mas sublimes, mas espirituales, ni mas perfectos. Tambien debe temerse este escollo en la piedad; muchas veces nos parece tener una devocion mas ilustrada, y de mejor gusto, dexando para el pueblo simple y rustico los ejercicios mas comunes de la religion, autorizados por la pública piedad, y cuya sencillez parece que los destina para la multitud ignorante: Nos parece que quanto menos empleemos los sentidos y la carne en los ejercicios devotos, obramos mas segun el espíritu que es util para todo, y no pensamos en que todo ayuda á la verdadera piedad, y que á excepcion de las obras sin fervor, nada hay que sea pequeño ni imperfecto.

2 Siendo humilde Maria no se ensalza: es indubitable que fue ilustrada por el Altísimo en orden á toda la serie del Ministerio de su Hijo, y prueba de esto es su Divino Cantico; con todo eso no se desdeña de ser instruida por el Viejo Simeon: No manifiesta ansia de referir las grandes maravillas que en ella habia obrado el Señor. No hay, pues, cosa mas rara en la piedad que este prudente y modesto disimulo, que oculta sus propios dones, y manifiesta los ajenos.

3 Siendo generosa no desfallece: la anunciacion que una espada de dolor ha de atravesar su alma; que este Hijo que viene á presentar será expuesto como blanco á

los dardos, y contradicciones de la calumnia: No ofrecen á su entendimiento sino imagenes tristes y espantosas; con todo eso opone á unos tan funestos presagios una fé generosa y sumisa; como hija de Abraham imita su fidelidad y su valor; y en esto es muy poco imitado el exemplo de Maria; la piedad no arranca siempre del corazon, aun de los Padres mas Christianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos, y no siempre ofrecemos al Señor, como Maria, ni lo mejor, ni acaso lo que nos pedia; si un hijo parece mas á proposito que los demás para mantener la gloria de su nombre, y la pública estimacion, se le separa para la tierra; por mas que en su persona se manifiesten mil señales de una santa vocacion, se resiste al orden de Dios; se miran los mas santos movimientos de la gracia como ligerezas de la niñez, y sin apartarle abiertamente de un designio tan laudable, se le hace perder su vocacion con el pretexto de probarsela: No condeno por esto las precauciones de una christiana prudencia; pero condeno los vanos pretextos de la carne y de la sangre. A la verdad, quando en aquellos hijos que, ó por el orden de su nacimiento, ó por lo corto de sus talentos son menos á proposito para el mundo, y para llevar adelante la vanidad de vuestros proyectos, se hallan estos deseos de retiro, no sois tan mirados, ni poneis tantas dificultades; lejos de representarlos los inconvenientes de una eleccion temeraria, se la inspirais vosotros mismos: Por lo que de esto se sigue, que viene á ser herencia del Señor lo que habia de ser vergüenza de vuestras familias. Despues de esto procedéis muy injustamente quando del desorden é ignorancia de las personas consagradas á Dios tomáis motivo para censurar y burlarlos: ¿No han sido las manos de vuestra codicia las que han colocado en el Altar estos despreciables Idolos á quienes insultais? Si no hubiera en la Iglesia tantos Padres avaros, ambiciosos, é injustos, no se vieran en ella tantos Ministros mundanos, escandalosos, é

ignorantes. Estas son las instrucciones que descubre la fé en este Mysterio. Consagremonos, pues, hoy al Señor con Jesu-Christo, pero consagremonos sin reservar nada, y correspondamos con fidelidad, como Maria, á los designios de Dios para con nosotros.

—————
 PARA EL MYSTERIO
 DE LA ENCARNACION.

Division. El mundo no conoce mas verdadera grandeza que la que se manifiesta á los sentidos; mas felicidad que el vivir en los placeres; mas razón que la suya: Estos son los tres principales errores que forman propiamente toda la prudencia humana, y los que confunde la Sabiduría de Dios, oculta en este Mysterio de la Encarnacion. I. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. II. Un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos. III. Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y hace á la misma fé razonable.

I. Parte. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. Para entenderlo bien reparemos primero en quales son los principales caracteres de la humana soberbia, y veamos despues la oposicion que tienen con el abatimiento del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza.

I El primer carácter de la soberbia es aquel error, que hace que salgamos, por decirlo así, de nosotros mismos, y que para borrar en nosotros el interior y humilde dictamen de nuestra miseria, busquemos con complacencia en las cosas exteriores las riquezas, los titulos, el nacimiento, &c. una gloria cuyo origen solo debiera ha-

los dardos, y contradicciones de la calumnia: No ofrecen á su entendimiento sino imagenes tristes y espantosas; con todo eso opone á unos tan funestos presagios una fé generosa y sumisa; como hija de Abraham imita su fidelidad y su valor; y en esto es muy poco imitado el exemplo de Maria; la piedad no arranca siempre del corazon, aun de los Padres mas Christianos, el amor carnal y desordenado á sus hijos, y no siempre ofrecemos al Señor, como Maria, ni lo mejor, ni acaso lo que nos pedia; si un hijo parece mas á proposito que los demás para mantener la gloria de su nombre, y la pública estimacion, se le separa para la tierra; por mas que en su persona se manifiesten mil señales de una santa vocacion, se resiste al orden de Dios; se miran los mas santos movimientos de la gracia como ligerezas de la niñez, y sin apartarle abiertamente de un designio tan laudable, se le hace perder su vocacion con el pretexto de probarsela: No condeno por esto las precauciones de una christiana prudencia; pero condeno los vanos pretextos de la carne y de la sangre. A la verdad, quando en aquellos hijos que, ó por el orden de su nacimiento, ó por lo corto de sus talentos son menos á proposito para el mundo, y para llevar adelante la vanidad de vuestros proyectos, se hallan estos deseos de retiro, no sois tan mirados, ni poneis tantas dificultades; lejos de representarlos los inconvenientes de una eleccion temeraria, se la inspirais vosotros mismos: Por lo que de esto se sigue, que viene á ser herencia del Señor lo que habia de ser vergüenza de vuestras familias. Despues de esto procedeis muy injustamente quando del desorden é ignorancia de las personas consagradas á Dios tomais motivo para censurar y burlarlos: ¿No han sido las manos de vuestra codicia las que han colocado en el Altar estos despreciables Idolos á quienes insultais? Si no hubiera en la Iglesia tantos Padres avaros, ambiciosos, é injustos, no se vieran en ella tantos Ministros mundanos, escandalosos, é

ignorantes. Estas son las instrucciones que descubre la fé en este Mysterio. Consagremonos, pues, hoy al Señor con Jesu-Christo, pero consagremonos sin reservar nada, y correspondamos con fidelidad, como Maria, á los designios de Dios para con nosotros.



PARA EL MYSTERIO DE LA ENCARNACION.

Division. El mundo no conoce mas verdadera grandeza que la que se manifiesta á los sentidos; mas felicidad que el vivir en los placeres; mas razon que la suya: Estos son los tres principales errores que forman propiamente toda la prudencia humana, y los que confunde la Sabiduria de Dios, oculta en este Mysterio de la Encarnacion. I. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. II. Un Dios cargado de nuestros dolores hace amables los trabajos. III. Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y hace á la misma fé razonable.

I. Parte. Un Dios anonadado ensalza los abatimientos. Para entenderlo bien reparemos primero en quales son los principales caracteres de la humana soberbia, y veamos despues la oposicion que tienen con el abatimiento del Hijo de Dios en su union con nuestra naturaleza.

I El primer carácter de la soberbia es aquel error, que hace que salgamos, por decirlo así, de nosotros mismos, y que para borrar en nosotros el interior y humilde dictamen de nuestra miseria, busquemos con complacencia en las cosas exteriores las riquezas, los titulos, el nacimiento, &c. una gloria cuyo origen solo debiera ha-

flarse en nosotros mismos. Pero las circunstancias exteriores de la Encarnacion del Verbo corrigen en los hombres este primer error: Entre todos los Mysterios, el de la Encarnacion habia sido anunciado con mayor pompa y magnificencia: Con todo eso no hay cosa mas oculta á los ojos corporales, que lo que está pasando hoy en Nazareth: No baxa mas que un Angel solo, y este baxo la simplicidad de la figura humana: Es enviado á una Doncella que no tiene en su Tribu mas distintivo que su pudor y su inocencia: Nazareth, en donde se obra este mysterio, es la ciudad mas despreciable de Judá: Nadie, ni aun el mismo Josef, Esposo de Maria, está noticioso de la celestial Embaxada: En los demás Mysterios los abatimientos del Verbo están mezclados con resplandor y grandeza; en este todo es obscuro, nada hay que hable á los sentidos, porque en él el fin de la Divina Sabiduria es corregir los errores, y substituir los nuevos caminos de la fé á las antiguas ilusiones de la prudencia humana. A la verdad, en este Mysterio aprendemos que la inocencia y la virtud son las unicas riquezas del hombre; que todo el merito del alma fiel está oculto en su corazon; en una palabra, que la grandeza que unicamente existe fuera de nosotros, no es mas que un prestigio que nos burla, y que solamente es grande aquel que es Santo; ¡ojalá no fuera todavia ignorada en el mundo esta prudencia!

2 El segundo carácter de la humana soberbia es aquella flaqueza que en nada estima el merito de la misma virtud mientras que está oculto, y que solamente aborrece en el vicio la confusion y el oprobrio; como si los hombres no pudieran ser grandes, ó despreciables, sino en la idea de los otros hombres. Pero el Verbo, anonadandose en este Mysterio, confunde esta vana atencion á los juicios humanos, no viniendo á la tierra el Hijo de Dios sino para glorificar á su Padre, y recobrar en los corazones de los hombres los honores que le habian

qui-

quitado las criaturas; este intento pedia al parecer que se les manifestase con toda su gloria: No obstante, no quiere triunfar de nuestros corazones con el resplandor y Magestad, sino con los abatimientos y oprobrios; óculto todo quanto en sí es; en una palabra, se manifiesta anonadado en todos sus titulos: ¿De qué proviene esta tan extraordinaria conducta? Dejemos aparte las demás razones de la obscuridad de su ministerio, las que nos hacen al caso son: 1. Que queria enseñar á los Ministros encargados de la distribucion de su Evangelio, á que no mudasen nada del orden de Dios en las funciones de su Ministerio, con el pretexto de conciliar mas facilmente á su palabra los votos de los hombres; y á no creer que Dios es mas glorificado por la gracia que á ellos les resulta: 2. Queria enseñar á los fieles, que los juicios de los hombres nunca debian decidir en orden á sus obligaciones: Que en el servicio de Dios no debemos atenernos á lo que el mundo aprueba, sino á lo que Dios nos manda: Que el desprecio es el mas seguro asilo de la virtud: No obstante, en esto ponemos poco cuidado; aun los Justos hacen mucho caso de los honores; les mueve muy poco lo que hacen en secreto, y en la presencia de Dios; solo parece que les mueve lo que hacen á vista de los hombres, y las mas veces ¡ó Dios mio! hallan mas gusto en las falsas virtudes que se les atribuyen, que confusion en la verdad que les da á conocer sus defectos y verdaderas miserias.

El ultimo carácter de la soberbia es aquella impostura de vanidad, que busca la gloria aun en los mismos abatimientos; porque casi no hay humildad verdadera, y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario, que solo se dirija á la humildad. Ved, pues, los escollos que nos enseña á evitar el Verbo con sus abatimientos en este Mysterio. Se reviste de la semejanza del pecado, pero para llevar sobre sí toda la verguenza; se carga con nuestras iniquidades, pero para ser la victima de ellas; quiere ser

ser

ser tenido por Samaritano, y por enemigo de la ley, pero es para ser castigado como engañador: finalmente, se esconde quando lo quieren aclamar por Rey, pero es para morir como un vil esclavo. ¿Y nosotros? ¡Ah! Las obras de humildad casi nunca nos agradan, sino en quanto esperamos que cederán en gloria nuestra. Con todo eso, despues que Dios se anonadó, ¿hay en el nombre cosa mas injusta que el querer ensalzarse de qualquier modo que sea?

II. Parte. *Un Dios cargado de nuestros dolores nos debe hacer amables los trabajos.* El hombre inocente debia vivir una vida feliz y tranquila, pero el hombre pecador nació para padecer: No obstante, el deleyte es todavia la inclinacion dominante de este pecador; y condenado á padecer, jamas ha podido amar los trabajos: Era, pues, necesario que un grande exemplo le hiciese amable lo que no podia evitar, y que un Dios lo padeciese todo por salvar al hombre, para que el hombre aprendiese y amase los trabajos para aplacar á su Dios. Por eso el ministerio del Verbo Encarnado es un ministerio de Cruz y de trabajos. No anuncia mas que Cruces y tribulaciones; no llama felices sino á los que padecen; y temiendo el que algun dia se diesen á sus máximas interpretaciones favorables al amor propio, quiso espirar entre los brazos del dolor, y su doctrina no es mas que la relacion de sus exemplos. Supuesto, pues, que el Verbo, que solamente encarnó para enseñarnos el camino del Cielo, y satisfacer por nosotros á la divina justicia, pasó en la tierra una vida triste y llena de trabajos, no puede lisonjarse el Christiano de que ha de llegar á la salvacion por caminos faciles y suaves, porque siendo un hombre Dios, Cabeza de los Christianos, no podemos aspirar á la salvacion sino como miembros suyos, ¿y en qué consiste el ser miembros de Jesu Christo? En seguir la suerte de nuestra Cabeza, y conformarnos con ella: Pasar, pues, toda la vida

da entre costumbres sensuales, y entregarse continuamente á todos los placeres, con tal que no presenten algun delito grave, ¿es conformarse con Jesu-Christo, y vivir como él vivió? ¿Es esto estar animados de su Espiritu? Aquellos hombres Apostolicos que vinieron los primeros á anunciar á Jesu Christo á nuestros Padres, no los hablaron de este modo: El Espiritu de Jesu-Christo es un santo deseo de trabajos, un continuo cuidado en mortificar el amor propio, y quitar á los sentidos todas las inutiles mitigaciones. Este es el fondo del Christianismo, y el espirtu de Jesu Christo; si no tenéis este espirtu, sería inutil el que estuvieseis libres de mas graves delitos; no sois de Jesu Christo, y no tenéis parte en su reyno.

Pero lo que puede servirnos de consuelo es, que aunque Jesu-Christo con solo el carácter de su ministerio nos manda la violencia y la abnegacion, nos hace al mismo tiempo amable la cruz que nos impone: el padecer en la tierra siempre habia de ser para nosotros una suerte inevitable, pero sin Jesu-Christo hubiera el hombre padecido sin consuelo y sin merito. Vino, pues, á suavizar y santificar nuestros trabajos. 1. Su exemplo los quita todo el abatimiento y desprecio, y despues que él padeció, deleyta el padecer, y es cosa gloriosa el seguir sus pasos. 2. Su gracia suaviza quanto tienen de amargo la abnegacion y la violencia. Convento en que el negarse continuamente á sí mismo; el no amar el fausto, la magnificencia, la diversion, los placeres; reducirse á una modestia sencilla y christiana, y contener todas estas inclinaciones en el silencio, en la oracion, y en el retiro es algo trabajoso; pero el origen de los verdaderos placeres no está en los sentidos, sino en el corazon; en este es donde Jesu-Christo pone el remedio y la dulzura de su gracia; quando en lo exterior todo parece triste, áspero, y doloroso para una alma fiel, un invisible consolador reem-
pla-

plaza estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazón carnal del hombre. 2. Las promesas de Jesu-Christo quitan á los trabajos su inutilidad, y todo el motivo de desesperacion: antes que el Señor se manifestase en nuestra carne se padecía por la fama, por la Patria, &c. pero la soberbia era un desquite muy débil en los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser feliz; pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, espera una eternidad; aun quando sus penas no tuvieran consuelo acá en la tierra, las suavizaria solamente la esperanza que está escondida en su seno. Un Dios hecho Hombre es el fiador de su confianza; sus trabajos hallan en Jesu-Christo un premio y un mérito digno de Dios: ¿Es necesario mas para que nos sean amables?

III. Parte. *Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y aun hace razonable á la fé.*

Hoy está lleno el mundo de Christianos Filósofos, y de fieles jueces de la fé; todo se mitiga; de todo se filosofa; queremos penetrar los Decretos de Dios en orden á los fines de los hombres; hallamos inconvenientes en la historia venerable de nuestros libros santos, &c. Pero despues que adoramos á un Dios hecho Hombre es locura, dice un Santo Padre, querer discutir acerca de lo que la religion nos propone como inaccesible á la razon; ya no hay cosa tan incompreensible, que no la allane y haga creible Jesu-Christo Hombre y Dios. Y asi, ó negad á Jesu-Christo, ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podéis comprehender; despues del Mysterio de Dios Hombre no puede la fé proponernos cosa mas elevada ni mas inaccesible á la humana razon: Meditemos, pues, este Mysterio de Jesu-Christo Dios y Hombre; él ilustrará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, dandonos á conocer la necesidad de la fé: Imitemos á Maria, que en un Mysterio

en que todo es nuevo é incompreensible del que nada halla en la historia de las maravillas del Señor, que con su semejanza pueda asegurarla, en vez de dudar como Zacharias, no busca mas seguridad de su fé, que la omnipotencia y verdad del que se la pide.



VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO Señor Jesu-Christo.

Division. *La oposicion á la verdad ha sido siempre el carácter mas esencial del mundo; pero la muerte de Jesu-Christo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y al mismo tiempo el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.*

I. Parte. *La muerte de Jesu-Christo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad.* Esto es, á la verdad de su doctrina, de las escrituras, de sus milagros, de su inocencia, y de su reyno.

1. Oposicion á la verdad de su doctrina: El respeto humano es quien forma esta oposicion, aun en sus discipulos: ¿Qué otra cosa era su doctrina, sino una disposicion para la Cruz y los trabajos? Con todo eso, luego que el mundo se declara contra él, titubean sus discipulos, y se desaniman: y ved aqui quanto los ciega el respeto humano, y el temor del mundo en orden á la verdad de su doctrina. En Judas forma un pérfido, que hace traycion á su Divino Maestro, y se junta á sus enemigos para perderle: Este mismo respeto humano es causa de la desercion de los demás discipulos; y el mismo Pedro, que lejos de los peli-

plaza estas amarguras con unas delicias que jamás gustó el corazón carnal del hombre. 2. Las promesas de Jesu-Christo quitan á los trabajos su inutilidad, y todo el motivo de desesperacion: antes que el Señor se manifestase en nuestra carne se padecía por la fama, por la Patria, &c. pero la soberbia era un desquite muy débil en los trabajos, particularmente para el hombre que quiere ser feliz; pero el fiel que padece, que se castiga á sí mismo, que lleva su cruz, espera una eternidad; aun quando sus penas no tuvieran consuelo acá en la tierra, las suavizaria solamente la esperanza que está escondida en su seno. Un Dios hecho Hombre es el fiador de su confianza; sus trabajos hallan en Jesu-Christo un premio y un mérito digno de Dios: ¿Es necesario mas para que nos sean amables?

III. Parte. *Un Dios unido al hombre hace callar á la razon, y aun hace razonable á la fé.*

Hoy está lleno el mundo de Christianos Filósofos, y de fieles jueces de la fé; todo se mitiga; de todo se filosofa; queremos penetrar los Decretos de Dios en orden á los fines de los hombres; hallamos inconvenientes en la historia venerable de nuestros libros santos, &c. Pero despues que adoramos á un Dios hecho Hombre es locura, dice un Santo Padre, querer discutir acerca de lo que la religion nos propone como inaccesible á la razon; ya no hay cosa tan incompreensible, que no la allane y haga creible Jesu-Christo Hombre y Dios. Y asi, ó negad á Jesu-Christo, ó confesad que Dios puede hacer lo que vosotros no podéis comprehender; despues del Mysterio de Dios Hombre no puede la fé proponernos cosa mas elevada ni mas inaccesible á la humana razon: Meditemos, pues, este Mysterio de Jesu-Christo Dios y Hombre; él ilustrará nuestra razon acabando de confundirla, y nos guiará á la inteligencia, dandonos á conocer la necesidad de la fé: Imitemos á Maria, que en un Mysterio

en que todo es nuevo é incompreensible del que nada halla en la historia de las maravillas del Señor, que con su semejanza pueda asegurarla, en vez de dudar como Zacharias, no busca mas seguridad de su fé, que la omnipotencia y verdad del que se la pide.



VIERNES SANTO.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO Señor Jesu-Christo.

Division. *La oposicion á la verdad ha sido siempre el carácter mas esencial del mundo; pero la muerte de Jesu-Christo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad, y al mismo tiempo el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.*

I. Parte. *La muerte de Jesu-Christo es la mayor prueba de la oposicion del mundo á la verdad.* Esto es, á la verdad de su doctrina, de las escrituras, de sus milagros, de su inocencia, y de su reyno.

1. Oposicion á la verdad de su doctrina: El respeto humano es quien forma esta oposicion, aun en sus discipulos: ¿Qué otra cosa era su doctrina, sino una disposicion para la Cruz y los trabajos? Con todo eso, luego que el mundo se declara contra él, titubean sus discipulos, y se desaniman: y ved aqui quanto los ciega el respeto humano, y el temor del mundo en orden á la verdad de su doctrina. En Judas forma un pérfido, que hace traycion á su Divino Maestro, y se junta á sus enemigos para perderle: Este mismo respeto humano es causa de la desercion de los demás discipulos; y el mismo Pedro, que lejos de los peli-

gros se ofrecia á todo, fiando de su valor, falta en la prueba de una tentacion tan peligrosa, no se atreve á declararse por discipulo del Salvador, y finge ignorar hasta el Divino Nombre de su Maestro: *Non novi hominem.*

2. Oposicion á la verdad de las Escrituras, y esto es lo que ocasiona la envidia de los Sacerdotes y Doctores: Jesu-Christo los habia remitido muchas veces á las Escrituras, como al testimonio menos sospechoso de la verdad de su ministerio; este testimonio era claro, pues se habian cumplido las predicciones de los Profetas, pero la envidia que los ciega, vence á la verdad que los ilustra; y ved aqui todos los caracteres de esta injusta pasion. 1. La mala fé; no pueden disimularse á sí mismos la verdad de sus prodigios, y en vez de reconocerle por el Mesías, se preguntan, ¿qué hemos de hacer? ¿*Quid facimus, quia hic homo multa signa facit?* 2. La bajeza: Ellos mismos buscan secretamente un testigo falso contra Jesu-Christo. 3. La obstinacion: Estos Jueces corrompidos entregan al Salvador á la insolencia y furor de sus criados y Ministros. 4. Finalmente: El sacrificio de los intereses de la Patria: los que detestaban el yugo de los incircuncisos, los que se gloriaban antes de no haber sido nunca vasallos ni esclavos de nadie, protestan que no tienen mas Rey que el Cesar.

3. Oposicion á los milagros del Salvador: Una ingratitude sin medida es la que introduce esta en el pueblo; quando eran testigos de tantos prodigios como habia obrado en su presencia, le seguian en tropel con sus discipulos; quando los alimentó con un sustento milagroso en el Desierto, quisieron proclamarle por su Rey; y este mismo pueblo enfurecido se declara hoy contra Jesu-Christo, le persigue como á un sedicioso, y pide á Pilatos su muerte.

4. Oposicion á la verdad de su inocencia: Y esta

es

es la que produce en Pilatos una ambicion ciega; traen arrastrando al Salvador del mundo á la presencia de este infiel Magistrado; todo prueba á Pilatos su inocencia; él mismo la confiesa; pero le amenazan con la desgracia del Cesar, y ved aqui todos los obstaculos que una ambicion soberbia pone en su corazón á la verdad, que él no pudo ocultarse á sí mismo. 1. Un obstaculo de disimulo, y de mala fé: en vez de dar libertad absolutamente á Jesu-Christo propone arbitrios para salvarle, y dá á entender contra lo que le dicta su conciencia, que necesita de gracia. 2. Un obstaculo de aborrecimiento contra la verdad, que hace que le sea molesta: turbado con la preferencia que dan los Judios á Barrabás, pregunta qué ha de hacer de Jesus, á quien llaman Christo? 3. Un obstaculo de hipocresía, que hace que la misma verdad sirva á los fines de la ambicion: vuelve á enviar á Jesus á Herodes, no por conservar la vida al inocente, sino por recobrar la amistad que habia perdido con este Principe. 4. Un obstaculo de falsa conciencia, que hace que sacrificando la verdad á los intereses humanos, todavia nos parezca que nada tenemos que reprehendernos; viendo Pilatos que los arbitrios no producian otro efecto, que el de encender mas y mas el furor de los Judios, entrega por ultimo el Salvador á su venganza, pero al mismo tiempo lava sus manos: consiente en que muera, pero declara que no tiene parte en la muerte del Justo.

5. Oposicion á la verdad de su Reyno: Y esta es la que produce en Herodes su impiedad; al principio desea por pura curiosidad ver á aquel Hombre de quien publicaba la fama cosas tan maravillosas; se promete que él mismo ha de ser testigo; hace á Jesu-Christo mil preguntas inútiles, pero despues no viendo milagro alguno, y no pudiendo sacarle ni una sola palabra, le desprecia, y toda su Corte sigue su exemplo.

Qq 2

II.

II. Parte. *La muerte de Jesu-Christo es el mayor testimonio de la verdad contra el mundo.*

1. La muerte de Jesu-Christo dá testimonio á la verdad de las Escrituras: Es la llave sagrada que abre los siete Sellos de aquel Libro cerrado; porque sin la solución de este gran Sacrificio los Libros Santos son incomprendibles; pero la muerte de Jesu-Christo los dá nueva claridad; con el socorro de este Mysterio se vén patentemente todas las figuras, se descubre el espíritu de todas las ceremonias, se conoce el sentido de todas las Profecías, y se vé la verdad y Divinidad de nuestros Libros Santos.

2. Dá testimonio á la verdad de su doctrina, confirmandola con sus oprobrios y trabajos; toda la doctrina del Salvador parecia reducirse á humillar el espíritu, y mortificar los sentidos; y como ningun Philosopho hasta él habia anunciado á los hombres, que era necesario ir á la felicidad por el camino de los desprecios y trabajos, era preciso que el exemplo del Salvador confirmase la novedad de sus preceptos, lo que hizo con los abatimientos y trabajos de su muerte, por lo que nuestra impenitencia nada tiene que poder oponer al grande exemplo que hoy nos dá

3. Jesu-Christo dá testimonio en la Cruz á la verdad de sus milagros, renovandolos; y esto, no tanto abriendo los sepulcros, rompiendo los peñascos, obscureciendo el Sol, &c. como convirtiendo á un perverso que espira á su lado; mudando el corazón del Centurion, que preside al suplicio, y obligandole á que confiese públicamente su poder y su Divinidad; y moviendo á los que asistieron á su muerte: Este es el gran milagro de la muerte de Jesu-Christo, la conversión de los mayores pecadores.

4. Jesu-Christo dá testimonio en la Cruz á la verdad de su inocencia y de su santidad, rogando por sus enemigos: A la verdad; el carácter menos equi-

voco de la santidad es el amor á los que nos ultrajan, y rogar por la salud de los que nos persiguen: ved, pues el gran testimonio que dá hoy Jesu-Christo de su inocencia; muere por los que le crucifican, y muere pidiendo gracias á su Padre por sus enemigos: *Padre, perdonadlos, porque no saben lo que hacen.*

5. Jesu-Christo dá testimonio á la verdad de su Reyno, conquistando al mundo con su Cruz. El mundo le habia disputado el resplandor y realidad de su Reyno; no le habia tratado como á Rey, sino por burla; todas las insignias de su reynado habian sido nuevos oprobrios; pero hoy aquellas señales tan despreciables de un reynado tan abatido, son las señales gloriosas de su poder y de su Imperio. El reyno, y el poder de los Reyes de la tierra acaba con ellos; el Reyno de Jesu-Christo no empieza á resplandecer hasta su muerte; y sus oprobrios son el primer origen de sus grandezas y de su gloria. A la verdad, despues que murió, todo el mundo reconoce su Soberanía; su Cruz triunfa en el cielo y del infierno; de la ceguedad de los Judios, de la incredulidad de los Gentiles, de la barbaridad de los verdugos, y aún de la obstinación de un pecador proximo á morir.



PARA EL DIA

DE PASQUA.

SOBRE LA RESURRECCION de nuestro Señor.

Division. Jesu-Christo muere por nuestros pecados, y resucita por nuestra justificacion. I. porque la Resurreccion de Jesu-Christo nos anima á perseverar en la gracia recibida. II. Porque nos enseña á perseverar en ella: La Resurreccion de Jesu-Christo es el motivo, y el modelo de nuestra perseverancia.

I. Parte. La Resurreccion de Jesu-Christo nos anima á perseverar en la gracia recibida. A la verdad, las principales raíces de la inconstancia de los hombres en los caminos de Dios se hallan, ó en la flaqueza de la fé, ó en la tibieza de la esperanza; pero la piedad Christiana halla en el Mysterio de la Resurreccion preservativos contra estos dos escollos, y motivos muy poderosos para perseverar en la gracia.

1. La piedad halla en la Resurreccion de Jesu-Christo preservativos contra la debilidad de la fé, y contra aquel genero de incredulidad que casi siempre antecede al pecado; porque este Mysterio es el gran testimonio de fé Christiana: En él hallan los demás Mysterios su verdad y su certidumbre; porque si Jesu-Christo resucitó, nuestra fé es cierta, la doctrina del Evangelio es Divina, y sus promesas son infalibles: A la verdad, si Jesu-Christo resucitó, luego era un enviado del cielo para anunciar á los hombres la doc-
tri-

trina de la salvacion; porque Dios que es fiel y verdadero, no hubiera querido autorizar la impostura, revisiendola con el caracter de la verdad; luego todo lo que nos anunció es verdadero: Resucitó, pues, Jesu-Christo. Este gran Mysterio le probamos á los incredulos. 1. Con las mismas precauciones que tomaron sus enemigos despues de su muerte. 2. Con la deposicion de los Soldados. 3. Con las apariciones del Salvador. 4. Con las dudas de los Apostoles antes de creer este milagro, y con lo que despues padecieron por dar testimonio á la verdad. Y esto es lo que mantiene la fé del hombre justo; vé en este Mysterio de la Resurreccion toda la religion asegurada; confirmados los castigos con que amenaza; infalibles sus promesas; necesarios sus preceptos, &c. ¿Qué cosa, pues, mas propia para poner freno á la inconstancia del corazon humano, y para establecer en él una piedad sólida y durable, que estas grandes verdades? Por eso los discipulos, testigos de la Resurreccion de Jesu-Christo, son constantes, y perseveran hasta el fin en la oracion, y en el ministerio de la Santa Palabra.

Pero nosotros somos los hijos de los Santos, que vieron á Jesu-Christo resucitado, y que le adoraron en el Santo Monte de Galilea: hemos visto con sus ojos, y tocado con sus manos, ¿pues por qué nos hemos de volver atrás? Si este Mysterio hace á nuestra fé cierta é inconstable, ¿por qué ha de haber aún inconstancias en nuestro corazon? Si despues de tantas pruebas seria cosa monstruosa el no creer, como dice San Agustin, no lo es menos el creer, y vivir como si no creyeseamos.

2. La piedad halla en la Resurreccion de Jesu-Christo preservativos contra la tibieza de la esperanza. 1. Asegura nuestra esperanza: 2. la consuela: 3. la corrige.

1. La Resurreccion de Jesu-Christo asegura nuestra esperanza, porque sabemos, como dice el Apostol, que
al-

algun día hemos de ser semejantes á él, y que hemos de seguir la suerte de nuestra cabeza; que sería inútil su Resurreccion, si nosotros no hubieramos de resucitar con él: Sabemos que nuestros hermanos que nos han precedido con la señal de la fé, y que duermen en Jesu-Christo el sueño de la paz, no han perecido sin remedio, aunque hayan desaparecido de nuestra vista. ¿qué motivo tan poderoso es para confirmar á una alma en la gracia, y en el servicio de Dios, la memoria de estas verdades! Supuesto, pues, que hemos de resucitar para nunca mas morir, no debemos permitirnos cosa alguna que no sea digna de la feliz eternidad.

2. Consuela nuestra esperanza: Si la piedad tiene sus suavidades, tambien tiene sus amarguras, pues la virtud no se conserva sino con continuos combates y sacrificios, y si aflojais un instante estais perdidos. En estas peligrosas experiencias nada sostiene y consuela tanto al alma fiel, como la esperanza de la resurreccion. Conoce que este cuerpo de pecado que la oprime será muy presto semejante al de Jesu-Christo glorioso y resucitado; no hay trabajo de los que la suceden por parte de las criaturas, que no halle consuelo en esta esperanza: Con esta esperanza veía Job tranquilamente en su muladar caerse á pedazos su cuerpo; con esta esperanza, los Apostoles, y los primeros fieles se regocijaban en las tribulaciones; les parecia ver llegar continuamente á Jesu-Christo desde lo alto de los ayres; por eso en medio de los tormentos desafiaban con un santo valor á la barbaridad de los tiranos: Este era el espíritu de aquellos felices siglos: No se habia aún descubierto aquella vana espiritualidad, que prohíbe estos divinos consuelos de la virtud. Verdaderamente que sería muy digno de compasion el justo, si no hubiera para él mas esperanza que la de esta vida. El Evangelio, en algun sentido, no ha-

hace sino desgraciados segun el mundo; y si despues de esta vida nada hay que esperar, no hay desgracia que iguale á la de un discípulo de Jesu-Christo. Por eso no hay regla mas segura que esta para conocer si unio es verdadero discípulo de Jesu-Christo, ó hijo del siglo; ¿Acaso seriais dignos de lastima si no hubiera Resurreccion que esperar? ¿Si no esperarais mas que una aniquilacion eterna despues de esta vida, os hacéis mucha violencia en ella, para decir con el Apostol: *Si no esperamos en Jesu-Christo mas que para esta vida, somos los mas desgraciados de todos los hombres.* ¿Aun quando la religion no fuera mas que un sueño, sería mucho vuestro engaño en las medidas que tomáis? Los primeros fieles tenían derecho para decir, que si Jesu-Christo no habia resucitado todo lo habían perdido; aquellos fieles que todo lo sacrificaban á esta esperanza, y no tenían mas consuelo en la tierra: pero vosotros que no sacrificais á las promesas de la fé ni deleytes, ni gustos, ni superfluidades, ¿sois, por ventura mas ó menos dignos de lastima, que Jesu-Christo haya ó no resucitado? Con todo eso, desde que vivís así no sois Christianos.

3 Corrige nuestra esperanza, porque nos propone los medios unicos que nos dan derecho para esperar, enseñandonos que es imposible buscar nuestra felicidad en la tierra, y esperar en Jesu-Christo. Pero además de esto, como una de las causas mas comunes de nuestras recaídas, despues de la solemnidad, es persuadirnos que es fácil el volver á la gracia, y de este modo esperar contra la esperanza: El Mysterio de la Resurreccion de Jesu-Christo corrige este error tan comun y peligroso; porque en suposicion de que el beneficio de la Resurreccion no fue en Jesu-Christo sino el premio del mas doloroso de todos los sacrificios, y que su Resurreccion es el modelo de la nuestra,

debemos inferir que si recaemos, será preciso pasar por terribles pruebas para llegar á la renovacion de la penitencia: ¿Y se nos concederá acaso la gracia de una segunda penitencia? ¿Una gracia que es tan rara? Conservemos, pues, un tesoro tan precioso y tan difícil de recobrar.

II. Parte. *La Resurreccion de Jesu-Christo nos enseña á perseverar: Es el modelo de nuestra perseverancia: Jesu-Christo resucitado de entre los muertos no vuelve á morir, dice el Apostol; la muerte no tiene ya dominio sobre él, porque su Resurreccion encierra una renovacion entera y perfecta, y nada tiene de terreno quando sale del Sepulcro; y se absorbió á la muerte en su propia victoria. Este es el modelo y el medio de nuestra perseverancia. ¿Queremos no recaer? Es necesario que quanto habia en nosotros de terreno y mortal quede destruido, y que seamos unos hombres del todo renovados y celestes: No obstante, el error común mira el tiempo de la Pasqua como tiempo de floxedad y de descanso; pero es todo al contrario: Si quereis conservar la gracia de la Resurreccion, debe ser para vosotros un tiempo de renovacion y de fervor: Las razones son las siguientes.*

1. Si creéis poderos permitir costumbres mas suaves, y un uso mas libre de los placeres en el tiempo de la Pasqua, porque la Iglesia se manifiesta llena de regocijos en este santo tiempo, reflexionad que la alegría de la Iglesia solo se funda en la victoria que Jesu-Christo, y todos los fieles con él, alcanzan hoy del pecado; y así, si aun estais baxo su imperio, ella está todavia cubierta de un luto invisible, y gime en secreto en la presencia de su Esposo: Por otra parte, el tiempo de la vida presente no es el tiempo de su alegría; gime en él continuamente; suspira sin cesar por su libertad; y sus canticos de alegría no

son mas, que deseos de la eternidad, y vivas ansias de reunirse con la Iglesia del cielo: ¿Ved si teneis parte en el espíritu de la Iglesia, haciendo consistir el privilegio de la Resurreccion en un uso mas libre de los placeres, y en la menor frecuencia de las oraciones y demás obligaciones de la religion?

2. Si despues de una vida delincente habeis tenido la dicha de recobrar en estos dias vuestra inocencia con la gracia de los Sacramentos, sois nuevos hijos de la gracia: En este estado, pues, de infancia y de debilidad, en el que son mas faciles los engaños, ¿no necesitáis de mas socorros, y de mas precauciones para manteneros? Por otra parte, si no haceis mas que acabar de salir de vuestras perversas costumbres, se sigue que nada habeis hecho para expiarlas: Es verdad que habeis gemido en el Tribunal de la penitencia, pero no son estos los unicos frutos de este Sacramento: ¿Aun no habeis empezado á expiar vuestros delitos, y quereis permitir las mitigaciones? ¿Es, por ventura, tiempo de descansar al entrar en la carrera? Algunas veces puede suceder el aflojar al fin de ella, pero los principios siempre deben ser fervorosos. Este es el carácter de la primera gracia. Si empezais, pues, por la carne, ¿cómo habeis de acabar por el espíritu? Además, vuestra propia experiencia os enseñará, que las tentaciones nunca son tan violentas como en los principios de una nueva vida; porque el demonio, furioso de haber dexado escapar su presa, se vale de todos sus ardidés para recobrarla. ¿Siendo, pues, mas vivas las tentaciones, y mas debil la piedad, no es evidente el que la fidelidad y la vigilancia nunca son tan necesarias como en estos principios?

3. Supuesto que la Iglesia en este santo tiempo provee á los fieles de menos socorros exteriores de piedad, debeis suplir esta falta, renovando vuestro zelo y vuestro cuidado, porque esta privacion tiene sus peli-

gras para los que aun estais débiles en la fé. Puede temerse que no hallando cerca de vosotros los exteriores apoyos de la piedad, no os podais mantener solos, y que la santa libertad de este santo tiempo os sea ocasion de caída y de libertinage: Por otra parte, seguid el mismo espíritu de la Iglesia: Desde el Nacimiento del Salvador hasta su Resurrección y efusion de su Espíritu Santo que esperamos, os ha mantenido debaxo de sus alas, digamoslo así, como polluelos á quien criaba, y á quien queria formar para Jesu-Christo; pero en adelante, habiendose cumplido estos mysterios, mira ya como concluida su obra en vosotros, y contemplandoos como hombres celestiales, se retira á lo interior de su Santuario, y no propone á vuestra piedad mas que el inefable mysterio de la unidad de la Divina esencia, y de la Trinidad de las Personas, que es toda la ocupacion y todo el culto de los Bienaventurados, porque se persuade á que en adelante habeis de vivir una vida absolutamente celestial. ¿ Juzgad, pues, si debeis vivir segun los sentidos, en un tiempo en que la Iglesia supone que vuestra vida está ya toda escondida en Dios con Jesu-Christo?

4 Pero supongamos que una vida delicada, y menos atenta no fuese peligrosa para la piedad despues de la santa solemnidad; pero á lo menos sería injusta para la mayor parte de los fieles. El justo que ha llegado al fin de esta Santa Quaresma, tiene derecho de enjugar sus lágrimas, y de gustar con la Iglesia los consuelos sensibles de este santo tiempo; el justo, que en vez de dispensarse la severidad de sus leyes, añade á ellas nuevos rigores: pero los que en lugar de haber sido penitentes en la Quaresma, han sido prevaricadores, aun de la ley comun de la penitencia; que han llegado al mysterio de la Resurrección con las pasiones tan vivas y tan enteras como esta-

estaban antes de éstos dias de mortificacion y abstinencia; ¡ah! estos, lejos de permitirse hoy alivios, deben ponerse en estado de reparar su pasada cobardía, y mudar este tiempo de lágrimas en tiempo de luto y de tristeza.

En lo demás, la gracia no puede conservarse sino por los mismos caminos que se ha recobrado: Si para recobrarla usasteis de lágrimas, de compuncion, de un vivo horror á vuestros delitos, de huir de las ocasiones, de un sincero conocimiento de vuestra flaqueza, y de la necesidad que tenais de la oracion y de la vigilancia, de huir del mundo y de sus deleytes, &c. Este mismo es el plan de vuestras obligaciones hasta el fin: Seguid siempre estos felices caminos que os conduxeron á vuestra libertad, y perseverareis en ella. El aflojar sería perderlo todo, y arriesgar todo el fruto de vuestros pasados trabajos.

PARA EL DIA DE PENTECOSTES.

CARACTERES DEL ESPIRITU
de Jesu-Christo, y del espíritu del
mundo.

I. *Carácter.* El primer carácter del Espíritu de Jesu-Christo es el ser un espíritu de separacion, de reconocimiento, y de oracion. Apenas quedaron llenos de él los Apostoles, quando renunciaron á los demás cuidados exteriores, por entregarse solamente á la oracion, y al santo ministerio de la Divina palabra, siendo, como habian sido antes, tan carnales y distrai-

traídos, y que ignoraban hasta el modo con que habían de orar: Esta es la primera mudanza que obra el espíritu de Dios en una alma. En lugar del gusto que antes hallaba en entregarse á los objetos exteriores, la mas suave ocupacion de una alma movida y llena del espíritu de Dios es el recogerse dentro de sí misma; porque en su interior halla á su Dios; por eso no sale de sí sino con trabajo, y aun entre el tumulto y diversiones del siglo se forma una secreta soledad en su corazon, en la que continuamente conversa con su Señor. Por eso el Apostol llama al hombre Christiano, hombre espiritual é interior; y al mundano y pecador, hombre exterior; para enseñarnos que desde que una alma ha recibido el espíritu de Dios, y que está verdaderamente animada de él, toda su vida es casi invisible é interior. Sus mas comunes acciones se santifican con la fé oculta que las purifica; el Espíritu Santo arregla sus deseos, reforma sus juicios, renueva sus afectos, espiritualiza sus intenciones; quanto ve no lo ve sino con los ojos de la fé; el mundo entero no es mas que un libro abierto en donde continuamente descubre las maravillas de Dios, y la extraordinaria ceguedad de casi todos los hombres.

No quiero decir que no puedan alguna vez los objetos de los sentidos sorprehenderla y enganarla; pero estos son unos engaños y unas ausencias que no duran mas que un instante. Avisada inmediatamente de su distraccion por los interiores remordimientos del espíritu de Dios que habita en ella, vuelve inmediatamente á entrar dentro de sí misma, de donde parece que la habia sacado el mundo. El espíritu de fé, de recogimiento, y de oracion es el que nos da testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios. Por eso en los libros santos son llamados justos los que viven de la fé; los que peregrinos y viageros en la tierra, y ciudadanos del futuro siglo, todo lo ordenan á aquella eterna Patria, á

á la que sin cesar caminan, sin hacer caso de quanto sucede en la tierra.

Por esta regla nos hemos de juzgar ahora á nosotros mismos. ¿Hallamos en nosotros este primer carácter del espíritu de Dios? ¿Examinamos lo que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestras aflicciones, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías, y en nuestros pesares? ¡Ah! Nuestra vida es una vida absolutamente exterior, y toda existe fuera de nuestro corazon, y por consiguiente lejos de Dios. El espíritu del mundo es el que forma nuestros deseos, el que gobierna nuestros afectos, el que regla nuestros juicios, el que produce nuestras ideas, y el que anima todos nuestros pasos. Si sucede que en algunas ocasiones tengamos algunos pensamientos christianos, y algunas ideas conformes á las de la fé, no son mas que unas chispas de fé, por decirlo asi; que huyen; unos intervalos de gracia que no interrumpen mas que por un instante el curso de nuestras disposiciones mundanas; pero lo que domina en nuestra conducta, lo que compone el cuerpo de nuestra vida, el principio de todos nuestros pensamientos es el espíritu del mundo. Pues el espíritu de Dios no reyna donde reyna el espíritu del mundo; luego todavía pertenecemos al mundo y á su espíritu; y bajo unas exterioridades religiosas y arregladas nuestro corazon aun es mundano.

Segundo carácter. El segundo carácter del espíritu de Dios consiste en ser un espíritu de abnegacion y penitencia; y este carácter es una consecuencia necesaria de la abnegacion, y de la vida interior de que acabo de hablar. A la verdad, luego que el espíritu de Dios nos llama dentro de nosotros mismos; nos descubre inmediatamente que nuestro corazon, nuestro espíritu, nuestra imaginacion, nuestros sentidos, nuestro cuerpo, en una palabra, que todo está desordenado en nosotros,

y opuesto al orden, á la verdad, y á la justicia. Es, pues, imposible que manifestandonos este universal desorden no obre en nosotros dos disposiciones, la primera, restablecer el orden que en nosotros ha turbado el pecado; la segunda, vengar la justicia de Dios ultrajada por este desorden.

Primera disposicion. Restablecer el orden que en nosotros ha turbado el pecado. Porque las luces de que el espíritu de Dios llena al corazón no son luces estériles; y hace que amemos las verdades que nos enseña: Por eso una alma renovada con el espíritu de Dios aborrece en sí quanto ve que se opone á la verdad, y á la justicia, y se anima de un santo zelo, para enderezar sus afectos é inclinaciones al orden y á la regla: De este modo es fácil juzgar si hemos recibido el espíritu de Dios, ó si vivimos aun con el espíritu del mundo; porque el alma poseída del espíritu de Dios pone todo su cuidado en restablecer en su corazón con continuas violencias el orden que la injusticia de las pasiones habia turbado en él, y nada se perdona; al contrario, el espíritu del mundo es un espíritu de pereza y falta de mortificacion; un espíritu indulgente para todas las desarregladas inclinaciones; un espíritu de cuidado en satisfacerlas; de destreza para justificarlas; de amor propio que las gobierna, y las retiene para las transgresiones esenciales, por librarse de los remordimientos, pero que en todo lo demás se entrega á ellas, y se dexa arrastrar de ellas; luego si no hacemos violencia alguna á nuestras inclinaciones; si no nos cuesta trabajo el pelear contra nosotros, y vencerlos; si no padecemos nada por ser de Dios; si la regularidad de nuestra vida es acaso efecto de nuestro temperamento, ó una circunspeccion que nos impone la edad, y el mismo mundo, &c. en este caso aun somos del mundo, y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

Segunda disposicion. Vengar la justicia de Dios ultrajada con el desorden de nuestras pasiones. Este es el pri-

primer movimiento que el espíritu de Dios produce en una alma renovada; la hace que tome parte en los intereses de la Divina Justicia contra sí misma; la penetra del temor de sus juicios; la anima de un santo zelo contra una carne que ha servido á la iniquidad; y así, para conocer si hemos recibido el espíritu de Dios, no tenemos que hacer mas que entrar dentro de nuestro corazón; ¿Hallamos en él aquel zelo de penitencia, que no se satisface ni con las lágrimas, ni con los gemidos, ni con las violencias, porque nunca le parece haber suficientemente satisfecho á la Divina Justicia? ¿Ah! Que todos nuestros cuidados se reducen á alhagar á una carne que la Divina Justicia solo mira con ojos de indignacion; y en vez de tomar parte en los intereses de la justicia de Dios, pleyteamos continuamente en nuestro favor contra ella: luego todavia estamos poseídos del espíritu de la carne y de la sangre; y el espíritu de Dios no habita en nosotros.

Tercer carácter. El ultimo carácter del espíritu de Dios es el ser un espíritu de fortaleza y de valor. Como este espíritu es el que venció al mundo, y es mas fuerte que él, no le teme. Por eso luego que el espíritu de Dios baxó sobre los Apostoles, flacos antes y tímidos, anuncian con un santo valor delante de los Sacerdotes y Doctores á aquel Jesus, de quien poco antes no se atrevian á declararse por discipulos: Se derraman por todo el Universo, y el mundo entero que se levanta contra ellos, solo sirve de aumentar su firmeza y su constancia. Lo mismo sucede á una alma que está llena del espíritu de Dios; este espíritu la eleva sobre sí misma; imprime en ella sus divinas propiedades de libertad é independencía: la hace que mire las grandezas y soberanías de la tierra como un vano átomo indigno de su cuidado. Por eso ninguna cosa iguala al valor, á la elevacion, y á la nobleza de una alma en quien habita el espíritu de Dios: como no está unida al mundo, no le teme; sus juicios y sus befas la son indiferentes; no

cede sino á la verdad; no usa de aquellas tímidas condescendencias, en que tanto padece la piedad: Al contrario; el espíritu del mundo es un espíritu de engaño y de artificio; como su principio es el amor propio, no busca la verdad sino en quanto esta puede serle agradable; solo honra la virtud en aquellas ocasiones en que la virtud le honra á él; luego si el espíritu que nos gobierna es un espíritu tímido y de condescendencia; si tememos el ser de Dios; si en todas las ocasiones en que se ofrece declararse en su favor usamos de artificios, y cedemos; si siempre que se trata de desagravar, por no faltar á la obligacion, tenemos la transgresion por legitima; si lo primero que examinamos en los caminos en que Dios nos pone es si será del agrado del mundo; si parecemos aun mundanos por no perder su estimacion; si hablamos su idioma; si alabamos sus maximas; si nos sujetamos á sus costumbres, en vano nos gloriamos de conservar aun en el corazon algunas reliquias de amor á la verdad; en vano nos figuramos que sentimos estar entregados al mundo. Deengañemonos, pues, que no es el espíritu de Dios, sino el del mundo el que habita en nosotros, y nos gobierna.

PARA EL DIA
DE LA ASUMPCION
DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS
y la gloria de la muerte de la Santa
Virgen.

Division. I. Los consuelos de la muerte de Maria recompensan las amarguras que siempre habian afligido á su Alma Santa. II. La gloria de la muerte de Maria repara los abatimientos que siempre la habian acompañado en la tierra.

I. Parte. A tres generos de amarguras que habia padecido Maria corresponden tres generos de consuelos: á la amargura de desamparo un consuelo de fortaleza y de valor; á la amargura de zelo un consuelo de paz y de alegria; y á la amargura de deseo un consuelo de posesion y de gozo.

Jesu-Christo se habia manifestado indiferente para con Maria. En el Templo parece que se reprehende su inquietud, y que se olvida de que tiene Madre en la tierra; en Caná la da á entender que nada tiene de comun con ella; si llaman felices á las entrañas en que estuvo, declara que solo son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en execucion; si le dicen que le esperan su Madre y sus parientes, responde que no conoce mas madre ni mas hermanos que

cede sino á la verdad; no usa de aquellas tímidas condescendencias, en que tanto padece la piedad: Al contrario; el espíritu del mundo es un espíritu de engaño y de artificio; como su principio es el amor propio, no busca la verdad sino en quanto esta puede serle agradable; solo honra la virtud en aquellas ocasiones en que la virtud le honra á él; luego si el espíritu que nos gobierna es un espíritu tímido y de condescendencia; si tememos el ser de Dios; si en todas las ocasiones en que se ofrece declararse en su favor usamos de artificios, y cedemos; si siempre que se trata de desagravar, por no faltar á la obligacion, tenemos la transgresion por legitima; si lo primero que examinamos en los caminos en que Dios nos pone es si será del agrado del mundo; si parecemos aun mundanos por no perder su estimacion; si hablamos su idioma; si alabamos sus maximas; si nos sujetamos á sus costumbres, en vano nos gloriamos de conservar aun en el corazon algunas reliquias de amor á la verdad; en vano nos figuramos que sentimos estar entregados al mundo. Deengañemonos, pues, que no es el espíritu de Dios, sino el del mundo el que habita en nosotros, y nos gobierna.

PARA EL DIA
DE LA ASUMPCION
DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS
y la gloria de la muerte de la Santa
Virgen.

Division. I. Los consuelos de la muerte de Maria recompensan las amarguras que siempre habian afligido á su Alma Santa. II. La gloria de la muerte de Maria repara los abatimientos que siempre la habian acompañado en la tierra.

I. Parte. A tres generos de amarguras que habia padecido Maria corresponden tres generos de consuelos: á la amargura de desamparo un consuelo de fortaleza y de valor; á la amargura de zelo un consuelo de paz y de alegria; y á la amargura de deseo un consuelo de posesion y de gozo.

Jesu-Christo se habia manifestado indiferente para con Maria. En el Templo parece que se reprehende su inquietud, y que se olvida de que tiene Madre en la tierra; en Caná la da á entender que nada tiene de comun con ella; si llaman felices á las entrañas en que estuvo, declara que solo son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en execucion; si le dicen que le esperan su Madre y sus parientes, responde que no conoce mas madre ni mas hermanos que

los que hacen la voluntad de Dios; en todas partes vemos á Maria probada con desamparos; debía enseñarnos que este camino tan penoso para la naturaleza es el camino ordinario de las almas puras y perfectas, y que quanto mas quiere Dios unirse á ellas con una fé viva y fervorosa, mas la priva de los consuelos humanos; pero tambien era justo que la presencia visible de Jesu-Christo fuese el primer consuelo de Maria en su muerte, y que el Señor se diese tanta mas priesa á manifestarse á su Madre, quanto mas habia parecido negarse siempre á sus ansias.

2 El zelo de Maria la ocasionaba el segundo genero de amargura; veía con dolor la inutilidad de las instrucciones y milagros de Jesu-Christo; los lazos que le ponian sus enemigos; la desercion, aun de sus mismos discipulos; la obstinacion de Judas, y su reprobacion; era preciso que enseñase á las almas justas á qué á los pies de los Altares llorasen los males y necesidades de la Iglesia; que implorasen las gracias del cielo para sus hermanos pecadores é impenitentes: Pero este zelo de dolor de que estuvo llena toda la vida de Maria, debía mudarse en su muerte en un consuelo de paz y de alegría; veía con claridad las razones de la Divina Sabiduría en orden á los sucesos que habian contristado su tierno afecto; la utilidad de los oprobrios de su Hijo; las ventajas que habia de sacar del mismo aborrecimiento de los Judios; veía llamados los Gentiles, convertidos los Reyes, desengañados los Filósofos, y triunfante la religion; de este modo una alma justa que está para morir, ve que en todos los caminos por donde Dios la ha guiado se hallaba su utilidad; que las desgracias, las aflicciones, las contradicciones, las perfidias, &c. todo era en las manos de Dios medios de santificacion para ella; al contrario, los que solo han trabajado por el mundo conocen entonces que su vida no ha sido mas que una continua puerilidad, y aunque tarde, se arrepienten de

de haber empleado tan mal sus cuidados y sus penas.

3 La ultima amargura de Maria fue una amargura de deseo; separada de Jesu-Christo, unico objeto de su amor, sus deseos, sus pensamientos, su corazon, todo estuvo siempre en el cielo: Continuamente se quejaba de lo dilatado de su peregrinacion; continuamente moria de amor y de tristeza; nosotros no podemos conocer hasta donde llegaba el exceso de sus penas; porque aun estamos unidos á la tierra con mil lazos; los disgustos de nuestra vida son los disgustos de nuestras pasiones; un buscarnos en todo á nosotros mismos, y un enfado de no poder hallar en el mundo objeto alguno capaz de satisfacer nuestro corazon; aun entre las almas consagradas á Dios hay pocas que conozcan la tristeza de este destierro; sentimos la duracion de su Cruz, y la tristeza de la virtud; no atendemos á los grandes consuelos que experimentaban los Santos en sus lágrimas; pero la purísima Alma de Maria conocia todo el desconuelo que inspira un amor violento quando está separado del objeto que ama; por eso su muerte no es mas que el termino de sus suspiros, y el consuelo de su tierno amor; su corazon va á reunirse con su amado; va á ver con su propia carne á su Salvador, casto fruto de su vientre. ¿Quién podrá explicar los amorosos excesos del Corazon de Maria á vista de su Hijo glorioso? Estos son unos secretos que no puede explicar el estilo humano; lo que nos hace al caso es el saber que la muerte no separa al Justo sino de lo que nunca habia amado: y que, si es licito explicarse así, no muere tanto como el pecador, que muriendo á mil objetos á que estaba unido, padece mil muertes en una sola.

II. Parte. A tres generos de abatimientos que se observan en la vida de Maria, suceden hoy tres generos de gloria; al abatimiento de privacion una gloria de elevacion y de excelencia; al abatimiento de dependencia una gloria de poder y de autoridad; al abatimiento de

con-

confusion y de desprecio, una gloria de veneracion y de respeto.

1 En la vida de Maria se ve una continuada serie de tristes privaciones y desprecios. Descendia de la Sangre de David, y el privilegio de su gracia se adelantó al de su nacimiento; era Virgen en su fecundidad; finalmente, era Madre de Dios; ninguno de estos titulos se manifestó en la Señora mientras vivió en la tierra; todos estuvieron obscurecidos ó ignorados, y aun desmentidos en la apariencia; sufre con alegría el estar despojada de ellos, y no se la oye palabra que pueda hacer traycion al secreto de su humildad; puso especial cuidado en confundirse con las demás Madres de Israel; pero hoy emplea Dios toda su atencion en distinguirla con un especial privilegio; su carne no ve la corrupcion; sube al cielo triunfante y gloriosa, para sentarse al lado de su Hijo, sobre todos los Principados y Potestades: Este era el justo premio que Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de Maria.

¡Ah! Nosotros no imitamos su constante humildad; siempre nos damos á conocer por aquellas calidades que mas nos recomiendan; y aun quando arrepentidos de nuestros desordenes hemos tomado el partido de una vida christiana, queremos que el mundo conserve la memoria de nuestros talentos, y de nuestras prendas; nos sirve de complacencia el que en esta parte se haga caso de nuestro sacrificio, y gustamos de ver lucir en nosotros, con las maravillas de la gracia, los talentos de la vanidad: aun en los claustros volvemos á tomar con una mano aquel vano esplendor que parecia habiamos sacrificado con la otra, y queremos volver á hallar en la casa de la humildad los distintivos que habiamos despreciado en el mundo.

2 Maria durante el tiempo de su vida mortal siempre amó la dependencia; sujeta á la voluntad de Josef, inseparable de las ordenes y suerte de su Hijo, entre-

ga-

gada al discipulo amado, y mirandole como arbitro de su conducta; siguiendo á los discipulos despues de la muerte de Jesu-Christo como qualquiera otra de las mugeres fieles, sin afectar preeminencia ni autoridad alguna; portandose como una simple Hija de la Iglesia, la que era su Protectora y su Madre; hoy toma posesion en el cielo del poder que no habia querido exercer en la tierra, y queda establecida medianera de los fieles para con Jesu-Christo, y repartidora de las gracias; quiere el Señor que nosotros imploremos el auxilio de su Madre para alcanzar de él lo que deseamos; no quiero decir que baste el tributarla algunos respetos para asegurar nuestra salvacion, pues esta solamente es premio de la observancia de la Ley de Dios; Maria mira como á enemigos de su Hijo á los que aman al mundo, á los que se entregan á los deseos de la carne, á los transgresores de sus santos preceptos, que no tienen gravado en su corazon el amor de este Divino Hijo, y de su verdad; Maria no puede ser contraria á Jesu-Christo; su poder no puede trastornar la obra del Evangelio; es el recurso de nuestras necesidades, pero no la Protectora de nuestras pasiones; no ama en sus siervos sino las virtudes con que ella misma se hizo agradable á los ojos de Dios.

3 El ultimo abatimiento de Maria fue un abatimiento de desprecio y confusion; sufrió en silencio la verguenza de las sospechas de Josef; se sujetó, como Jesu-Christo, á llevar sobre sí por algun tiempo la semejanza del pecado, y á sacrificar su inocencia á los ocultos y adorables preceptos de la Divina Sabiduría; por eso á su muerte se sigue una gloria de veneracion y de respeto; los hombres Apostolicos la dirigieron sus súplicas; su culto se fue estableciendo á proporcion que la fé se iba derramando por la tierra; el error la disputó en vano la augusta qualidad de Madre de Dios; los Concilios se congregaron para dexar á la posteridad en sus de-

decisiones los títulos de su respeto á Maria; las ciudades y los Imperios se pusieron baxo su proteccion. Nuestras Provincias, á las que la mano de Dios habia herido, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba; y uno de nuestros Reyes, para inmortalizar este beneficio, hizo un voto público de todo su Reyno á esta Emperatriz de los cielos, que acababa de conservarle. ¡Qué diferente es la muerte del pecador de la de Maria! A este todo se lo arrebató la muerte; de todo le despoja; luchando solo con ella, estiende inutilmente las manos á las criaturas que se le huyen; quanto tuvo por real y verdadero desaparece; quanto tuvo por vano y chimerico se manifiesta cierto; su desgracia le da nuevas luces, pero no le da un nuevo corazon; muere desengañado, aunque no arrepentido.



PARA EL DIA
DE LA VISITACION.

SOBRE LOS OBSTACULOS QUE
*nuestro amor propio opone á la
gracia.*

Division. *Nuestro amor propio casi siempre opone tres obstáculos á la gracia. 1. Una falsa cortesía. 2. Lo difícil de la virtud. 3. Finalmente, una falsa persuasion de que podemos valernos de mitigaciones en el camino de la salvacion.* Maria emprendiendo sola este viage nos confunde, primeramente sobre las infinitas razones de respeto humano, que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo. Maria, no obstante la delicadeza de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabel por entre las montañas y caminos mas difíciles; condena, en segundo lugar, nuestra cobardia, que se atemoriza y detiene en el vicio por la dificultad de la virtud. Finalmente, Maria dandose siempre prieta, no obstante lo dilatado del viage, nos enseña, en tercer lugar, á no mirigar con lentitudes y condescendencias el rigor de la vida evangelica.

I. Parte. El primer obstáculo que oponemos á la gracia es una falsa atencion al mundo; hay algunos delitos de que aún el mismo mundo se averguenza, y los condena abiertamente; pero hay tambien algunos vicios menos odiosos, y algunos desordenes mas

Tomo II.

Tt

fe-

decisiones los títulos de su respeto á Maria; las ciudades y los Imperios se pusieron baxo su proteccion. Nuestras Provincias, á las que la mano de Dios habia herido, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba; y uno de nuestros Reyes, para inmortalizar este beneficio, hizo un voto público de todo su Reyno á esta Emperatriz de los cielos, que acababa de conservarle. ¡Qué diferente es la muerte del pecador de la de Maria! A este todo se lo arrebató la muerte; de todo le despoja; luchando solo con ella, estiende inutilmente las manos á las criaturas que se le huyen; quanto tuvo por real y verdadero desaparece; quanto tuvo por vano y chimerico se manifiesta cierto; su desgracia le da nuevas luces, pero no le da un nuevo corazon; muere desengañado, aunque no arrepentido.



PARA EL DIA
DE LA VISITACION.

SOBRE LOS OBSTACULOS QUE
*nuestro amor propio opone á la
gracia.*

Division. *Nuestro amor propio casi siempre opone tres obstáculos á la gracia. 1. Una falsa cortesía. 2. Lo difícil de la virtud. 3. Finalmente, una falsa persuasion de que podemos valernos de mitigaciones en el camino de la salvacion.* Maria emprendiendo sola este viage nos confunde, primeramente sobre las infinitas razones de respeto humano, que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo. Maria, no obstante la delicadeza de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabel por entre las montañas y caminos mas difíciles; condena, en segundo lugar, nuestra cobardia, que se atemoriza y detiene en el vicio por la dificultad de la virtud. Finalmente, Maria dandose siempre prieta, no obstante lo dilatado del viage, nos enseña, en tercer lugar, á no mirigar con lentitudes y condescendencias el rigor de la vida evangelica.

I. Parte. El primer obstáculo que oponemos á la gracia es una falsa atencion al mundo; hay algunos delitos de que aún el mismo mundo se averguenza, y los condena abiertamente; pero hay tambien algunos vicios menos odiosos, y algunos desordenes mas

Tomo II.

Tt

fe-

felices, que parece han prescripto contra el Evangelio, y á los que el mundo coloca honrosamente entre las virtudes. De esta falsa idea que se forma de estas aparentes virtudes nacen aquellos respetos tan poco Christianos, aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesu-Christo; no nos atrevemos á no conformarnos con las costumbres que han prevalecido; no queremos condenar al mundo con unas singularidades afectadas; en la conducta de Maria tenemos con que confundir al mundo en un punto tan importante; deja á Nazareth por ir á visitar á Isabél; ¿ cuántas razones pudiera haberla sugerido una falsa atencion, y el temor de lo que diria el mundo, para escusarse de este viage? 1. Solo sabia el preñado de Isabél por la noticia que la dió el Angel; ¿ pero la creerán sobre su palabra el que habia recibido esta embajada celestial? 2. Siendo descendiente de los Reyes de Judá, y constituida poco antes Madre de Dios, ¿ no es contra la decencia que vaya á humillarse en presencia de una muger que la es tan inferior? 3. No se oponian las leyes del pudor á un viage tan dilatado y peligroso? ¡ Ah! Nosotros no buscamos pretextos tan honestos para acobardarnos, y nuestro amor propio se contenta con otros peores. El temor de que el mundo se burle de nosotros, nos sirve de suficiente razon para escusarnos de las leyes del Evangelio: ¡ Pero oh! ¡ y qué grande es nuestra ceguedad! no queremos tener una devocion que sea reparable, y nos haga pasar plaza de hombres extraordinarios; pero si el contagio es universal, ¿ como hemos de poder salvarnos sin ser singulares? Desengañemonos Católicos; los Santos siempre fueron tenidos por singulares, porque la vida del comun de los hombres no puede ser una vida christiana; y es una torpe ilusion pensar que siempre tenemos razones para ofender á Dios, y que nunca las tenemos para volver-

nos

nos á él y servirle; por eso nos sucede que perdemos todos los instantes de la gracia; mil veces nos ha avisado Dios, nos ha solicitado, nos ha importunado, sin que hayamos tenido que oponer mas que el temor de los vanos discursos del mundo; pero temamos el que por ultimo llegue á cansarse de sus instancias, y de nuestros desprecios. Nuestra conversion no depende de nosotros, sino de Dios; y no tenemos seguridad de volver á recibir, quando gustemos, las gracias que se nos han ofrecido, y hemos rehusado: Además de esto; pues estamos tan ilustrados acerca de los respetos mundanos; quando con nuestras disoluciones eramos el escandalo de nuestro pueblo, ¿ servian estos de freno para contenernos? Solamente somos tímidos y circunspectos con Dios, y solamente nos excedemos en precauciones quando se trata de servirle. Conozcamos, pues, la injusticia de nuestro corazon en este punto.

II. Parte. Dificultad de la virtud. Segundo obstáculo que opone el amor propio á la gracia. Hay algunas personas que vivamente acobardadas con la idea que forman de la perfeccion Christiana, solamente envejecen en la iniquidad, porque las parece que nunca podrán llegar á la verdadera justicia; peligrosa ilusion que hace agravio á la gracia del Salvador, como si para el Señor hubiera alguna cosa imposible. La conducta, pues, de Maria nos ofrece hoy razones con que desengañar al mundo de esta ilusion. Sin reflexionar demasiado acerca de su propia flaqueza, atraviesa las mas inaccesibles montañas: *Abiit in montana.*

Yo conozco hasta dónde llega mi flaqueza, soléis decir; sé que la vida christiana es una profesion pública de penitencia; que es necesario llevar su Cruz, y negarse á sí mismo para ser discípulo de Jesu Christo; lo sé, y esto es justamente lo que me hace desesperrar de no poder nunca llegar á ser justo, porque co-

Tt 2

noz-

nozco que aunque tenga horror al pecado, nunca podré vencerme en lo demás. Pero, ó hombre ¡qué grande es tu desorden en este particular! Conoces tu flaqueza, y tu insuficiencia, pero oye aquellas palabras del Salvador: Venid á mí todos los que os hallais debiles y cansados, y yo os aliviare: aqui es donde has de buscar la fuerza que te falta.

Tambien decís que os detiene la dificultad de la empresa: Ah! Si como en otro tiempo fuera necesario exponeros al furor de los Tyranos por la fé de Jesu-Christo, tendríais algun motivo para temblar, contemplando vuestra flaqueza, aunque entonces debierais decir con el Apostol. *Todo lo puedo en el que me conforta*; Pero qué es lo que hoy se os pide? Solamente el sacrificio de vuestras pasiones; y vosotros sacrificais neciamente la esperanza de una eterna felicidad á vuestra flaqueza y cobardía; muy diferentes en esto de los fieles de los primeros tiempos, á quienes los mas crueles suplicios no podian separar del amor á Jesu-Christo; y ahora parece que cuesta demasiado el ser Christianos, quando solo cuesta el sacrificar un deleyte, como si el Dios que adoramos fuera ahora menos digno de nuestras ansias.

Por otra parte, os figurais amarguras en el partido de la virtud; pero proceded de buena fé, y decid con sinceridad todos los disgustos que acompañan á la vida del siglo. ¿Qué no diríais acerca de esto, y qué no se dice todos los dias en el mundo? ¿A qué terribles pesares no expone la vida del siglo? Y aún quando estos pudieran evitarse, ¿podrá el pecador librarse de sí mismo? por mas que se ciegue siempre lleva consigo un caudal de inquietud, que le despierta aún en medio de las alegrías y de las diversiones. Sobre este pie camina el mundo, lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso gustamos de él; nos familia-

liarizamos con los pesares que no tienen consuelo, y de los que ninguna cosa nos alivia, y nos estremece-
mos solamente con pensar en los santos rigores del Evangelio, á los que consuela la fé, mantiene la esperanza, y suaviza la caridad.

Pero para confundir la iniquidad con la iniquidad misma, os suplico me digais: un hombre entregado á la ambicion, ó á la concupiscencia, ¿se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Temamos, pues, que el ambicioso y el lascivo nos confundan en el Tribunal de Jesu-Christo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza, quando se trata de la salvacion.

III. Parte. Otro error que reyna en el mundo acerca de la dificultad de la salvacion es el persuadirnos que esta no encierra en sí tan grandes dificultades. A algunas personas que han nacido con un genio tranquilo y apacible, no les parece hallar en el Evangelio nada que mortifique su amor propio, y viviendo con tranquilidad acerca de su salvacion, lloran el desorden de los pecadores que no quieren salvarse casi á menos costa que se condenan. Ilusion torpe é injuriosa á la Cruz de Jesu-Christo, la que tambien confunde el exemplo de Maria, pues sin examinar si podrá llegar á la ciudad de Judá por caminos menos asperos y penosos, escoge sin detenerse el camino mas difícil, enseñandonos con esto que es necesario que cueste trabajo el salvarse, y que el reyno de los cielos solamente es premio de las continuas violencias en que nos hubiesemos exercitado. No obstante, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religion; dice que es santa la austeridad de los claustros; pero que no todos somos llamados á ellos; que supuesto que hay muchas mansiones en la casa del Padre Celestial, porque no merezcamos las primeras, no se debe inferir que

que estamos excluidos de las demás; finalmente, que el Evangelio no prohíbe las honestas alegrías; y los que se fían en esto, con tal que no lleguen á los mas abominables excesos, juzgan caminar por buen camino, porque aún no están en lo profundo del precipicio.

¿Pero en qué no podrá engañarse el entendimiento humano, quando se engaña en esto? Porque, finalmente, nada se puede añadir á las precauciones que ha tomado la Divina Sabiduría para dar á conocer á los hombres que las cruces y los trabajos les son tan indispensables como el Sacramento que los reengendra. Lo que mas admira es, que no solamente el siglo, sino tambien los que hacen profesion de la piedad se engañan acerca de esto, y cada uno se forma un Evangelio aparte, en el qual halla el secreto de autorizar sus flaquezas, porque el espíritu de la religion es poco conocido, aun de aquellos mismos que parece executan sus maximas.



DISCURSO ACERCA DEL ESPIRITU

CON QUE DEBEN PRACTICARSE

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

Para executar bien las Obras de Misericordia se deben observar tres reglas.

Primera regla. *Se deben mirar como obligaciones con que cumplimos. Hay un engaño muy comun entre las personas dedicadas á obras santas, y es el figurarse que*

que los ejercicios de piedad no están comprendidos en la obligación. El amor propio favorece tanto mas este error, quanto en el solo cumplimiento de la obligación no hay cosa particular que nos lisongee, porque nada hay que nos distinga; pero las obras de supererogacion, como ponen en nosotros alguna singularidad, nos dejan tambien mas complacencia. Con todo eso la fe no pone los oficios de caridad que hacemos con nuestros hermanos en la clase de las obras de supererogacion, pues no conoce obligaciones mas sagradas é inviolables. 1. El precepto del amor del proximo es tan esencial á la fe, que no se limita solamente á no hacer mal á nuestros hermanos: el no aborrecer es nada para la ley de la caridad, es necesario amar: Es decir, que en la religion de Jesu-Christo sois injusto si no sois caritativo; si no socorreis á vuestro proximo afligido, pudiendo hacerlo, le aborreceis; esta no es una obra de supererogacion, de que pueda lisongearse el zelo; es una ley comun, impuesta á todos los fieles, que por las intimas y sagradas conexiones que contraximos en el Bautismo con todos los Christianos, ya no permite mirar á ninguno como extraño respecto de sí, y obliga á mirar á todos como á sus hermanos, como á miembros de un mismo cuerpo, entre los quales no puede padecer uno, sin que el otro padezca con él. 2. Quanto mas ensalzados os halleis en el siglo, mas rigurosa es esta obligación en este particular. La prosperidad y la abundancia de los bienes de la tierra no os dispensan, ni de la frugalidad, ni de la sencillez, ni de la violencia evangelica. Supuesta esta verdad, ¿quál puede haber sido el fin de la Providencia en poner en vuestras manos los bienes de la tierra? ¿Sería acaso para facilitar los medios de satisfacer á todas vuestras pasiones? No por cierto. Luego en las ideas de Dios no sois mas

que estamos excluidos de las demás; finalmente, que el Evangelio no prohíbe las honestas alegrías; y los que se fían en esto, con tal que no lleguen á los mas abominables excesos, juzgan caminar por buen camino, porque aún no están en lo profundo del precipicio.

¿Pero en qué no podrá engañarse el entendimiento humano, quando se engaña en esto? Porque, finalmente, nada se puede añadir á las precauciones que ha tomado la Divina Sabiduría para dar á conocer á los hombres que las cruces y los trabajos les son tan indispensables como el Sacramento que los reengendra. Lo que mas admira es, que no solamente el siglo, sino tambien los que hacen profesion de la piedad se engañan acerca de esto, y cada uno se forma un Evangelio aparte, en el qual halla el secreto de autorizar sus flaquezas, porque el espíritu de la religion es poco conocido, aun de aquellos mismos que parece executan sus maximas.



DISCURSO ACERCA DEL ESPIRITU

CON QUE DEBEN PRACTICARSE

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

Para executar bien las Obras de Misericordia se deben observar tres reglas.

Primera regla. *Se deben mirar como obligaciones con que cumplimos. Hay un engaño muy comun entre las personas dedicadas á obras santas, y es el figurarse que*

que los ejercicios de piedad no están comprendidos en la obligación. El amor propio favorece tanto mas este error, quanto en el solo cumplimiento de la obligación no hay cosa particular que nos lisongee, porque nada hay que nos distinga; pero las obras de supererogacion, como ponen en nosotros alguna singularidad, nos dejan tambien mas complacencia. Con todo eso la fe no pone los oficios de caridad que hacemos con nuestros hermanos en la clase de las obras de supererogacion, pues no conoce obligaciones mas sagradas é inviolables. 1. El precepto del amor del proximo es tan esencial á la fe, que no se limita solamente á no hacer mal á nuestros hermanos: el no aborrecer es nada para la ley de la caridad, es necesario amar: Es decir, que en la religion de Jesu-Christo sois injusto si no sois caritativo; si no socorreis á vuestro proximo afligido, pudiendo hacerlo, le aborreceis; esta no es una obra de supererogacion, de que pueda lisongearse el zelo; es una ley comun, impuesta á todos los fieles, que por las intimas y sagradas conexiones que contraximos en el Bautismo con todos los Christianos, ya no permite mirar á ninguno como extraño respecto de sí, y obliga á mirar á todos como á sus hermanos, como á miembros de un mismo cuerpo, entre los quales no puede padecer uno, sin que el otro padezca con él. 2. Quanto mas ensalzados os halleis en el siglo, mas rigurosa es esta obligación en este particular. La prosperidad y la abundancia de los bienes de la tierra no os dispensan, ni de la frugalidad, ni de la sencillez, ni de la violencia evangelica. Supuesta esta verdad, ¿quál puede haber sido el fin de la Providencia en poner en vuestras manos los bienes de la tierra? ¿Sería acaso para facilitar los medios de satisfacer á todas vuestras pasiones? No por cierto. Luego en las ideas de Dios no sois mas

mas que ministros de su Providencia para con las criaturas afligidas; vuestra abundancia no es mas que la porcion de vuestros hermanos necesitados, y Dios os hubiera reprobado, llenandoos de los bienes de la tierra, si os los hubiera dado para otro uso, mas que para el alivio de los infelices. 3. Tú en particular que me oyes, sabe que independentemente de la obligacion que acerca de esto te impone la Religión, y el puesto que ocupas, las santas ocupaciones de misericordia no son menos indispensables obligaciones. 1. Seas quien fueres, tú que hoy caminas por las sendas de la virtud, ¿has arreglado siempre tus costumbres con la Ley? ¿No ha sido tu exemplo en otro tiempo el modelo del luxo, del deleyte, y del regalo? ¡Ah! Luego es preciso que hoy repares el escandalo con unos exemplos contrarios. 2. Quando no conocias cosa mayor que el mundo y sus vanidades, ¿aciso no te burlaste de la piedad con injustas irrisiones? ¿No miraste los públicos officios de misericordia como indiscreciones del zelo, ó como deseos de vanidad, en vez de respetar á las personas que se consagraban á ellos? Luego es preciso que tus obras públicas den á la piedad el honor que tus profanas irrisiones le habian quitado, y que vosotros mismos executeis lo que tan injustamente habeis reprehendido en los demás fieles. 3. en otro tiempo hicisteis servir vuestras riquezas, que son dones de Dios, á la iniquidad, ¿pues cómo quereis reparar esta injusticia, sino con santas profusiones, y con mas abundantes liberalidades? Finalmente, en aquella primera estacion de vuestra vida que consagrasteis al mundo y á sus errores, vuestro unico cuidado era la felicidad de vuestros sentidos; luego es preciso que hoy os dediqueis á crucificarlos; que vayais á aquellos lugares retirados, á aquellas casas desoladas, en donde la necesidad oculta tantas miserias; que os acerqueis á los Lazaros fetentes, y

cu-

cubiertos de llagas, y que á pesar de la repugnancia secreta de la naturaleza, no negueis vuestro ministerio, y el socorro de vuestras manos á sus extremas necesidades.

La segunda regla que debe observarse en la practica de las Obras de Misericordia es, que no solamente las debemos mirar como obligaciones con que cumplimos, sino tambien valerlos de ellas como de remedios quotidianos contra nuestras diarias flaquezas. Verdaderamente las obras exteriores de piedad no tienen mas merito en la presencia del Señor, que en quanto sirven para perfeccionar al hombre interior; siendo esto asi, el aliviar á nuestros hermanos, vestirlos, visitarlos, consolarlos, y aun servirlos, no es mas que el cuerpo de la piedad; estos son los officios del Christiano: pero no es este el Christiano mismo. Es necesario, pues, que la virtud crezca y se purifique en estas públicas obligaciones de misericordia, y que cada obra santa sirva para vencer en nosotros alguna de nuestras pasiones: es decir, que para entrar en el espíritu de la fe acerca del exercicio de las obras de caridad, es necesario antes de empeñarse en ellas, examinar en la presencia de Dios quales son aun nuestras desarregladas inclinaciones, y escoger las obras de misericordia mas propias para arrancarlas de nuestro corazón. En una palabra, hacer de estas obras los exercicios de las virtudes que nos faltan: porque las obras de piedad en tanto son santas, en quanto nos santifican: y solo nos santifican en quanto nos corrigen.

Pero quebrantamos esta regla de piedad de dos maneras. 1. Entre todos los officios de misericordia escogemos casi siempre los mas conformes á nuestro gusto, á nuestro genio, y á nuestra inclinación. No quiero decir que se debe resistir á estas felices inclinaciones que mueven nuestra alma á la misericordia; ni que no hay mérito en el cumplimiento de estos piadosos exercicios,

la Tom. II.

Vv

quan-

quando se hacen sin repugnancia; al contrario, la fe sabe hacer que la naturaleza sirva á la gracia: pero es necesario cuidar de no limitar todos nuestros esfuerzos á seguir estas inclinaciones; porque la piedad va mucho mas lejos que la naturaleza. 2. El segundo motivo de violar esta regla es todavia mas culpable: No solamente nos ceñimos á una virtud absolutamente natural; y escogemos siempre las obras de misericordia que no cuestan trabajo al amor propio; y no nos corrigen nuestras flaquezas, sino tambien aquellas que solo sirven para mantenernos en ellas. ¿Quántas almas engañadas hay, que en medio de una vida absolutamente mundana, sensual, y profana, viven confiadas en algunos ejercicios de misericordia, y en la abundancia de sus liberalidades. ¡Ah! El Señor no necesita de nuestros bienes, sino que nos pide nuestro corazón. La misericordia ayuda á expiar los delitos de que nos arrepentimos, pero no justifica los que amamos.

La tercera regla consiste en cuidar de que no se mezcle ningún fin humano en la intención, y que el fin de los hombres, oculto en lo íntimo de nuestros corazones, y casi imperceptible á nosotros mismos, no nos haga perder para con Dios todo el merito de la misericordia.

Os digo con San Agustín: Aquí estais en la presencia de Dios, preguntad á vuestro corazón; sondad sus mas secretos fines; y ved quales han sido hasta ahora los mas verdaderos motivos de vuestras acciones exteriores; ved si las obras ocultas despiertan con tanta viveza vuestro zelo como las públicas; ved si en aquellas en que es inevitable el lucimiento estais conformes con que se os olvide, y con que se os confunda con las demás personas que se ejercitan en ellas; ved si los piadosos ejercicios que condena el mundo hallan en vosotros alguna indiferencia. En una palabra,

si buscáis en ellos la gloria de los hombres ó vuestra salvacion; no se podrá creer, continúa San Agustín, quantas obras santas, de aquellas con que contamos acá en la tierra, serán despreciadas en aquel día, quando venga el Señor á juzgar las justicias: quantos frutos de caridad, quando nos parezca podernos presentar ante él con las manos llenas, se verán dañados por el gusano secreto de una peligrosa complacencia.

*FIN DE LOS ANALISIS,
y del segundo Tomo.*





CEV
OTEC